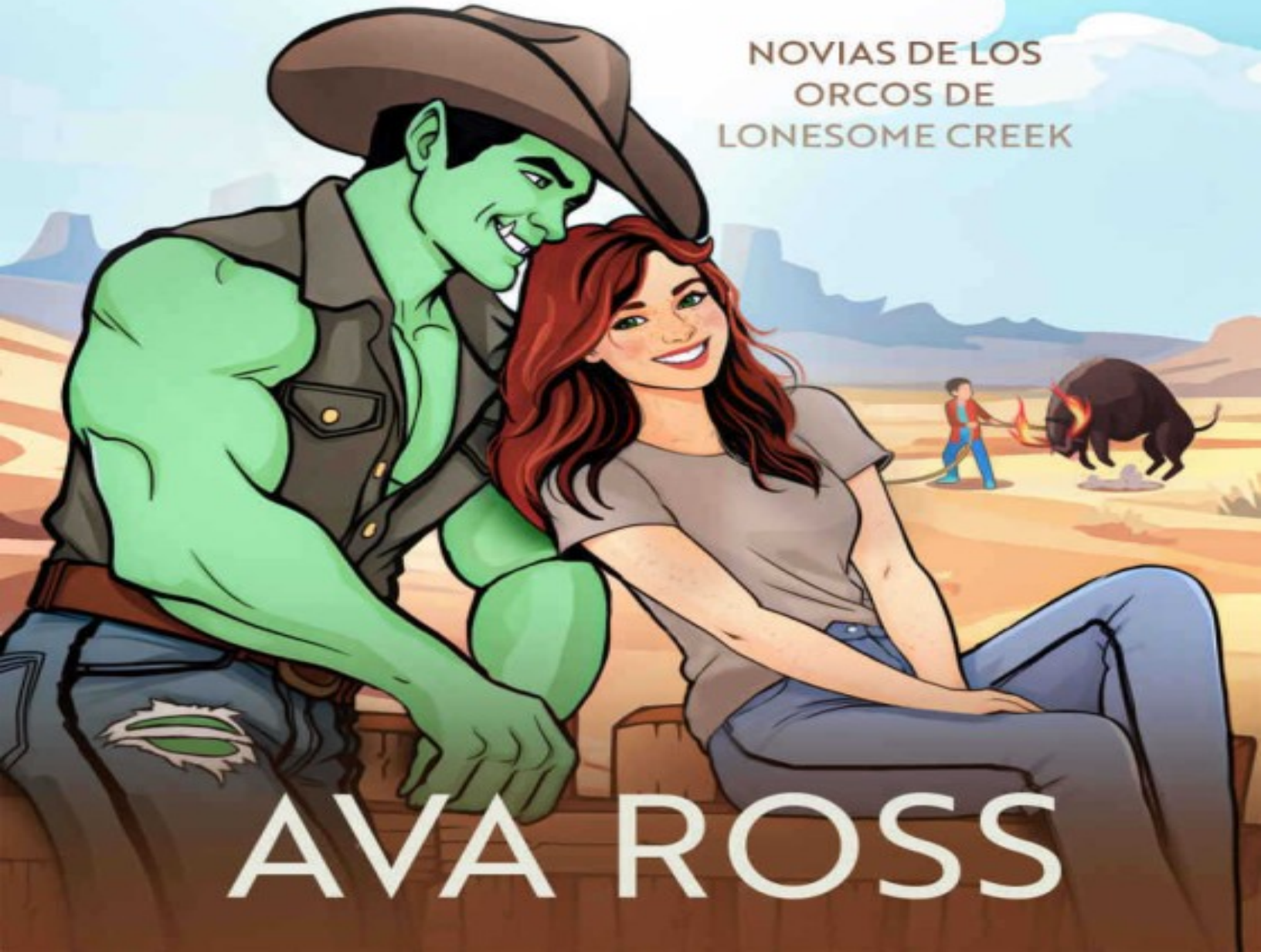
EL DESBOCADO

Vaquero Orco

NOVIAS DE LOS ORCOS DE LONESOME CREEK



AVA ROSS

EL DESBOCADO VAQUERO ORCO

NOVIAS DE LOS ORCOS DE LONESOME CREEK, LIBRO 5

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS, LLC

EL DESBOCADO VAQUERO ORCO

Novias de los Orcos de Lonesome Creek, Libro 5

Copyright © 2025 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, salvo el uso de breves citas con autorización previa. Los nombres, personajes, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Diseño de Portada: EDH Graphics

Edición: JA Wren & Owl Eyes Proof & Edits

Traducir: Jorge López de Lérida

ÍNDICE

El Desbocado Vaquero Orco

1. Holly
2. Sel
3. Holly
4. Holly
5. Sel
6. Holly
7. Sel
8. Holly
9. Sel
10. Holly
11. Sel
12. Holly
13. Sel
14. Holly
15. Sel
16. Holly
17. Sel
18. Holly
19. Holly
20. Sel
21. Holly
22. Sel
23. Holly
24. Sel
25. Holly
26. Sel
27. Holly
28. Sel
29. Holly
30. Sel

31. Holly
32. Sel
33. Holly
34. Sel
35. Holly

Acerca del Autor

Para quienes no tendrían problema en ser arrojados por la parte trasera de un sorhox, quedar inmovilizados contra una bala de heno o recibir besos hasta quedarse sin aliento por un orco gruñón con sombrero de vaquero.

EL DESBOCADO VAQUERO ORCO

Creí que había terminado con el romance, hasta que un vaquero orco solitario, con delantal, me ofrece un para siempre.

Holly: Empezar de nuevo en una panadería de un pueblo turístico del Salvaje Oeste orco no era mi plan, pero por mi hijo Max, de doce años, haría casi cualquier cosa. Él necesita estabilidad, y quizá incluso una figura paterna, aunque probablemente no lo admita. Sel, el orco grande y amable, con brazos como troncos y unas manos sorprendentemente delicadas con el batidor, despierta algo en mí que creía enterrado. Todavía estamos sanando, todavía aprendiendo a respirar otra vez. Dejar entrar a Sel podría romper la frágil paz que tanto me ha costado construir. Pero cuando mira a Max como si ya fuera suyo y a mí como si le hubiera regalado la luna, ¿cómo se supone que me aleje? Tal vez arriesgar mi corazón sea la única forma de encontrar, por fin, un hogar.

Sel: Dirigir una panadería y entrenar sorhoxes en Lonesome Creek mantiene mis manos ocupadas y mi corazón herido en silencio. Pero entonces llega Holly, con una mirada cautelosa, una risa que he anhelado oír toda mi vida y un hijo que me mira como si yo importara. No pensaba llegar a sentir nada. Desde luego, no pensaba permitirme tener esperanzas. Pero ahora me imagino mañanas llenas de risas, desayunos compartidos y quizá incluso un

futuro que no sea solo trabajo y soledad. Dejarlos entrar significa reescribir todo lo que creía haber aceptado. Pero tal vez ya sea hora. Tal vez a este vaquero orco solitario aún le quede un último viaje hacia algo más dulce que los pasteles: el amor.

El Desbocado Vaquero Orco es el Libro 5 de la serie Novias de los Orcos de Lonesome Creek. Un romance monstruoso acogedor que incluye almas destinadas, mucho anhelo contenido, vibra de "tócala y cae rendido", calor sensual y picante, además de cortejo orco y el recurso narrativo de él se enamora primero. Espere diferencia de tamaño, un héroe torpe y dulce tipo rollo de canela, travesuras adorables y un nuevo y acogedor mundo contemporáneo de orcos.

Advertencias de contenido: referencias a abuso pasado (no mostradas en escena), temor a dicho abuso, relación abusiva previa y amenazas físicas.

CAPÍTULO UNO

HOLLY

La luz de la mañana calentaba el borde de la encimera de la cocina mientras deslizaba el último panqueque en un plato. El aroma a manteca y masa dulce flotaba en el aire. Mi hijo de doce años, Max, estaba sentado en la isla de la cocina, mordiéndose el labio inferior mientras leía su libro de la biblioteca. Sus piernas se balanceaban de un lado a otro, de un lado a otro, y sus pies en medias golpeaban la estructura.

—Y entonces la bestia de la montaña rugió tan fuerte —leyó en voz baja— que su grito hizo añicos el vidrio de todas las ventanas del castillo del rey.

Deslicé el plato de panqueques frente a él.

—Bueno, esperemos que los sorhoxes no hagan eso cuando lleguemos a Lonesome Creek.

Levantó la vista.

—¿Sorhoxes? ¿Qué es un sorhox?

—Ganado orco. Caballos. Tal vez. —Volví a la encimera y me serví café en la taza, le agregué un chorrito de leche y regresé a la isla para sentarme a su lado—. No estoy del todo segura de qué son, pero pronto lo averiguaremos. Leí que son más grandes que los caballos. Verdes. Con colas que pueden tumbar un árbol si se ponen gruñones.

Max asintió, pensativo.

—Como un dragón, entonces. Suena genial.

Por favor, no un dragón.

—También suenan como algo que podría devorarse a un chico como tú si no se come sus panqueques.

Eso le sacó una sonrisa. Dejó el libro a un lado, pinchó un bocado y se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz. Su pelo castaño y despeinado se rizaba en las puntas, y me di cuenta de que necesitaba un corte. Otra vez. Mi niño estaba creciendo en todos los sentidos y tan rápido que temía perdérmelo si parpadeaba. Estiré la mano para alisarle el pelo, pero se apartó y siguió masticando. Al menos ya no se apartaba con un sobresalto.

Yo sí lo hacía con casi todo el mundo, menos con él, pero eso era de esperarse.

—¿De verdad vamos a vivir cerca de orcos? —preguntó entre bocado y bocado.

—Creo que sí. Si acepto el trabajo. —Todavía no me decidía.

—Todavía no puedo creer que haya orcos aquí. Los únicos que conozco son los de *El Señor de los Anillos*, y son malos.

—No creo que estos orcos lo sean. —La realidad solía ser muy distinta de la ficción, aunque no siempre para bien.

Hacía unos años, los orcos habían emergido de la tierra y la gente entró en pánico. ¿Quién no lo haría al ver a un orco de casi dos metros paseando por la ciudad? Por suerte, nadie sacó armas ni los atacó. Era difícil saber quién habría ganado una pelea contra alguien así. Eran enormes: musculosos, con colmillos y aterradores a primera vista. Incluso las hembras parecían capaces de cargar un camión. Sin embargo, no habían venido a nuestro mundo a luchar.

Por lo que había leído en internet, un orco se había aventurado mucho más allá de sus cavernas subterráneas y había salido a la superficie por una cueva. Después de espiar a la gente y mirar boquiabierto, volvió a esconderse bajo tierra y compartió lo que había visto con el rey orco. El rey envió emisarios y luego se firmaron tratados. Ahora los orcos vivían entre nosotros, trabajaban, compraban en el supermercado e incluso salían con humanos. Ya se habían formado algunas parejas y existían niños mitad orcos, mitad

humanos. Increíble. Yo todavía no había conocido a un orco en persona, pero parecía que pronto lo haría si aceptaba el trabajo que me habían ofrecido.

Mi teléfono vibró sobre la encimera, pero no lo atendí. Que fuera al buzón de voz. Ese momento era para Max, que pronto tenía que irse a la escuela.

—¿No vas a atender? —preguntó Max, con el dedo detenido sobre la página. Estaba comiendo, así que no podía reprocharle que leyera al mismo tiempo.

—Después. —Unté manteca en mis panqueques, ansiosa por dar el primer bocado.

Alzó una ceja.

—Si es Nancy, va a pensar que la estás ignorando. —Sonrió con jarabe en el labio superior—. Tal vez nos llame para decirnos que nos mandó más medias tejidas.

—Amenaza cruel —murmuré.

Mi mejor amiga había conocido a "el indicado" en internet un año antes y se había mudado a California para reunirse con él, dejando un hueco enorme en mi corazón. Estaba feliz por ella, pero vivir en un departamento y trabajar largas horas como cocinera en un diner de Boston no me dejaba mucho tiempo para hacer nuevos amigos. Nancy se había aficionado al tejido y, después de enviarnos a cada uno un suéter, empezó a mandar medias. Sinceramente, a mí me parecían geniales. Bien abrigadas.

A mi hijo no le impresionaban tanto.

Max pinchó otro bocado de panqueque y se lo llevó a la boca. Se lo metió entero y habló con la boca llena.

—Eh, em… ¿Un lugar como Lonesome Creek tendría, no sé… vaqueros?

Asentí.

—De verdad. Con sombreros, botas, espuelas y todo eso.

Bajó la voz.

—¿Incluso vaqueros *orcos*?

Sonreí.

—Sobre todo vaqueros orcos.

Se le iluminaron los ojos.

—Genial.

Afortunadamente estaba entusiasmado, porque llevábamos hablando de mudarnos a Lonesome Creek desde que me ofrecieron un trabajo en la panadería del pueblo. Necesitábamos huir pronto, y Lonesome Creek era tan buen lugar como cualquier otro. Mientras desapareciéramos, nada más importaba.

Di un sorbo a mi café.

—Come —le dije—. El colectivo va a llegar pronto.

Max se metió otro bocado en la boca.

—Los panqueques son comida mágica. Apuesto a que hasta a los sorhoxes les gustan.

No tenía idea de lo cerca que estábamos de necesitar magia de verdad.

Cuando terminó y fue al baño a lavarse los dientes, agarré el teléfono y vi que había un mensaje. Frunciendo el ceño, apreté reproducir. Una voz robótica crepitó desde el parlante:

—Este mensaje es del Sistema de Notificación de Reclusos del Departamento de Correcciones.

Mi mano se cerró con fuerza alrededor del teléfono mientras miraba el vapor del café elevarse de la taza.

—Melvin Carver ha sido liberado bajo libertad condicional anticipada con vigencia a partir de esta mañana, basándose en buena conducta institucional.

El mundo se encogió. Estaba libre. Dejé de respirar.

La voz se apagó. ¿Eso era todo? ¿Arruinarme la vida entera con solo unas líneas y ni siquiera despedirse? Malditos.

Las rodillas me temblaron, y apenas logré no caerme de la silla. Quise acurrucarme hecha un ovillo detrás de la mesada y llorar en silencio, algo que ya había hecho demasiadas veces en el pasado.

Cuando Melvin saliera, había prometido que nos encontraría. Prometido que terminaría lo que había empezado.

Con los ojos ardiéndome, me obligué a respirar despacio. A soltar el aire. No era como si no hubiera sabido que esto iba a pasar. Solo creí que tendría un poco más de tiempo.

¿Buena conducta? Sí, claro. Como si yo fuera a creer eso. Si algo sabía hacer Melvin era actuar. A mí me había engañado a la

perfección.

Teníamos que mudarnos. Ya.

Tiré el resto del café por el fregadero y enjuagué la taza de manera automática, como si eso importara. La iba a abandonar, igual que casi todo lo demás en ese departamento. Estar siempre lista para huir te enseñaba a no aferrarte a las cosas. Lo único realmente valioso era mi bolso de escape, nuestras identificaciones falsas y el dinero. Cosas que podían agarrarse en un segundo y llevarse a una nueva vida.

La ventana de la cocina chirrió cuando la empujé para abrirla. Mi departamento en la esquina, en un viejo edificio de ladrillos frente a una lavandería y una tienda de té, daba a la calle.

Unos pisos más abajo, la gente caminaba a paso rápido por la vereda, la mayoría con ropa de oficina; sus zapatos repiqueteaban contra el pavimento mientras hablaban por teléfono y se apuraban para llegar al trabajo. Algunos chicos esperaban el colectivo, y normalmente Max estaría con ellos; yo rondando cerca (¡no tan cerca, mamá!), hasta que el colectivo llegara y él estuviera sentado a salvo adentro.

Estaba por cerrar la ventana cuando lo *vi*.

Apoyado contra el poste de luz frente a la tienda de té. Con las manos en los bolsillos. El humo del cigarrillo enroscándose alrededor de su cabeza como niebla.

No se movía. Observaba este mismo edificio.

¿Me estaba viendo?

Tomé aire de golpe y me aparté, asegurándome de que la cabeza quedara detrás de la cortina.

Se me revolvió el estómago. No podía distinguirle los rasgos, pero mi cuerpo lo recordó antes que mi mente: la forma en que se paraba, la manera en que alzaba el mentón como advertencia antes de estallar.

Me agaché y cerré la ventana con las manos temblorosas.

Ya era más que hora de movernos. Rápido.

Envié un mensaje rápido aceptando el trabajo en Lonesome Creek y avisándole al dueño de la panadería, Sel Bronish, que estaría allí en unos pocos días.

Corrí a mi habitación, frente a la de Max, y saqué nuestras bolsas de debajo de la cama, ya preparadas desde la última audiencia. Ropa. Los libros favoritos de Max. Anteojos de repuesto. Tarjetas de cumpleaños viejas y dibujos de cuando recién había empezado la escuela. Cosas preciosas, como la carpeta de emergencia con los papeles. Carnets de vacunación. Actas de nacimiento. Tarjetas del seguro social. Pasaportes.

Identificaciones falsas.

En la cocina, dejé las bolsas junto a la puerta y di la vuelta a la isla para abrir el tarro de la harina. Saqué el dinero que había ahorrado durante años y me lo guardé en el bolsillo.

Max salió del baño leyendo su libro mientras avanzaba a tropezones por el pasillo. Los anteojos le quedaban torcidos sobre la nariz.

—Estoy casi listo para irnos.

—Hoy no vas a la escuela —le dije, sacando su buzo con capucha del perchero junto a la puerta y tendiéndoselo.

Parpadeó, frunciendo el ceño al ver las bolsas, y luego buscó mis ojos; un miedo repentino floreció en el fondo de su mirada.

—¿Salió?

Recordaba demasiado. Mi pobre hijo, que solo debería estar pensando en las cosas buenas de la vida.

Los gritos. El golpe sordo de mi cuerpo contra el piso. Los gruñidos guturales de Melvin.

Los hombros de Max se enderezaron, los pies firmes sobre el piso de linóleo.

—¿Nos vamos ahora? ¿Estamos huyendo?

No había pánico en su voz. Solo calma. Preparado. Como lo habíamos practicado.

Me acerqué y le acomodé los anteojos, asintiendo una sola vez.

—Sí. Hoy es el día.

Inhaló, sostuvo el aire un segundo y luego lo soltó. Quise llorar. No porque estuviera entrando en pánico, sino porque no lo estaba. Mi hijo de doce años llevaba esperando y temiendo este momento tanto como yo.

Miró hacia la puerta.

—¿Escalera de atrás?

—Sí.

Levanté las bolsas.

Él tomó una.

—Yo las llevo.

Ah. Sí. Ya no era un nene. Con su metro setenta de altura, ya tan alto como yo, a veces se me olvidaba que no era aquel chico pequeño de mirada atormentada que casi no reía. La tristeza había desaparecido de sus ojos hacía unos años, y me dolió verla asomar otra vez.

Pronto. Escaparíamos a un lugar donde Melvin nunca nos encontraría, y esta vez, nuestro nuevo comienzo sería para siempre.

—Vuelvo enseguida.—Corrió a su pequeño dormitorio; las zapatillas resonaron contra la alfombra del pasillo, y regresó con algunos libros más y su viejo osito de peluche, gastado, una de las pocas cosas que conservaba de antes. Se le sonrojaron las mejillas cuando lo metió en la mochila y volvió a cerrarla con el cierre. Al enderezarse, su mirada solemne se cruzó con la mía. —Estoy listo.

Abrí la puerta principal lo justo para asomarme al pasillo. Vacío. El edificio siempre estaba tranquilo a esa hora del día, y no se oía nada desde la escalera.

Nos movimos rápido.

Un piso arriba. Subimos los escalones despacio y pegados al costado para que no crujieran. Arriba, abrimos la puerta de la escalera de incendios. Tras asegurarnos de que el callejón estaba vacío abajo, empezamos a bajar. Nuestras zapatillas resonaron en los peldaños metálicos, aunque hicimos todo lo posible por permanecer en silencio. Al llegar al fondo, nos apoyamos contra el muro de ladrillos y volvimos a examinar la zona: vacía, salvo por una caja de madera volcada y una paloma picoteando algo cerca del contenedor.

Salimos por el callejón y trotamos a medias las siete cuadras hasta la terminal de buses. Ventanas manchadas. Dentro olía a papas fritas rancias y lavandina. La ventanilla no aceptaba tarjetas, lo cual estaba bien porque no me atrevía a usar ninguna. Pagaría todo en efectivo.

Entregué mi identificación falsa con una sonrisa todavía más falsa. La mujer la examinó antes de devolverla junto con nuestros pasajes.

Boston a Hartford. Hartford a Filadelfia. Bus nocturno de Filadelfia a Kansas City. Luego un último tramo en tren hasta un pueblito perdido al borde de la nada, donde una diligencia, tirada por una vaca orca, nada menos, nos llevaría el resto del camino hasta Lonesome Creek.

Subimos al bus y tomamos asiento en la parte trasera, en silencio, con la cabeza baja, sin asomarnos por la ventana. Max no se quejó ni dijo una palabra. Ni siquiera cuando el bus dio un sacudón y la bolsa de alguien se cayó del portaequipajes, aterrizando con un golpe a los pies de él; apenas hizo una mueca y volvió a su lectura. Escapando a un mundo donde la gente tenía honor y las cosas malas morían.

En cada transbordo, nos mantenía en movimiento. Max se quedaba a mi lado. Cuando descansábamos, dormía hecho un ovillo dentro de su buzo con capucha, la cabeza apoyada en mi hombro.

Yo me quedaba despierta. Por si acaso.

Tres días. Cuatro terminales. Dos moteles sórdidos que aceptaban efectivo. Usé mi nombre falso cada vez, por si a alguien se le ocurría comprobarlo. Para cuando nos acomodamos en nuestros asientos dentro de la diligencia rumbo a Lonesome Creek, la que tiraba una bestia del tamaño de una minivan, con cuernos curvados, pezuñas con garras e incluso colmillos, apenas podía mantener los ojos abiertos, mucho menos quedarme boquiabierta ante la criatura.

—Guau—dijo Max, mirando al sorhox.—Es grande. Verde. Y esos cuernos. —Casi sonaba entusiasmado, y apostaría a que si el orco, ¡un orco de verdad, carajo!, le ofrecía dejarle acariciar a la criatura, incluso montarla, mi hijo se lanzaría de cabeza.

Sus ojos eran grandes y demasiado inteligentes cuando me miraron. Aterradores y, aun así, de algún modo majestuosos.

—¿No me va a comer, no? —preguntó Max en un susurro a medias.

—No. —Lo vi parpadear despacio y empujar con el hocico al orco que ajustaba el arnés.—No, a menos que te olvides de decir gracias.

Eso me ganó una sonrisa.

El conductor, un orco igual de verde, enorme, de ojos oscuros, vestido con botas vaqueras y un chaleco de cuero, solo nos dedicó un gruñido y un gesto de cabeza cuando me identifiqué. Subimos al vehículo chirriante que parecía salido a los tumbos del Lejano Oeste del siglo XIX, aunque por dentro era demasiado moderno para ser una restauración. Al menos los asientos eran cómodos, y éramos los únicos a bordo.

El orco subió nuestras bolsas al techo con facilidad y luego le dio a Max una mirada de arriba abajo.

—Te va a gustar Lonesome Creek, pequeño.

—¿Pequeño? —Max parpadeó y luego asintió. —Eso espero.

No me permití respirar hondo hasta que la diligencia empezó a moverse.

Viajamos en silencio. El cielo se volvió dorado, perfilando las montañas a lo lejos, azul grisáceas y dentadas, la más alta con un toque de blanco en la cima. Cuando dejamos la carretera principal, árboles señoriales flanquearon el sendero de tierra y aves planearon en largas y perezosas técnicas sobre nosotros.

Max apoyó la mejilla contra la ventana, absorbiéndolo todo. —Esto es genial. Mira toda esa hierba alta. ¡Los árboles!

Se sentía como si estuviéramos saliendo del mundo que conocía y entrando en un lugar que solo existía en los cuentos.

Al doblar la última curva del sendero, vi el pueblo por primera vez. Lonesome Creek estaba encajado en el centro de un valle amplio, con una calle principal de fachadas que me recordaban a una vieja película del Oeste. Fachadas falsas, así se llamaban. El salón incluso tenía puertas rojas batientes. Detrás de un gran granero rojo se alzaba una torre de agua, pintada con un cráneo de orco luciendo un sombrero vaquero de ala ancha.

Alguien tocaba un banjo a lo lejos, o quizá la música estaba puesta por altavoces, lo cual era posible, ya que aquello era un destino turístico.

Humanos vestidos con ropa del Oeste paseaban por la pasarela de madera frente a la calle principal; algunos se detenían a mirar por los ventanales relucientes, otros entraban a los edificios. Unos cuantos abrían la puerta del edificio marcado Cárcel y pasaban.

Este lugar iba a atraer multitudes, y por un momento eso me hizo temblar por dentro. ¿En qué estaba pensando? Podría haberme escondido en un pueblito adormecido en medio de la nada, pero en cambio había aceptado un trabajo en un sitio del que seguro se hablaba en redes sociales. La atención atraería a la prensa. La prensa sacaría fotos. Y las fotos aparecerían en la tele y en internet.

Melvin podría verlas.

Lo que significaba que necesitaba encontrar una nueva forma de esconderme. Tal vez podría comprarme un sombrero en la tienda general y usarlo todo el tiempo. Adoraba mi largo cabello rubio fresa, pero ondearía como una bandera en la foto de cualquier desconocido. Lo llevaría recogido siempre.

La diligencia se detuvo frente al salón, levantando remolinos de polvo a nuestro alrededor hasta que el viento los atrapó y se los llevó. Hacía tanto calor que el sudor se me acumuló en la base de la espalda y detrás de las rodillas.

Max abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Huele a azúcar.

Parpadeé, saboreándolo también: levadura y harina en la brisa. Cualquier buen chef tenía ese olor grabado en los huesos, y yo era una chef excelente.

El orco conductor saltó al suelo. Mientras bajaba nuestras bolsas del techo, Max y yo descendimos de la diligencia y nos quedamos en las sombras, observando alrededor.

Max no dijo que tuviera miedo, así que yo tampoco dije que lo tenía. Aun así, repasé los edificios con la mirada. Ventanas, azoteas, una llanura abierta con bosques y montañas más allá. Si Melvin aparecía aquí, no le costaría nada dejar esta nueva vida tan desnuda como la anterior. ¿Había sido una necia al elegir Lonesome Creek para esconderme?

El orco nos dedicó un gruñido y señaló con la cabeza el edificio con el cartel de la panadería que decía Sweet on the Range.

—Voy a avisarle a Sel que ya están aquí. —Se dio la vuelta y se alejó a zancadas, las botas retumbando sobre la pasarela. Sus colmillos atraparon la luz antes de desaparecer dentro de la panadería. Max se quedó cerca, estirando el cuello mientras seguía al orco con la mirada.

—Es enorme —susurró Max—. ¿Creés que todos los orcos son así de grandes?

—Probablemente.

El calor seguía suspendido en el aire cuando me acomodé la bolsa más arriba en el hombro. Max sostuvo la suya.

Pasó un minuto. Tal vez dos. Entonces la puerta de la panadería chirrió al abrirse y alguien salió detrás del conductor. Otro orco, aunque eso ya lo sabía. Avanzó despacio al aparecer, limpiándose la harina de las manos en un delantal blanco. Su rostro parecía tranquilo, casi ilegible, pero sus ojos se clavaron directamente en mí y no se apartaron.

Tan grande como el orco conductor, el pecho musculoso de Sel tensaba su camiseta negra descolorida. Me fijé en sus hombros anchos. Piel de un verde apagado y ojos oscuros que no desviaron la mirada ni por un segundo. No sonreía en absoluto, pero algo se tensó en su mandíbula, como si apretara los dientes.

No pude moverme.

No parecía peligroso de una manera evidente, pero no sabía qué significaba su silencio. El silencio alguna vez había sido la calma antes de que cayera un golpe. Mi corazón lo recordó antes que mi cabeza. No estiré la mano hacia Max, pero calculé la distancia entre nosotros y qué tan rápido podría cubrirla si hacía falta.

Mientras el conductor caminaba hacia el otro lado del sorhox, ajustando algo en las correas que lo sujetaban a la diligencia, Sel avanzó, bajó de la pasarela y cruzó directamente hasta plantarse frente a nosotros.

—¿Tú eres Holly? —Tenía una voz profunda. Baja. Áspera como grava, pero no desagradable.

Abrí la boca, pero no me salieron las palabras. Era mi nombre verdadero, pero mi mente todavía tamizaba alias, comprobando qué identidad se suponía que debía usar mientras estaba parada en ese

camino de tierra, en un pueblo del Oeste falso para turistas. Tenía que recordar si era un nombre lo bastante seguro para decir en voz alta.

Parpadeó.

—Soy Sel. ¿Aceptaste el trabajo de panadera? —Se le oscurecieron las mejillas y se rascó la nuca.

Max se acercó y me dio un codazo en las costillas.

Me temblaron los dedos y asentí una sola vez.

—Sí. Holly Engle. Ese es mi nombre. Y este es mi hijo, Max. Max Engle. —Le había dado mi apellido, no el de Melvin.

Sel le dedicó a Max una mirada breve, más curiosa que juzgadora, antes de quitarnos las bolsas de las manos.

Casi protesté. No era que no quisiera ayuda. Sí la quería, de la persona correcta. Pero que él las sostuviera me hizo sentir desprevenida. Como si, si alguien se lanzaba hacia mí, necesitara agarrar nuestras cosas antes de salir corriendo, y ahora ya no estaban en mi poder.

—Sígueme —dijo—. Te voy a mostrar el hotel.

Max y yo compartimos una mirada que era una parte nervios y dos partes esperanza antes de seguirlo.

Que este sea el lugar. Por favor. No más cerraduras en la puerta del baño ni historias ensayadas para la orientadora de la escuela. Solo harina y sol y mañanas que huelen a pan.

Que desaparezcamos acá de la manera correcta, viviendo en lugar de teniendo miedo.

CAPÍTULO DOS

SEL

Me siguieron hasta subir a la pasarela de madera y avanzar por ella en dirección al salón.

Holly Engle. Pequeña, aunque yo encontraba diminutos a todos los humanos. Cabello color atardecer. Ojos marrones afilados como piedra. Hombros rígidos. Las manos tensas a los costados. No, no solo tensas. Cerradas, como si estuviera a medio segundo de alzarlas frente al chico. No para detener algo, sino para recibir lo que viniera. Como si ya lo hubiera hecho antes.

¿Qué les había pasado en el pasado?

El youngling caminaba con ella, los ojos muy abiertos, absorbiendo todo a su alrededor. Un *chico*. Tenía que recordar el término correcto. Los humanos no llamaban younglings a sus hijos como nosotros.

Chico no aparecía en su mensaje.

Había releído su texto dos veces después de recibirlo: «Acepto la oferta. Estaré allí en unos días. —Holly». Ni una palabra de «y mi hijo también».

No nombrarlo parecía un escudo.

¿Había escrito ese mensaje con alguien leyendo por encima de su hombro?

El estómago se me encogió al pensarlo.

Max se mantenía rígido, aunque no percibí miedo. Era delgado, puro codo y rodillas. Sostenía un libro en la mano mientras observaba la calle. A los turistas demasiado llamativos. Incluso a los sorhox que arrastraban sus pezuñas con garras cerca. Gafas demasiado grandes para su cara. Se parecía a ella. La misma mirada. La misma forma de permanecer callado que resultaba más ruidosa que hablar, aunque no sabía cómo podía saber todo eso con una interacción tan breve.

Me detuve en la pasarela para dejar pasar a un grupo de turistas, inclinando el sombrero como nos había enseñado mi hermano mayor, Dungar. Decía que a los turistas les encantaban esos gestos de vaquero antiguo, y nosotros queríamos que nuestros visitantes estuvieran contentos.

Holly y Max caminaron a mi lado, pegados a la pared del edificio, observándolo todo con ojos muy abiertos. Max alzó el mentón hacia mí, en un desafío o tal vez una pregunta. Fuera lo que fuera, aparté la mirada primero. Guardé mis pensamientos en el espacio detrás del pecho y cerré la puerta. *Eso no es para ti, Sel.*

—Dentro de un rato se va a despejar —dije, mirando de reojo a Holly—. Por cierto, soy tu nuevo jefe.

Era una tontería decirlo cuando ella debía saberlo. Ya me había presentado.

—Sí, eso está bien. Estamos… contentos de estar aquí, ¿verdad, Max?

Le pasó el brazo por la espalda, y el orgullo en sus ojos al mirarlo me golpeó el estómago como una pezuña bien puesta de sorhox, dejándome sin aire. Tragué como pude, pese al silbido en el pecho.

Max siguió mirándome sin decir nada.

El grupo grande pasó y les hice un gesto con la cabeza antes de reanudar la marcha.

—Tu habitación está dentro del salón. En el segundo piso. Una sola habitación.

Eso podía ser un problema.

Apreté más el agarre de sus bolsas. Me siguieron, sus pasos justo detrás de los míos. Oí el roce de la tela, luego un tropiezo en el paso de Max. Ella lo había acercado, como si el roce de los turistas

no fuera solo molesto, sino una amenaza. Miré por encima del hombro. Su codo rozaba el brazo de él y mantenía la mano preparada, una preparación que no nacía de los nervios, sino de la costumbre.

Estaba reuniendo muchas pistas a partir de interacciones mínimas, pero aún no sabía qué significaban todas.

Pasamos junto a más turistas por la pasarela, ruidosos y riendo. Gente de ciudad con vestidos de pradera recién comprados, chalecos de vaquero y botas rígidas con espuelas que jamás habían pisado un sendero real. Las espuelas tintineaban sobre las tablas, y habría apostado cualquier cosa a que creían estar protagonizando una imagen para streaming. Una *película*. Ese era el término correcto.

Yo horneaba pan. Pasteles. Galletas. Tartas para el restaurante a mitad de la calle. No salía mucho. No hablaba mucho. No interactuaba demasiado con humanos fuera de la panadería.

Cuando abrí la puerta batiente correcta del salón y esperé a que Holly y Max entraran, una niña se detuvo en la pasarela y me señaló.

—Mamá, mira. Es un orco de verdad.

La mujer rio.

—Claro que sí, cariño. ¡Sácale una foto!

Sonreí con educación mientras lo hacía, y luego seguí a Holly y Max hacia el interior.

El Saloon Red Fang estaba luminoso y lleno de ruido. Los turistas bebían cerveza de raíz y cerveza normal en jarras auténticas y con marca. La barra se extendía a lo largo de la pared derecha; hoy estaba a cargo de mi hermano, Ostor. Saludó con la mano cuando entramos. Detrás de él, una pequeña puerta de cocina permanecía abierta. El lugar olía a ashenbird asado y cragroot frito, los especiales del menú de hoy.

Cuando lo construimos, colocamos la escalera contra la pared trasera izquierda, curvándose hacia el segundo y tercer piso. Me mantuve cerca de la pared mientras guiaba el camino, asegurándome de ir despacio. Me siguieron por la amplia escalera y hasta el largo pasillo alfombrado, vacío por ahora.

En el tercer piso los llevé hasta el fondo, hasta su habitación.

—No sabía que venías con un youngling… un *chico* —mantuve la vista fija en el picaporte en lugar de mirarla—. Ahora mismo solo tenemos una habitación disponible.

Holly se movió, apartándose el cabello color atardecer del rostro. Su mano se quedó cerca del hombro de Max.

—Está bien —dijo demasiado rápido.

Una mirada pasó entre ellos. Su expresión siguió tensa. Protectora.

La de él era de alivio, aunque no sabía por qué.

Ver su interacción me provocó cosas. No cosas malas, pero tampoco buenas. En realidad, no sabía definirlas.

Max volvió a mirarme, los ojos marrones intensos tras las gafas. Como si no hubiera tenido muchas oportunidades de admirar cosas en su corta vida y ahora algo en mí hubiera captado su atención. No sabía qué hacer con una mirada así, una que me contemplaba como si yo sostuviera esperanza en mis grandes manos.

—De acuerdo.

Abrí la puerta.

Con solo echar un vistazo dentro, solté una maldición en voz baja, aunque no me sorprendió. Una cama tamaño orco con una colcha blanca y dos almohadas. Nada de sofá; solo una silla junto a un escritorio bajo la ventana.

—Solo hay una cama —dije—. Eso no sirve.

¿Pero qué serviría? Desde que abrimos, habíamos estado completos.

—Estará bien —dijo Holly, pasando a mi lado sin tocarme. Juraría que hacía todo lo posible por evitar acercarse.

Dejé sus bolsas en el suelo, junto a la pared. Ligeras. Más ligeras de lo que deberían para personas que se mudaban a un pueblo nuevo. Solo chaquetas entre ambas. Nada para el frío, a menos que estuviera dentro. Sospeché que no había empacado como alguien que planea quedarse, sino como alguien que necesita desaparecer.

No era asunto mío. No había necesidad de hacer preguntas que pudieran arrancar respuestas que no me correspondían. Aun así, algo en la forma en que se colocaba delante de su hijo, en cómo se interponía sutilmente entre él y yo, me anudó algo muy hondo. Casi

parecía llevar el dolor puesto, como un abrigo que aún no se había quitado.

Otro pensamiento extraño por mi parte.

En cuanto a la habitación, quería decirle que haría otros arreglos, aunque no sabía qué podía ofrecer. Solo por una cancelación de último momento estaba libre ese cuarto.

Pero me preocupaba que, si le decía que eso no era adecuado para ella y su hijo, saliera corriendo.

No tenía idea de por qué pensaba que huiría.

—Eh… puedo hacer que les suban algo de comer, si quieres —dije, retrocediendo hacia el pasillo.

—Gracias, pero no te molestes. PB&J estará bien. Algo fácil y… barato.

No sabía qué era PB&J.

—Aquí servimos sobre todo platos orcos. Parte del atractivo es combinar comida y criaturas orcas con el Lejano Oeste humano.

—Cualquier cosa sirve.

Ni siquiera levantó la vista; mantuvo la mirada fija en el suelo.

Max me dedicó una sonrisa débil.

—Gracias.

—De nada —dije. Frunciendo el ceño, cerré la puerta. Luego bajé las escaleras y, en lugar de pedirle al cocinero que preparara algo y lo enviara a su habitación, preparé yo mismo la comida: una mezcla de todo lo que teníamos disponible en la cámara frigorífica. Añadí raciones extra, porque Max parecía un joven en pleno crecimiento y, si era algo como yo a su edad, comería el triple de lo que le sirviera a su madre. Subí la bandeja por las escaleras y golpeé la puerta con el codo.

—¿Quién es? —el pánico en la voz de Holly me dio ganas de desenvainar una espada y empezar a repartir tajos. Plantarme delante de ella y rugirle al mundo. Hacer cualquier cosa para protegerla a ella y a su hijo.

La idea me inquietó de una manera nada agradable, aunque no estaba seguro de que pudiera hacer algo al respecto más allá de forzar una sonrisa y hablar a través de la puerta.

—Soy Sel. Traigo comida. ¿Puedes abrir?

—Ah, sí —su voz se suavizó—. Lo siento.

Quitó el pestillo. El cerrojo. La cadena que tintineó. Y entreabrió la puerta, asomando solo la nariz por la rendija estrecha. Max se quedó fuera de la vista, como si lo hubiera escondido en algún sitio y desafiara al mundo a encontrarlo.

—¿Estás solo?

—Claro. ¿Quién más vendría conmigo?

Abrió un poco más y extendió las manos, quitándome la bandeja sin siquiera mirar lo que llevaba. No desbloqueó los codos; los mantenía rígidos, como si no confiara en poder sostener la bandeja mucho tiempo.

Tragué saliva.

Ella estudió mi cara.

—Lo agradezco —empujó la puerta con el pie para cerrarla mientras yo me quedaba quieto, con los brazos colgando a los lados —. Gracias —dijo a través del panel cuando la puerta se cerró.

Los cerrojos hicieron clic. La cadena chirrió al deslizarse hasta su sitio.

—Eh… ¿nos vemos mañana por la mañana en la panadería? —pregunté a través de la puerta.

—Ah, sí, claro. ¿A qué hora? —respondió, con la voz amortiguada.

En realidad, no pasaría nada por volver a abrir la puerta y quizá incluso salir al pasillo. Hablar conmigo cara a cara.

¿O sí? Sospeché que ella tendría una opinión distinta a la mía.

—¿A las nueve?

—¡Claro! ¡Allí estaré!

Las nueve era tardísimo, pero era su primer día. Yo siempre empezaba temprano, aunque hacía mucho trabajo de preparación al final del día anterior para no tener que entrar como algunos panaderos a las tres de la madrugada.

Me giré y me apoyé en la pared, frotándome la cara con las palmas. Al final me despegué y volví a bajar las escaleras hasta salir a la calle principal. Un silbido hizo que mi sorhox, Zist, acudiera corriendo. Salté sobre el lomo de la bestia y le di un suave toque con los talones, dirigiéndolo hacia el lado derecho del pueblo.

Después de terminar de construir nuestra ciudad turística, levantamos pequeñas casas de campo, todas exactamente iguales, para mí y mis cinco hermanos, además de una para mi tía Inla y otra, ahora, para Lil, mi abuela, la abuela de Jessi. Todos la llamábamos la abuela Lil, incluso mi hermano Greel, la pareja de Jessi.

No podía dejar de pensar en Holly y Max y en la forma tan extraña en que se habían comportado. Aunque no conocía bien a los humanos, había tratado con suficientes como para saber que estaban asustados. Sí, esa era la palabra adecuada.

¿Qué podía hacer al respecto, suponiendo que quisiera hacer algo?

Una idea tras otra me cruzó por la cabeza.

Para cuando llegué a mi casa oscura y entré en mi pequeña cocina, ya había ideado un plan.

CAPÍTULO TRES

HOLLY

Max y yo llegamos a la panadería a las seis. Horas antes de las nueve, pero no pude resistirme. Nunca fui de quedarme holgazaneando en la cama y, si conocía bien las panaderías, Sel ya estaría trabajando duro. El cielo aún llevaba ese color amoratado y suave de antes del amanecer, y me detuve en la pasarela de madera solo para mirar. No recordaba cuándo había visto un cielo tan abierto, tan hermoso. Las ciudades solían ocultarlo todo.

Max sostenía su libro con una mano, mientras la otra revoloteaba cerca de la mía, sin llegar a tocarla. No dijo que estuviera nervioso. No hacía falta. Casi estiré la mano hacia él. Pero no quise asustar la silenciosa valentía que le había costado venir conmigo en primer lugar. Hay cosas que es mejor dejar que se acomoden solas.

Dentro de la panadería, el aroma de levadura y azúcar me envolvió. Los hornos calientes zumbaban al fondo. En el frente, una vitrina esperaba ser llenada. Flexioné los dedos dos veces antes de obligarlos a quedarse quietos.

Max se alejó unos pasos de mí, observándolo todo detrás de sus gafas.

—¿Eso es masa madre de verdad en el estante detrás de la vitrina? —preguntó en voz baja, pero llena de asombro. De ese tipo

que había echado de menos sin saberlo.

—Supongo que sí.

Sel estaba detrás del mostrador, ordenando cosas, colocando productos en la sección de pan del día anterior, alto y ancho como era, aunque en ese momento encorvado. Sus colmillos atraparon la luz cuando se enderezó y nos sonrió.

—Llegaron temprano.

—Espero que no sea un problema —me preparé, observando su rostro en busca de enojo.

Siguió siendo amable.

—No hay problema. ¿No podías dormir?

Me encogí de hombros.

Se volvió hacia un frasco sobre la mesada del fondo.

—Tienes razón, Max. Empecé a alimentar esta masa madre hace meses, poco después de llegar aquí desde el reino orco.

—Qué genial —susurró Max—. ¿Cómo es el reino?

—Diferente a esto. Tenemos ciudades construidas de forma parecida a las de ustedes. Pero no hay cielo arriba. Ni luna, ni sol, aunque los insectos que cubren los techos de las cavernas dan suficiente luz.

—Eso es increíble —Max parecía más que impresionado.

—Espero que no te moleste que haya traído a Max conmigo —dije; las palabras me salieron atropelladas. Tenía la mandíbula tensa de contener la preocupación de que frunciera el ceño, de ver ese pequeño destello que la gente ponía cuando se daba cuenta de que habías traído equipaje—. Se sentará aquí adelante. —Apoyé la mano en la espalda de Max—. Va a leer. Estará callado. Lo prometo.

Las cejas de Sel se fruncieron un poco, aunque su expresión no parecía poco amable.

—Puede visitar los establos si quiere. O sentarse en el salón con alguno de mis hermanos. No hay mucho peligro en Lonesome Creek.

Se me hundió el estómago. La idea de que Max no permaneciera en el mismo edificio que yo me dejó sin aire. No tan pronto. Tal vez nunca.

Max me miró un segundo antes de volver la vista hacia Sel.

—¿Podría quedarme aquí mejor? Me gusta estar cerca de las cocinas. —Su voz titubeó—. No voy a molestar. Lo prometo.

Sel lo miró. Me miró a mí. Su pecho bajó con un suspiro que sonó a resignación.

—De acuerdo.

Esa sola palabra me tranquilizó más de lo que quería admitir.

Mientras Max se acomodaba en una silla en la esquina del comedor vacío, Sel me condujo por la puerta vaivén de la izquierda hacia la cocina. Mesadas de acero inoxidable cubrían las paredes, con superficies lisas y brillantes. Una fila de batidoras industriales esperaba al fondo, del lado izquierdo. El aire olía a vainilla y harina.

Se puso un delantal limpio por la cabeza; ya tenía harina adherida a la camisa negra que llevaba debajo, y me tendió otro, que me puse. Era enorme, hecho para un orco, pero ajusté las tiras varias veces alrededor de la cintura y las até con un lazo. Sus brazos se flexionaron cuando ajustó los suyos; los músculos gruesos se movían bajo las mangas cortas. Sus botas de vaquero chirriaron sobre las baldosas pulidas. Noté que intentaba parecer casual, aunque sus orejas puntiagudas se movían a intervalos extraños. Tierno. Totalmente fuera de lugar en alguien tan imponente.

Con un gesto amplio, señaló la isla central.

—Aquí preparo la masa —su voz salió un poco demasiado fuerte —. Los contenedores de hojaldre están ahí. —Señaló—. Balanzas. Tazas medidoras.

Sacó un cajón grande con utensilios de cocina perfectamente ordenados.

—Y ya viste la batidora grande. Tiene un truco con la velocidad si se traba la palanca. Solo hay que darle un golpe… aquí.

Caminó hasta ella y golpeó un punto del costado.

La batidora parecía bastante nueva, lo cual tenía sentido; no debía llevar mucho tiempo en la superficie. Aunque también podría haber conseguido una usada. Últimamente muchas panaderías cerraban.

Mientras me mostraba todo, asentía con educación, sin interrumpir su explicación, aunque cada palabra estaba pensada para alguien que jamás hubiera medido harina en su vida. Tal vez

eran nervios. O quizá no sabía qué más decirme. Lo dejé seguir hablando, aunque empezaba a dolerme contener la risa. Al menos no me sentí ofendida.

Tomó una espátula pequeña para demostrar cómo glasear y ahí mi diversión se desbordó. La herramienta se veía ridícula en su mano. Era como ver a un oso pardo decorar cupcakes.

La sonrisa se me escapó antes de poder contenerla. Me lavé las manos, las sequé y luego metí la mano en el recipiente de masa preparada y saqué una pieza. La rebocé en harina y la coloqué sobre la tabla.

—¿Puedo?

Se quedó en silencio a mitad de la frase.

—Eh… claro.

Rodé una vez. Giré. Volví a rodar. Mis dedos encontraron el ritmo. Cuando corté el primer pliegue y le di forma a la concha que se convertiría en un croissant, sus ojos se fijaron en mis manos y se quedaron inmóviles.

—Ya hiciste esto antes —dijo en voz baja.

No levanté la vista.

—Unas cuantas veces.

El silencio se estiró hasta que miré de reojo. No sonreía, pero un destello de calidez brillaba en sus ojos.

—No dejo entrar a cualquiera en esta cocina —dijo tras una larga pausa. Su voz descendió, más suave pero más grave—. Pero veo que puedo confiar en ti.

Confianza. Mantuve la vista en la masa, pero la nuca se me encendió. De donde yo venía, nadie decía cosas así. Te ganabas tu lugar. Punto final.

Un rubor me cubrió la piel, como si me hubiera tocado. No debería haber permitido que su simple cumplido me afectara. Pero la forma en que lo dijo, como si importara lo suficiente como para decirlo en voz alta, provocó un vuelco en mi vientre que no pude ignorar.

Me concentré en la masa, aunque no pude evitar robarle otra mirada. La forma en que me observaba trabajar, el respeto silencioso en sus ojos… no sabía qué hacer con eso.

El frasco de harina era tan grande que tuve que ponerme de puntillas para sacar bien. Al hacerlo, el frente del delantal prestado se me pegó al pecho y dejó una nubecita blanca sobre mi hombro. No me importó. Ya estaba enamorada de este lugar.

Sel se apoyó en la mesada cercana, en silencio, con los brazos cruzados sobre su pecho ancho. Sus ojos seguían mis manos. No me molestaba que mirara. En realidad, hacía que algo dentro de mí se encogiera y se enroscara de una manera que no quería examinar demasiado.

Cuando los croissants quedaron reposando en la bandeja, empecé con una masa básica para torta de café. Le agregaría la fruta rara que había visto en un cuenco cercano, que no podían ser arándanos pese a su tono púrpura. Ningún arándano que yo conociera tenía motitas verdes en la piel.

Batí la manteca vegetal con el azúcar. Casqué los huevos y los añadí a la mezcla. Revolví hasta que la masa quedó lisa.

—Los huevos se ven distintos —dije con toda la cortesía que pude—. Son mucho más grandes.

Más grandes que mi puño, de hecho.

Y verdes.

—Huevos de chumble.

—Los chumbles deben venir del reino orco. —Él había mencionado que estaban incorporando criaturas orcas, además de platos orcos, a la vida tradicional del Lejano Oeste.

—Vienen de allí. Son rosados. —Extendió la mano a la altura de la cintura, que para mí era altura de pecho—. Más o menos así de altos. Escamas. Garras. Intenta evitarlos.

—Sin duda lo haré. —Y advertiría a Max—. Dijiste rosados, pero las yemas son verdes.

—Lo son.

Añadí el agente leudante y luego la harina, alternando con leche que saqué de la heladera, mezclándolo todo.

—¿Estás tarareando? —preguntó, con la voz tan baja que casi no se oía por encima del zumbido de los extractores del horno.

El calor me pinchó el pecho. Lo estaba haciendo, una canción que mi mamá solía tararear al hornear.

—Supongo que sí.

Sus colmillos se movieron, quizá la versión orca de una sonrisa, pero no se burló.

Empecé a incorporar la fruta del cuenco a mi lado. Cosas raras. Pequeñas, con piel acanalada que parecía que se retorcería si las tocabas mal.

—Estos no son arándanos.

—Son dartlings.

Levanté la vista.

—¿Se… lanzan?

Otro movimiento de colmillos.

—Solo si te olvidas de pelar la capa espinosa. —Al ver mi cara, añadió—. Es broma. Son dulces, muy sabrosos. Se cultivan bajo tierra. Hay que cantar para que las vainas se abran.

Solté una carcajada.

Él sonrió, pero se le borró enseguida.

—No estás bromeando —dije.

Negó con la cabeza.

—¿De verdad hay que cantar para que se abran?

—No yo. Ahora hay granjas, y se están desarrollando más para producir exportaciones.

—Eso es increíble.

—Aquí los usamos como los humanos usan las frambuesas. Prueba uno.

Con cautela, me llevé uno a la boca y gemí al sentir el sabor maravilloso que explotó en mi lengua. Dulce, como había dicho, con un dejo a cereza, aunque sutilmente distinto de una forma que no supe definir.

—Son deliciosos.

Su rostro se oscureció.

Ay, ¿se estaba sonrojando? De verdad era adorable.

—¿Estás emparejado, Sel? —No había planeado preguntarlo. Las palabras salieron solas, empujadas por una parte imprudente de mí que quería saber si el espacio a su lado ya estaba ocupado.

Sus hombros se movieron.

—No, aunque lo estuve. Murió.

Se me cortó la respiración y quise darme una patada por haber preguntado.

—Lo siento.

—Murió al intentar dar a luz a nuestro pequeño. En realidad, murieron los dos.

Debía llorarlos profundamente. El corazón se me hundió de empatía y asentí. Sabía lo que era cargar con algo que no podías soltar.

Volví la atención a la masa.

—Bueno, los dartlings van a quedar maravillosos en esta torta de café. —Una buena forma de cambiar de tema rápido.

—Sí. Así será.

Con un gruñido, se dio la vuelta para empezar a preparar algo por su cuenta. Hasta ahí llegó nuestra conversación agradable. La piel se me erizó de desazón, pero no supe cómo recuperar la facilidad que habíamos logrado.

La isla era lo bastante ancha como para trabajar uno frente al otro, pero él mezclaba a mi izquierda, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Nuestros hombros casi se tocaban.

Engrasar los moldes. Verter la masa. Alisarla donde debía ir. Por una vez, yo también. Sabía que no debía confiar en esa sensación, pero la dejé quedarse un poco, lo suficiente como para recordar después cómo se sentía.

Su brazo rozó el mío al alcanzar un cuenco y, aunque llevaba mangas largas, perdí el ritmo. Me recompuse antes de que se me cayera la cuchara, y las mejillas se me calentaron.

Él no dijo nada, pero juraría que sus orejas puntiagudas se oscurecieron.

Para tapar el momento incómodo, señalé la fila de pizarras con tiza apoyadas contra el estante detrás de nosotros.

—¿Son para la vitrina?

—Precios y nombres. A los turistas les gusta la autenticidad, así que intento etiquetar todo con nombres humanos u orcos. También por colores. El verde significa que es un producto orco.

Con cuidado, rodeé el espacio entre nosotros para mirar.

—¿Pan Trueno de Corteza Cornuda? —Parpadeé—. Suena interesante. Solo puedo imaginar a qué sabe.

—El nombre es preciso —dijo.

Reí.

—¿Quieres decir que sabe a relámpagos y a dioses malhumorados?

Su boca se curvó apenas, pero se limitó a encogerse de hombros.

Sacando bandejas de un estante cerca del horno, me detuve.

—¿Te importaría si le doy algo de comer a Max?

—Yo me encargo.

Sel cogió un plato grande y lo llenó con un poco de todo: desde dos bollos azucarados hasta algo con la parte de arriba glaseada que no reconocí, pasando por lo que podría ser una versión orca de un bagel. Sirvió agua del grifo en un vaso alto y se fue antes de que pudiera darle las gracias.

Me acerqué a hurtadillas para observar desde arriba, tras las puertas batientes, mientras Sel avanzaba hacia mi hijo. Max no se inmutó cuando Sel se detuvo a su lado. Bajó el libro a la mesa y hablaron, aunque no pude oír lo que decían. Max asintió. Tomó el plato. Se centró en la comida, pero no con esa ansiedad de tengo que comerlo rápido. Su expresión siguió tranquila. Ver lo relajado que estaba con Sel me anudó el pecho.

Sel regresó a la cocina y pasó a mi lado, donde yo estaba junto a las puertas.

—Gracias —dije.

Él asintió.

Algo en el hecho de que Max no se hubiera sobresaltado, de que no me hubiera mirado buscando aprobación, me hizo doler las costillas. Su confianza no era fruto de ninguna instrucción mía. Era algo que había elegido por sí mismo.

Con los ojos escociéndome, volví a mi trabajo.

Retomamos el ritmo. Yo mezclaba y repartía la masa de los muffins mientras él preparaba detrás de mí una tanda de pan plano, canturreando por lo bajo. La canción estaba en orco, llena de

consonantes gruesas que se suavizaban en lugares donde no lo esperaba.

La campanilla sobre la puerta principal tintineó.

Sel se quedó inmóvil.

—Todavía no estamos abiertos.

Se acercó a las dos medias puertas y se asomó al frente. Suspiró.

—Es mi tía Inla y la abuela Lil.

La forma en que lo dijo hizo que me quedara con el cucharón suspendido a medio camino entre el bol y el molde.

—¿Eso es… malo?

Si estaba inquieto, necesitaba saber por qué. Los problemas rara vez eran ruidosos. Empezaban con la familiaridad. Y mi hijo estaba ahí fuera.

Sel no respondió; solo me lanzó una mirada de esas que hacen sudar las manos antes de atravesar las puertas batientes.

Lo seguí a regañadientes.

CAPÍTULO CUATRO

HOLLY

Cuando entré en la zona delantera y me coloqué detrás de la vitrina con frontal de cristal, con lo que esperaba que no fuera una sonrisa forzada en la cara, resonaron unos pasos sobre las tablas de madera. Una orca alta, con el pelo entrecano recogido en un moño en lo alto de la cabeza, y una diminuta anciana humana cruzaron el espacio abierto como si hubieran nacido para ocuparlo. La tía Inla llevaba un vestido morado hasta el suelo, con lunares y volantes en el escote, que no lograba disimular la contundencia de su mandíbula y sus hombros orcos. Sus ojos oscuros evaluaron la vitrina antes de clavarse en mí.

La anciana humana vestía una bata de algodón floreada, cubierta, por alguna razón, de peras verdes, y un sombrero rosa de ala ancha atado tan fuerte bajo la barbilla que parecía preparada para montar un tornado. Su bastón repiqueteaba en el suelo, marcando cada paso.

Cuando se detuvo, sus ojos también se posaron en mí.

—Ajá —dijo la diminuta, que no podía ser otra que la abuela Lil, apoyando una mano en la cadera—. ¿Y quién es esta persona tan estupenda que trabaja en este encantador establecimiento?

Sel apoyó un brazo en el extremo del mostrador, a mi derecha.

—Ella es Holly Engle. ¿Holly? Esta es la abuela Lil, como quiere que todo el mundo la llame...

—Incluido tú, cariño —añadió la abuela, guiñándole un ojo.

—Y esta preciosa orca es mi tía Inla.

—Eh, tú —Inla le dio un codazo; sus orejas se oscurecieron—. Puedes llamarme Inla o tía Inla. Tú eliges.

—Holly es la nueva panadera que he contratado —dijo Sel.

Los ojos de la tía Inla se entrecerraron, aunque no de mala manera.

—Es la humana con la que te escribías mensajes.

—Esa soy yo —mi sonrisa se quedó a medio camino entre educada y por favor-no-mires-demasiado.

La abuela Lil ladeó la cabeza, alternando la mirada entre Sel y yo.

—¿Chef de galletas, eh?

—Holly puede cocinar casi cualquier cosa, en realidad —Sel se rascó la nuca—. Es increíble.

Se me subió el calor a la cara por el cumplido.

—¿Está soltera? —La pregunta estalló como un fuego artificial, directa a Sel—. Dime que está soltera. Ayer te vi más arreglado de lo normal, y ahora ya sé por qué.

Me atraganté.

—Perdón… ¿qué?

Sel carraspeó.

—Lil.

—No me vengas con "Lil" —la abuela Lil agitó el bastón hacia mí y luego lo golpeó dos veces contra el suelo—. No pretendo hablar de ti como si no estuvieras aquí, pero a veces los hombres necesitan una guía considerable. ¿No crees? —No esperó respuesta—. Sel, no puedes negar que tiene unos ojos amables. Y unas caderas perfectas para agarrar con las manos.

Sel estuvo a punto de dejar caer el paño que sostenía. Yo, de caerme al suelo.

—Eso no… acaba de empezar hoy.

—Ignora a Lil. Solo está ansiosa por emparejar a todo el mundo —Inla se inclinó hacia la vitrina, estudiando el bizcocho de café que había terminado y puesto en exposición. Leyó uno de los carteles de

pizarra apoyados detrás del mostrador y asintió—. ¿Quién hizo el pastel de dartling?

—Yo —dije con valentía. Por favor, que no la haya liado. Se veía bien. Olía de maravilla al salir del horno. Pero quizá había algún ritual orco que debía hacer antes de ponerlo a la venta.

—Tiene una pinta fantástica —dijo con una sonrisa sutil. Tampoco podía dejar de mirarnos a Sel y a mí.

—Se me da bastante bien lo que hago —no era de presumir. Nunca. Pero esta mañana me resultó fácil decirlo.

La abuela hizo un gesto circular con la mano libre.

—Buen instinto. Buenas manos. Buenos ojos. Sel, cariño, si no le pones un anillo antes de que acabe el mes, lo haré yo por ti.

—Eso no… Abuela —gruñó él, pasándose la mano por la cara y dejándose una mancha de harina.

Mi cara se puso aún más caliente.

La abuela Lil me guiñó un ojo.

—Se sonrojó. Te dije que le gustas.

—No he dicho eso —se me quebró la voz, porque, extrañamente, era bastante cierto.

Me gustaba. De una forma buena. No… sexual. No demasiado, al menos.

Sel masculló algo y se retiró a la cocina, trabajando a toda prisa para enjuagar un bol que ni siquiera necesitaba ser enjuagado.

La tía Inla trotó tras él, hablando ahora más bajo, casi como si no se supusiera que yo oyera.

—Es esquiva.

—Sí —respondió Sel. Una sola palabra, pero suave, dicha de una manera que tiró de lugares que no sabía que aún podían doler.

—Te gusta.

—Es una buena panadera.

—Ajá.

—Me gusta.

Casi dejo caer las porciones de tarta que estaba metiendo en una bolsa de papel para ella.

—¿Y quién es este? —la abuela Lil había encontrado a Max, que se había dejado caer en la silla con las piernas estiradas y sostenía el

libro delante de la cara.

—Mi hijo, Max —rodeé la vitrina para unirme a ellos. O para intervenir, si empezaba a emparejarlo.

—¡Un hijo! —exclamó la abuela—. ¡Un hijo, Inla! Sal de ahí para que nos lo presenten.

Max bajó el libro a la mesa y me lanzó una mirada llena de pánico, aunque no del verdadero que mostraba cuando hablaba de su padre. Más bien la mirada de un hombre que sabe que dos mujeres están a punto de tirarlo a la parrilla y sujetarlo hasta dejarlo bien marcado por ambos lados.

—Está leyendo —dije cuando Inla salió corriendo de la cocina hacia él.

Suspirando, hice las presentaciones. Max asintió con educación a ambas, con las mejillas un poco sonrojadas.

—Alto —dijo Inla, mirándolo de arriba abajo.

—Guapo —añadió la abuela—. Encantada de conocerte, joven.

A Max se le cayó la mandíbula, pero vi que estaba tan complacido como sorprendido. Con doce años, no había terminado de crecer, pero ya no era un niño. La gente tendía a ignorarlo en lugar de incluirlo en la conversación.

—¿En qué curso estás, Max? —preguntó Lil—. Aunque es verano, así que supongo que me interesa saber en qué curso estarás este otoño.

—Eh… séptimo —respondió Max.

Mi voz se quebró de orgullo.

—Está en un programa acelerado.

O lo estaba. No sabía dónde iría ahora a la escuela, aunque tenía que averiguarlo. Suponiendo que nos quedáramos en Lonesome Creek el tiempo suficiente para que empezara en otoño. También necesitaba encontrar una biblioteca, porque terminaría pronto los pocos libros que había traído y necesitaría más.

—¿Te gusta esto de aquí? —preguntó Inla cuando Sel se nos unió, dedicándome una mirada avergonzada.

Max asintió.

—Sí, señora.

—Bien. Verás que somos un grupo cálido. Deseoso de incorporar sangre nueva —su mirada se posó en mí.

Sel se inclinó hacia mí y habló en voz baja.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo que… son intensas.

—Lo son. Pero tienen buenas intenciones.

La abuela Lil le metió un billete de cinco dólares en la mano a Max.

—Para ti. Cómprate una pizza.

Cinco dólares no alcanzaban para gran cosa en una pizza, pero fue un gesto dulce por su parte darle algo.

Pero tampoco era apropiado.

—Yo…

La abuela Lil apoyó una mano amable en mi brazo.

—Déjame consentir al chico. ¿Sí? No vemos muchos jovencitos por estos lares.

—Supongo… supongo que está bien —le lancé una mirada a Max.

—Gracias, señora —dijo él de inmediato.

—Cuando quieras, hijo. Cuando quieras. —Se giró y avanzó con su bastón hacia el mostrador, examinando los productos en exposición.

Me apresuré a colocarme detrás del mostrador y llené una bolsa con todo lo que iba señalando.

—No puedo resistirme a comprar y luego comerme todo lo que hay en esta panadería —dijo—. Sel también cocina muy bien. —El guiño que me dedicó no fue nada sutil.

Le devolví una sonrisa tensa.

La tía Inla pagó sus porciones de pastel de dartling y ambas tomaron sus bolsas de papel y se encaminaron hacia la puerta.

Al salir, la abuela Lil le dio una palmadita en el brazo a Max.

—Volveremos mañana. Tengo ganas de verte otra vez.

Y entonces se fueron, y no supe si me sentía más agotada o aliviada.

Un silencio bendito se instaló en el local. Me giré, medio esperando que Sel hiciera algún comentario o regresara a lo suyo,

pero estaba a unos pasos del mostrador, con los brazos a los costados, mirándome como si fuera a despegar del suelo.

Me ajusté el delantal.

—¿Tu familia tiene la costumbre de animar a las nuevas empleadas a salir contigo o con tus hermanos?

—Todo el tiempo, aunque no con mis hermanos que ya están emparejados. Hasta ahora solo tienen como dos inscripciones en la app de citas que están armando, y quieren muchas más.

—No seré yo —dije con amabilidad—. No estoy buscando romance.

—Yo tampoco.

¿Por qué eso me provocó un pinchazo de tristeza?

Dio un paso más cerca, con la mirada firme en la mía.

—Las manejaste bien.

Intenté parecer despreocupada apoyando la cadera contra la parte trasera del mostrador.

—Son dulces.

Más o menos. La abuela Lil no necesitaba buscar un tornado: ella era uno.

Una sonrisa jugueteó en su boca.

—Lo son. —Noté que le alegraba que yo lo viera así, que no me hubiera ofendido. No habían tenido mala intención—. Les importas.

Eso cayó en un lugar al que no quería que llegara.

—Se nota.

De pronto me sentí aparte de todo aquello. Ellos eran familia. Se entendían, se animaban unos a otros, y eso era increíblemente bonito.

Pasé a su lado y entré en la cocina, donde volqué más harina sobre la tabla. Mis manos encontraron otra tanda de masa para amasar.

Sel me siguió, trabajando en su propio puesto junto al mío. Demasiado cerca. No lo bastante cerca. Durante un rato no habló, salvo para tararear algo entre dientes, pero el aire entre nosotros había cambiado. Se sentía más suave, de algún modo. Cargado, aunque no sabía de qué.

Se estiró por delante de mí para coger una bandeja engrasada, y su manga rozó la mía. El corazón me golpeó las costillas como si quisiera escapar. No me aparté. Normalmente lo habría hecho. Pero este hombre tocaba sin tomar, y eso me calmó de una manera que no sabía que llevaba tiempo esperando.

—Esta cocina… —dije para romper el silencio—. No, todo este pueblo. Huele a… —no pude terminar, no pude decir hogar.

Sentí su mirada posarse en mí, pero no lo miré.

—¿Es bueno o malo?

—Bueno.

Asintió despacio antes de volver a su trabajo.

Pasamos la siguiente hora en ráfagas cortas y silenciosas. Los clientes entraban y salían, y uno de los dos los atendía. Max terminó la mitad de su libro. Sel se fue un momento y regresó con un plato cubierto, cargado con algo rojo oscuro y verde, de aroma sabroso, del salón, diciendo que ya le había dado el suyo a Max. Nuestro almuerzo. Añadimos gruesas rebanadas de pan recién salido del horno, bien untadas de manteca. No nos sentamos a comer; nos quedamos de pie, apoyados cerca uno del otro en el mostrador, dando bocados de nuestros platos como si fuera lo más normal del mundo. Max comió sentado en una de las simpáticas sillas metálicas frente a la panadería, observando a la gente pasar.

Todo aquello era demasiado normal, y eso me asustó de una manera que no sabía manejar.

A última hora de la tarde, preparamos más masa. Las que necesitaban doble levado, las que exigían tiempo y silencio. Las hornearíamos a la mañana siguiente. Sel trabajaba sin receta, creando de memoria. Yo seguía sus indicaciones, intentando no inclinarme hacia él cada vez que se acercaba.

A las tres y cuarenta y cinco, el pueblo se había calmado. Nadie entraba a comprar. Incluso Max había dejado el libro a un lado y miraba por el gran ventanal, observando a la gente pasar por la calle.

Habíamos limpiado las encimeras de preparación. Los moldes para muffins estaban apilados y secándose. Cada centímetro de mi

cuerpo dolía de esa forma agradable que significa que has hecho algo con las manos, algo con sentido.

—Hemos terminado cuatro minutos antes —dijo Sel en voz baja, mirando el reloj colgado en la pared del fondo.

Caminó hasta la parte delantera, sus botas rozando las baldosas, y giró el cartel a CERRADO, cerrando con llave la puerta.

—Sabes lo que haces —añadió al volver, apoyando una cadera contra el mostrador cercano.

Aclaré un trapo y lo dejé en el cubo de la ropa sucia.

—Gracias.

Me dio vergüenza lo mucho que significaban para mí sus palabras sencillas.

Como si entendiera el revoltijo de sentimientos y pensamientos que llevaba dentro, asintió.

—Holly.

La forma en que mi nombre se enroscó en su voz hizo que algo se retorciera en lo más bajo de mi vientre.

No estaba preparada para oír mi nombre dicho así, con tanta suavidad.

—¿Sí?

—Me gustaría que salieras del hotel. Pueden quedarse en mi casa.

Los dedos se me crisparon a los lados.

—¿Qué?

Se incorporó, la mandíbula tensándose como si se estuviera armando de valor.

—Si quieres. No tienes por qué hacerlo. Pero allí es tranquilo, y la habitación del hotel no está pensada para largas estancias. El dormitorio de invitados en mi casa es pequeño, pero está limpio. Tiene una cama de verdad, lo bastante grande para Max.

—¿Y yo dónde dormiría?

—En mi dormitorio. —Carraspéo—. No conmigo.

Ni siquiera había ido ahí con la mente todavía. Lo miré fijamente, el corazón golpeándome en el pecho.

Se frotó la nuca, bajando la mirada al suelo.

—Cuando terminamos de construir todo en la calle principal, trabajamos en casas para mí y mis cinco hermanos. La mía fue la primera, y es la única que tiene dos dormitorios. Para ahorrar tiempo y que todos se asentaran, después construimos casas de un solo dormitorio. Dos de mis hermanos ahora tienen parejas humanas, y seguro que ampliarán sus casas, sobre todo si vienen crías de camino.

—¿Las tienen?

Negó con la cabeza.

—No lo sé, pero pasa, ¿no?

Con el sexo, sí. Por eso tenía a Max. No me casé con Melvin. Vivimos juntos hasta que se volvió violento. Me pegó. Hizo amenazas creíbles. Cuando me rompió el brazo tuve que ir a urgencias. Me hablaron a solas y les conté lo que estaba pasando. Al volver a casa, él estaba furioso y nos amenazó a Max y a mí con una pistola. Harta y aterrorizada, fui a la policía. Todo ocurrió muy rápido después de eso, y Melvin fue acusado, juzgado y condenado a siete años de cárcel.

Pero parejas… no estaba lista para imaginar a otras personas echando raíces, no cuando yo aún no había deshecho del todo mi maleta. Las parejas, las ampliaciones de casas y las expectativas de futuro pertenecían a una vida más tranquila que todavía no sabía cómo conseguir.

—La cuestión es —dijo Sel— que allí hay más espacio. No tendrías que compartir cama con tu hijo. Los dos tendrían intimidad.

Mi boca seguía inútil. Había olvidado a qué sabía la intimidad, esa en la que nadie observa tus hombros buscando señales de que te encoges.

Por dentro me debatía entre quedarme y huir. Mudarse a una casa se sentía como echar raíces. ¿Pero no era eso con lo que había soñado durante demasiado tiempo? Siempre supe que Boston era temporal. Acepté un buen trabajo allí que me permitió ahorrar para el momento en que tuviéramos que correr. No encierran a nadie de por vida por pegarle a su novia, ni siquiera cuando le rompe el brazo y le apunta a la cabeza con un arma.

—¿Dónde dormirías tú? —pregunté, como si de pronto lo más importante fuera saber dónde estaría su cuerpo en la oscuridad.

Sel se aclaró la garganta.

—En el granero, con los sorhoxes. Puedo montar una cama en el altillo del heno.

—Ya veo.

Pasé junto a él y salí a la sala delantera.

Max levantó la cabeza, y la forma en que su mirada fue de mí a Sel y de vuelta dejó claro que estaba escuchando.

—¿Tienes sorhoxes? —le preguntó a Sel.

Todo el rostro de Sel se suavizó, y le sonrió a Max.

—Diez. Tres son crías sin entrenar. Empezaré a trabajar con ellas en cuanto encuentre tiempo.

—Yo podría ayudar. —Max se incorporó, y la ilusión, la esperanza en su cara me aplastaron el pecho. Mi hijo necesitaba estabilidad tanto como yo—. Quiero decir, si te parece bien.

—Me vendría muy bien —dijo Sel—. Pero aún no hemos decidido si van a quedarse en mi casa, y no voy a presionar a tu madre con eso.

Max asintió rápido, suplicante, mirándome.

No hablé. No pude. Mi voz estaba enterrada bajo una pila de pensamientos demasiado afilados para tocarlos. La oferta. Su amabilidad. No venía con presión, y eso lo hacía peor. O mejor. No sabía decirlo.

Las tripas me tiraban en dos direcciones. Una parte gritaba que confiar demasiado y demasiado rápido podía llevarme a algo peor. Pero la parte más fuerte quería llorar de lo bien que se sentía la idea de tener un lugar al que llamar hogar, aunque fuera por poco tiempo.

Sel debió de interpretar mal mi silencio. Se acercó a la ventana delantera y miró a través de ella.

—No tienes que hacerlo, claro. Solo pensé en ofrecerlo. Es una casa decente. Allí estarían a salvo.

A salvo.

La palabra cayó como una piedra en aguas profundas, hundiéndose directo dentro de mí, demasiado rápido para detenerla.

No tenía forma de saber en qué mina había pisado. Lo dijo sin agenda, sin un atisbo de lástima. Nombró algo que yo no había tenido en años como si fuera lo normal.

Me encontré con la mirada esperanzada de Max. Incluso si yo me inclinaba por decir que sí, un no de mi hijo era un no mío. Me dio un pequeño asentimiento.

El aire me tembló en el pecho.

—De acuerdo.

Sel se giró. Parpadeó.

—¿Estás segura?

—No nos meteremos en medio —me apresuré a decir—. Trabajaré más horas aquí para compensar el espacio, el tiempo y...

—Holly.

Su mirada sostuvo la mía.

—No me debes nada.

Lo dijo como si fuera un hecho, no una amabilidad. Y no estaba segura de atreverme a creerle.

Por esto sí le debía algo. No en monedas ni en favores. Le debía haber visto algo firme en mí. Por no preguntar por lo que habíamos pasado antes de decidir que pertenecíamos.

Me ardía la garganta. Parpadeé con fuerza para despejar el escozor de los ojos y me pasé la mano por la cara antes de soltar gracias demasiadas veces.

Resoplé, intentando aligerar el ambiente antes de que me arrastrara al suelo.

—Bueno, si tus sorhoxes me despiertan por la noche, a una de esas crías la voy a llamar Stanley.

Sel esbozó una sonrisa lenta, mostrando los colmillos.

—¿Stanley?

—Tiene pinta de problemático.

Su risa grave resonó por la sala.

—Ya tengo uno así, así que Stanley será.

El sonido de su risa me golpeó bajo y dulce. Había olvidado lo bien que se sentía hacer feliz a alguien, solo por ser yo.

Max rio con él.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que por fin había llegado a casa.

CAPÍTULO CINCO

SEL

Después de que ella se marchara de la panadería con su hijo para recoger sus cosas, todo quedó demasiado silencioso. Limpié las encimeras de preparación, que ya estaban limpias. Reorganicé los recipientes de harina. Alineé las tazas medidoras por altura. Funcionó durante un rato. Luego cogí una cuchara sin ningún propósito real y me quedé ahí de pie, sujetándola, mirando la pared como si fuera a darme respuestas.

No debería sentirme así. Venían a quedarse por poco tiempo. Un niño y su madre que necesitaban más espacio del que encontrarían en una habitación de hotel anónima. No era para tanto. Los orcos creemos en proteger a los vulnerables. Es supervivencia. Estaba haciendo lo que haría cualquiera.

Si ella decidía quedarse más allá del periodo de prueba de un mes, la ayudaría a encontrar una vivienda permanente en el pueblo cercano. Transporte. Ese tipo de cosas. Entonces sería una empleada más, y Max… solo lo vería de vez en cuando. Haría amigos y tendría otras cosas que hacer, más importantes para él que mirarme con admiración o trabajar con mis jóvenes sorhoxes.

No estaba ilusionado con que ella y Max se quedaran en mi casa. Eso estaría mal.

Pero entonces su risa resonó en mi mente, esa risa suave cuando le mostré cómo golpear la batidora una segunda vez.

Pronto estaría bajo mi techo. Eso no debería haberme sacudido las costillas, pero lo hizo. Apreté la cuchara con más fuerza.

No íbamos a compartir habitación, solo compartiríamos brevemente el resto de la casa. Yo dormiría en el granero. Ella tendría el dormitorio principal, el salón y la cocina casi siempre para ella. El arreglo era práctico.

Aun así, mi mente seguía ofreciéndome imágenes que no tenía derecho a imaginar. Holly cepillándose el pelo en el baño, la puerta abierta y yo de pie en el pasillo, observándola. Max dejando su libro en la mesa de centro antes de ir a la cocina para cenar, donde los tres nos sentaríamos a hablar y reír mientras disfrutábamos de una comida bien hecha. Holly tarareando de nuevo mientras preparaba la cena o el desayuno en mi cocina junto a mí, con esa sonrisa suave en las comisuras.

Me dije que esto iba de Max. Recordaba lo que se sentía al ser pequeño, tener miedo y pocas opciones. Ayudarlo importaba. Eso era todo. Holly era… bueno, su madre. Mi empleada. Una especie de amiga. Nada más que eso.

Pero sus ojos también estaban asustados. Habían sufrido dificultades, dolor, y se notaba en sus posturas tensas, en la forma en que sus miradas buscaban cada salida como si calcularan los pasos para escapar. Cuando salimos al callejón, Holly recorrió la calle con la vista, los hombros rígidos, como si esperara que alguien atacara desde las sombras. Ese miedo se me pegó a los pensamientos y me hizo querer levantar muros y escudos para ella. Para los dos.

Eso no iba solo de una empleada, alguien que cubriera un puesto. Iba de su sonrisa. De su risa. De su fuerza silenciosa. De la forma solemne en que Max hablaba del libro que estaba leyendo. De cómo miraba con anhelo a través del escaparate de la panadería.

Devolví la cuchara a su sitio y me apoyé en el fregadero con los brazos rígidos. Respiré. Conté hasta diez. Veinte. Cien. Cerré los ojos.

Ella no era mía.

Y me había prometido no volver a desear nada, porque desear rompía cosas.

La última vez que quise algo con tanta intensidad, terminé de pie junto a su pira funeraria, con las lágrimas corriéndome por la cara.



Volvieron menos de una hora después, tal como había prometido.

Me levanté del lugar que había ocupado en los escalones traseros y saludé hacia la derecha.

—Vamos por aquí. Rodeamos la carretera principal hasta el granero de animales.

Max asintió y apretó el agarre de la bolsa demasiado pequeña que llevaba colgada del hombro. Holly llevaba la suya. Recordar lo poco que tenían me dejó sin aire.

—¿Enviaste el resto de tus cosas? —pregunté, esperando que así fuera.

Negó con la cabeza, los labios tensándose.

—Esto es todo lo que tenemos. Tuvimos que… salir de Boston deprisa.

Ya lo había supuesto. ¿Quién aceptaba un trabajo y decía que llegaría en cuestión de días si no…?

—¿Por qué tuvieron que salir tan deprisa?

Inspiró hondo y pude ver la guerra interna reflejada en sus ojos. Quería contarlo; lo sentía. Pero tenía miedo.

Esperé con paciencia mientras ella y Max intercambiaban una mirada cargada.

Max alzó la barbilla, la mirada afilándose, antes de volverse hacia mí.

—Mi padre salió de la cárcel y nos preocupaba que viniera a por nosotros.

—¿Qué? —gruñí, procesando sus palabras. Busqué una espada en mi espalda que no estaba ahí. Cuando los orcos subimos a la superficie, pronto descubrimos que la gente no llevaba armas como nosotros. Algunos portaban fundas con armas de metal, pistolas,

que ladraban demasiado fuerte y podían herir o matar a distancia. Si iba a matar a alguien, lo haría de cerca y mirándolo a los ojos, empezando por ese hombre. Mi espada estaba guardada en un armario cerca de la puerta trasera de la panadería, bien cerrada con llave.

—Lo mataré —espeté.

Los ojos de Holly se abrieron y dio un paso atrás.

—No puedes. Quiero decir… —negó con la cabeza—. Lo odio. Me encantaría verlo sufrir más de lo que ya ha sufrido, pero no… no matamos gente así.

La espalda de Max se tensó.

—No te preocupes. Yo protegeré a mi mamá.

A su edad, yo habría dicho lo mismo, pero pese a su altura y a la determinación en sus ojos castaños, seguía siendo un joven que debía ser protegido. No alguien obligado a asumir ese papel.

—Te enseñaré a luchar si quieres —dije sin saber muy bien por qué. El entrenamiento orco no era un regalo que se ofreciera a la ligera. Pero algo en los ojos de Max y en la forma en que cuadró los hombros me hizo querer darle todo lo que tenía.

Holly jadeó.

Max me dedicó una sonrisa pícara.

—Genial. ¿Cómo luchan los orcos?

Mi sonrisa ladeada apareció.

—Sucio.

—Guay. Me apunto.

Holly apoyó la mano en el hombro de su hijo.

—Max…

—Puedes mirar si quieres —le dije, con la esperanza de tranquilizarla—. Y también te enseñaré a ti si te interesa.

Se detuvo, y percibí que estaba decidiendo si yo era el tipo de macho que daba esperando mucho más a cambio.

—Oh, bueno, yo… —ahora su espalda también se tensaba—. Eso sería increíble.

Asentí con un gesto breve.

—Bien. Empezaremos mañana. —Les indiqué que caminaran conmigo—. Por ahora, vamos a mi casa.

Necesitaba más detalles, si estaba dispuesta a dármelos, y mañana avisaría a mis hermanos para que estuvieran atentos ante cualquier amenaza potencial.

Nada ni nadie iba a hacerle daño a Holly o a Max.

En cuanto a sus pertenencias, un niño no crece alto y fuerte solo con aire y libros. Necesitaba comida. Botas. Espacio para estirarse sin sentir que rompería algo si respiraba demasiado hondo.

Iba a conseguirle una chaqueta. Guantes de trabajo. Pantalones y camisas y un par de botas vaqueras. Un buen sombrero que le diera sombra al rostro. Y libros. Muchos libros, porque un joven necesitaba ejercitar la mente.

Y para Holly, tenía algunas ideas sobre lo que podría necesitar. Los llevaría mañana al pueblo de al lado a comprar algunas cosas, probablemente antes de empezar a enseñarles a luchar.

Me siguieron por el callejón, sus pasos suaves sobre el camino de tierra.

Ella caminaba a mi lado, pero podía sentir la distancia que mantenía, ese espacio que nace en las personas que han tenido que arrastrar su tristeza durante demasiado tiempo.

—Aprecio lo que nos estás ofreciendo —dijo Holly, alzando la vista hacia mí y sonriendo. Una sonrisa pequeña, pero que me robó todas las palabras que estaba a punto de decir.

—Estoy encantado de ayudar —logré decir al final.

Pasamos el borde de la calle Principal. Más adelante, el granero se alzaba sobre una amplia extensión de tierra compactada, su sombra alargada por el sol del final del día.

En el granero, capté la mirada de Max.

—¿Quieres conocer a algunas bestias?

—Oh, sí —susurró. Miró a Holly—. ¿Puedo? ¿Por favor?

—Claro —respondió ella, con un tono desenfadado que escondía un atisbo de preocupación.

—Tú también puedes venir —le dije.

Sus dedos se crisparon a los lados.

—¿De qué tipo de bestias estamos hablando?

Desaté y abrí una de las grandes puertas delanteras.

—Este granero alberga a los sorhoxes reservados para turistas. Para paseos por senderos, jóvenes que quieren trotar dentro de un pequeño recinto vallado, ese tipo de cosas. Nuestras bestias más dóciles, con un entrenamiento exhaustivo. —Les hice un gesto para que entraran delante de mí.

Los seguí al interior, intentando verlo como ellos. Venían de la ciudad. Tal vez nunca habían interactuado con animales grandes. El pasillo central tenía el suelo de hormigón y se extendía amplio. Dentro hacía fresco y estaba en penumbra, con aroma a pino fresco en el aire. El suelo estaba barrido bajo nuestras botas, con apenas un poco de heno arrinconado a los lados. A ambos lados había establos con medias puertas de madera robusta. Tenían que serlo para contener a los sorhoxes. Enormes cabezas verdes, cornudas y colmilludas, asomaban con curiosidad por las aberturas.

Una gran ventana al fondo dejaba entrar la luz, aunque habíamos instalado iluminación eléctrica en todo el edificio. Por ahora, la luz del sol bastaba.

Max avanzó un poco más con Holly, los labios entreabiertos, apenas respirando. Sus pasos eran suaves, como si no quisiera asustar a las criaturas.

—Son enormes —susurró, boquiabierto ante las bestias más cercanas a ambos lados del pasillo.

—Completamente desarrollados. Como dije, estos son los sorhoxes que montan los turistas. Ofrecemos recorridos por senderos de una semana y de cuatro días, además de salidas de un día e incluso oportunidades para los más jóvenes. Medias jornadas para ellos. Con el tiempo, planeamos ofrecer monta de toros escenificada e incluso pequeños eventos como carreras de barriles. En sorhoxes, por supuesto, en consonancia con nuestra intención de integrar la cultura orca con la humana.

Holly se detuvo junto a la primera puerta, recorriendo con la mirada a las bestias que nos observaban con tanta atención como ella las estudiaba a ellas.

—Son increíbles. ¿Son peligrosos?

—Pueden serlo. —Di un paso hacia un establo a la derecha—. Pero no estos. Ya no. —Acaricié el hocico de la bestia, y él me

olfateó antes de bufar en señal de reconocimiento—. Este es Brelar.

—¿Todos tienen nombre? —preguntó Max en voz baja.

—Como tú y como yo.

Los cuernos se curvaban hacia delante desde detrás de sus orejas, terminando en púas mortales. Colmillos gruesos asomaban más allá de los labios de Brelar, proyectándose hacia abajo.

Señalé.

—Hace mucho tiempo desgarraban a sus presas con estos, pero los sorhoxes han sido domesticados durante muchas generaciones. Seguro que aún hay cavernas remotas donde vagan libres. Con esos sí habría que tener cuidado. Pero los que trajimos a la superficie son la variedad más dócil. Claro que podrías salir herido si asustas a uno. Se defienden y protegen a sus crías. Pero son inteligentes. Les gustamos. Y hemos trabajado con ellos a fondo. Teníamos que hacerlo si queríamos que este proyecto saliera adelante.

Brelar soltó un resoplido suave y me miró, parpadeando.

Max se colocó a mi lado.

—Es genial.

Le sonreí.

—Lo es. —Desenganché el pestillo y abrí la puerta—. Tú montarás a Brelar hasta tu nuevo hogar.

—Solo por un rato —dijo Holly, con una cautela clara en la voz.

—Es tuyo todo el tiempo que quieras quedarte. —Cuidé cada palabra. Había ensayado esa frase en mi cabeza desde que se fue. Tono suave, formulación correcta, una oferta que no sacudiera a alguien que ya se sostenía con hilos deshilachados. No quería ser yo quien los rompiera—. Si decides quedarte más allá del período de prueba de un mes, mis hermanos y yo te construiremos tu propio lugar.

Se le cortó la respiración.

—¿Nuestra propia casa?

Adiós a mi idea de mudarnos al pueblo cercano.

—El hotel es, por lo general, para turistas, para quienes se quedan poco tiempo. Si vas a vivir aquí, necesitas una casa, ¿no? —Lo dije como si fuera algo sencillo, y en cierto modo lo sería—. No tenemos unidades en alquiler. Compramos este valle y los bosques

de alrededor, incluso parte de las montañas más allá. Estaba vacío entonces. Todo lo que ves se construyó antes de abrir.

—Es una inversión enorme.

—El rey y la reina contribuyeron personalmente. —Dejé ahí el tema del financiamiento. Sí, la familia real tenía interés en el proyecto, pero el dinero lo pusimos nosotros.

El fymsom era una piedra común en el reino orco. Pronto nos dimos cuenta de que aquí la llamaban oro y que era muy apreciada. Trajimos pequeñas cantidades e insinuamos que la habíamos extraído de las montañas que ahora poseíamos. Y cuando necesitábamos dinero, cada uno tenía una buena reserva de fymsom para llevar al banco y cambiarla.

—Nunca pediría que alguien nos construyera una casa —dijo ella —. Es demasiado.

—Sería fácil comprar los materiales para levantar un lugar para ustedes dos. —De nuevo, medí mis palabras; no quería decir nada que la alejara o la hiciera sentir incómoda—. Planeamos construir residencias para cualquiera que elija vivir y trabajar aquí. Las usarían mientras trabajen en el pueblo. Mis hermanos y yo lo hablamos y acordamos que construiríamos casas para los empleados de largo plazo a medida que hiciera falta. Vivirán allí grati...

—¿Gratis? —saltó ella.

—Sí, gratis. Porque no serán propietarios. No permitiremos que nadie sea dueño de su propio lugar aquí porque no queremos que se vendan. Somos dueños de todo el valle y queremos que siga siendo así. Si alguien quiere tener su propia casa, puede comprar fuera del valle y desplazarse.

—Ah. —Frunció el ceño—. Nosotros también podríamos hacer eso. Al principio alquilar, claro, y quizá algún día… —Se encogió de hombros—. Eso será para soñar más adelante, supongo. Puede que decidas que no encajo y entonces nos iremos.

Yo quería que encajara, y no solo porque ya veía que hacía un gran trabajo. Quería que se quedara. Un pensamiento peligroso, porque no me interesaba empezar algo nuevo, pero no lograba reprimirlo.

—Todo esto es increíble. —Miró alrededor, maravillada—. El pueblo, el negocio y lo que tú y tus hermanos han construido aquí.

—Es un granero sencillo. Unos doce metros de largo y con diez sorhoxes —dije, centrándome solo en ese edificio—. Construiremos otro a medida que crezcamos, pero empezamos pequeños a propósito. Por ahora somos mis cinco hermanos y yo, más la tía Inla y la abuela Lil, aunque ella vive aquí para estar cerca de Jessi, que está unida a mi hermano Greel. Comparte casa con mi tía, pero ya hemos empezado a construir la suya.

—Eso es muy amable por parte de ustedes —dijo Holly, caminando por el pasillo central con la cabeza alzada para absorberlo todo.

—Guardamos el forraje arriba y en el silo anexo —expliqué—. La última sala a la derecha es para guardar las monturas. Los orcos montamos sin sillas, y no usamos arneses ni riendas, pero los turistas sí.

Se detuvo a mitad de camino y estudió a un sorhox que la miraba fijamente. Él sacudió la cabeza, señal de que pedía caricias.

—¿Cómo consiguen que vayan adonde quieren si no usan riendas?

—Todos están entrenados para responder a órdenes con los pies. Son criaturas dóciles en general. Al menos, con las que trabajamos. Incluso nuestras monturas habituales vagan libres.

—¿Quieres decir que simplemente andan sueltos? —preguntó Max, parpadeando detrás de sus gafas.

—Así es. Vienen cuando los llamamos. También los entrenamos para eso.

—¿Montaré sin silla ni riendas? —Max sonaba genuinamente entusiasmado, pero ya había visto que no solo era un chico listo, sino curioso y valiente. Y protector con su madre, como debía ser. Algún día sería un buen hombre.

—Te pondré silla y arnés a Brelar —dije—. Podemos trabajar las órdenes con los pies durante los próximos días y luego ver qué pasa.

Se le cayó la mandíbula.

—¿O sea que puedo montarlo más allá de ir a tu casa?

—Si quieres. —Miré a Holly mientras hablaba.

No iba a presionar, pero un chico debería estar al sol, no encerrado todo el verano en una panadería leyendo libros. A su edad no tendría que pedir permiso para aire fresco y agujetas. Debería tenerlo ya, ofrecido sin condiciones, como pan después de un día largo. Lo veía en cómo la miraba, esperando. Como si el mundo solo se ampliara si ella lo permitía.

—Si a tu mamá no le molesta —añadí—. Con gusto te enseñaré y, si te sientes cómodo, podrías sacar a Brelar por alguno de los senderos.

—Eso… —Holly tragó saliva; un destello de pánico le cruzó los ojos—. Suena encantador.

—Dijiste que tienes sorhoxes jóvenes que necesitan entrenamiento. —Max enderezó la espalda, erguido—. ¿Puedo trabajar con ellos pronto?

—Ya veremos —era todo lo que quería decir por ahora.

Holly y yo podríamos hablar más tarde, cuando Max se hubiera ido a dormir. Ya había metido la pata. Solo debería ofrecerle cosas con su aprobación previa. Después de lo que me contó sobre el padre de Max, ¿quién podría culparla por vigilar a su hijo como una madre chumble? Protegería a su cría con la vida, igual que yo lo haría por ella y por Max.

Curioso cómo ya lo sabía.

Cuanto más me observaba Holly, más descolocado me sentía. Como si los huesos me picaran bajo la piel. Era una conciencia constante. Un saber que no tenía idea de cómo analizar. Que Max mirara no afectaba en nada a mi autocontrol, pero Holly…

Tragué saliva con fuerza. Se veía preciosa. El sol que entraba por la ventana trasera atrapaba su cabello castaño rojizo y lo hacía brillar como un amanecer. Había en ella una quietud lenta en ese momento, y me golpeó algo muy hondo en el pecho.

Nunca había usado a las criaturas para impresionar a nadie, pero me dolía, de verdad, querer impresionar a Holly. Y eso lo empeoraba todo. No tenía derecho a albergar esperanzas. No cuando aún escaneaba las salidas como si las paredes pudieran morder.

No está impresionada, me dije. *Te observa con atención porque es una superviviente*. Como una madre chumble, haría cualquier

cosa para proteger a su cría, incluso atacar a alguien que la doblara en tamaño.

Pero una parte de mí se lo preguntó.

¿Y si de verdad sí estaba impresionada conmigo?

CAPÍTULO SEIS

HOLLY

Después de recuperar una montura que Max cargó y asegurar el arnés sobre la cabeza de Brelar, Sel abrió la puerta del establo e hizo un gesto para que la bestia lo siguiera afuera. Nosotros lo seguimos; Max cerró la puerta del granero una vez que salimos.

Brelar se encaminó con calma hacia el costado del establo mientras Max lo miraba boquiabierto, y yo me quedé embobada mirando a Sel. Era tan… fuerte. Amable. Considerado. Y un montón de otros adjetivos en los que no quería pensar demasiado. Hermoso, por ejemplo.

No sabía muy bien qué pensar de él ni de la vida que nos estaba ofreciendo aquí. Se sentía como un sueño, y hacía mucho que había aprendido que los sueños estallan demasiado rápido.

Confiaría en él por ahora, pero sería una tonta si bajara la guardia por completo. Cualquiera puede empezar siendo amable y volverse cruel en un abrir y cerrar de ojos.

Después de asegurar el arnés sobre la cabeza de Brelar, Sel dejó caer las riendas al suelo y Brelar permaneció en su sitio.

—Está muy bien entrenado —dije con admiración.

El color le subió por el cuello a Sel y se le posó en las orejas de punta, y me dedicó una sonrisa mostrando los colmillos.

—Gracias. He entrenado mucho a las bestias que planeábamos traer a la superficie. Teníamos que asegurarnos de que esto fuera una aventura segura para los humanos, que las probabilidades de que alguien saliera herido fueran mínimas. Tenemos seguro, por supuesto, pero no nos importa tanto la responsabilidad legal. Queremos que este sea un lugar divertido para visitar y que todos se vayan en las mismas condiciones en las que llegaron.

Eso me tranquilizó un poco respecto a la idea de que Max montara un sorhox solo.

—Vengan y conózcanlo —dijo Sel, haciéndonos un gesto a ambos —. No muerde.

—Tiene colmillos largos —dije. No estaba asustada ni de lejos, pero estábamos hablando de una criatura del tamaño de un elefante. O más grande. Nunca había conocido un elefante en la vida real—. Y garras.

—Mientras no te vea como una amenaza, no las usará.

La paciencia en la voz de ese macho… Me calmó de una forma que nada lo había hecho antes. No estaba segura de qué hacer con los sentimientos crecientes que tenía por Sel, así que me dije que los ignorara.

Max se acercó arrastrando los pies y, después de que Sel asintiera, acarició el costado izquierdo de Brelar.

—Está calentito.

Me uní a ellos y extendí la mano para que Brelar la oliera. Eso hacían los caballos, ¿no?

—Les gusta que los acaricien detrás de las orejas —dijo Sel—. A mí también.

Más color le inundó el rostro y murmuró algo que juraría que sonó como: «No dije eso».

Pero sí lo había dicho, y esas palabras sencillas hicieron que el corazón se me diera vuelta.

No puedo involucrarme, me repetí una y otra vez mientras me acercaba al costado de Brelar. Cuando se inclinó hacia adelante, aun así tuve que ponerme de puntillas para rascarle detrás de las orejas. Tuvo que bajar aún más la cabeza, lo que me indicó que de verdad le gustaba. Max se colocó del otro lado, y pronto Brelar estaba

gimiendo de placer, con la cola espinada moviéndose de un lado a otro.

—Su pelaje es suave —dije, acariciándole el costado del cuello hasta el hombro—. ¿Usan algún aceite especial para mantenerlo así?

Sel negó con la cabeza.

—Solo aceite para garras, para mantener las pezuñas en buen estado. Así es su estado natural, aunque los acicalamos a diario.

Una vez que Sel terminó de ensillar a Brelar, instruyendo a Max con voz paciente mientras mi hijo ayudaba, retrocedió hasta el sendero que llevaba al establo.

—Voy a llamar a Zist.

Echó la cabeza hacia atrás, se llevó las manos a la boca y lanzó un sonido grave de «whoop, whoop, whoop» al aire.

El trueno resonó, haciendo eco por la calle principal.

Max y yo nos miramos, sobresaltados.

Algunos turistas dejaron lo que estaban haciendo y se quedaron mirando hacia nosotros; incluso unos cuantos se acercaron con los teléfonos en alto para sacar fotos. Debían de pensar que estaba a punto de empezar la próxima función, y ¿quién podía culparlos? Yo empezaba a sospecharlo también.

Le pellizqué la manga a Max y lo tiré hacia atrás hasta que nos quedamos a la sombra del establo. Luego nos alejamos bien de Sel, el foco de atención de todos por ser uno de los dueños orcos. Que le sacaran videos y fotos a él, no a nosotros.

El trueno se hizo más fuerte.

Un sorhox sin jinete dobló a toda velocidad por el extremo lejano del establo, un destello de músculo verde y cuernos enormes. Debía de ser Zist, el sorhox personal de Sel. La tierra voló con cada zancada y, cuando se detuvo en seco frente a Sel, una nube de polvo lo siguió, que el viento pronto dispersó.

Se oyeron jadeos entre los espectadores. Varios turistas retrocedieron tambaleándose, pegándose al edificio más cercano con los teléfonos apretados en las manos. Una mujer chilló y agarró a su hijo, rodeando un banco del parque como si eso pudiera detener a una bestia de ese tamaño. La aplastaría con dos pisotones. El sonido de sandalias golpeando la madera dejó claro que algunos turistas

habían decidido que era un buen momento para ir a tomar una cerveza al saloon o salir de compras.

Sel no se inmutó. Extendió la mano y acarició el largo hocico de la criatura.

Me acerqué más a Max.

—Quédate conmigo hasta que Sel nos llame.

—No tengo miedo —susurró, aunque tenía los ojos enormes.

Yo sí lo tenía. Un poco. Tal vez. No estaba segura. La criatura parecía capaz de partir una pared por la mitad con un empujón del hombro.

Sel rascó bajo la mandíbula de la bestia como si saludara a un gato, no a una criatura que podía destrozar un coche de un golpe.

—¿Tú también sientes el cambio de clima, eh? Mañana va a hacer calor.

Zist frotó su enorme mejilla contra el costado de Sel, casi tirándolo al suelo.

—Tranquilo, chico —dijo Sel con una sonrisa que me dejó las piernas flojas.

Sel se volvió hacia nosotros, los dedos aún acariciando el hocico de Zist. Ignoró por completo a los turistas, aunque unos pocos se quedaron, emitiendo arrullos y señalando; otros filmaban.

—Zist fue mi primer sorhox. Lo crie desde que lo destetaron.

Había amor en la forma en que miraba a esa bestia. Amor de verdad. Y cuando Zist volvió a apoyarse, Sel afirmó una mano en su hombro y se rio.

—Es dramático, le encanta hacer una entrada triunfal.

—Es genial —dijo Max.

Asentí. El orco que estaba con él también lo era.

Sel actuaba con un cuidado increíble. No solo con Zist, sino con Max. Conmigo también. Incluso su voz estaba siempre cargada de calidez, y me envolvía como muros seguros construidos únicamente de bondad. Su dulzura despertó sentimientos para los que no estaba preparada. Un anhelo que había enterrado tan hondo que no lo reconocí hasta ahora.

Esto es un flechazo, me dije. Se me pasará pronto.

¿O no?

Como parecía que no iba a pasar nada más emocionante, los turistas se fueron.

Sel nos hizo un gesto para que nos acercáramos.

—Ayudaré a Max a montar.

—¿Yo iré con él? —pregunté, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.

—Tú vas conmigo. —Sel no me miró a los ojos—. Zist es mayor. Más grande. Está entrenado para llevar a más de una persona, mientras que Brelar aún no está listo. Si vas conmigo, me aseguraré de que no te caigas. Eso no es algo que Max pueda ofrecer.

—¿Cuánto tenemos que viajar? —pregunté.

—Unos quince minutos. Construimos nuestras casas en el lado oeste del pueblo.

Ir con Sel era la solución práctica, salvo que yo montara mi propio sorhox, lo cual no tenía sentido para quince minutos.

Asentí.

Su postura se relajó. ¿Había temido que yo pusiera objeciones a cómo íbamos a montar?

Sel llevó a Brelar hasta un pequeño bloque de madera cerca del frente del establo, con Max siguiéndolo. Una vez que se subió, el bloque era lo bastante alto para que Max pudiera pasar una pierna por encima del ancho lomo de Brelar sin caerse por el otro lado.

—Sube. Agárrate de la cresta trasera —dijo Sel con calma.

Max hizo lo que le indicó, con una expresión aplicada en el rostro. Mi hijo se tomaba todo en serio, y yo lo amaba más que a nada.

—Eso es. Equilibra con las rodillas. Tiene buen ancho, pero es estable.

Max ajustó su asiento. Se sentó más erguido. Abrió la boca, maravillado.

—Se mantendrá con Zist de forma automática —explicó Sel—. Pero si presionas con el talón detrás de su hombro izquierdo, girará a la izquierda. Lo mismo para la derecha. No patees: solo aplica una presión suave.

—Entendido —Max sonrió como si Sel le hubiera dado las llaves de una nave espacial.

Su alegría me hizo arder la garganta. ¿Cuándo había sido la última vez que se entusiasmó por algo que no fuera un libro nuevo? Demasiado tiempo atrás.

—Voy a hacer que me siga por el patio —dijo Sel mientras acomodaba ambos pies de Max en los estribos—. Agárrate del cuerno y muévete con Brelar. Siente el ritmo antes de que vayamos hacia mi casa. —Buscó la mirada de Max—. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió mi hijo, con pura felicidad en la voz.

Sel caminó hasta la cabeza de Brelar, le dio una palmada en el hocico, hizo un chasquido con la garganta y se alejó del sorhox. Brelar lo siguió dócilmente, describiendo un pequeño círculo a mi alrededor y a Zist, que observaba al otro sorhox con lo que juraría era absoluto aburrimiento.

Por fin se detuvieron cerca de mí.

—¿Te sientes bien montándolo ahora? —le preguntó Sel a mi hijo, que asintió con entusiasmo.

—Estoy listo —dijo Max, con una sonrisa enorme.

Sel se volvió hacia mí.

—¿Y tú? ¿Estás lista?

—Ajá.

Antes de que pudiera pensar cómo iba a ser esto, las manos grandes de Sel abarcaron mi cintura. Un levantamiento rápido y sin esfuerzo, y ya estaba sentada sobre el lomo cálido y limpio de Zist. Acomodé las piernas a ambos lados, me agarré del pincho que sobresalía entre sus hombros y contemplé el mundo desde esa altura, asombrada.

Sin montura. Sin estribos. Nada más que yo encima de una bestia cornuda que podía tragarse a tres turistas de un solo bocado.

Max aplaudió.

—Te ves genial, mamá. ¡Genial!

—Sí, claro —dije sonriendo.

Sel colgó nuestras bolsas sobre el lomo de Brelar y luego rodeó hasta el lado izquierdo de Zist. Saltó detrás de mí en un solo movimiento fluido, todo músculo silencioso y una presencia demasiado cálida. Sus muslos encajaron a ambos lados de los míos.

Un brazo rodeó mi cintura, con la palma apoyada apenas por encima de mi cadera derecha.

—Solo para estabilizarte —murmuró, con la voz baja y áspera junto a mi oído.

Olía a vainilla, aunque supongo que tenía sentido. Probablemente yo también.

Pero nadie debería oler así. No mientras me toca la cadera y respira sobre mi hombro.

Me enderecé. Demasiado. Mi columna olvidó cómo doblarse.

—Mantente suelto y deja que Brelar marque su propio paso —le indicó a Max, que asintió, apretando la mano alrededor del cuerno de la montura.

Sel presionó a Zist con los talones, y la bestia avanzó con un paso lento y pesado, con Brelar justo detrás.

Pasamos por el granero donde había leído que celebraban bodas y actos comunitarios, y entramos en el callejón trasero detrás de la calle principal. Dos turistas estaban sentados en los escalones traseros del hotel comiendo helados. Nos saludaron con la mano, y agradecí que no sacaran fotos.

Una ráfaga levantó tierra y la hizo girar en un pequeño remolino delante de nosotros.

Al salir del callejón, los sonidos de la calle principal se desvanecieron. Nada de murmullos de conversación. Nada de grupos apiñados con sombreros vaqueros y vestidos de pradera. Solo el susurro del viento entre la hierba que se extendía en todas direcciones, interrumpida apenas por cercas y matorrales silvestres. Más allá, colinas ondulantes; luego un bosque inmenso trepando por lomas más altas hasta llegar a montañas de cumbres blancas.

Lonesome Creek era el lugar perfecto para desaparecer.

La risa de Max rompió el silencio.

—¡Adelante, noble corcel! ¡Hasta el borde del reino!

Se me abrió el corazón de par en par. ¿Cuándo había sido la última vez que se rio por algo? También hacía demasiado tiempo. Mi hijo ya se estaba adaptando aquí. Le gustaba.

Lonesome Creek parecía el lugar perfecto para criar a un hijo.

Mientras cabalgaba al lado de Zist, Max fingía lanzar un lazo y le hablaba a Brelar en un orco falso. A Brelar no parecía importarle.

Me balanceé con el movimiento de Zist, y eso me empujó hacia atrás contra el pecho de Sel. Estaba increíblemente cálido. Reconfortante para apoyarse.

¿Cuándo fue la última vez que me reí o me sentí tranquila con un hombre?

Demasiado tiempo atrás.

No me imaginé el leve espasmo detrás de mi trasero. ¿No estaría… excitándose, verdad? Descarté la idea en cuanto surgió. Claro que no. Yo era su empleada. No me veía como material para salir. Mis sentidos mentían. Traidores todos. Activando alarmas porque no había estado tan cerca de alguien en años.

Sel fue señalando cosas mientras avanzábamos por el camino de tierra sin cruzarnos con un solo coche ni otro sorhox.

—¿Ves ese poste de la cerca con la punta pintada de blanco? Marca el inicio de nuestras tierras. Parte de la introducción de bienvenida a Lonesome Creek indica que esta zona es propiedad privada, que nadie debería cabalgar ni caminar en esta dirección salvo que esté en una visita guiada. Hasta ahora, todos lo han respetado, y lo agradecemos. Cuando terminamos la jornada, queremos dejar el trabajo atrás de verdad, no que nos siga.

—Todo es precioso —dije, aunque la palabra no alcanzaba.

Sonó orgulloso, aunque su respuesta fue áspera.

—Nos encanta vivir aquí.

El viento arreció, colándose entre los matorrales altos y azotándome mechones de pelo en la cara. Se me humedecieron los ojos, pero igual sonreí.

Tras tres curvas más del sendero, apareció una casa blanca. Postigos negros. Un pequeño porche en el lado derecho. Detrás, un granero rojo de techo curvo, y más allá un pastizal donde los sorhoxes pastaban o descansaban en la hierba, espantando moscas con la cola.

—¿Ahí vamos a vivir? —preguntó Max.

—Ahí mismo —dijo Sel.

Max lanzó un grito de pura felicidad.

—Esto es genial.

Sel guio a los sorhoxes más allá de la casa, y giré el cuello para absorberlo todo. Siempre habíamos vivido en departamentos en la ciudad, nunca en una casa. Claro que había estado dentro de casas, pero eran demasiado caras para alquilar.

Redujo la marcha cuando llegamos a la cerca que se extendía desde el granero.

Sel desmontó primero, aterrizando con ligereza. Alzó los brazos, me deslizó de Zist y apoyó mis pies sobre la tierra apisonada.

—Siento las piernas raras —dije riendo—. Como si caminara con las piernas arqueadas.

—Entonces ya eres un vaquero de verdad.

Me sostuvo del brazo aunque no estaba inestable. No me aparté porque se sentía bien estar cerca de él, que me tocara. Algo que nunca esperé volver a encontrar con nadie después de mi ex.

—Lo único que me falta es mi propio sombrero —dije con una sonrisa.

Se acomodó el suyo, proyectando una sombra sobre el rostro que lo hacía increíblemente sexy.

—Mañana te conseguimos uno.

—No puedo gastar dinero en algo así.

—Ya veremos —fue todo lo que dijo.

Tal vez no lo dijo con esa intención, pero mi cerebro desempaquetó esas palabras de todos modos y se quedó mirándolas demasiado tiempo.

Max saltó de su bestia con total confianza y aterrizó firme en el suelo.

—¡Fue divertidísimo! ¿Cuándo puedo volver a montar?

La mirada de Sel se cruzó con la mía.

—Lo hablamos después, ¿sí?

Max arrastró la punta de la zapatilla por la tierra.

—Está bien.

Sel se refería a después de hablar conmigo, y agradecí que no tomara decisiones relacionadas con mi hijo sin contar conmigo, y además que no pidiera esa opinión delante de Max.

—Tenemos que llevar a Zist y a Brelar al pasto con los demás —dijo Sel, acercándose a Brelar y aflojando la correa que sujetaba la silla. La deslizó y se la tendió a Max, cuyos ojos se abrieron de par en par.

Max miró alrededor, forcejeando para sostenerla.

—¿Dónde la pongo?

—En el granero. Sígueme y te enseñaré qué tienes que hacer antes de guardarla para el próximo uso.

—¿Hay que hacerle algo?

Max siguió a Sel hasta el granero, donde Sel abrió la gran puerta del frente.

—El cuero necesita el cuidado adecuado para que se mantenga flexible.

Sel entró en el granero, con la voz resonando, y Max lo siguió.

—Por aquí.

Asomé la cabeza, observando los establos con rejas a lo largo del lado derecho y una pared con una sola puerta a la izquierda. Sel condujo a Max hasta una habitación al fondo, y pude oírlo explicarle lo que tendría que hacer para cuidar la silla. Mientras Max trabajaba, Sel se unió a mí en la entrada.

—No le llevará mucho tiempo. Espero que no te moleste que lo haya puesto a trabajar —dijo.

—Para nada. Aprecio que seas paciente con él, que le enseñes qué hacer.

—Es un buen jovencito. Eso ya se nota.

—Gracias. He hecho lo mejor que he podido con él.

A pesar del daño que su padre había causado antes de que él y yo termináramos.

—Con gusto le enseñaré sobre la vida de vaquero, pero eso lo hablaremos más adelante.

Asentí.

—¿Dónde vas a dormir?

Noté una escalera fijada a la pared izquierda que llevaba a una trampilla abierta arriba. El olor a madera fresca y heno llenaba el aire, y la luz del sol se colaba por la única ventana del fondo. Este

granero estaba construido de manera similar al del pueblo, solo que era más pequeño.

Señaló la escalera.

—Ahí arriba.

Me acerqué y empecé a subir.

—Oh.

Me siguió.

—No hace falta que lo veas.

Lo cual me dijo que sí hacía falta. No era fisgonear. Era cuestión de supervivencia. Y quería entender a este hombre cuya presencia me había hecho empezar a sentir de nuevo.

Arriba, pisé un suelo de tablones. Fardos de heno estaban apilados en filas largas y cubrían al menos tres cuartas partes del espacio.

—No veo cómo alguien puede dormir aquí —dije hacia abajo, dándome la vuelta y chocando con Sel—. Perdón.

Me estabilicé apoyando las manos en sus brazos. Odié cuánto quería dejarlas ahí, cuánto mi piel notaba la suya. Me aparté como si hubiera tocado algo caliente, pero no antes de que la parte de mí que deseaba registrara lo increíble que se sentía.

De verdad era alto, por lo menos treinta centímetros más que yo, y ancho de hombros. Musculoso. Con un olor dulce. Eso me hizo retroceder rápido. Mi pie se enganchó en algo y caí hacia atrás.

Sel me alcanzó y de algún modo quedó atrapado en la caída conmigo.

Golpeamos el suelo cubierto de heno.

Cayó encima de mí, apuntalando su cuerpo para no aplastarme. Su peso no era pesado, pero estaba en todas partes: en sus brazos, en la presión de sus palmas cerca de mis hombros, en el calor sobre mi pecho. Mi cuerpo no sabía qué hacer con todo eso. Una parte de mí quería empujarlo y apartarlo rápido. Eso era el instinto hablando. Pero otra parte se quedó quieta. Mis sentimientos no eran algo a lo que pudiera ponerle nombre. Solo algo viejo y hambriento que se frotaba los ojos al despertar tras un sueño muy largo.

Parpadeó mirándome desde arriba, frunciendo el ceño, con la mirada extrañamente fija en mi boca.

Un cosquilleo se extendió por mí mientras lo miraba boquiabierta.

No me moví. No respiré. Tal vez pensé que podría besarme y borrar los años, del mismo modo en que su amabilidad ya había suavizado cosas que yo había mantenido bien cerradas.

No estaba segura de que me gustara cuánto quería que lo intentara.

CAPÍTULO SIETE

SEL

El cabello de Holly, del color del atardecer, se extendía sobre el heno, con algunos mechones rizados a lo largo de su mandíbula. Tenía los ojos muy abiertos, parpadeando hacia mí, pero su respiración no era agitada, lo que me decía que no estaba asustada. La expresión de su rostro era casi curiosa.

Debería apartarme de encima de ella. Preguntarle si estaba bien. No quedarme mirando su boca como si quisiera besarla.

Porque quería. Muchísimo.

Hundí las palmas en el heno a ambos lados de sus hombros, cercándola, y sus dedos se abrieron sobre mi pecho. No tenía ninguna prisa por soltarme. Su cuerpo estaba cálido bajo el mío. Encajaba a la perfección.

Todo dentro de mí se agitaba.

Había estado con una hembra. La había perdido a ella y a nuestro joven. Me había dicho a mí mismo que nunca estaría con nadie más. No necesariamente porque hubiéramos sido una pareja enamorada, aunque había querido profundamente a Challa. Sentía que no merecía estar con alguien nuevo.

¿Había sido un error?

Al mirar a Holly, lo único que podía pensar era en lo bien que ya estaba encajando en mi vida.

Y en cuánto quería besarla.

No dijo nada, solo me miró fijamente. También miraba mi boca. ¿Se preguntaría cómo se sentirían mis colmillos? ¿O se preguntaría por qué estaba tendido encima de ella sin apartarme?

Esa era la razón por la que no me movía.

—Holly —dije, con la voz áspera—. ¿Estás bien?

Asintió apenas.

—¿Y tú?

El pliegue entre sus cejas me decía que esperaba que hiciera una broma, o que me apartara de un salto, avergonzado. No hice ninguna de las dos cosas.

—No. No estoy bien —dije en voz baja.

—¿Te lastimaste en la caída? ¿Por eso no te apartas?

—No estoy herido. ¿Quieres que me quite de encima?

Se encogió de hombros. No me empujó. Me sostuvo la mirada y luego sus ojos volvieron a mi boca.

La luz que entraba por la ventana del granero cruzó su rostro y se volvió dorada al rozar sus labios. El inferior le tembló, y el aire se me escapó en un suspiro lento.

Tenía que besarla. Aunque lo complicara todo. Aunque hiciera que después fuera más difícil.

Podía apartarse… o podía no hacerlo. Y si me daba una sola señal de que no estaba preparada, me detendría.

—Holly —susurré otra vez, sin dejar de mirarla a los ojos—. Quiero besarte.

Su respiración se cortó.

Pero sus manos subieron hasta mis hombros, y asintió.

Bajé la cabeza; nuestras bocas quedaron a un suspiro de distancia.

Una última oportunidad para que se apartara.

—Dime que no —dije, con la voz casi extinta—. Y pararé.

Sus ojos se cerraron al mismo tiempo que los míos, y rocé su boca con la mía como si fuera una pregunta. Cuando ella se elevó hacia el beso, sus manos deslizándose para aferrar el frente de mi camisa como si yo fuera la única cosa real en su mundo, profundicé el beso.

Después de eso, ya no hubo pensamiento alguno.

Su beso fue suave al principio, como si estuviera probando cómo encajábamos. Cuando comprendí que era perfecto, me dejé llevar. La besé como si hubiera estado esperando hacerlo durante años. Porque alguna parte de mí sabía que así era.

Se movió bajo mi cuerpo, acercándose más, y profundicé el beso; una de mis manos se deslizó hasta la parte de atrás de su cabeza, donde su cabello se rizaba contra mi piel. Gimió, y ese fue exactamente el sonido que había soñado oír sin saberlo.

La besé más despacio, más suave. Saboreando cada instante.

Cuando por fin nos separamos, sus ojos se abrieron con un leve parpadeo. Una sonrisa le cruzó los labios.

No podía moverme. No podía dejar de tocarla. No podía creer lo que acababa de pasar.

—No estoy segura de qué fue esto —dijo—. Pero no me arrepiento.

Yo tampoco.

—Eh, ¿adónde se fueron? —gritó Max desde abajo.

Supe el instante exacto en que sus palabras le cayeron encima. Su mirada, llena de pánico, se cruzó con la mía, y me empujó para apartarme. Al incorporarse, se acomodó el pelo, que estaba lleno de heno.

—Estoy en el altillo, Max. Ya bajo.

Se levantó, se deslizó hasta la trampilla y se sentó en el borde, estirando los pies hasta la escalera para bajar rápido.

—¿Por qué tienes heno en el pelo? —preguntó Max.

—Oh, me tropecé y me caí encima. ¿Me ayudas a sacarlo?

Como no quería que Max sacara conclusiones, me levanté y me aseguré de no tener heno en el pelo antes de bajar para reunirme con ellos. Max me lanzó una mirada de desaprobación, pero no dijo nada.

No le sostuve la mirada. Se me hizo un nudo en la garganta. No era un mentiroso. Pero la verdad de lo que había pasado en ese altillo, lo mucho que la había deseado, lo mucho que aún la deseaba, se quedó atrapada en algún lugar entre el pecho y la boca.

Salimos del granero. Recogí sus bolsos del suelo, donde los había dejado, y señalé hacia el porche trasero.

—Pasen. Vamos a instalarlos a los dos.

Max se pegó a su mamá, que ya se había quitado casi todo el heno del pelo, aunque un pequeño trocito seguía prendido cerca de la oreja. Estuve a punto de mencionarlo, pero no lo hice. Una parte de mí quería que se quedara ahí.

Los escalones del porche crujieron bajo nuestro peso, un sonido familiar que me dijo que estaba en casa. Abrí la cerradura y empujé la puerta.

La cocina fue lo primero que vimos: el piso liso que capturaba la luz de las ventanas dobles sobre la pileta de la pared opuesta, las mesadas limpias con frascos y cuencos bien alineados, y una mesa robusta, tamaño orco, a la izquierda. Cuatro sillas la rodeaban, aunque solo una se usaba jamás. Dejé sus bolsos sobre la isla entre la cocina y el comedor, que yo usaba como oficina, y me di vuelta para verlos aún junto a la puerta.

—Está lindo —dijo ella con entusiasmo, sin mirarme a los ojos.

Todavía me preocupaba que no estuviera contenta con nuestro beso. Esperaba que no, porque yo quería otro. Había pasado muy rápido de decirme que no merecía estar con alguien nuevo a conocer a esta mujer y desear mucho más de lo que debía.

Soltó un suspiro suave, de esos que da la gente cuando vuelve a pisar suelo firme. Sus hombros se relajaron. Sus ojos recorrieron el lugar.

—Me gusta. Va contigo.

Asentí, señalando el resto de la casa.

—Déjame enseñarte.

Holly tomó su bolso de la isla y le pasó el suyo a Max, y me siguieron por el pasillo.

A la izquierda, la sala tenía dos sillones grandes, un sofá largo, una estantería con libros en orco y una mesa donde apoyaba los pies al final del día.

—Tus sillas son grandes —dijo Max, tocando el brazo de una.

—No para mí —respondí con una risa baja.

—Ah, sí, claro. Perdón.

—No hace falta disculparse.

Yo estaba observando más a Holly que a él. ¿Qué pensaba de verdad de mi casa? Agradecí mantenerla ordenada. Algunos de mis hermanos no lo hacían. Dungar, el mayor, tenía todo impecable, pero ese era él, no yo, aunque tampoco era lo que se diría desordenado.

Frente a la sala, abrí la puerta del baño.

—Hay toallas en el armario.

Los guie hasta el final del pasillo, con puertas a ambos lados.

—Mira. —Señalé la abierta de la izquierda—. Max, este será tu cuarto. La cama es más chica que la otra, pero creo que va a funcionar bien.

Max pasó corriendo a mi lado.

—¿Mi propio cuarto? Genial.

Rodeó la cama y miró por la ventana.

—Y este es el mío, así que el tuyo, Holly —dije, retrocediendo y tocando el marco de la puerta de enfrente, a la derecha—. Voy a cambiar las sábanas. Dame un momento.

Holly se quedó a mi lado, mirando ambos cuartos.

—Gracias.

Asentí.

—Instálense. Salgan cuando estén listos. Voy a empezar con la cena.

—Puedo ayudar —dijo, ya dando un paso para pasar junto a mí.

Le hice un gesto con la mano.

—Mañana, quizá. Los dos se merecen un descanso después del viaje, y hoy trabajaste todo el día.

No discutió; solo sonrió.

De vuelta en la cocina, apoyé las manos en la mesada y me incliné sobre ellas, presionando la superficie lisa como si pudiera sostenerme.

En el altillo, ella me había devuelto el beso. Lo había querido tanto como yo. ¿Eso significaba que confiaba en mí?

Me froté la cara con las palmas y solté el aire despacio. Todo mi cuerpo seguía vibrando por haber estado tan cerca de ella. Lo bastante cerca como para sentir el latido de su corazón. Su calor aún se me aferraba a la piel. Y su boca…

No era buena idea pensar demasiado en su boca ahora mismo.

Giré el brazo y pasé la yema del dedo por el pequeño círculo dorado que brillaba en la parte interna de mi muñeca izquierda. Había ardido cuando nos besamos. Todavía atónito, crucé la cocina y me dejé caer en una silla junto a la mesa, mirando la marca del compañero predestinado.

Relucía como un trueno silencioso bajo mi piel.

Holly era mi compañera destinada. Justo aquello que jamás había esperado encontrar tras la muerte de mi primera compañera. Nunca me había atrevido siquiera a desear algo así. Y había ocurrido sin ceremonia, sin nada más que un beso perfecto.

Esto no se suponía que pasara. No estaba listo. No merecía una compañera cuando no había podido proteger a la mujer con la que me había unido años atrás.

Pero la marca no mentía. El destino había elegido a Holly para mí.

El corazón me latía con algo demasiado parecido a la esperanza. Me habían dado una segunda oportunidad que nunca pensé que querría, y mucho menos que mereciera. Ella era mi compañera destinada. Esa era la verdad ahora, grabada en mí.

Pero no me la había ganado. Todavía no. Tal vez nunca.

CAPÍTULO OCHO

HOLLY

Cenamos algo sencillo: carne, una raíz harinosa que sabía a papa pero con un toque de una especia que nunca había probado en mi vida, y además una verdura. Todo provenía del reino orco. Sel mencionó algo de ir mañana al pueblo más cercano para comprar comida humana y algunas otras cosas, y nos insistió en que fuéramos con él. Iríamos después de que cerrara la panadería, entre otras cosas. Como Max y yo solo habíamos traído unas pocas pertenencias, acepté. Tendría que cuidar el dinero que llevaba para que me durara al menos hasta cobrar, pero un niño necesitaba ropa y libros, incluso si su madre podía arreglárselas con poco más que aire para respirar y una comida de vez en cuando.

Después de limpiar tras la cena, Max salió a mirar a los sorhoxes, y yo hice todo lo posible por darle la libertad de hacerlo solo, sin salir corriendo detrás de él. Las probabilidades de que Melvin nos rastreara hasta aquí, y menos aún tan pronto, eran prácticamente nulas, así que me repetí que me calmara y dejara vivir al pobre chico… por ahora.

Sel y yo nos acomodamos en la sala.

Elegí el sillón más cercano a la ventana, principalmente porque me daba distancia de Sel. Y de mis pensamientos. Pero sobre todo de Sel. No estaba segura de qué pensaba de nuestro beso, más allá

de que me había gustado. Muchísimo. Y eso podía ser un problema. Él era mi jefe. Acababa de conocerlo. Tenía un hijo que criar. En todo eso no había tiempo para mí.

Él tomó el sofá frente a mí, su gran cuerpo se hundió en él como si hubiera sido construido a su medida. Un brazo descansaba a lo largo del respaldo, mientras el otro reposaba con pereza sobre su rodilla. Se veía tan relajado. Grande. Cómodo en su propia piel. Y cada vez que cruzaba la mirada a través del espacio que nos separaba, algo en mi pecho aleteaba.

El viento que entraba por las ventanas apenas abiertas agitaba las cortinas. Cada pocos segundos se inflaban hacia adentro y dejaban pasar el aroma a pasto, a pino y a algo terroso cuyo nombre aún no conocía. Antes de sentarme, había mirado afuera y visto a Max apoyado en la cerca del potrero, observando a los sorhoxes. No lo había visto tan tranquilo en años.

Rodeé la taza de té que Sel me había dado antes de salir de la cocina con ambas manos. El calor me dio algo en lo que concentrarme, aunque no por mucho tiempo.

Nuestro beso no se iba de mi cabeza, no mientras estábamos sentados allí como personas normales haciendo cosas normales después de cenar. No cuando no podía dejar de pensar en cómo me había mirado en el altillo, con las motas de polvo flotando a nuestro alrededor, el olor a madera, paja y vainilla entre nosotros.

Cuando me besó, se sintió real, como si no fuera un error ni algo impulsivo. Como si él lo hubiera deseado tanto como yo.

El calor que me subía por el cuello no venía del té. Era demasiado consciente de él ahora. De la amplitud de sus hombros. De la forma en que golpeaba distraídamente un dedo contra su rodilla. De todo el espacio que ocupaba sin hacerme sentir invadida. Me daba espacio para respirar, algo que nunca había tenido con un hombre.

Pero solo era un amigo. Nos estaba dando a mi hijo y a mí un techo. Tenía que guardarme mis sentimientos.

Con la mandíbula tensa, apreté la taza. ¿Y si pensaba que yo era el tipo de mujer que coqueteaba para conseguir favores? Tal vez

creyera que, después de un beso, de repente iba a esperar todo tipo de cosas de él. O peor aún, que iba a ofrecer algo más.

Esa no era yo. Ni de cerca.

No había dicho ni una palabra al respecto desde entonces. Tal vez ya se arrepentía. Tal vez pensaba que yo hacía eso con todos mis jefes. Nunca lo había hecho ni pensé que lo haría. Siempre había mantenido las cosas profesionales.

Me había escondido, en realidad. Me mantenía para mí y no dejaba entrar a nadie. Hacer algo así podía lastimarme incluso más de lo que Melvin lo había hecho.

Se me retorció el estómago. Ese beso significó mucho para mí. Me dejó cálida de una forma que no sentía desde hacía años. Mi piel aún recordaba la forma de su mano en la nuca. El roce de su aliento en mi mejilla cuando se inclinó hacia mí. La manera en que nuestras bocas se encontraron, despacio, como si nos estuviéramos descubriendo.

Se había sentido bien, y me había hecho sentir viva. Fue un recordatorio de que todavía podía sentir cosas, de que quizá no estaba tan rota como creía.

Habíamos llegado apenas ayer. No se suponía que estuviera sintiendo gran cosa por alguien nuevo, y mucho menos tan rápido. Eso fue lo que pasó con Melvin. Me atrapó enseguida, lleno de encanto y promesas. Para cuando vi al hombre detrás de las sonrisas, ya estaba embarazada y atrapada. Y cuando ya no pudo controlarme con encanto, usó las manos.

Por lo que podía ver, Sel no era así, pero ¿cómo podía confiar en mi criterio con respecto a cualquier hombre?

Él era diferente. Tenía que serlo.

Aun así… ¿y si pensaba que ahora yo le debía algo?

Las palabras salieron solas.

—Si estás pensando que soy el tipo de mujer que se acuesta con alguien solo porque le ofrecieron un lugar donde quedarse, tienes que saber que no lo soy.

La cabeza de Sel se alzó, las cejas frunciéndose en una línea confundida.

—¿Qué?

Bajé la mirada hacia el té, aún aferrado entre mis manos. Debería haberme callado. En cambio, solté una risa que no sonó alegre.

—Solo estaba aclarando las cosas.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Su voz salió suave.

—Ese pensamiento ni siquiera se me cruzó por la cabeza.

Apreté los labios.

—Lo digo en serio —continuó—. Estás aquí porque necesitabas un nuevo comienzo. Quiero dártelo. Nada más.

El alivio me golpeó como una ola, rápido, fuerte y un poco desorientador. Pero no borró lo que había pasado.

—Entonces el beso…

—Eso fue… —se recostó otra vez, exhalando—. Eso no tuvo nada que ver con un lugar donde quedarse.

Entonces sí, lo miré de verdad.

Su mirada sostuvo la mía.

—Eso fue otra cosa.

¿Otra cosa?

El corazón me latió un poco más rápido.

Sel no parpadeó. No pareció incómodo. Negó con la cabeza una sola vez.

—Nunca sugeriría algo así. Si vuelvo a estar con alguien, será porque los dos lo queremos, no porque alguien me deba algo.

Apartó la mirada, pero sentí que lo hacía por una razón distinta a esa vieja idea de que, si no miras a alguien, estás mintiendo.

Ya había tenido una compañera. Ella había muerto junto con su cría. Una tragedia verdadera. Debió de haberla amado profundamente. Esa pérdida seguramente aún lo perseguía.

—Disfruté nuestro beso —dijo, mirándome de nuevo—. Me gustaría besarte otra vez. Pero solo si es algo que tú quieres.

Ah.

Bueno.

Se me calentó la cara. ¿No había sido tan espontáneo después de todo?

Apreté los dedos alrededor de la taza, aunque ya no por nervios. Este macho era tan sincero, tan directo y dulce. Decía lo que quería sin presionarme, y eso lo apreciaba.

—¿Cuándo murió tu primera compañera?

Era un tema delicado para sacar, pero quería saberlo todo sobre él.

—Hace tres años.

No lo había superado. ¿Quién podría superar algo así alguna vez? Pero quizá estaba listo para intentarlo de nuevo.

Yo no estaba segura de estarlo. Tal vez nunca estaría lista para dejar entrar a alguien nuevo en mi vida.

—No me debes nada —dijo—. Estás trabajando por tu lugar aquí. Libremente. Eso es suficiente.

La nuca me hormigueó, un viejo hábito de comprobar cosas detrás de mí que ya no estaban, pero me permití volver a respirar.

Sus ojos se posaron en los míos. Sus manos permanecieron quietas, descansando sin tensión sobre su regazo. Fue entonces cuando noté la marca circular y dorada grabada en la parte interna de su muñeca izquierda. No recordaba haberla visto antes. Debí de pasarla por alto.

—Entonces… —me aclaré la garganta y coloqué con cuidado la taza sobre la mesa baja entre los dos—. Sobre Max. Dijiste que podía quedarse aquí durante el día, mientras yo estoy en la panadería.

—Es bienvenido aquí. En cualquier momento. Entiendo por qué eres cuidadosa con él. Yo haría lo mismo. Si te resulta más fácil, puedes volver a la hora del almuerzo, si quieres. Lo que te haga sentir más cómoda.

—Es muy amable de tu parte. —Pero el modo madre ya se me había activado otra vez—. Una preocupación son los sorhoxes. Max no le tiene miedo a nada.

Es protector también, y eso fue la gota que colmó el vaso con Melvin. Mi hijo intentó ponerse entre nosotros y Melvin… bueno, no quería pensar en eso.

—Ya lo he notado.

Eso me sacó una sonrisa.

—No quiero apagar su valentía, pero deberíamos establecer algunas reglas básicas para que sepa qué está bien y qué no.

Él se acomodó en el sofá, recostándose.

—Puede caminar por el borde del pastizal si se mantiene en el sendero. Puede observar a los sorhoxes cuando quiera. Podría enseñarle a abrir la puerta y a llamar a Brelar para sacarlo y darle un buen cepillado. Como viste, Brelar es manso. Pero nada de montar. Todavía no. No hasta que esté acompañado por alguno de nosotros.

Asentí. Ningún problema con eso.

—Con tu permiso, podría trabajar con él por las tardes. Enseñarle seguridad alrededor de bestias de ese tamaño. Cómo se mueven. Qué no hacer, especialmente cerca de las crías. Cuando demuestre que entiende, y no solo escuchando, sino de verdad, podemos hablar de montar con supervisión. También podría mostrarle lo que estoy haciendo con los pequeños. Por ahora, los estoy acostumbrando a mi contacto y a caminar con arnés.

—¿Qué tan grandes son las crías?

—Bueno… —su sonrisa, con colmillos incluidos, se abrió, y algo tan simple hizo que me revolotearan mariposas en el estómago—. Son grandes. No tan altas como él, pero los sorhoxes suelen ser mansos. Claro que pueden ser protectores, sobre todo con sus crías, pero han sido domesticados durante muchas generaciones y hemos eliminado la agresividad con la cría selectiva.

—Aprecio que estés pensando tan a futuro —dije—. Enseñarle de la manera correcta.

Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa. Pero lo era. Para mí, lo era todo.

Confiaba en él. Ese pensamiento se asentó hondo en mi vientre. La confianza no era algo que regalara fácilmente. Una parte de mí quería levantarme y recorrer la casa para sacudírmelo de encima. En lugar de eso, me quedé en la silla y dejé que se hundiera más.

—Cada vez que Max haga trabajo real con los animales —dijo Sel —, como cepillarlos, alimentarlos o ayudar con la práctica del arnés, le pagaré por su tiempo.

Alcé las cejas.

—Eso es generoso, pero quizá no hace falta llegar tan lejos todavía. Es solo un niño.

—Estaría ayudando. —Una sonrisa tranquila le tironeó de la comisura de la boca—. El trabajo es trabajo. ¿Quieres que crezca? Ganarse algo enseña a un joven no solo a manejar el dinero, sino el valor económico del trabajo. Es joven, pero no demasiado joven para empezar a aprender.

No había manera de discutir eso. Había intentado enseñarle a Max el valor del esfuerzo, de terminar lo que uno empieza, de no esperar que nada le caiga gratis. Pero hubo meses enteros en los que estuve demasiado cansada o demasiado preocupada como para hacer algo más que sobrevivir al día. Oírlo decirlo así dolió un poco. Pero ayudó todavía más.

Asentí.

—Probablemente le encantaría, la verdad. Tener su propio dinero.

Sel sonrió, satisfecho.

Nos quedamos sentados en silencio, pero se sentía bien. Reconfortante. Me recosté un poco, dejando que los músculos se aflojaran. El resto de mi té quedó olvidado sobre la mesa. Ya no necesitaba la taza entre las manos.

Sel estaba igual que antes, relajado, con los brazos apoyados en el respaldo del sofá y en su rodilla. Sus manos eran grandes, curtidas por una vida de trabajo duro. Sus ojos no estaban a la defensiva, solo abiertos.

Sentí pena por él, por lo que había perdido, por lo que tanto él como Max habían perdido. ¿Y yo? Melvin era un imbécil, pero al menos yo tenía a mi hijo.

Qué extraño que no me sintiera nerviosa junto a alguien tan grande. Hubo épocas en las que el sonido de un tacón demasiado cerca detrás de mí hacía que todo mi cuerpo se tensara. Ese encogerse no abandona nunca del todo a una persona. Y, sin embargo, ahí estaba yo, viendo a Sel ocupar el espacio con tanta naturalidad, y lo único que me hacía sentir era que no tenía que encogerme en absoluto. Si acaso, me sentía más segura con él que con cualquier otra persona.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, el silencio no pesaba. Simplemente existía, y yo estaba bien con eso.

La puerta trasera chirrió al abrirse y Max llamó. Avanzó por el pasillo y se detuvo en el umbral del salón. Su sonrisa habría podido iluminar toda la casa.

Se me apretó el pecho al verla. Estaba feliz, como si no tuviera el peso de ni una sola preocupación sobre los hombros. Eso era todo lo que siempre había querido para mi niño. Y verlo así, después de todo lo que habíamos pasado, me hizo sentir como si me rompieran por dentro y me cosieran de nuevo al mismo tiempo.

—Voy a lavarme los dientes y leer un rato —dijo, acomodándose las gafas con el pulgar.

—Está bien, cariño. ¿Necesitas algo?

—Nop. —Se encogió de hombros—. Este es el mejor día de todos.

Lo dijo como si fuera la verdad más obvia del mundo. Como si los días buenos fueran lo normal. No podía recordar la última vez que había oído esa clase de certeza en su voz.

Se me enredó la respiración en la garganta. Apenas logré sonreír mientras parpadeaba rápido.

—Me alegra oírlo.

Max desapareció por el pasillo y, un segundo después, su puerta se cerró con un clic.

Podíamos explicarle nuestro plan por la mañana. Estaba segura de que le encantaría que le dieran un poco de independencia. Y además una tarea: cepillar a Brelar. Dinero para gastar en lo que quisiera.

Me volví hacia Sel, con el calor de las palabras de Max todavía arremolinándose dentro de mí.

—Sigue sin gustarme que duermas en el altillo.

—Sacaré unas mantas, me haré una buena cama en el heno.

Alcé las cejas.

—¿En serio? Eso no es una cama.

—No lo es, pero está bien. Es suficiente para mí.

Lo decía en serio. No había ni un rastro de queja en su voz.

Algo dentro de mí se tensó y se aflojó al mismo tiempo.

—Está bien entonces.

Me puse de pie, quedándome un latido de más, sin saber muy bien qué decir a continuación. Una parte de mí quería preguntarle si quería salir un rato, quizá caminar por el potrero, quizá hablar un poco más de cualquier cosa y de todo. La otra parte, la cautelosa, me decía que le diera espacio a esto para que creciera.

—Buenas noches, Sel —dije al fin—. Gracias otra vez. Por todo.

No sabía si ya estábamos a salvo, pero por primera vez en años no estaba mirando por encima del hombro.

Estaba mirando hacia adelante.

CAPÍTULO NUEVE

SEL

Dormir en un pajar podría ser divertido para un joven, pero ¿para un orco adulto? Digamos que quizá tendría que comprar una cama la próxima vez que fuera al pueblo.

Me uní a Max y a Holly para desayunar dentro. Ella había hecho panqueques. Los había probado una vez, en casa de Greel. Su compañera, Jessi, los había preparado, y era una cocinera increíble.

Después de que terminamos de comerlos todos, le explicamos a Max nuestro plan.

—¿Me quedo aquí solo mientras ustedes trabajan? —exhaló, levantando la mirada hacia su madre—. ¿De verdad?

—De verdad —sonrió ella, aunque el leve temblor de su mano sobre la mesa me dijo que todavía estaba un poco nerviosa.

—Seguro que mis hermanos pasarán durante el día —dije—. Te van a enseñar a trabajar con los sorhox jóvenes.

Y también a asegurarse de que Max estuviera cómodo y a salvo. Eso debería tranquilizarla.

Ella frunció el ceño.

—Ellos son…

—Como yo —dije—. Básicamente somos todos iguales.

—No eres igual, Sel, aunque lo sientas así. Tú eres… —miró su plato vacío— especial.

El corazón me dio un vuelco y no supe qué decir, así que no dije nada. Solo asentí, como si estuviera acostumbrado a que las mujeres me dijeran que era especial. Pero, vaya, cómo me rugía la sangre.

Max nos miró a los dos, y juraría que sonrió con picardía, aunque se levantó de un salto y llevó su plato al fregadero tan rápido que no estuve seguro.

—Van a ir juntos al pueblo, ¿verdad?

Sonaba demasiado contento para alguien que tenía la espalda vuelta, y otra vez no pude estar seguro.

—Sí —dije. Puede que fuera una tortura tener a mi compañera entre mis brazos aunque fuera por poco tiempo, pero lo haría encantado. Estar cerca de ella sería maravilloso.

Una vez que todo estuviera en marcha en la panadería, iba a buscar a Jessi, Beth, Gracie y Rosey, las compañeras de mis hermanos. Solían reunirse por la mañana antes de ponerse con sus planes del día.

Necesitaba su consejo.

Después de dejar a Max con instrucciones estrictas sobre lo que podía hacer y lo que no, Holly y yo montamos a Zist rumbo al pueblo y desmontamos detrás de la panadería. Mientras él se alejaba hacia la pradera abierta para pastar, nosotros entramos y nos pusimos a trabajar. Una hora más tarde, me volví hacia Holly.

—Voy a ver cómo está Max y a ocuparme de un par de cosas —dije, lavándome las manos en el fregadero y secándolas con una toalla.

Holly levantó la vista de la masa que estaba amasando, pero no se detuvo.

—Está bien —miró hacia la puerta abierta—. Yo me ocuparé de los clientes.

Necesitaba contratar a alguien para atender al frente, pero me había llevado tiempo contratar a Holly. De todos modos, tenía algunos postulantes y pronto los llamaría para entrevistas.

Cuando salí, el calor de la mañana avanzada me envolvió. El aire olía a azúcar, pan recién horneado y madera calentada por el sol. Los ruidos del pueblo resonaban a lo lejos: botas sobre la pasarela,

alguien gritándole a un joven que dejara de correr. Detrás de la panadería reinaba la calma.

—Uup, uup, uup —llamé a Zist.

Un galope pesado me respondió y, segundos después, mi sorhox salió disparado desde el pastizal. Frenó de golpe a poca distancia.

—Buen chico —dije con una sonrisa, saltando sobre su lomo ancho. Un leve toque con los talones lo envió por el callejón. Los edificios de la calle principal quedaron atrás, dando paso a campos verdes y al camino que llevaba a mi casa y a la de mis hermanos.

Mis pensamientos se atropellaban.

Los ojos de Max habían brillado durante el desayuno. Esa alegría se me había quedado grabada. Y luego estaba el beso, la forma en que Holly se había acercado a mí como si me deseara. Y esa palabra que había usado para describirme. Especial. Como si tal vez yo fuera todo lo que ella podría necesitar.

Una sonrisa tironeó de mis labios, aunque no tenía idea de lo que estaba haciendo. ¿Cortejar a una mujer? Ni idea. Y menos a una que había sufrido. Pero quería aprender. No, tenía que hacerlo.

Me detuve en mi casa y encontré a Max de pie junto a la cerca, ofreciéndole un puñado de pasto a un sorhox. Me sonrió de oreja a oreja cuando frené a Zist.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí. Iba a caminar a lo largo de la cerca. Te avisaré si hay algo caído o que necesite arreglo.

Este joven iba a ser de gran ayuda; eso ya lo veía claro.

—Te lo agradezco —dije—. Nos vemos más tarde.

Giré a Zist y lo guie de vuelta al camino principal, apuntando hacia la casa de Greel a lo lejos.

Al coronar una colina, vi a mi hermano Hail trabajando en la cerca a mi derecha. Se había arremangado y estaba asegurando un alambre a un poste.

Se enderezó cuando me vio acercarme con Zist.

—Hola, Sel. ¿Cómo va todo? —llamó, sonriendo de par en par.

Reduje la marcha de Zist y, cuando se detuvo, me deslicé hasta el suelo.

—Mejor de lo que esperaba —dije.

Hail se frotó el mentón y me recorrió con la mirada.

—Te ves… distinto —habló despacio, con cuidado. Mi hermano había tenido dificultades con el habla cuando era joven. Tartamudeaba, como lo llamaban los humanos. Nuestra madre había trabajado mucho con él, y casi no se notaba ya, salvo cuando estaba estresado—. ¿Qué has estado haciendo?

Me encogí de hombros.

—La panadería, lo de siempre.

—Escuché que contrataste a alguien. —Aseguró el alambre al poste y guardó la herramienta en la bolsa de cuero a sus pies.

—Sí. Se llama Holly. Vino con su hijo, Max, que tiene doce años.

—¿Ah, sí? —Tragó saliva y pareció pelearse un momento con la lengua. Esperé con paciencia—. ¿Y… cómo va eso?

—Bien. Los mudé a mi casa anoche.

Hail alzó una ceja.

—Pensé que se quedaría en el hotel.

—Hay más espacio conmigo.

—¿Y dónde estás durmiendo tú, entonces?

—En el pajar.

Apretó los labios y su mirada se deslizó por mi brazo. Me tomó la mano y me la dio vuelta, palma arriba.

—Marca de emparejamiento. ¿Es la afortunada destinada? —con una sonrisa, me dio un golpe amistoso en el hombro—. Felicitaciones.

—Es ella —dije en voz baja—. Holly.

Su expresión cambió; ya no parecía tan emocionado, sino más curioso.

—¿La has reclamado… a la antigua manera orca?

—Eh, no. Todavía no.

—¿Y por qué no?

—No es el momento.

Entrecerró los ojos oscuros y se acomodó el sombrero para protegerse del sol.

—Espera. ¿Ella lo sabe?

Me removí incómodo bajo su escrutinio.

—No puedo decírselo. Todavía no —bajé la voz—. Ha pasado por mucho con el padre de Max. Era malo. La lastimó.

—Lo mataremos —dijo mi hermano con sencillez, como dicta la manera orca. Una amenaza contra uno era una amenaza contra todos.

—Si viene aquí, sí.

La justicia orca no siempre seguía las mismas reglas que la humana. Ir a buscarlo para matarlo era una cosa, y estaba prohibido por el tratado. Pero si aparecía aquí, en nuestro territorio, y amenazaba a Holly o a Max, no dudaría en actuar. El tratado era claro: podíamos responder ante amenazas.

Hail gruñó. Como yo, prefería ser proactivo antes que reactivo.

—Si la presiono demasiado rápido, podría sentirse atrapada —observé la cerca, detectando una posible rotura más adelante—. Podría huir.

Mi hermano volvió a gruñir.

—Estoy preocupado, Hail. —El pecho se sentía demasiado apretado—. Creo que podría llegar a amarla. Me mira, pero también se contiene. Tiene miedo, incluso cuando sonríe.

Hail no dijo nada; solo escuchó.

—Quiero que se sienta a salvo —continué—. Como si pudiera protegerla de una forma en que nadie más lo ha hecho nunca. Y cuando dijo que yo era especial…

—Esa palabra significó algo —dijo en voz baja.

Asentí.

—Me hizo sentir que quizá tengo una oportunidad real con ella. Pero solo si no arruino esto.

El calor me subió al rostro y hasta las orejas. Solté una risa breve y, antes de perder el valor, lo dije de golpe:

—¿Tú… eh… tienes alguna sugerencia para ganar su corazón?

Hail parpadeó. Luego soltó una risa suave, algo poco habitual en él.

—¿Yo? Sel, nunca he cortejado a nadie.

—Sí… ya.

Mi pobre hermano era tan tímido y tan preocupado por tartamudear que no estaba seguro de que hubiera hablado alguna

vez con una mujer más allá de un par de palabras.

Se apoyó en el poste a su lado y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Escucho y observo. Incluso he tomado notas.

Nuestro hermano Dungar tenía TOC, según la tía Inla. Decía que por eso era tan meticuloso con todo. Hail lo admiraba mucho y solía imitarlo cuando éramos pequeños. Si Dungar tomaba notas y hacía listas, Hail también.

—No sé mucho, pero sí sé algunas cosas que podrían ayudarte —dijo.

Esperé, con las manos en las caderas, y la esperanza floreciendo en mi pecho.

La mirada de Hail se deslizó por el pastizal, evaluando a los sorhox que pastaban allí.

—Ella no es de aquí. Todo es distinto para ella. La panadería es tuya, no suya. Y Lonesome Creek está gobernado por orcos que no conoce. El lugar está lleno de turistas que son desconocidos para ella. ¿Quieres conquistarla? —Hablaba con cuidado, pero rápido, y juraría que era lo más que mi hermano había hablado de corrido; el tema claramente lo entusiasmaba—. Haz cosas pequeñas que demuestren que te importa.

—¿Como qué?

—Pregúntale cómo fue su día. Escucha de verdad cuando te responda. Prepárale comida cuando esté demasiado cansada para mantenerse en pie. Arregla algo que esté roto sin que tenga que pedírtelo.

Fruncí el ceño.

—¿Eso es todo?

Se encogió de hombros.

—Muchos creen que el amor tiene que ser grandes gestos y palabras bonitas. El amor real es silencioso. Honesto.

Puso todo su corazón en eso, y me apretó el pecho.

—¿Sabe ella que la ves, Sel? ¿Que la ves de verdad y no solo por fuera?

El silencio se extendió entre nosotros mientras el viento barría las hierbas largas de la llanura.

—No lo sé —admití—. Pero quiero que lo sepa. Más que cualquier otra cosa que haya querido en mucho tiempo.

La voz de Hail se suavizó.

—Entonces no la protejas solo de lo que está afuera. Muéstrale que también puede descansar, que estás ahí para apoyarla en todo lo que necesite. Muéstrale al Sel real, al que todos amamos.

Lo abracé, y él me devolvió el abrazo. Amaba a mis hermanos. Eran lo mejor que tenía.

—Eres sabio al no marcarla todavía —dijo—. Yo haría lo mismo.

Eso fue reconfortante.

—Por lo que dices, tendrás que dejar que ella te muestre que está interesada antes de hacer algo así. Sin presión. Deja que sea ella quien se acerque.

Dejé que esas palabras se asentaran. Las examiné y encontré verdad en ellas.

—No la persigas. Déjala caminar a lo largo de la cerca, pero asegúrate de que sepa que estás esperándola al final.

Me aferré al travesaño superior y miré el horizonte.

—Sería más fácil si esto fuera un emparejamiento común, no uno dictado por el destino. Pero no lo es. Ella se siente correcta. Si la perdiera, nunca volvería a sentirme completo por dentro.

Hail se quedó pensativo, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Lo entiendo. Amabas a Challa. Nadie pensará nunca lo contrario.

—La amaba.

Todavía dolía pensar en ella y en nuestro joven. Siempre dolería.

Hail permaneció a mi lado, en silencio por un rato. Esa quietud me calmó hasta los huesos.

—He conocido la batalla —dije por fin—. La dureza. Pero esto…

La voz se me quebró y no pude terminar. Tenía la garganta demasiado cerrada.

Me dio un leve codazo en el brazo.

—No la vas a perder, Sel. No si eres cuidadoso. No si crees que vale la pena esperar.

Asentí una sola vez. Mi mente ya iba varios cliks por delante, planeando cómo podía tomar su consejo y convertirlo en algo que

ella notara.

Hail se sacudió la hierba de las rodillas. Su expresión se volvió extrañamente seria.

—Podrías ver las imágenes en streaming. Dungar cree que deberíamos.

Parpadeé.

—¿Tú lo has hecho?

Se encogió de hombros.

—Algunas. Las del Lejano Oeste, con caballos y llanuras ondulantes. Vaqueros y damitas muy finas con vestidos largos. Cabalgando con ella hacia el atardecer.

—¿Meterse físicamente en eso? Imposible.

Frunció el ceño.

—Creo que significa mirar el atardecer desde el lomo de un sorhox. Caballo, en su caso. Y no te olvides de las que muestran al tipo peleando contra bandidos y ganándose a la mujer con honor.

Se me calentaron las orejas.

—¿Estás seguro de que eso podría funcionar? —me rasqué la nuca.

—Dungar dice que a ellas les encanta ese tipo de cosas. Llaman romántico a ese comportamiento.

—¿Romántico? —la palabra me sonó extraña en la boca.

—El macho leal que protege, que no pide nada, que nunca vacila en su dedicación a ella. Ese podrías ser tú.

—Estoy bastante seguro de que la mayoría de esas imágenes en streaming terminan con edificios ardiendo o tiroteos.

—Solo algunas.

Su expresión volvió a cambiar mientras me estudiaba.

—Sé honesto con ella. No sobre el vínculo, sino sobre ti. Hazlo como el protagonista de esas viejas imágenes. Ella lo verá. Así es como se gana su corazón.

Sentí como si el suelo se inclinara bajo mis botas.

—Gracias.

La palabra me golpeó el pecho y se quedó ahí.

De verdad apreciaba su consejo.

Asintió y volvió a su trabajo con la cerca, ya avanzando hacia la rotura que yo había señalado a poca distancia.

Monté a Zist y lo orienté hacia el camino. Avanzamos despacio, con sus pezuñas marcando un ritmo que permitía que mis pensamientos lo alcanzaran. Tenía demasiados. Se me apilaban por dentro hasta que incluso respirar requería esfuerzo. Intenté que el compás de los pasos de Zist aflojara algunos, pero no ayudó mucho.

—Imágenes en streaming —murmuré—. Lejano Oeste.

Un macho esperando en el borde del pueblo, sosteniendo quizá una cosa metálica que dispara —¿una pistola? — en una mano y su corazón en la otra. Esperando que la mujer que quería lo eligiera. Nunca pensé que sería del tipo que deseara algo tan suave. Pero cuando se trataba de Holly, lo quería todo.

La idea me arrancó una sonrisa. También me hizo fruncir el ceño. ¿Dónde se conseguían esas imágenes? Dungar nos las había mostrado durante las clases que dio cuando acabábamos de llegar aquí, a la superficie. Ojalá hubiera prestado más atención.

Tal vez alguna de las compañeras de mis hermanos supiera dónde encontrarlas. Gracie, en particular, parecía el tipo de mujer que sabía de esas cosas. Vivía metida en las redes sociales. Le preguntaría cuando llegara a lo de Greel.

Aun así, era extraño. ¿De verdad eso era lo que querían las mujeres? ¿No grandes discursos, sino fortaleza silenciosa? Romántico. Ahora la palabra pesaba, como si tuviera más significado del que jamás había creído.

Zist resopló cuando entramos en el camino de acceso a la casa de Greel. El sendero serpenteaba entre hierba alta y llevaba hacia la casa del rancho, con un granero rojo y un pastizal detrás.

Mi bestia redujo la marcha sin que yo se lo pidiera.

Me deslicé de su lomo y lo dejé vagar hasta la cerca para pastar.

Me quedé quieto un momento, observando cómo Zist tironeaba de las hojas altas de hierba. Había luchado contra bestias en los pantanos de Drelmar sin pestañear, pero caminar para pedirle consejo a un grupo de mujeres sobre cómo tratar a una compañera… eso hacía que mis hombros se sintieran demasiado anchos para mis huesos. A los orcos no nos enseñaban a pedir. Nos

enseñaban a resistir. Pero no podía seguir tropezando en esto sin orientación.

Con los pasos crujiendo sobre la grava, crucé hasta el porche lateral y subí los escalones. Aspiré hondo y solté el aire de golpe.

Me quedé allí, con la mano suspendida sobre la madera. No le tenía miedo a las mujeres ni a sus charlas, pero esta parte importaba. Iba a preguntarles a la compañera de Greel y a las demás cómo ganarse el corazón de una hembra que no confiaba con facilidad. Así que me froté la palma en el pantalón, di dos golpes y me preparé para escuchar sugerencias que quizá me gustaran… o quizá no, pero que atendería con todo el corazón.

Desde dentro, una voz femenina llamó:

—¡Adelante!

El estómago me dio ese vuelco extraño, a partes iguales agradable e inquietante.

Abrí la puerta y entré.

CAPÍTULO DIEZ

HOLLY

Acababa de sacar del horno una tanda recién hecha de scones cuando la campanilla de la entrada tintineó. Me lavé las manos a toda prisa y, con una sonrisa vacilante en el rostro, avancé hacia la sala principal.

El dulce aroma de la repostería se me había pegado a la ropa, y me sacudí la harina del delantal. Aún me hormigueaban las manos por el calor del horno, pero la campana había sonado, y los clientes eran clientes. Había estado lento toda la mañana con Sel fuera. Tal vez ahora la cosa se animara un poco.

Dos hombres se tambalearon hasta el mostrador, ruidosos de esa forma que solo los borrachos saben ser, con sombreros de vaquero de recuerdo ladeados en la cabeza. Uno tenía surcos profundos marcados en el rostro quemado por el sol, la camisa arrugada y manchada. El otro era más joven, alto y fibroso, con dedos inquietos que tironeaban de los botones alineados en el frente de su camisa.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Recorrí con la mirada los estantes de la vitrina. Todo lo horneado estaba donde debía estar y yo iba adelantada con el horario. Una pequeña victoria. Aun así, cuando el más bajo se inclinó sobre el vidrio, con el aliento agrio y los ojos demasiado brillantes, la inquietud se me enroscó en el estómago.

Como siempre que estaba estresada, pasé el dedo por la cicatriz ya cerrada de mi brazo. Me habían operado después de que mi ex me lo rompiera.

Sel volvería pronto.

El hombre alto golpeó la campana del mostrador una y otra vez, hasta que me zumbaron los oídos.

—Oímos que el panadero orco se consiguió una mujer —dijo arrastrando las palabras, con una sonrisa que me erizó la nuca—. ¿Eres tú?

Mantuve la voz firme.

—¿Puedo ayudarlos con un pedido, señores?

—No pensé que encontraríamos a una humana horneando esas cosas verdes —dijo uno, señalando los scones de espirulina.

Su amigo asintió, entrecerrando los ojos hacia la bandeja como si lo hubieran ofendido personalmente.

—Parece algo que escupiría un estanque.

Forcé una risa que no sentía, deseando que las mujeres no tuviéramos siempre que fingir que algo dicho por un hombre era gracioso cuando no lo era, o aguantar a tipos molestos.

—Los scones especiados inspirados en recetas orcas son populares. Tienen un sabor agradable, terroso. ¿Les gustaría probar uno?

—¿Tienen carne? —ladró el más alto.

—En los scones no. La espirulina es una fruta en el reino orco.

El más bajo golpeó el mostrador con fuerza suficiente para hacer vibrar la vitrina. Di un respingo y el aire se me atascó en la garganta.

Se inclinó hacia delante, empañando el vidrio con su aliento caliente.

—¿Y qué tal es trabajar para un orco? ¿Te trata bien?

Mi sonrisa flaqueó, pero la recompuse enseguida.

—Sí, lo hace —respondí con tono parejo—. Vamos a prepararles algo para el camino.

Cuando me giré para coger una bolsa de papel, un recuerdo antiguo se me clavó como un cuchillo.

La puerta de la heladera. Hundida donde el puño de Melvin se había estrellado contra ella. Sus ojos ardían como brasas. La pared tembló. Las rodillas casi me fallaron y el corazón me latía tan fuerte que ahogaba cualquier otro sonido. El dueño del departamento iba a enfurecer. ¿Cómo iba a explicarlo?

Pero al menos no me había golpeado. No esa vez. Había cubierto el abollón con los dibujos de Max y unos imanes.

Estos hombres no eran él, pero mi cuerpo no parecía saberlo. Me dije que dejara de temblar, pero a mis piernas no les importó. Recordaban noches que todavía no podía nombrar en voz alta, y ya estaban a medio camino de huir.

Con las manos temblorosas, doblé la parte superior de la bolsa de papel. Tenía las palmas húmedas y el pecho demasiado apretado.

Lugar distinto. Vida nueva. Max estaba a salvo. Yo también.

Sel volvería pronto a la panadería.

Aun así, aquel miedo viejo me aplastaba, un peso justo sobre el esternón.

Mis ojos se deslizaron hacia la puerta.

Seguía cerrada.

Deslicé la bolsa por el mostrador, marqué el total en la caja y empecé a decirles el precio.

—Creo que voy a revisar el pan de ese cajón de ahí —dijo el alto, rodeando el mostrador y acercándose.

La espalda se me tensó de golpe.

—Por favor, quédese del lado del cliente.

No se detuvo. Solo soltó una carcajada fuerte y cortante, como si yo fuera el chiste.

—Vamos —dijo el más bajo, siguiéndolo—. Solo queremos ver si esos hornos orcos de verdad hacen que todo sepa mejor.

El aliento me golpeó primero. Cerveza. Ajo. Intenté no dar arcadas.

Se acercaron demasiado y fingieron no notar la línea que cruzaban. La manga del alto rozó mi brazo al estirarse hacia el cajón del pan, y fue como un rayo.

El dolor vivía en mis huesos, donde las viejas fracturas nunca sanarían del todo. Se me secó la boca. Odiaba lo rápido que el

miedo antiguo reprogramaba todo, como si aún creyera que cualquiera más grande tenía derecho a controlar la habitación.

—Retrocedan —dije, con la voz baja pero firme. Planté los pies, decidida a no correr. Decidida a no ceder.

El alto dio un paso más hacia mí. Se me vino encima. Su sonrisa viscosa se ensanchó.

—No seas así. Sonríe.

Empujé. No con fuerza, pero directo al estómago para hacerlo perder el equilibrio.

Retrocedió tambaleándose con un ladrido sorprendido.

El rostro del bajo se endureció y se lanzó hacia delante, como si hubiera decidido dejar de ser gracioso.

Giré de lado, me escabullí entre ellos y salí corriendo hacia la cocina, como si el aire de allí pudiera ser más seguro. Más pequeño. Controlado. La cocina no me pedía nada más que concentración y calor. Sin hombres, sin preguntas, sin movimientos bruscos. Solo masa y tiempo.

—Vuelve —llamó el alto, pero ya no sonaba divertido. Sonaba mal. Cruel.

—Solo queremos ver cómo hacen las cosas los orcos —dijo con un tono aceitoso, siguiéndome con su amigo justo detrás—. Puedes mostrarnos, ¿no?

—Señores —dije, intentando controlar el temblor en la voz—, les pido que se vayan. Esta es una zona privada de cocina…

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —preguntó el alto, dando un paso adelante—. ¿Hornearnos consecuencias?

El otro resopló.

Me aferré al borde de la mesa de preparación, lo único sólido que me mantenía en pie.

El acceso al frente estaba bloqueado. Con la mente dando vueltas, busqué salidas, pero con ellos entre mí y ambas, no había ninguna.

La adrenalina me recorrió las venas como hielo y el mundo se estrechó hasta los patrones de harina agrietada sobre la mesa y el tic del ventilador del refrigerador. Los pensamientos se me

ralentizaron y las manos me parecieron lejanas, como si fueran de otra persona.

El alto se inclinó cerca, agarrando una cuchara de madera que yacía en el mostrador junto a mi codo.

—¿Y esto para qué es? —dijo, alzándola—. Nunca vi nada así.

El olor de su camisa —detergente barato, sal, sudor rancio— me golpeó como un puñetazo.

Mi mente se llenó de la imagen de Melvin en la cocina. Empuñando el cuchillo más grande que teníamos y agitándolo frente a mi cara. «Para dejar claro un punto». Nunca había gritado tan fuerte.

Muévete. Muévete. Muévete.

La mano del alto se cerró alrededor de mi brazo y grité de terror.

La puerta trasera se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire frío sobre mi piel en llamas.

—Aléjense. De. Ella —gruñó Sel, entrando a zancadas en la habitación.

Los tres nos quedamos congelados.

Yo no podía moverme. Mi cuerpo aún no se había puesto al día con su voz. Todavía creía que estaba en peligro, que sería yo a quien culparían por armar un "escándalo". Otra vez.

La figura imponente de Sel llenaba cada centímetro del lugar, los hombros anchos, el pecho agitado. Sostenía una espada, nada menos, la hoja abollada atrapaba destellos de luz.

Una espada. No un adorno. De verdad.

Su voz cortó el aire de la cocina.

—Salgan de este pueblo ahora mismo y no regresen jamás. O me aseguraré de que así sea.

Quería creerle.

Que esto había terminado.

Que alguien podía decir algo así… y hacerlo realidad.

CAPÍTULO ONCE

SEL

En cuanto entré en la cocina de Jessi, el olor a café y canela me envolvió. Cálido y reconfortante… eso esperaba. Ninguno de mis hermanos estaba allí, pero no me sorprendió; ahora que estábamos abiertos al turismo, estarían trabajando en el pueblo.

Jessi estaba en la encimera, removiendo algo con las mangas arremangadas. Gracie estaba sentada a la mesa, mirando su teléfono, aunque me dedicó una sonrisa. Beth y Rosey estaban frente a ella, con tazas en las manos. También me sonrieron.

—Sel. —El rostro de Jessi se iluminó mientras cruzaba la cocina para darme un fuerte abrazo—. Qué sorpresa tan agradable. ¿Está todo bien en la panadería?

—Todo está bien. —Más o menos. Eso esperaba.

¿Qué clase de consejo podrían darme?

—¿Quieres algo de comer? —preguntó.

—Me encantaría.

Era una de las mejores cocineras que conocía.

Beth empujó una silla hacia mí con el pie, mientras Rosey movía la suya para hacer espacio.

Gracie guardó el teléfono.

—Publicación hecha. —Había hecho un trabajo increíble impulsando nuestra presencia en línea.

Beth se levantó y fue hacia la encimera.

—¿Té?

—Perfecto.

Me senté, y Beth me entregó una taza llena. Le asentí en agradecimiento. Jessi trajo un muffin recién horneado en un plato y se acomodó en la silla a mi lado.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Rosey, clavando los ojos en mí.

—Ocupadas. Contraté a una mujer llamada Holly. Tiene un pequeño, Max. Tiene doce años.

—¿Está casada? —preguntó Beth, dando un sorbo a su té.

—No. No lo está.

—Entonces es madre soltera. —El rostro de Gracie se llenó de simpatía—. Debe de ser difícil. ¿Cómo son?

—Max es increíble. —Ya estaba deshaciéndome en elogios, pero no podía evitarlo—. Escucha con todo su ser, como si estuviera intentando aprender el mundo desde cero. Es difícil no amar ese tipo de apertura. Te arranca algo por dentro.

Gracie se inclinó hacia delante, con la mirada brillante fija en mí.

—¿Y Holly?

—Ella es… —Pensé en la mujer que estaba empezando a adorar —. Tiene una firmeza. No es una fuerza fingida ni una fachada. Es… dureza y gracia, una al lado de la otra. Se mueve como alguien que espera que el mundo se derrumbe a su alrededor en cualquier momento, pero aun así mantiene la cabeza en alto. Me hace querer sostener el cielo para que no caiga.

Las mujeres intercambiaron una larga mirada, con las comisuras de los labios elevándose al unísono.

—Es el tipo de mujer que ha seguido siendo amable incluso cuando el mundo le dio razones para no serlo —dije, sonando a la defensiva incluso para mis propios oídos—. No sé cómo lo hace.

—Eso es… increíblemente dulce, Sel. —Gracie alzó las cejas—. ¿Cómo se está adaptando en la panadería?

El té calentaba mis manos.

—Increíble.

—Ah, increíble. —Jessi soltó una risita y le dio un codazo a Beth. Beth parecía esforzarse por mantener el rostro serio, aunque no entendía por qué.

—Los mudé a mi casa —dije—. Es más cómodo que el hotel. Tengo dos dormitorios. Estaban compartiendo cama en el hotel.

Los ojos de Rosey brillaron.

—Chicas, creo que aquí tenemos un "solo hay una cama".

Fruncí el ceño, sin entender.

—Tengo dos camas. Una es la mía, la otra está en la segunda habitación. Max duerme en esa. —Tal vez me estaba perdiendo algún matiz humano. Me miraban como si hubiera anunciado que compartíamos habitación. ¿Era inapropiada la situación actual?

—Solo una cama —suspiró Beth—. Ruugar y yo solo teníamos una tienda, y fue… increíble. —Su risa luminosa resonó, acompañada por las demás.

Sentí que las orejas me ardían, como si hubiera entrado en otro mundo, no en la cocina de Jessi.

Jessi fue la primera en ponerse seria.

—¿Holly lo sabe?

Parpadeé, todavía perdido.

—¿Saber qué?

Señaló mi brazo.

—Eso.

—¿Holly, verdad? —preguntó Gracie con una sonrisa.

Me cubrí la marca con la palma, pero ya era demasiado tarde.

—No puede saberlo. Aún no.

Los labios de Rosey se entreabrieron.

—¿Por qué no? La has reclamado, ¿no?

—Apareció después de que… —Me detuve y tosí—. Después de que nos besamos.

Tal vez estaban en silencio, pero sus miradas compartidas decían mucho. Por fin entendí de qué hablaban.

—Estoy durmiendo en el establo —solté—. En el altillo del heno. No en la de "solo una cama".

Gracie asintió, todavía sonriendo.

—Por ahora.

—Para siempre —gruñí—. ¿Dónde más dormiría?

—Si hace frío… —Jessi miró por la ventana sobre el fregadero—. ¿Dónde está una buena tormenta de nieve cuando la necesitas?

—Es verano. —Mi ceño volvió a fruncirse—. No va a nevar.

—Un huracán también serviría —dijo Gracie pensativa—. Los desastres naturales son excelentes para crear vínculos.

—¿De qué están hablando? —exclamé.

—Tranquilo, tranquilo. —Rosey me dio unas palmaditas en el brazo—. Estamos intentando ayudar.

De acuerdo. Bueno. Yo *había* venido a pedir ayuda.

—Nada de desastres naturales.

Gracie se dio golpecitos en la barbilla.

—Investigaré en internet. Tiene que haber una forma de que esto funcione.

Las mujeres humanas eran complicadas; ya lo había visto con Holly.

—Vine aquí para pedir consejo sobre cómo cortejarla.

Incluso decirlo en voz alta me hizo sentir como si hubiera salido de mi propia piel. No me criaron para hablar. Pero no podía quedarme callado mientras ella se me escapaba.

—Ahhh —suspiraron las mujeres al unísono. Sus ojos volvieron a brillar y las sonrisas se ensancharon en cada rostro.

¿Cómo podían hacer eso sin haber dicho nada?

Gracie se inclinó hacia delante y tocó mi brazo apoyado en la mesa.

—Estás enamorado.

El impulso de negarlo surgió de inmediato, pero lo detuve. Pensé en Holly, en la forma en que dijo que yo era diferente. Especial. En cómo Max me miraba como si yo importara.

—Creo que estoy cayendo. No ha pasado mucho tiempo, pero… —Levanté el brazo, mostrando la marca que… bueno, me alegraba que estuviera allí. Nunca pensé que encontraría a alguien nuevo. Ni siquiera estaba buscando. Pero el destino había traído a Holly a mi vida, y sería un necio si mirara hacia otro lado.

Miré el té en mi taza.

—No quiero asustarla. Su ex… fue malo. La lastimó.

Jessi se puso de pie de un salto.

—Lo mataremos. Iré a buscar a la abuela al pueblo y arrasaremos con todo.

La tomé del brazo para que volviera a sentarse.

—Aprecio tu oferta y la sin duda entusiasta participación de la abuela. Pero ya le ofrecí eso y Holly dijo que no. Creo que ella y Max huyeron de él. Si estuviera aquí, ya habría terminado todo, pero no está. —Y más le vale no venir a buscarlos.

—Díselo a Dungar —dijo Rosey—. Que le dé más uso a esa placa de sheriff.

Era una buena idea. Mis hermanos ayudarían. Les contaría todo en cuanto pudiera.

—No confía con facilidad —dije—. Max tampoco. Pero eso no significa que no la quiera en mi vida, que no esté dispuesto a hacer lo que sea para ganar su corazón.

Todos asintieron, ahora solemnes.

—Quiero ganármela —dije—. De verdad. Pero no sé cómo.

Jessi me dio una palmadita en la mano, apoyada sobre la mesa.

—Entonces ya estás a mitad de camino.

Beth se mordió el labio inferior.

—Te ayudaremos en todo lo que podamos.

—Lo agradezco.

Gracie se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—El amor avanza más despacio para muchas mujeres humanas. Somos más cautelosas, sobre todo si nos han lastimado antes. Necesitan saber que están a salvo, primero.

Beth asintió.

—Sobre todo eso.

Ella lo sabía bien. Había sido una novia fugitiva cuando conoció a mi hermano, Ruugar. Bueno, se habían conocido meses antes de que ella huyera de su boda, cuando ella y su prometido fueron a Lonesome Creek para visitar el lugar donde celebrarían la ceremonia. Su padre la obligaba a casarse con su socio comercial, y Beth había sido criada de manera aislada. Sin salida, esperó hasta la noche de la boda y escapó por la entrada lateral del granero. Ruugar la siguió y, mientras la ocultaba de su prometido, se enamoraron.

Asentí.

—Está preocupada. Y con razón.

Había visto cómo se tensaba cada vez que sonaba la campanilla sobre la puerta de la panadería. Como si se preparara para un golpe.

—Sé que le llevará tiempo sentirse segura aquí, confiar en que puedo ayudarla a sentirse protegida.

—¿Estrategias, chicas? —preguntó Gracie, sacando el teléfono—. Tomaré notas.

Su mirada se cruzó con la mía.

—Y te las enviaré por correo.

—Gracias. —Creo.

El ambiente cambió cuando pasaron de lo casual a lo concentrado.

—Podría darte consejos generales —dijo Jessi—. Como ser honesto y dejar que te conozca poco a poco. Dejar que ella marque el ritmo. Pero también creo que es importante que hagan cosas juntos que les permitan acercarse. Necesitas conocerla mejor para descubrir qué puedes hacer por ella que le facilite la vida y la haga sentir segura.

—Y hacer que se enamore de ti —añadió Rosey—. Como sabes, Ostor y yo nos conocimos en un bar.

Sonrió.

—Cuando un idiota me estaba molestando, él intervino y lo hizo parar. Eso me predispuso a su favor enseguida. Luego conversamos y vi que era un tipo amable y sincero. Entonces lo invité a fingir ser mi cita en la boda destino de mi hermana en Cancún. Ese fin de semana largo juntos nos dio tiempo para conocernos en un ambiente relajado.

Jessi apoyó la cabeza en el hombro de Rosey.

—Y enamorarse.

—Eso también. El asunto de una sola cama tuvo su papel. No hay nada de malo en admitirlo.

Se le subieron los colores al rostro.

—Quiero decir, no… ya sabes. No enseguida.

Gracie levantó la vista del teléfono.

—Pero en cuestión de días, ¿verdad?

—Ya sabes cómo son estos chicos. ¿Esperabas que resistiera más que eso?

Las otras tres negaron con la cabeza.

—Otra vez lo de una sola cama —dije—. Entiendo lo que significa, pero creo que esto implica algo más que tener una sola cama en mi dormitorio.

—Es un cliché romántico —explicó Rosey—. De las novelas. Cuando la pareja se ve obligada a compartir cama.

—No tengo ningún interés en forzar nada —dije con firmeza.

—Es romántico.

La sonrisa de Gracie se hizo más amplia.

—En el caso de Rosey, cuando llegaron al hotel, solo quedaban habitaciones con una cama, así que decidieron compartirla.

Incliné la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿En lugar de que Ostor durmiera en el suelo?

Eso sería lo propio de un gentleorc.

—Si te hace sentir mejor —dijo—, él lo ofreció. Yo le dije que estaría bien compartirla. Los suelos son duros.

Como los altillos del granero. La paja rígida me pinchó la piel toda la noche.

—Pero la proximidad forzada puede llevar a la cercanía —dijo Jessi—. Greel y yo compartimos cama desde el principio. No iba a dejar que durmiera en el granero ni en el sofá.

—Son pequeños. Los sofás, quiero decir.

No podía imaginar compartir una cama con Holly. No podía imaginar despertar junto a ella. ¿Sería siquiera capaz de dormir o mi polla…?

No debería pensar en mi polla ni en lo que podría querer hacer. Las probabilidades de que le guste como algo más que su jefe son escasas. ¿Que se acerque a mi polla? Aún menores.

—No creo que sea correcto manipular la situación para meterme en su cama —dije.

—Por eso te queremos, Sel.

Gracie se levantó y me dio un abrazo rápido antes de volver a su silla y alzar el teléfono. ¿Qué estaba escribiendo?

—Entonces, chicas, ¿cómo convertimos esto en una situación de una sola cama? —preguntó Rosey con los ojos brillantes.

—Por ahora, de ninguna manera —dijo Beth—. No si esperamos que Holly algún día se una a nuestro club de té y muffins. Parece que necesita un cortejo suave, nada que huela a presión.

—Estoy de acuerdo —dije, aliviado.

Jessi asintió.

—Buen punto. Hay otros clichés que podemos usar.

Necesitaba buscar la palabra cliché en línea.

—Entonces, ¿cómo los acercamos físicamente? —preguntó Rosey, frunciendo el ceño—. Nada con presión. Solo por diversión. No estoy muy segura de qué sugerir.

—¿Qué tal imágenes en streaming? —pregunté—. Me crucé con Hail camino aquí y me sugirió ver algunas para sacar ideas.

El ceño de Rosey se acentuó antes de que su expresión se suavizara y sonriera.

—Hemos visto muchas películas, pero creo que podrías tener razón. La que estoy pensando es antigua, pero algo así podría funcionar.

Gracie levantó la vista del teléfono.

—¿Cuál?

—*Oklahoma*. ¿Recuerdan cómo subastaban cestas de picnic y quien ganaba podía disfrutar la comida con la persona que había preparado y donado la cesta?

Beth dio una palmada.

—Genial. Me encanta la idea. Chicas, ¿cómo coordinamos esto?

—Lo que hay que hacer es que Holly prepare una cesta y la done. Sel pujará —dijo Jessi.

—Lo haré. No dejaría que nadie más pujase.

Jessi sonrió.

—Podemos involucrar a algunos turistas y convertirlo en una actividad. Se apuntarán encantados. Y lo mejor de todo, podemos donar todo lo recaudado a una buena causa.

—No creo que quiera que subasten su tiempo —dije—. Tiene miedo, y con razón.

—Mmm.

El ceño volvió a aparecer.

—Entonces tendrás que hacer tú una, y ella puede pujar por la tuya.

—¿Y si no lo hace? Tengo una pareja destinada, incluso si nunca llega a ser mi pareja. No quiero tener un picnic con nadie más.

Gracie dejó el teléfono sobre la mesa.

—Déjamelo a mí.

—De acuerdo.

Me fui poco después, guiando a mi sorhox de regreso al pueblo y dejándolo que se dirigiera a la llanura exterior para pastar.

Holly gritó aterrorizada desde el interior de la panadería.

Tomé la espada que guardaba en un armario fuera del local y entré a la carrera para salvarla.

CAPÍTULO DOCE

HOLLY

Con Sel gruñendo y amenazando a los hombres con una espada, ellos salieron disparados por la puerta trasera de la panadería. Bramando, Sel los siguió. Corrí hacia la ventana y lo vi perseguirlos, blandiendo la espada. Se sintió bien verlo defendiéndome.

Y mal, porque yo no pude defenderme sola. Me desmoroné. Toda la fuerza que creía haber construido durante los últimos años se vino abajo con un solo empujón cruel.

Con las piernas temblorosas, caminé hasta la isla de cocina y me quedé allí, temblando. No se me ocurrió ningún otro lugar adónde ir. Mi mente estaba aturdida por lo que había pasado y los dientes me castañeaban. El zumbido en mis oídos no cesaba. Las piernas me flaqueaban, pero no podía obligarme a sentarme.

Sel volvió a entrar sin la espada, su presencia llenaba la habitación. La tensión marcaba su rostro. Miró alrededor hasta que su mirada se detuvo en mí.

—Holly —dijo con suavidad.

No se apresuró. Dio pasos lentos y tranquilos hacia mí, como quien se acerca a un pajarillo caído del nido. No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta ese momento, pero las lágrimas ardían detrás de mis ojos, tercas y calientes.

Sel se detuvo frente a mí y se inclinó un poco, intentando encontrar mi mirada. Extendió los brazos.

—¿Puedo?

Asentí apenas y me atrajo contra su pecho.

El calor. Su quietud. No había comprendido cuánto necesitaba algo así. Mi cuerpo se sentía como papel deshaciéndose bajo la lluvia.

—Lo siento —murmuré contra su pecho—. Sé que fueron horribles, pero odio esto… odio necesitar ayuda. Odio lo pequeña que me sentí. Ojalá… ojalá hubiera podido arreglarlo sola.

Él me acarició la espalda de arriba abajo.

—No fue tu culpa. No debieron tocarte. No debieron hacerte sentir amenazada. Ahora estás a salvo. Te tengo.

Su voz suave hizo que todo me doliera por dentro.

Me quedé en su abrazo largo rato, repitiéndome que no debería necesitarlo. Y, sin embargo, lo necesitaba. Finalmente, me aparté lo suficiente para mirar el frente de su camisa. No podía sostenerle la mirada.

—Debería volver al trabajo.

Sel no me detuvo, solo asintió. Estudió mi rostro y recorrió mi cuerpo con la mirada. Esperé que no mirara demasiado de cerca; no quería que viera… Tampoco quería que notara lo cerca que había estado de derrumbarme.

Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó el teléfono.

—Voy a llamar a Dungar —dijo—. Es la autoridad local. El sheriff del pueblo. Es más bien un título honorífico, pero tiene permiso para asegurarse de que todos cumplan las normas. Nuestro tratado establece que podemos hacer cumplir nuestras leyes en nuestro propio territorio, y este lugar es nuestro. Tuyo ahora también. Nadie volverá a acercarse a ti.

Lo observé mientras hablaba.

—Dos hombres intoxicados entraron en la cocina —dijo con tono firme cuando su hermano respondió—. Más allá de donde se permite a los clientes. Amenazaron a Holly. Los ahuyenté. Les advertí. Se han ido por ahora.

Tenía razón. Podrían volver.

¿O no? Pocos estarían dispuestos a enfrentarse a alguien que blandía una espada, y menos aún si parecía saber usarla.

Colgó y volvió a mirarme.

—Dungar se encargará. Los escoltarán fuera del pueblo y se les prohibirá regresar. —Su mirada se encontró con la mía—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Negué con la cabeza e intenté sonreír, pero la sonrisa no encajaba en mi rostro. Y odié no estar segura de si alguna vez volvería a encajar.

—Volveré al trabajo. Será una buena distracción.

Regresar al mostrador fue como caminar entre niebla. La masa frente a mí parecía desconocida. Una forma. Luego otra. Pero mis manos no funcionaban mejor que mi cara.

Los ojos no dejaban de llenárseme de lágrimas. Parpadeé rápido, intentando contenerlas, pero por cada una que lograba frenar, otra tomaba su lugar.

La campanilla de la puerta sonó.

Sel miró en esa dirección. No tuve que decir nada. Asintió y salió de la cocina.

En cuanto se fue, mis ojos decidieron rendirse. Seguí amasando, aunque la visión se me nublara, aunque me secara las lágrimas con la manga. Seguí doblando la masa, incluso cuando ya no recordaba qué estaba haciendo.

Cuando Sel volvió, yo estaba a medio formar una bandeja de cruasanes.

—Interesantes formas estás creando —dijo con voz suave, casi juguetona.

Parpadeé al mirar lo que había hecho.

—Oh. Eh… sí. Los rehago.

—No te preocupes. Los venderemos como cruasanes chumble. Los turistas los comprarán tan rápido como podamos hacerlos.

Fruncí el ceño al mirarlos.

—No estoy segura de que se parezcan mucho a un chumble.

Las "gallinas" orcas del tamaño de un avestruz tenían escamas rosas, colmillos y garras, y cuando investigué en internet descubrí que sería prudente correr en dirección contraria si veía una. Hasta

ahora no había visto ninguna, pero quizá no se acercaban mucho al pueblo.

—¿Ves? —señaló uno en la esquina—. Chumble.

Yo seguía sin verlo, excepto que… un suspiro escapó de mis labios. Quizá fue una risa.

—Puedo cerrar la tienda un rato y llevarte a casa. Podrías descansar, pasar tiempo con Max en lugar de forzarte a seguir el día.

Fue curioso que, cuando dijo casa, de inmediato imaginé su rancho. Ya se había convertido en un santuario para mí. Un lugar seguro donde podía bajar la guardia. Tenía mi propio espacio, y eso era increíble.

La oferta sonaba tentadora. Un baño caliente. Una siesta larga. Max y yo podríamos dar un paseo o sentarnos a leer juntos, algo que no hacíamos desde hacía mucho. Siempre estaba trabajando, demasiado ocupada, necesitando ahorrar para pagar las cuentas. Vivir en Boston era caro.

Pero ¿irme? Negué con la cabeza.

—Gracias, pero necesito quedarme. Tengo que seguir o… no sé. Me quedaré paralizada o algo así.

Frunció el ceño.

—No tienes que demostrar nada.

—Un poco sí.

Presioné otro trozo de masa hasta darle la forma correcta, esta vez. Nada de chumble, aunque sospechaba que los cruasanes chumble no serían el éxito que Sel predecía. Mi voz bajó y mis manos se quedaron quietas sobre la masa.

—Pensé que era más fuerte.

Sel no respondió de inmediato. De algún modo, eso lo empeoró. Como si su silencio confirmara lo que yo pensaba.

—Bastaron dos borrachos para que me derrumbara —dije.

—Te amenazaron. Te hicieron sentir insegura.

—Y se los permití. Pensándolo ahora, podría haber hecho cosas distintas en lugar de dejar que controlaran la situación.

—¿Como qué?

—Bueno…

No estaba segura, pero debía de haber algo.

—Me plegué sobre mí misma, igual que esta masa. Como si los últimos siete años dedicados a convertirme en una persona fuerte no hubieran servido de nada. Una prueba, y me rompí.

Se me cerró la garganta.

—No me gusta poder colapsar tan fácilmente.

Sel se apoyó en el mostrador.

—¿Importa lo pequeña que sea la tormenta si golpea justo donde la herida aún existe?

No quería que eso fuera cierto. Algunos días fingía que las viejas heridas habían sanado, como arañazos. Pero quizá no. Tal vez solo aprendí a ocultarlas bajo suéteres.

—Ya no debería haber ninguna herida. Siete años, Sel. A estas alturas debería haber podido encogerme de hombros y seguir adelante.

—Creo que cosas así te persiguen siempre, al menos en cierta medida.

¿Hablaba de su compañera y su hijo fallecidos? Tal vez. Él cargaba con sus propias heridas, así que lo sabría.

Lo miré. Esa mirada cálida y firme había regresado a sus ojos. Comprensión, no lástima.

—Te mantuviste firme —dijo simplemente—. Incluso cuando fue difícil. Eso no te hace débil. Te hace real.

Algo se aflojó en mi pecho. Algo pequeño, pero abrió espacio para respirar.

Después de eso trabajamos juntos. Los croissants comenzaron a tomar forma otra vez, junto con los scones, y aunque el temblor no había desaparecido del todo de mis dedos, el silencio tranquilo de Sel me hacía sentir segura.

Al cabo de un rato, hizo una pausa y miró en mi dirección.

—¿Quieres aprender a defenderte? Te lo ofrecí el otro día.

Me detuve en mitad de un pliegue.

—¿Qué? ¿También vas a conseguirme una espada? —salió mitad risa, mitad ahogo.

No parpadeó.

—Podría. Mi hermano, Hail, trabaja el metal. Cerámica. En realidad, hace todo tipo de cosas. Pero podemos pedirle que haga

una a tu medida.

Abrí la boca y la cerré. Sorprendentemente, la idea no me asustó. Llenó un rincón que no sabía que estaba vacío.

—Me gustaría —dije—. No para convertirme en una guerrera ni nada por el estilo.

Si supiera mantenerme firme físicamente, podría dejar de encogerme cada vez que la voz de un desconocido se vuelve áspera. Mi cuerpo aún no había entendido que la guerra había terminado, pero quizá algún día lo haría.

—Aprender podría darme confianza. Darme técnicas que pueda usar si vuelvo a estar en una situación parecida. Supongo que quieres decir que tú me enseñarás.

No pude mirarlo, o vería lo mucho que deseaba que fuera mi maestro.

—Quiero hacer esto por ti.

Y eso hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Empezaremos esta noche. Max también, si quiere.

Eso me gustó más de lo que esperaba. Me asustaba un poco cuánto quería tener a Sel cerca. Lo rápido que mi mente lo había encajado en nuestro futuro. Max, Sel y yo, bajo un gran cielo azul sin amenazas a la vista.

Max aprendería fuerza a mi lado. Lo haríamos juntos.

—Gracias —dije en voz baja.

—Por supuesto.

Después trabajamos con ritmo, turnándonos para atender a los clientes antes de volver a preparar el pan para el día siguiente. Él amasaba mientras yo usaba la batidora industrial. Mi respiración se estabilizó. Los sonidos de la cocina me calmaban como siempre.

Sel también.

No estaba bien. No del todo. Pero tampoco estaba rota. Quizá haría falta más que dos tipos desagradables para derrotarme.

Más tarde, mientras limpiábamos, preguntó:

—¿Has visto la imagen en streaming *Oklahoma*?

Levanté la vista de la encimera que estaba limpiando. ¿Imagen en streaming…?

—Ah, quieres decir una película, el musical.

Sonrió.

—Sí.

—Sí, varias veces —respondí—. Mi madre de acogida tenía una vieja colección de DVD. Sobre todo musicales. Los veía los fines de semana. Cantaba las canciones e intentaba que yo también lo hiciera.

Sel dejó una bandeja y se apoyó en la isla.

—¿Qué es el acogimiento familiar?

—Padres asignados por el Estado, supongo que podrías decir. Mis padres murieron en un accidente y, como no tenía familiares que quisieran criarme, me convertí en pupila del Estado. Me colocaron en un hogar de acogida. Ella era buena. Me caía muy bien.

El recuerdo de aquella casita, el olor a limpiador de limón y a palomitas, atravesó mi mente.

—Era de las buenas. Se enfermó cuando yo estaba en el instituto. Esclerosis múltiple. Se deterioró rápido y ya no pudo seguir siendo madre de acogida. Pude terminar mi último año de escuela y conseguí trabajo. Tuve suerte de encontrar uno en un restaurante con un dueño dispuesto a darme formación. No estaría aquí ahora, haciendo croissants de chumble, si no fuera por él.

—Has tenido bondad en tu vida. Me alegra.

Me encogí de hombros.

—Si no hubiera conocido a Melvin. Si no me hubiera dejado llevar por su labia. Si no me hubiera acostado con él sin protección. Pero supongo que, si no lo hubiera hecho, no tendría a Max, y no cambiaría eso por nada, ni siquiera por evitar lo que vino después.

Un gruñido suave resonó en la habitación.

—Lo *mataré*. La justicia orca es rápida y permanente.

Un escalofrío me recorrió. Sel era grande. Fuerte. Y claramente sabía manejar una espada. Pero la idea de que desafiara a Melvin y pudiera salir herido me oprimió el corazón.

—Déjalo en manos del destino.

—A los destinos les gusta que los ayudemos. De verdad, Holly. Créelo.

—Lo creo. Gracias.

Se sentía bien tener un campeón a mi lado. O entre la amenaza y yo, mejor dicho.

Quizá después de aprender algo de defensa personal podría moverlo a *mi* lado. *Eso* sí sería verdadero empoderamiento.

—Dime por qué preguntaste por la película… la imagen en streaming.

—Tengo una idea para incorporar la panadería a actividades turísticas. En *Oklahoma* hay una escena de subasta de cestas de picnic. Podríamos intentar algo así en el pueblo. Que los turistas participen. Donar lo recaudado.

Alcé una ceja.

—Suena encantadoramente caótico.

—Yo donaré una cesta.

Sonreí de lado.

—¿Ah, sí? ¿Y quién crees que pujaría por ella?

Se encogió de hombros.

—Probablemente nadie.

—Claro que sí —dije—Eres alto, guapo, misterioso. Apuesto a que habrá muchas mujeres lanzando su dinero a esa cesta por la oportunidad de compartir el almuerzo contigo.

Me miró de reojo, su expresión era ilegible, salvo por el leve tic en la comisura de la boca.

—Eso parece poco probable.

—Por favor. —Le lancé un paño hacia el brazo—. Se estarán batiendo en duelo con espadas por la oportunidad.

Soltó una risa baja.

—Entonces quizá lo convierta en un desafío al estilo orco. El último que quede en pie gana.

—Cuidado. —Fingí volver a limpiar la encimera para que no viera el rubor que me subía por las mejillas—. Podrías provocar una estampida.

Pero incluso mientras bromeaba, la idea de que otra persona ganara tiempo con Sel hizo que se me formara un nudo en el pecho. No me gustó lo rápido que floreció esa sensación. Los celos no eran un lujo que pudiera permitirme. No cuando la vida se trataba de pagar el alquiler y mantener a Max alimentado.

Entonces, ¿por qué la idea de otra mujer riendo a su lado, compartiendo bocados de almuerzo mientras él se inclinaba cerca, se sentía como un puñetazo en las costillas?

No tenía una respuesta. No una que quisiera escuchar, al menos.

Pero los celos seguían ahí, ocultos bajo mi sonrisa.

CAPÍTULO TRECE

SEL

El sol había descendido lo suficiente para proyectar largas sombras en el patio. Algunos grillos ya habían comenzado a cantar, y la brisa llevaba el aroma de la hierba calentada por el sol. Guié a Max y a Holly hasta el espacio amplio junto a la cerca, donde el terreno era llano y la hierba suave ofrecía un lugar seguro para empezar su entrenamiento.

—Esto no será como en las imágenes en streaming —dije, deteniéndome y girándome para mirarlos—. La defensa personal real comienza mucho antes de que alguien te toque. —Gruñí levemente —. Tampoco trabajaremos con espadas todavía.

Max gimió.

—¿No podemos, por favor?

Sonreí.

—No hasta que yo diga que estás listo. Igual que en el entrenamiento orco, tendrás que ganarte el derecho a empuñar la espada.

—Está bien —refunfuñó.

Holly se quedó a un lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. No creía que tuviera frío. No, se estaba conteniendo. Sospechaba que ya había hecho algo parecido antes, adoptar esa postura, prepararse de esa manera, esperando que ocurrieran cosas

desagradables. Aparté la mirada demasiado rápido, como si no verlo lo hiciera menos real.

—Primera regla. —Mantuve la voz firme, dando las instrucciones con la lentitud suficiente para que calaran—. No pelear si no es necesario. La opción más segura es evitar el peligro por completo. No ganas por ser fuerte o rápido. Ganas por no estar donde alguien pueda hacerte daño.

Max cambió el peso de un pie a otro, atento a cada uno de mis movimientos.

—¿Cómo sabes que una situación es peligrosa antes de que pase?

Buena pregunta.

—No siempre lo sabes. Pero observas. Escuchas. Prestas atención a los detalles pequeños: el tono de voz, lo cerca que se coloca alguien, lo que te dice el estómago. Si algo se siente extraño o da miedo, probablemente lo sea.

Asintió de nuevo.

Hice un gesto hacia los árboles ralos en el extremo más alejado del patio.

—Observa siempre una vía de escape. Como esos árboles. Puedes correr y ponerlos entre tú y la otra persona.

Max frunció el ceño.

—Pero son pequeños.

—Si la otra persona tiene que hacer más movimientos para rodear algo y llegar hasta ti, eso te da más tiempo. Cuando camines o incluso estés en tu propio patio, mantente atento a quién está a tu alrededor. Si alguien te hace sentir incómodo, muévete. Pon distancia entre ustedes. No le debes tu tiempo a nadie. Dile que te deje en paz, y en voz alta. Ese tipo de personas no quiere llamar la atención, porque saben que si gritas, otros mirarán e incluso podrían ayudar. Necesitan que estés vulnerable.

—¿Y si no se alejan cuando haces eso? —La voz de Max salió hueca. Quieta.

Sostuve su mirada.

—Entonces gritas. Pides ayuda.

Sus manos se cerraron a los costados.

—Está bien. Puedo hacerlo.

Los labios de Holly se tensaron y asintió.

—No siempre puedes impedir que alguien intente hacerte daño —dije—. Pero puedes dificultárselo. Retrocede si se acercan demasiado. Ponte de lado. Eso te convierte en un blanco más pequeño.

Max levantó la barbilla, y su labio inferior tembló.

—¿Y si ya te han agarrado? ¿Cómo te sueltas?

Su voz no subió. No tembló. Eso fue lo que me golpeó: la uniformidad. Había visto más de lo que debería alguien tan joven. Mis dedos se flexionaron antes de darme cuenta de que se habían encogido.

—Te lo mostraré. Pero recuerda: luchar siempre es la última opción. Ser consciente de tu entorno y de quién podría acercarse a ti puede marcar una gran diferencia.

Me acerqué y le mostré a Max cómo soltarse de un agarre de muñeca, girando hacia el pulgar y tirando hacia atrás con un giro. Lo demostré lentamente varias veces, luego dejé que me imitara. Lo logró al tercer intento.

—Bien —dije—. Ahora, si necesitas aturdirlos, piensa en un movimiento rápido y preciso. Libérate y corre. Tu mejor oportunidad es poner distancia entre ustedes, no intentar pelear. Así que rompe el agarre y aléjate. Busca a otras personas. Pide ayuda. No dejes que te aíslen.

Holly observaba, con los ojos ardiendo de determinación.

—¿Estás bien? —le pregunté. No había dicho nada.

—Sí. Continúa.

Hablé sobre intentar no mostrarles que tenían miedo y demostré algunos movimientos nuevos. Y cada vez que encontraba sus ojos, no veía miedo. Veía el fuego de la rabia y la determinación. No estaban en pánico. Estaban aprendiendo porque sentían que no tenían elección.

—Siguiente movimiento. —Di un paso atrás, sacudiendo los brazos—. Si alguien te agarra la muñeca por delante, así…

Me acerqué a Max lentamente, dándole tiempo para prepararse.

—Por lo general buscarán control, no dolor, al menos no de inmediato. Tu mejor oportunidad es liberarte antes de que aprieten.

Rodeé suavemente su muñeca con mis dedos.

—Ahora gira hacia mi pulgar. No con fuerza. Solo rápido e inteligente. Se trata de encontrar el punto débil, no de dominar al agresor. El tamaño no lo es todo. Eres ágil, y puedes usar eso a tu favor.

—Yo no soy ágil. —Holly se dio unas palmadas en las caderas, con una leve sonrisa.

—Comparada conmigo, sí.

—Buen punto.

Max giró el brazo con rapidez, tirando hacia atrás. Mi agarre se soltó fácilmente.

—Sí, así —dije—. Otra vez. Más rápido.

Lo hizo de nuevo, y me volví hacia Holly. Se acercó, y algo en mi piel se entibió. Su aroma, tenue y limpio, llegó hasta lo más profundo de mi mente. Reprimí mis sentimientos con fuerza. No era el momento.

Dejando eso de lado, me concentré, porque enseñarles esto les daría más confianza. El miedo era la mejor arma de un depredador, y si su presa sentía que podía defenderse, aunque fuera un poco, no arriesgarían intentar hacerles daño.

—¿Y si te agarran el brazo por detrás? —preguntó ella.

Extendí el brazo y sujeté por encima del codo de Holly.

—Aquí intentarán controlar tu movimiento. Da un paso adelante, agáchate y gira el brazo para soltarte. Bajo y hacia afuera. Usa el ángulo.

Se movió rápido. Demasiado rápido. Sospeché que ya conocía este movimiento. Su cuerpo esquivó, giró, se liberó. Sin confusión. Sin vacilación.

Esa sensación hueca volvió a instalarse dentro de mí. Este movimiento no era nuevo para ella. Tal vez no exactamente igual, pero lo suficientemente parecido. Este tipo de conocimiento no debería estar grabado en los huesos de nadie.

Parpadeó hacia mí, esperando.

—Buen trabajo.

Lo practicamos varias veces antes de trabajar con Max hasta que también se sintió seguro.

Con cada nuevo movimiento que les enseñaba, no hablaban; simplemente apretaban la mandíbula y lo ejecutaban una y otra vez.

Cuando finalmente nos detuvimos, ambos estaban sonrojados y recuperando el aliento. Un leve sudor brillaba en sus frentes. Max me miró, sin sonreír, pero diferente. Algo pesado se había aligerado un poco de sus hombros.

Holly se volvió hacia él y le acarició la espalda.

—Lo hiciste bien, cariño.

El orgullo brilló en sus ojos.

—Tú también, mamá.

Una pequeña sonrisa tiró de la boca de ella mientras me miraba.

Me dolió el pecho.

Ambos se erguían un poco más ahora.

Y yo, más joven de lo que aparentaba y más viejo de lo que me sentía, me permití respirar.

CAPÍTULO CATORCE

HOLLY

—Vamos de compras —anunció Sel a la mañana siguiente durante el desayuno—. Pensaba ir el otro día, pero no tuve oportunidad. Iremos ahora.

—¿Iremos? —No necesitaba ir de compras. Aunque tenía algo de dinero, era para emergencias. Sel tenía lavadora. Mientras Max y yo laváramos ropa cada dos días, podíamos arreglarnos con lo que teníamos. Excepto…— ¿Hay alguna tienda de segunda mano cerca de donde tengas que ir? —Supuse que debía pasar por la ferretería o algo así. Recoger cosas que no pudiera conseguir en la tienda general de Lonesome Creek.

Frunció el ceño.

—¿Segunda mano…?

Se levantó y llevó nuestros platos al fregadero, donde los enjuagó y los colocó en el lavavajillas. Ya estaba allí cuando nos mudamos, aunque confesó que nunca lo había usado. Disfrutaba lavar los platos. Sin embargo, una vez que le mostré cómo ponerlo en marcha, sonrió y lo utilizó desde entonces. Las comodidades podían marcar toda la diferencia.

Yo no había tenido uno en mi apartamento, aunque mi madre de acogida sí.

—Una tienda de segunda mano es un lugar donde puedes comprar cosas usadas —expliqué—. Cosas en buen estado. Pensaba conseguir algunos conjuntos más para Max y para mí.

Se giró y se apoyó contra la encimera.

—Podemos preguntar en la tienda por departamentos si no encuentras lo que necesitas allí.

O podía buscar en los estantes de liquidación de la tienda. No era difícil esbozar una sonrisa.

—Eso también podría funcionar.

—Podemos salir ahora y volver antes de tener que abrir la panadería.

Asentí hacia Max.

—Ponte las zapatillas, campeón. Vamos de compras.

Max salió disparado por el pasillo y pronto reapareció listo para ir. Para entonces, yo también me había puesto las zapatillas, y Sel sus botas y su sombrero vaquero. Afuera, Sel caminó hacia un cobertizo adosado al granero y deslizó las puertas dobles, revelando una vieja camioneta azul estacionada dentro.

—Hay tres cinturones de seguridad —dijo, abriendo la puerta del pasajero y haciéndonos señas para subir.

—¿Sabes conducir?

Frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a saber conducir?

—Tú… eh… ¿tienes licencia y todo eso?

—La obtuve poco después de que llegáramos a la superficie. Fui el primero.

El orgullo llenó su rostro.

—Mis hermanos estaban demasiado nerviosos para tomar las clases de conducción al principio, pero sentí que debía hacerlo. Siempre hemos montado sorhoxes. No hay vehículos como este en el reino orco.

—¿Cuántos de tus hermanos han viajado contigo desde que obtuviste la licencia? —pregunté, subiendo para ocupar el lugar central del asiento corrido.

—Ninguno.

Cerró la puerta después de que Max subiera conmigo. Mientras nos abrochábamos los cinturones, rodeó el vehículo y se sentó al volante.

—¿Siguen nerviosos por viajar en vehículos? —pregunté.

Me lanzó una sonrisa ladina.

—No les gusta cómo conduzco.

Se me cortó la respiración.

—Por favor dime que no conduces lo bastante rápido como para que te multen por exceso de velocidad.

—¿Qué es eso?

Cuando parpadeé, su sonrisa se amplió. Se abrochó el cinturón.

—Lo siento. Estoy bromeando. Sé lo que es. Hablaron de eso en mi clase. Hasta ahora no me han dado ninguna.

Asentí con un tirón de cabeza cuando arrancó el vehículo y lo sacó del cobertizo, incorporándose poco después al camino principal. La tensión que empezaba a trepar por mi espalda se disipó cuando comprendí por qué no le habían puesto ninguna multa. No sabía cuál era el límite en esa zona, pero conducir a veinticinco no iba a llamar la atención de ningún policía.

Después de pasar por la panadería para dejar una nota en la puerta avisando que abriríamos un poco más tarde, Sel volvió a subir a la camioneta y tomó el camino hacia el pueblo más cercano con tiendas grandes.

Miré por la ventanilla delantera, admirando las hierbas ondulantes, el bosque más allá de la llanura y las altas montañas que rodeaban el valle. Había algo mágico en Lonesome Creek, y ya sabía que dolería si tenía que dejarlo.

Al salir del valle que él y sus hermanos habían comprado, la civilización empezó a aparecer a nuestro alrededor.

Sel comenzó a silbar entre sus colmillos y a marcar el ritmo con los dedos sobre el volante, algo que pronto hizo que Max lo imitara. Luego, mientras Max continuaba con el ritmo y los silbidos, Sel empezó a cantar con un barítono grave sorprendentemente agradable, aunque yo no entendía ninguna de las palabras en orco.

No pasó mucho tiempo antes de que yo también cantara, murmurando el estribillo en armonía.

Éramos algo fuera de lo común.

Bajamos las ventanillas y, con la brisa atravesando la cabina y nuestras voces creando algo mágico, me estaba divirtiendo.

No recordaba la última vez que lo había hecho de verdad.

Finalmente, llegamos a una gran tienda por departamentos, y Sel estacionó al fondo del aparcamiento.

—No quiero que nadie golpee mi camioneta —dijo, dándole una palmadita al tablero mientras Max abría nuestra puerta y ambos nos deslizábamos hacia afuera.

Yo también cuidaba bien mis cosas. Cuando algo tenía que durar más de lo que debería, lo tratabas con cuidado.

Entramos en la tienda, y Sel tomó un carrito. Algunas personas lo miraron de reojo, pero la mayoría nos ignoró. Los orcos eran más comunes ahora que antes, aunque era lógico que algunos aún no hubieran conocido a uno.

Sel condujo el carrito hasta la sección de mujeres y lo detuvo junto a una pared con pilas de jeans doblados.

—Vamos a conseguirte algunas cosas.

—Voy a mirar en la sección de liquidación —dije, rodeando el carrito hacia el perchero con el gran cartel amarillo. Revolví las prendas, sin encontrar mucho de mi talla, y levanté unos pantalones acampanados con estampado de leopardo—. ¿Crees que esto se vería bien en la panadería?

Estaban rebajados a un dólar, y sabía por qué.

—Mamá… —suspiró Max.

Señaló la pila de jeans que no estaban en liquidación.

—Estos se verán mejor. De hecho, cualquier cosa se verá mejor.

—Si te gustan, los compraremos —dijo Sel.

—No me gustan, pero son baratos. La ropa es ropa.

—Ella usa esta talla. —Max señaló uno de los estantes—. Y usa esta talla de camiseta. —Hizo un gesto hacia otro estante lleno de camisetas.

¿Cómo lo sabía? La mayoría del tiempo, mi hijo estaba perdido en un mundo de fantasía. Míralo ahora, diciéndole a Sel que yo usaba talla mediana arriba y la talla correcta de jeans.

Sel tomó lo que debían de ser ocho pares de pantalones y los colocó en el carrito, añadiendo luego la misma cantidad de camisetas.

—¿Qué más?

Miró alrededor y luego empujó el carrito hasta un perchero de suéteres.

—Estos son bonitos.

Levantó uno azul claro.

—A mamá le quedaría bien —dijo Max, que no estaba ayudando en absoluto.

Mi hijo nunca había tenido esa clase de creencia sencilla de que puedes tener algo solo porque te gusta. Yo se la había quitado sin darme cuenta. Ver cómo regresaba ahora hacía difícil mantener mi sonrisa.

—No puedo llevarme todo esto. No necesito todo esto —dije, alzando la voz.

A precio completo, aquellas prendas harían un agujero serio en mis fondos de emergencia. Tomando la ropa, comencé a devolverla.

—Quiero comprarte esto —dijo Sel en voz baja, mirando alrededor para asegurarse de que estábamos solos, como si no quisiera avergonzarme.

No era la ayuda lo que me afectaba, sino que me vieran como una persona que la necesitaba. Toda mi vida había aprendido a evitar el escrutinio. Una pequeña parte de mí quería sisearle que estábamos bien, aunque una de las zapatillas de Max tuviera cinta adhesiva cubriendo la punta.

—No puedo dejar que hagas eso —dije débilmente, aferrándome al costado del carrito.

Los labios de Max temblaron.

—Odio que no tengamos nada.

El corazón se me apretó. Odiaba no poder comprarle nada. Trabajaba increíblemente duro, pero nunca parecía ser suficiente. Pero así era el mundo, ¿no? Levántate por tus propios medios. Si tan solo esos medios no estuvieran suspendidos fuera de mi alcance.

No lo miré; no confiaba en mí misma para no soltar una disculpa o, peor aún, excusas. Nosotros no usábamos palabras como nada.

Decíamos «tenemos suficiente por ahora», «estamos bien», «solo esperamos hasta el próximo pago». Pero Max tenía razón. No teníamos *nada*.

—Quiero hacer esto por ti —dijo Sel—. Si ayuda, podrías trabajar en mi huerto. Necesita desmalezado y… otras cosas.

Frunciendo el ceño, incliné la cabeza, intentando recordar si había visto un huerto en su casa. No lo había.

—No tienes huerto.

—Ves, ese es el problema. —Sel se rascó la nuca—. Quiero empezar uno, pero nunca he cultivado verduras. Necesito mucha ayuda.

—Viví en una ciudad. Las únicas plantas que tuve fueron de interior y se murieron. Es difícil matar las cintas, pero yo encontré la manera.

—Yo puedo ayudar, mamá —intervino Max, mirando la ropa del carrito con una esperanza tan honesta que no pude decir que no.

Solo por una vez, sería agradable tener cosas nuevas, comprar algo más que lo absolutamente necesario. Y podría intentar con un huerto. Quizá fuera más fácil cultivar cosas afuera que dentro de casa. El sol y la lluvia regular podían marcar la diferencia. Eso esperaba.

—Está bien. Solo esta vez —dije—. Pero no necesito todo eso.

No pude mirar a Sel a los ojos cuando lo dije; solo observé los jeans apilados en el carrito como si fueran a costarme más de lo que jamás podría permitirme emocionalmente.

—Déjame darte este gusto una vez, y luego no necesitaremos volver al pueblo por un tiempo —dijo Sel, añadiendo el suéter azul pálido, además de unos pantalones de yoga y varias blusas bonitas, levantándolas primero para que yo las inspeccionara.

Tenía buen gusto. Si hubiera tenido dinero, yo misma habría elegido esas prendas.

Luego llevó el carrito a la sección de hombres, donde escogió una cantidad similar de cosas para Max. Incluso zapatillas nuevas.

Por dentro me encogí. Estaba gastando demasiado dinero. Me hacía sentir incómoda.

Por fuera, forcé una sonrisa porque podía ver lo emocionado y feliz que estaba Max. ¿Cuándo habíamos tenido la oportunidad de entrar en una tienda y comprar tantas cosas que no fueran necesidades?

Nunca. Así de simple.

Y eso también me hizo encogerme por dentro.

Sel lo notó. Al menos, creo que lo hizo. Me observaba con atención mientras añadía un artículo tras otro al carrito, incluso artículos de aseo y algunos bocadillos que insistía en que iba a comerse él mismo, aunque miraba para ver dónde se detenía la mirada de Max o qué tocaba antes de retirar la mano con desgana.

Me picaban las manos por devolver la mayor parte, para demostrar que no me estaba apoyando demasiado. El truco de ser independiente consistía en fingir que siempre habías querido hacerlo solo.

Y los comestibles. Empujó el carrito arriba y abajo por los pasillos, añadiendo toda clase de alimentos: carne, sopas, pasta e incluso algo de fruta fresca. Tantas cosas; más de lo que yo podría permitirme comprar para nosotros en un año o más.

Sel quería complacernos, y eso básicamente me destrozó.

CAPÍTULO QUINCE

SEL

Los tres días siguientes transcurrieron como los anteriores. En el trabajo, nos movíamos en perfecta sincronía, preparando comida increíble y sirviéndola a nuestros clientes. En mi casa, nos acomodamos a una rutina: nos turnábamos para cocinar, paseábamos por el pastizal al atardecer, conversábamos y nos sentábamos en la sala a leer hasta la hora de dormir.

Yo seguía durmiendo en el altillo, con heno puntiagudo incluido.

Algunas de nuestras tardes las dedicábamos a más entrenamiento de defensa personal, y me asombraba lo rápido que estaban aprendiendo. La desesperación traía determinación, y la determinación traía habilidad.

Holly seguía siendo esquiva. Sentía que avanzaba, solo para percibir luego que se retraía. Sonreía, y la sorprendía mirándome muchas veces, pero no podía leer la expresión de su rostro.

Confiaba en mí. Eso sí *podía* notarlo.

Gracie pasó por la panadería unos días después de que hablé con ella y con mis otras cuñadas. Entró marchando a la parte trasera y se apoyó en el mostrador, observándonos mientras hervíamos los bagels antes de hornearlos.

Holly miró en su dirección y luego volvió a sacar un bagel del baño de agua con la espumadera, colocándolo con cuidado en la

bandeja. El calor llenaba la cocina desde los hornos, a pesar del aire acondicionado funcionando al máximo, y un sudor fino perlaba su frente.

Su trenza se pegaba a la nuca, y algo se movió en mi pecho. Habíamos caído en un ritmo silencioso, y me gustaba. Me encantaba trabajar a su lado.

En realidad, me encantaba todo de ella.

—Voy a necesitar llevarme al menos una docena de esos cuando me vaya —dijo Gracie con una sonrisa—. Se ven increíbles. Pero no pasé por bagels. ¿Recuerdas la idea que tú y yo pensamos, Sel, esa de hacer que los turistas armen canastas de picnic y subastarlas al final de la semana? Quien ofrezca más gana la canasta y compartirá el picnic con la persona que la preparó.

—Pensé que podrías ayudarme a coordinar esto, Holly —añadió —. Suponiendo que Sel pueda darte algo de tiempo libre durante el horario de trabajo.

—Por supuesto —dije—. Cuando sea. Yo puedo encargarme aquí.

—¿Ahora? —preguntó Holly, aún con la espumadera en la mano.

—Si es un buen momento. —La mirada chispeante de Gracie se encontró con la mía.

—Adelante. —Tomé la espumadera de la mano de Holly—. Yo termino aquí.

Sus dedos rozaron los míos al soltarla, y tal vez era solo el calor de la cocina, pero algo eléctrico recorrió mi muñeca. No lo dejé ver. Solo me apoyé en el mostrador como si no hubiera sentido nada.

—¿Estás seguro? —Su mirada buscó la mía.

No apartó los ojos. Ese era el detalle. Las personas que dudan de ti suelen mirar hacia otro lado mientras esperan tu respuesta. Ella se mantuvo conmigo. Me secó la boca.

—Lo estoy. Disfruta. Toma algo del frente, un té o un café, y siéntate afuera. Disfruta la brisa y la oportunidad de relajarte.

—Voy a ponerla a trabajar —dijo Gracie riendo—. Aunque supongo que esto podría parecer relajación.

—Será divertido —dijo Holly con una voz alegre que no sonaba fingida—. Me entusiasma ayudar. ¿A qué organización benéfica planeas donar?

Gracie nombró el refugio de animales del pueblo vecino, y la sonrisa de Holly se hizo aún más amplia.

Las dos mujeres salieron hacia la parte delantera de la panadería para buscar algo de comer y beber. Yo volví al trabajo, preparando bagels.

Gracie también intentaría convencer a Holly de que pujase por mi canasta.

¿Querría siquiera mi canasta? ¿Querría estar conmigo? Odiaba lo mezquino que sonaba, incluso en mi propia cabeza. Pero no podía dejar de pensar en cómo sería sentarme frente a ella sobre una manta en la hierba. Solo nosotros, sin el ruido de la panadería, sin razones para contenernos. Quizá nos quedaríamos en silencio, como siempre. Sería ese tipo de silencio bueno, lleno de sentimientos.

Aunque Holly no tenía mucho dinero. Dudaba que se sintiera cómoda gastando en una canasta de picnic, incluso si me incluía a mí.

Tendría que coordinar eso también.

CAPÍTULO DIECISÉIS

HOLLY

El aroma de los pasteles calientes de raíz de bustabill llenó mis sentidos cuando Gracie y yo entramos en la parte delantera de la panadería. Gracie fue directo a la vitrina, golpeando el vidrio con un dedo mientras miraba a través y chillaba como una niña emocionada.

—Ohh. Esas trenzas de mincemal pinceladas con miel parecen peligrosas.

—Son nuevas. —Deslicé la vitrina y tomé unas con las pinzas—. Todavía estamos ajustando el glaseado, pero creo que estamos cerca.

Añadí giros de wellflower y una pizca de semillas trituradas de sandberry a cada trenza antes de colocarlas en pequeños platos; sus cortezas doradas y suaves brillaban bajo las luces de la vitrina. Gracie se relamió los labios como si luchara contra el impulso de agarrar una y empezar a comerla de inmediato. Como me estaba haciendo sonreír, añadí también unas galletas de tellibean a su plato.

—Comamos afuera.

Tomó dos vasos gruesos de papel de la pila junto a la cafetera, los volcó y los llenó con té oscuro preparado con láminas de raíz de limón y un toque de espuma de miel. Un poco más especiado que la mayoría de los tés, pero con un sabor increíble.

Salimos juntas por la puerta principal, equilibrando platos y vasos como si lo hubiéramos hecho cien veces. El sol de última hora de la tarde se inclinaba sobre el pueblo, haciendo que todo brillara. Nos dejamos caer en sillas de mimbre sobre la pasarela de madera, con una mesita entre nosotras lo suficientemente ancha para todo sin estorbar el paso de la gente.

Los aromas llegaban desde la cocina detrás de nosotras: levadura, azúcar caramelizada, un toque de los bagels que Sel seguramente estaba horneando ya. Turistas paseaban por Main Street, tomando fotos del salón. Algunos miraban por la vidriera de la tienda general antes de entrar. Dos hombres con sombreros de vaquero se apoyaban en la baranda del porche frente a la herrería, conversando. Risas burbujeaban desde algún lugar cerca del gran granero rojo que servía como salón de eventos.

Este pueblo no zumbaba como Boston; respiraba.

Bebí un sorbo de té y lo dejé asentarse en mi lengua. Tibio y dulce.

—Es tan agradable aquí, incluso cuando hay movimiento.

Gracie sopló la superficie de su té.

—Curioso, ¿verdad? Este pueblo podría estar lleno de bandas marchando y aun así se sentiría lento, en el mejor sentido. Hace que las ciudades se sientan enormes.

—Soy de Boston, y lo era. —Fruncí el ceño hacia el horizonte—. Ruidoso. Rápido. Algunas personas prosperan con eso. Yo creía que sí. Resulta que solo sobrevivía.

—¿Allí conociste al padre de Max?

Entonces sabía de él, pero estaba segura de que Sel había compartido algo sobremi hijo con sus hermanos.

—Justo después de graduarme de la secundaria. —Tomé mi trenza, pero aún no le di un mordisco—. Era encantador. Decía todo lo correcto. Tenía las peores intenciones.

—¿Tu familia no intentó ayudarte?

—Crecí en hogares de acogida y mi madre adoptiva tuvo que dejar de recibir niños cuando yo estaba en el último año de secundaria. Le diagnosticaron esclerosis múltiple y fue demasiado.

Me ubicaron en otro hogar, pero había muchos chicos y era caótico. Me mantenía en lo mío.

Y era presa fácil para Melvin.

Observamos a los turistas pasar.

Gracie no se apresuró a llenar el silencio.

—Nunca nos casamos —dije por fin—. Él no es parte de la vida de Max. No lo ha sido durante años.

Las palabras pesaban, pero se sentía bien soltarlas.

—Un camino difícil —dijo con suavidad.

Asentí.

—Aún lo estoy recorriendo.

Un niño pasó corriendo montado en un sorhox de palo tallado, gritando: "¡Hyaah!", como un forajido persiguiendo a un chumble. El hocico de tela del palo rebotaba con cada paso.

Gracie sonrió.

—¿No es adorable?

—Se lo toman muy en serio.

Señaló a un aspirante a vaquero que caminaba por Main Street con atuendo completo: espuelas en las botas, chaparreras sobre los jeans y flecos colgando de su camisa de cuero.

—Ojalá tuviera la confianza suficiente para usar flecos. —Suspiró teatralmente, luego miró a una pareja vestida como si fueran a audicionar para una película del Viejo Oeste—. Dime que los pantalones de ese tipo no son de cuero de verdad. ¿No rozaría en los lugares equivocados?

Solté una carcajada, casi derramando el té.

—¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—Estoy maldita con buen gusto. Y excelente visión periférica.

Era divertida. No de forma ensayada. Aguda, real, rápida. Una adulta que no había perdido el sentido del juego.

—Entonces —dijo, enderezándose y tomando su teléfono—. Subasta de canastas de picnic. Pensamos en algo como en la película *Oklahoma*. La vi una vez cuando era muy pequeña. Una actividad así sería un excelente imán para turistas, además de diversión comunitaria y gran publicidad.

Abrió un documento en blanco.

—Podemos hacerlo dentro de cinco días. Los turistas pueden crear las canastas. Me aseguraré de que la tía Inla tenga algunas en la tienda general, aunque creo haber visto una pila cerca del fondo. Podrán comprar comidas en el restaurante o ingredientes en la tienda y preparar los bocados ellos mismos. Animemos canastas temáticas o peculiares. Eso generará entusiasmo.

—Gran idea.

No estaba segura de por qué necesitaba mi ayuda cuando ya lo tenía todo bajo control, pero me alegraba que me lo pidiera.

—Los ingresos irán al refugio Bright Hope Animal Shelter. Quien gane cada canasta obtiene una cita con quien la preparó, si ambos están de acuerdo.

Me acomodé en el asiento, pensándolo.

—Necesitarás anuncios. Carteles en la panadería, el restaurante y el hotel. Tal vez hojas de inscripción con pestañas y un número al que puedan llamar si tienen preguntas.

—Eso está bien. Sí. —Sus dedos volaron sobre la pantalla.

—Y quizá, además de gritar las ofertas, la gente podría escribirlas. Algunos se sienten tímidos en público.

Gracie me lanzó una mirada brillante.

—Ofertas discretas por número. Me encanta. Eres ingeniosa.

—Más bien práctica.

—Por eso esto funcionará. Nos equilibramos bien.

Eso me hizo sonreír.

—¿Alguna otra idea? —preguntó, frunciendo el ceño ante la pantalla.

—¿Quién dirigirá la subasta y dónde la haremos?

—Podemos hacerla en el granero. Revisé el calendario y está libre hasta las tres ese día. Después hay una boda, pero podremos desalojar a tiempo. Ellos usarán principalmente la parte trasera. —Inclinó la cabeza hacia el extremo de Main Street—. Le pediré a Tark que dirija la subasta. Puede reclutar a algunos de sus hermanos para ayudar. A quienes se les dé bien tratar con el público.

Lo analicé desde todos los ángulos.

—No se me ocurre nada más.

—Podemos hablar otra vez mañana, pero esta noche haré los volantes y mañana por la mañana empapelaré el pueblo. Elegí un plazo corto porque la gente viene y va todo el tiempo y la mayoría no se queda más que unos días. Nos aseguraremos de que todos sepan que las canastas pueden ser simples. No tiene que ser algo enorme ni abrumador para ellos.

Con un asentimiento, Gracie añadió una última nota en su teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesa. Sus pasteles estaban a medio comer y su taza casi vacía entre nosotras.

Se recostó, estirando una pierna bajo la mesa hasta que su pie tocó el mío.

—Entonces —dijo, con tono ligero y ojos demasiado perspicaces para ser casual—. ¿Estás pensando en presentar una canasta tú misma?

—No quiero exponerme así al público.

Frunció el ceño, pero asintió.

—Lo entiendo. ¿Y pujar por alguna canasta? Podrías hacerlo de forma anónima.

—Oh… bueno. No lo había pensado.

Aun así, mi estómago dio un vuelco. Miré mi plato y gané un segundo.

—Hmm. —Levanté la taza como si de pronto necesitara inspeccionarla—. Creo que te ayudaré a organizar esto. Para asegurarme de que todo funcione sin problemas entre bastidores.

Los labios de Gracie se fruncieron como si estuviera decidiendo si preguntar más o no. La sonrisa que finalmente me dedicó no le llegó del todo a los ojos. Algo que no supe definir parpadeó detrás de ellos.

Quizá quería asegurarse de que el evento tuviera participantes. Contaba con que la gente apareciera, con canastas en la mano y dinero listo para gastar. Yo podía ayudar con eso. Solo que no desde el lado de las pujas.

—Me gusta más organizar que participar —dije.

—Suena bien. Aprecio la ayuda.

Gracie dio otro sorbo a su té y dejó la taza sobre la mesa.

—¿Ya conociste a la abuela Lil de Jessi?

—Sí. Ella y la tía Inla pasaron por la panadería mi primer día aquí. Es bastante intimidante, ¿no te parece? Ayer asomó la cabeza por el salón delantero para saludar, pero no entró. Llevaba un sombrero con diminutas ardillas falsas pegadas por todas partes.

—Es todo un personaje —dijo Gracie con una sonrisa—. Ella y la tía Inla están creando una aplicación de citas.

—Lo mencionaron, pero pensé que era una broma. Una bastante extraña, pero algo que ellas considerarían gracioso.

Abrí los ojos de par en par.

—Espera… ¿lo están haciendo en serio?

—Sí. Al principio esperaban convencer a Tark y a sus hermanos, pero la mayoría ya tiene pareja. Así que cambiaron de estrategia. Su grupo de prueba ahora está formado exclusivamente por viudas orcas deseosas de mudarse a la superficie y mujeres humanas divorciadas, todas mayores de sesenta. La llaman "Segunda Vuelta".

—Eso es realmente brillante.

Gracie sonrió radiante.

—Dicen que es por la comunidad, pero estoy noventa y nueve por ciento segura de que quieren husmear en la vida amorosa de todos.

Eso me hizo reír, una risa auténtica que sentí en el pecho.

Se inclinó hacia delante, apoyando el codo en la mesa.

—Antes de que Lonesome Creek se abriera al turismo, solo estábamos Jessi, Rosey y yo, además de los hermanos orcos de Sel.

—Seis se mudaron a la superficie para iniciar este proyecto, ¿verdad?

Asintió.

—Hay más en el reino orco. Los orcos tienen familias enormes. Tal vez Tark y yo también.

—¿Estás embarazada?

Ella se encogió de hombros.

—Que yo sepa, no. No me molestaría tener un orcling, pero no tengo prisa.

Compartió un poco de su propio pasado: cómo había crecido como estrella de reality, que sus padres eran horribles, obligándola a actuar todo el tiempo e incluso sugiriendo que se casara con un

hombre que ellos habían elegido para mejorar la audiencia. Incluso la habían seguido hasta allí para intentar que regresara al programa, pero Tark los había ahuyentado.

—Vaya —dije cuando terminó.

—Eran increíblemente manipuladores. Me alegra que ya no formen parte de mi vida.

Podía entender por qué.

—Y ahora tú y Tark están felizmente casados.

—Unidos. Así lo llaman los orcos. Supongo que podríamos hacer lo humano y decir "sí, acepto", pero hasta ahora no hemos decidido si queremos hacerlo. Nos amamos. Los hados bendijeron nuestra unión, ¿y quién necesita algo más que eso?

Giró la muñeca con la palma hacia arriba y se subió la manga.

—Mi marca apareció la primera vez que nos tocamos. Bueno, él me reclamó al mismo tiempo.

—¿Qué implica eso?

Me lo imaginé echándosela al hombro y corriendo hasta las colinas donde…

De acuerdo, necesitaba frenar mi imaginación porque estaba imaginando a Sel echándome a mí al hombro y corriendo hacia las colinas.

—Me encanta.

Gracie tocó la marca circular en la parte interna de su muñeca.

La miré, con una sensación de reconocimiento cosquilleando en el fondo de mi mente.

Había visto una igual antes. No exactamente la misma, pero similar… en el antebrazo de Sel. El otro día, cuando se arremangó en la panadería.

Ahora sabía lo que significaba.

Estudié lo que algunos llamarían un tatuaje en su muñeca, cuya forma aún resonaba en mis pensamientos.

Era una tontería sentir algo por una marca en la piel de alguien, pero mis pensamientos habían vagado hacia él más veces de las que admitiría. Y ahora sabía que no era un vago misterio la razón por la que mantenía cierta distancia entre nosotros. Era el duelo. Uno permanente. Había estado unido antes, y ella y su hijo habían

muerto. No era extraño que no siguiera adelante. Perder a alguien así deja cicatrices profundas.

La idea de que cargara con ese dolor hizo que me doliera el pecho, aunque no de lástima. Respeto, sin duda. Seguía adelante. Trabajaba. Cumplía. Trataba a las personas con cuidado, incluyéndome a mí y a Max.

Gracie finalmente volvió a mirarme, con las cejas levantadas, esperando… aunque no estaba segura de qué.

Tomé aire lentamente.

—Me gusta Sel.

Su expresión no cambió. Solo bebió el último sorbo de té.

—Probablemente no debería —añadí—. Mi juicio no es precisamente… no siempre he tomado las mejores decisiones cuando se trata de personas. Relaciones. Amor.

Las palabras sabían a algo raspado del fondo de una olla. Aun así, las dije. Tal vez por primera vez sin estremecerme.

Gracie dejó la taza.

Bajé aún más la voz y hablé con cuidado.

—Como dije, mi ex no era bueno. Usaba el encanto como una herramienta. Siempre sabía cómo retorcer las cosas. Empezó de forma simple, y yo ignoré cualquier incomodidad. Reglas pequeñas, como qué debía ponerme o con quién podía escribir mensajes. Luego empeoró.

Sentí el pecho apretado. Miré mis manos.

—Casi siempre tenía moretones. Max era apenas un niño cuando todo se volvió realmente malo. Yo seguía demasiado asustada para hablar. Había perdido todas mis palabras cuando estaba con él. Ni siquiera me reconocía cuando me lastimó lo suficiente como para que tuviera que ir a urgencias.

Gracie tomó mi mano sobre la mesa y la apretó. No vi juicio en sus ojos, solo una comprensión silenciosa.

—Presenté cargos y fue a la cárcel. Tenía que hacerlo. Por mí y por Max. Nunca lastimó a Max. Me aseguré de eso. Pero cuando nos amenazó con un cuchillo…

—Te cargaste todo tú sola.

—Tenía que hacerlo —dije.

Decirlo en voz alta me hizo sentir vulnerable de una manera que nunca había sentido.

—Si hubiera esperado a que alguien más nos salvara, todavía estaríamos allí. No podía permitirlo.

Me aclaré la garganta.

—Cumplió su condena. No fue suficiente. Salió hace poco y me encontró enseguida. Max lo sabe, claro. Aunque tenía solo cinco años cuando Melvin me rompió el brazo, mi hijo recuerda. Está tan asustado como yo, aunque durante los últimos siete años hice todo lo posible por no mencionarlo. Supongo que los recuerdos quedan grabados para toda la vida.

—Aceptaste el trabajo y te mudaste aquí.

—Vi a Melvin en la calle, mirando mi apartamento. Sabía que podía pasar, así que ya teníamos las maletas preparadas. Dinero en efectivo. Identificaciones falsas incluso. Huimos… y tal vez todavía estamos huyendo.

—Lonesome Creek es como un santuario. Lo fue para mí.

Su mirada penetrante se encontró con la mía.

—Apostaría lo que fuera a que también puede serlo para ti. Hablemos con nuestros hombres. Así todos podrán cuidarte. ¿Tienes una foto de Melvin?

—No, pero seguro puedo encontrar algo en internet del juicio. Aceptar este trabajo y mudarme aquí fue lo primero arriesgado que hice en años. Quiero ser alguien que no esté asustada todo el tiempo.

—Estoy orgullosa de ti —dijo—. Saliste adelante. Construiste una nueva vida para ti y para Max. Eso requiere fortaleza.

No esperaba que la bondad me hiciera doler la garganta, pero últimamente parecía suceder mucho.

Miró hacia la calle y luego volvió a mí.

—Sanar no significa que tengas que lanzarte de cabeza a algo nuevo, especialmente una relación. Pero tampoco te convenzas de renunciar a algo real.

Abrí la boca. La cerré otra vez.

—Lo digo en serio.

El calor llenó sus ojos.

—Sel es una gran persona. Lo que ves es lo que es. No va a cambiar ni volverse cruel. No está ocultando nada malo. Es paciente. Fuerte. Protector en el sentido correcto. Pero nunca insistente. No te apresuraría. Esperaría.

—¿Por qué esperaría? Ni siquiera sé si le gusto de la misma manera.

Aunque… ese beso…

No podía reconciliarlo en mi mente.

—No me corresponde decirlo, pero no renuncies todavía a algo con él.

Sus labios se curvaron en una esquina.

—Pregúntale sobre las uniones.

Podría preguntarle. Algún día. Tal vez. Sin embargo, desear algo más que paz podía ser peligroso.

La idea de empezar con alguien nuevo… hizo que mi pecho aleteara.

Gracie asintió con decisión.

—Si sientes algo, no lo encierres por miedo. Mereces lo mejor que la vida puede ofrecer.

Una pequeña parte de mí le creyó.

Una parte más grande esperaba poder creerlo algún día con todo el corazón.

CAPÍTULO DIECISIETE

SEL

Esa noche, después de cenar y de más entrenamiento de defensa personal, nos sentamos en la sala a leer. Sentí una calidez cómoda y profunda al pasar tiempo con mi familia…

No podía dejar de pensar en ellos como si fueran cualquier otra cosa, aunque sabía que un día no muy lejano terminaría con el corazón roto.

Muchos me llamarían tonto por pensar así de Holly y Max, pero no podía evitarlo. Ella era mi compañera destinada, aunque no lo supiera, y yo estaba cayendo rápida y profundamente, algo común con los vínculos de pareja. Ella no compartía la marca, pero yo no la había reclamado, y a menudo la marca aparecía después de la reclamación.

Los orcos sabían lo que eso significaba de inmediato, y se celebraba. Aunque muchos encontraban a su pareja destinada, tantos otros no. Aun así amaban y se unían, pero no era el vínculo del alma propio de las parejas destinadas. Algunos decían que esos lazos trascendían las vidas, que los dos se encontrarían y se amarían una y otra vez.

—Me voy a dormir —dijo Max, levantándose de su silla.

Cruzó la habitación para darle un beso en la mejilla a Holly, y mi corazón se calentó aún más por el joven. Era cariñoso y protector

con su madre, como debía ser un pequeño.

Me sentiría orgulloso de llamarlo hijo.

Ese pensamiento detuvo el aire en mis pulmones y, aunque fue seguido por una oleada de dolor por la pérdida de mi hija, los bordes afilados de esa pena habían empezado a suavizarse. No podría haberla amado más de lo que lo hice, y adoraba a su madre por igual.

Pero se habían ido, y mi vida había continuado.

Nunca pensé que volvería a amar a alguien, pero tampoco pensé que encontraría a mi destinada.

Dolía pensar que Holly y yo tal vez solo seríamos amigos.

Después de que Max se fue a la cama, intenté concentrarme en mi libro, pero las letras se desdibujaban. Frente a mí, Holly se movió en su asiento. Pasó una página y luego la volvió atrás. Sus dedos tamborilearon en el apoyabrazos.

Finalmente soltó un suave suspiro y dejó el libro sobre la mesa baja entre nosotros.

—Creo que quiero dar un paseo. Me siento inquieta. ¿Quieres venir conmigo?

Me quedé inmóvil. No era lo que esperaba que dijera. La mayoría de las noches, después de que Max se iba a dormir, nos quedábamos en silencio, leyendo o haciendo pequeñas tareas. Ella se retiraba a su habitación poco después que él. No esperaba que se quedara despierta más tiempo ni que quisiera mi compañía.

Tal vez estaba acercándose. O tal vez no se sentía segura afuera sola. Después de lo que había vivido, ¿quién podría culparla?

—Por supuesto que iré contigo.

Se levantó y salió de la sala, caminando por el pasillo.

—Max, voy a salir un rato con Sel. Si necesitas algo, sal o llámame.

Su "Está bien" amortiguado llegó desde su habitación.

Salimos a la noche. El aire se había enfriado; el calor de antes había desaparecido. La hierba aún conservaba el calor, pero el aroma era distinto, una mezcla de tierra húmeda y rocío.

Nuestros pasos crujieron sobre la grava mientras caminábamos lado a lado junto al granero. El canto constante de los grillos llenaba

el aire, y de vez en cuando algún pájaro llamaba desde los árboles dispersos por la llanura abierta.

Pasamos el granero y nos detuvimos junto a la cerca de los sorhox. Me apoyé en el riel y observé a los animales moverse por el pasto. Ella hizo lo mismo. Su brazo rozó el mío, y no se apartó.

Algunos animales estaban de pie pastando, mientras otros yacían en la hierba, descansando durante la noche.

—Había olvidado lo brillantes que son las estrellas lejos de la ciudad —dijo—. En Boston era difícil ver incluso el Carro Mayor. Las luces lo difuminan todo.

—No hay estrellas bajo tierra, pero insectos iridiscentes salpican los altos techos de las cavernas y proporcionan luz natural. Durante las horas diurnas de los insectos, buscan pareja y frotan sus patas, generando un zumbido que los orcos no pueden oír, pero sus posibles parejas sí. Ese frotamiento genera luz, y a ese tiempo lo llamamos día. Por la noche dejan de frotarse y descansan, y todo se oscurece salvo por unos pocos insectos que no parecen distinguir el día de la noche. Son las estrellas del reino orco, pero no se parecen a lo que he encontrado aquí en la superficie.

Señalé el cielo índigo sobre nosotros, lleno de estrellas que no podría contar ni aunque me tendiera en el suelo el resto de mi vida.

—Esto es impresionante. Había oído hablar del cielo de la superficie, pero las palabras no pueden expresar su belleza. El día también es hermoso, aunque el sol era tan brillante al principio que me hacía lagrimear todo el tiempo.

Toqué el ala de mi sombrero.

—Por eso uso esto siempre que estoy afuera.

—¿No usas gafas de sol?

Me miró con lo que deseé que fuera admiración, aunque probablemente solo era respeto.

—Mi hermano Ostor tiene unas. Las consiguió en México.

Sus ojos se abrieron.

—¿Qué hacía allí?

—Rosey lo invitó a ser su cita falsa en la boda en México de su hermana. Mientras estaban allí, ella le compró gafas de sol. Le quedan bien. Yo debería conseguir unas también.

Mis labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Tal vez me ayuden a verme más atractivo.

—Ya eres guapísimo, aunque imagino que con gafas de sol serías peligroso.

Otra vez me dejó atónito. ¿Pensaba que era guapo? Me habían llamado de muchas formas en mi vida, la mayoría dichas entre dientes y con los colmillos apretados en medio de un combate de entrenamiento, pero nunca eso. No por alguien que me veía cuando no intentaba ser fuerte.

—¿Por qué peligroso?

—Hay algo sexy en un hombre con gafas de sol.

Entonces necesitaba conseguir unas. ¿Tendríamos unas del tamaño de un orco en la tienda general? Mañana lo averiguaría y las usaría siempre que Holly estuviera cerca.

—Supongo que la cita falsa se volvió algo real para Ostor y Rosey.

—Sí —dije—. Una sola cama.

La risa de Holly sonó clara.

—Alguien ha estado leyendo novelas románticas.

—Eso creo.

No parecía molesta por la idea, aunque seguía sin creer que nos beneficiaría.

—Cuéntame más sobre el reino orco. Mencionaste luces de insectos. ¿También las tienen dentro de sus casas?

—Tenemos luces no naturales en nuestras casas que son similares a la electricidad de aquí. Generamos energía con el flujo de los ríos.

—Hidroeléctrica.

—Sí. Pero nuestras luces exteriores, las de insectos, aunque funcionales, no se parecen en nada a las estrellas. —Incliné la cabeza hacia atrás para recorrer el cielo con la mirada—. No he dejado de maravillarme desde que llegué. El brillo, las nubes, incluso cómo se siente el aire, diferente. Es…

Mis palabras se apagaron cuando la miré. Quería decirle que ni las estrellas más brillantes podían eclipsarla cuando sonreía, pero me tragué el pensamiento.

El silencio se extendió entre nosotros, pero no se sentía vacío.

Me giré, observando su perfil. Todo en mí quería acercarse, decir lo que sentía, contarle que me importaba de maneras para las que aún no tenía palabras. Pero no sabía para qué estaba lista. No sabía qué quería.

Después de un momento, habló, con los ojos aún puestos en el rebaño.

—Mi ex necesitaba control. Sobre todo. Sobre mí, especialmente.

Mis músculos se tensaron. Si ese macho estuviera aquí… la justicia orca era rápida y decisiva.

—Se enfadaba cuando tomaba decisiones sin él —dijo—. Retorcía las cosas. Usaba el silencio como un cuchillo. A veces, algo peor. —Sus hombros se tensaron—. Siempre lo reducía al dinero. Esa era su correa favorita. Trabajaba duro, no lo niego. Y le iba bien, mejor que a mí. Yo todavía estaba formándome con el chef que me dio mi primer trabajo. Podía pagar mis cosas, pero él ganaba más del doble que yo. Cómo disfrutaba restregármelo, cómo pagaba el alquiler, las facturas, mientras yo apenas contribuía. Para entonces, sin embargo, tenía a Max, y la guardería es cara.

No quería ni respirar. Un dolor agudo llenó mi pecho.

—No merecías eso —dije—. Nada de eso. Ojalá nada de eso te hubiera pasado.

Asintió. Su rostro revelaba poco, pero sus ojos… allí vi todo. Verdad en carne viva, y una parte de sí misma que apostaría a que rara vez deja ver a otros.

Nos quedamos así un rato. Apoyados contra la cerca, respirando.

Mis entrañas se tensaron. Quería alcanzarla, prometer cosas que no estaba seguro de tener derecho a ofrecer. Ella estaba sanando. Quizá aún averiguando qué significaba ser libre.

Soltó un suspiro y una sombra de sonrisa tocó sus labios.

—Caminemos un poco más.

Me aparté de la cerca y me puse a su lado mientras seguíamos el sendero apisonado junto al campo. La tierra y la hierba aplastada crujían bajo nuestras botas. Acorté mis zancadas para acompasar el paso al suyo.

El valle se extendía a nuestro alrededor, silencioso y en penumbra. Los árboles al fondo parecían recortes contra el cielo. El ritmo de nuestros pasos hacía que el silencio se sintiera más profundo, más abierto.

—¿Qué quieres para tu futuro? —pregunté.

No respondió de inmediato.

Dimos unos cuantos pasos más antes de que hablara, casi en un susurro.

—Quiero sentirme segura. Estable. Quiero que Max crezca fuerte. Amable. Seguro de sí mismo. Quiero que sepa que es amado todos los días.

Tragué saliva con dificultad y asentí.

—¿Y qué quieres para ti?

Se detuvo. Yo me detuve a su lado. La luz de la luna dibujó la curva de su mejilla cuando se volvió, no para mirarme, sino para contemplar el amplio valle.

—Nunca lo pensé de verdad. Supongo que no sabía que podía soñar para mí misma. No hasta que llegamos aquí.

Un dolor se movió en mi pecho.

—Si quieres contármelo —dije con la voz ronca—, me gustaría oírlo.

Levantó la mirada, tragó saliva y alzó la barbilla.

—Suena tonto, pero últimamente he estado soñando con cosas para mí.

—No tiene nada de tonto. Todos necesitamos soñar. ¿Como qué?

Se encogió de hombros.

—Bueno… me gusta estar aquí, Sel. —Sus mejillas estaban rosadas por el aire fresco o quizá por algo más—. Lonesome Creek… no puedo imaginar marcharme. Probablemente ya lo sabes, pero pensé que debía decirlo.

Mi pulso se desbocó, intentando alcanzar el ritmo de sus palabras.

Por un momento, todo dentro de mí quedó en silencio. ¿Me estaba incluyendo en lo que le gustaba de este polvoriento pueblo del Viejo Oeste?

La esperanza floreció donde había estado hundido en la pérdida. Mucha esperanza. Quizá demasiada. Había amado antes. También había perdido. Pero estar con Holly se sentía como estar al borde de algo vasto y bueno. Quería alcanzarla, aferrarme a la verdad de sus palabras. Había supuesto que estaba solo en este vínculo, pero quizá no era así. Y si eso era cierto… estrellas del cielo, si alguna vez me entregaba su corazón, nunca lo daría por sentado.

Me froté la nuca, intentando liberar la tensión. Mis ojos recorrieron la extensión abierta de tierra, la forma en que la luz lunar barnizaba las barandas del cercado y volvía plateada la hierba.

Ella retorció el borde de su manga entre los dedos.

—Aun así, creo que todavía estoy descubriendo qué quiero. Pero… últimamente pienso que tal vez quiero ser parte de algo que se sienta como un hogar. Algo estable. Seguro. Quiero algo que sea solo mío. —Me miró y enseguida apartó la vista—. No sé cómo se vería eso.

Sus palabras me golpearon hondo. Si pudiera, reuniría todas esas cosas y las pondría a sus pies. Quería decirle que ya tenía eso aquí, conmigo, pero era demasiado pronto y podría empujarla hacia algo para lo que aún no estaba preparada.

Me había prometido ser paciente, y lo sería. La esperaría toda la vida si fuera necesario. La paciencia es fortaleza.

—Mereces todo eso —dije.

—¿Y tú? ¿Qué quieres para ti?

Me tomó un momento encontrar la voz, porque quería decirle que todas mis esperanzas y sueños estaban envueltos en ella. Quería preguntarle si creía que podría llegar a sentir algo por mí.

Pero supe casi desde el principio que no podía presionarla. Tenía que venir hacia mí porque así lo deseara.

Mantuve mi respuesta neutral.

—Me encanta este lugar. La panadería. La rutina. Trabajar con algunos de mis hermanos. El aire fresco. Es una buena vida.

Inclinó la cabeza, observándome. Me gustaba la forma en que escuchaba de verdad. Me decía que valoraba cada palabra.

—Lo veo. Este lugar es… tú. —Su risa suave sonó en la noche—. Te llena, pero tú también lo llenas a él. No sé si eso tiene sentido.

—Lo tiene; tienes razón.

¿Podría llenarla a ella también, mientras ella llenaba Lonesome Creek con todo lo precioso que era?

Seguimos caminando, más despacio ahora. La noche nos envolvía. Algunos insectos chirriaban junto al sendero y algo pequeño se movió en la hierba cerca del sorhox, para luego quedarse quieto. Tal vez un ratón.

Me rozó suavemente el brazo con el codo y alzó la vista.

—No respondiste de verdad tu propia pregunta. ¿Qué quieres para *ti*?

Sostuve su mirada, sin ocultar nada, y dejé que las palabras surgieran porque no podía contenerlas.

—Me gustaría construir un futuro con mi compañera destinada.

CAPÍTULO DIECIOCHO

HOLLY

¿Quiere construir un futuro con su compañera destinada? Ella estaba muerta.

—E...ella… eh… ¿cómo sería eso posible? —pregunté con el mayor cuidado posible, observando su rostro a la luz de la luna.

—Te he ocultado algo.

Extendió el brazo y lo giró. La luz lunar alcanzó su marca de apareamiento, haciéndola brillar.

—Lo vi. Gracie tiene una. Me explicó lo que significa. Es de tu compañera, ¿verdad?

—Es tuya, Holly. Apareció en el momento en que te besé.

Negué con la cabeza.

—No. No puede ser.

Las palabras salieron roncas y sentí la piel demasiado tirante.

Se encogió de un hombro.

—No te lo dije. No quería presionarte, y sin embargo aquí estoy, presionándote solo con mostrártelo.

Parpadeé, aturdida, incapaz de procesar lo que eso podía significar.

—Sentí que debía ser honesto contigo. Guardarme esto habría sido injusto.

—Está bien, entonces…

Empecé a caminar de un lado a otro frente a él mientras observaba cómo la desesperación crecía en su rostro.

—He complicado las cosas.

—En realidad…

No estaba segura de lo que pensaba. Una semana atrás habría huido de él igual que lo hice de Melvin, pero Sel no era mi ex. Lo supe casi de inmediato.

Y me gustaba. Mucho.

—Necesito procesar esto —dije, deteniéndome frente a él. Cada vez que mi mente intentaba entenderlo, solo podía pensar en la forma en que me miraba como si yo fuera alguien que había echado de menos toda su vida. Mi piel recordaba aquel beso aunque le hubiera ordenado a mi mente olvidarlo.

Su mano se alzó y frunció el ceño mientras la llevaba lentamente hacia mi rostro. Apartó unos mechones de cabello y los acomodó detrás de mi oreja.

—Lo entiendo.

Bajó la mano y se giró, indicándome que eligiera si continuar caminando o regresar a su casa. Mi casa también. Ya sentía que lo era.

Lo más extraño, y aterrador, era que no me asustaba la idea de que Sel fuera mi compañero. Simplemente no sabía qué decir ni qué hacer al respecto. Cada vez que pensaba en acercarme a él, la parte de mí que había sido herida me advertía que tuviera cuidado. Así que dudaba… y perdía la oportunidad.

Regresamos en silencio, pero él se detuvo cuando empecé a subir los escalones del porche trasero.

—No te reclamaré hasta que me lo pidas —dijo desde el suelo, debajo de mí. ¿Por qué su voz seguía teniendo esa certeza tranquila que hacía que todo sonara como una promesa?

—Lo agradezco.

—Tómate todo el tiempo que necesites para pensarlo. Debes saber que no habrá presión de mi parte. Si solo quieres amistad, seré el mejor amigo que hayas tenido. Tómate años si los necesitas.

Nadie me había dado jamás ni siquiera días para decidir algo tan grande. Hay una enorme diferencia entre ser arrastrada a algo y que

te inviten a formar parte. No sabía qué hacer con eso, porque una parte de mí quería huir y otra quería sentarse a su lado y quedarse allí hasta que fuéramos viejos, canosos y cómodos con todo lo que somos.

—Lo agradezco.

Había sido impulsiva al lanzarme a una relación con Melvin. Aunque en el fondo sabía que Sel no era como él, necesitaba ser cautelosa. No se trataba solo de mí. Max estaba implicado en cualquier decisión sentimental que tomara.

Sospechaba que saltaría de alegría. Le gustaba Sel. Pero esa no era una buena razón para empezar algo nuevo.

—Gracias —dijo, aunque no estaba segura de por qué me daba las gracias.

Entramos. Él fue al baño, mientras yo fui a mi dormitorio, su dormitorio.

Esperé a que terminara y saliera, cerrando la puerta tras él. Luego me deslicé hasta el baño para usarlo yo.

¿Qué implicaría que un orco me reclamara? Un revoloteo nació en lo profundo de mi interior ante la idea de que pudiera implicar sexo.

No podía lanzarme a algo así sin analizarlo desde todos los ángulos.

Cuando me metí bajo las sábanas, me quedé en la oscuridad mirando las sombras que parpadeaban en el techo. Cada vez que cerraba los ojos, veía los suyos. Veía cuán cuidadoso era al decir mi nombre. Sentía el eco de aquel beso que había hecho todo lo posible por olvidar.

Mi cuerpo deseaba algo que no debía, pero mi mente seguía gritándome que debía ir despacio.



Gracie pasó por la panadería a la mañana siguiente, sacándome de donde estaba poniendo el glaseado final a las galletas plopwoodle. Con un gesto hacia Sel, me condujo al frente, donde comenzamos a

cargar pequeños platos con dulces. Con el té y los platos en la mano, nos sentamos a observar a la gente y charlar sobre la subasta que se avecinaba.

—Tark aceptó ser el subastador —dijo después de morder una galleta plopwoodle, gimiendo y cerrando los ojos mientras masticaba. A regañadientes dejó el resto de la galleta en el plato, deslizó el dedo por su teléfono y abrió el documento donde había tomado notas—. Los carteles ya están puestos. Tenemos once inscripciones.

—¿Tantas? —me sorprendí.

—Bueno, cinco somos yo, Rosey, Beth y Jessi, y sabemos quién pujará por sus canastas. Pero los chicos también están súper entusiasmados. Incluso Greel, el señor muy alto, verde y guapo, expresó que estará allí y ayudará a llevar el control de las pujas. Ese hombre casi nunca dice una palabra. La mayoría de los demás son turistas. Y Sel.

—¿De verdad participará?

—Se inscribió.

Con los ojos brillantes, movió las cejas.

—Estoy segura de que su canasta recibirá muchas ofertas. Es muy querido en el pueblo, y no eres la primera mujer que se queda mirando su trasero.

—Yo no hago eso —dije indignada. Aunque sí lo hacía. Demasiado. Era redondeado, musculoso, y sus pantalones le quedaban muy bien.

—¿Y por qué no? Tiene un trasero adorable.

—Tú… —le lancé una falsa mirada severa—. Deja de burlarte de mí. Hemos… hablado, pero no hemos tomado ninguna decisión.

¿Quién querría pujar por su canasta?

Yo. No sabía cómo lo sabía, pero así era. Pujar podría implicar que aceptaba todo este asunto del emparejamiento, y aún no estaba segura. ¿Cómo podría hacerlo? Solo lo había conocido hacía una semana. Eso no era suficiente para saber si quería pasar el resto de mi vida con él. ¿O sí?

—¿Qué más necesitamos hacer? —pregunté—. Siento que no estoy haciendo mucho aquí. Dame una tarea.

—Alguien tendrá que organizar las canastas cuando lleguen, recibirlas y colocarlas en la mesa del frente. Y numerarlas.

—Puedo hacerlo.

Se sentía bien participar en algo, aunque la tarea no fuera vistosa ni lo que otros llamarían emocionante. Me hacía sentir que estaba uniéndome a esta comunidad, aunque fuera de una manera pequeña.

—Perfecto. Te anotaré.

Dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a levantar la galleta, dándole un gran mordisco.

—Esto es increíble —dijo mientras masticaba—. Me encanta todo lo orco.

Yo empezaba a pensar que algún día podría amar todo lo orco también.

CAPÍTULO DIECINUEVE

HOLLY

Después de que Gracie se fue, volví al trabajo.

Sel y yo nos movíamos bien juntos: uno se ocupaba del horno mientras el otro preparaba, y nos turnábamos según fuera necesario. Pronto tuvimos todo listo para el día siguiente y el pan quedó leudando para hornearse por la mañana. Fui al frente para girar el cartel de la puerta a Cerrado, y regresé a la cocina para ayudar a limpiar, mi tarea menos favorita.

Pero hacerlo juntos lo hacía más rápido.

Había colocado los trapos en el cesto para lavar y me di vuelta cuando Sel se inclinó sobre su teléfono y puso música, dejando el aparato sobre el mostrador.

Fruncí el ceño.

—¿El Danubio Azul?

Solo conocía la melodía porque mi primera madre de acogida amaba la música clásica además de las películas clásicas.

Sel caminó hacia mí, con el cuerpo y el rostro rígidos. Extendió la mano.

—¿Me concederías este baile, pequeña dama?

Concentrada en su mano, alcé las cejas.

—¿Pequeña dama?

Se detuvo y su mano cayó un poco.

—¿Es incorrecto?

—No, está bien. —Sonreír era tan fácil—. Me gusta. ¿Pero bailar?

—No sé bailar el vals, pero ¿qué tan difícil puede ser?

Solté una risa resoplada.

—Es bastante difícil si no sabes. Por suerte, yo sí sé bailarlo. Mi madre de acogida me enseñó. Así que yo guiaré.

—¿Guiar hacia dónde?

—Eso significa que yo… olvídalo.

Miré mi delantal sucio. La ropa debajo no estaba mucho mejor y necesitaba un buen lavado. Sin embargo, me gustaba estrenar cosas nuevas y sentir que, a veces, casi parecía bonita.

—No estoy realmente vestida para esto.

Su ceño se frunció.

—¿Cómo deberías estar vestida?

Mi sonrisa debió de parecer caprichosa. Probablemente parecía a medio camino de un cuento de hadas, y lo peor era que se sentía bien. Me encantaba imaginar a los dos elegantes, bailando en algún lugar que no oliera a pan recién horneado ni a limpiador.

A pesar de que mi corazón romántico había quedado maltrecho por mi ex, todavía podía soñar.

—Si nos ponemos exigentes, supongo que debería llevar un vestido de gala. Tú, un traje.

—¿Traje de qué?

—Negro. Camisa blanca. Sin corbata. Incluso podrías dejar los botones superiores desabrochados.

Como si los hubieras arrancado porque quisieras que tu piel tocara la mía.

Y no tenía idea de dónde salían todos esos pensamientos salvajes.

En realidad, sí lo sabía. Quería volver a desear, aunque eso significara abrir la parte de mí que había sellado cuando todo se derrumbó. Me gustaba mucho Sel, y él había despertado los sueños que tenía de joven, cuando pensaba que el romance y el amor podían ser puros y no dolorosos.

—Yo… —Sacudió la cabeza y me dedicó una sonrisa resignada—. Si no quieres bailar, no tienes que hacerlo.

Di un paso adelante, dentro de sus brazos, y levanté la vista hacia sus hermosos ojos oscuros.

—No estoy segura de cómo voy a guiar si no puedo sujetarme a tu hombro y tu mano.

Él rodeó mi cintura con sus manos y me levantó.

—¿Así?

Mi risa suave resonó.

—Esto funcionará, excepto que mis pies no están en el suelo.

—Podría inclinarme hacia adelante.

—Probemos así hasta que le tomes el ritmo; luego puedes levantarme y tú guiarás.

Sus labios se curvaron hacia un lado mientras me bajaba con cuidado al suelo

—Suena bien.

Se inclinó hacia adelante, recordándome una vez más cuánto más grande que yo era. Coloqué una mano sobre su hombro y entrelacé nuestros dedos con su otra mano.

—Necesitamos tomarnos de las manos.

Él miró nuestras manos entrelazadas un momento antes de asentir. Su brazo alrededor de mi cintura se apretó.

Apreté su mano con suavidad, guiándolo para que se enderezara un poco y así no hablar contra su pecho.

—Es simple, en realidad. Avanza con el pie izquierdo, atrás con el derecho y luego a la izquierda. Es como un cuadrado.

El ceño de Sel se frunció como si hubiera recitado una compleja estrategia de batalla.

—¿Un cuadrado?

—Sí, un cuadrado. Sígueme. Izquierda, atrás, izquierda.

Me moví despacio, exagerando cada paso, tratando de no reír ante la forma en que miraba nuestros pies como si fueran objetos desconocidos.

Me imitó, medio segundo tarde y demasiado pesado en sus pasos, pero se esforzaba tanto que me apretó el corazón.

—Bien —dije con entusiasmo, queriendo animarlo—. Ahora solo tenemos que repetirlo.

—¿Eso es todo? —parpadeó lentamente hacia mí—. ¿Hacemos un cuadrado una y otra vez mientras suena la música?

—Bueno, se supone que debe ser un poco más suave que pasos rígidos en forma de caja, pero eso llega cuando se vuelve natural. Practica un poco y luego podemos soltarnos.

—¿Soltar qué?

—Significa que podemos relajarnos y dejar que la música nos lleve a donde quiera.

—Entonces ¿por qué no dijiste eso?

Mi sonrisa se ensanchó.

—Lo dije.

Parpadeó otra vez.

—Ya veo.

Hice un esfuerzo enorme por no reír.

Gruñó, lo que tomé como señal para poner manos a la obra.

Empezamos a arrastrar los pies en un círculo torcido alrededor de la isla de la cocina; el aire olía a levadura y azúcar caliente. Nuestros zapatos rozaban el suelo de baldosas y mi delantal revoloteó cuando nos giró un poco demasiado rápido y tropecé contra su pecho.

—Lo siento —murmuró, acercándome más para evitar que cayera.

—Lo estás haciendo muy bien.

Mi voz salió sin aliento, en parte por la risa que burbujeaba dentro de mí y en parte por estar presionada contra todo su calor sólido.

Mirando hacia abajo, se concentró ferozmente mientras dábamos otra torpe vuelta. Atrape nuestro reflejo en la ventana oscurecida: yo pequeña y sonrojada, él encorvado como un oso enorme tratando de tener cuidado con un gorrión.

Y de algún modo, era perfecto.

—Eres muy ligera —murmuró, mirándome.

Le sonreí.

—Tú eres muy fuerte.

Su sonrisa de respuesta fue tan orgullosa, tan encantada, que un aleteo despertó en lo profundo de mi vientre.

Sel dejó escapar un sonido feliz, casi una risa, y me levantó del suelo. Jadeé, rodeando automáticamente con los brazos sus hombros gruesos mientras se erguía hasta toda su imponente altura.

—Ahora yo guío —declaró, con la voz llena de picardía y emoción.

Riéndome, me aferré a él mientras nos hacía girar por la cocina, cuidadoso y exuberante a la vez. Harina se elevó del mostrador cuando dio una vuelta; el mundo se inclinó a mi alrededor en círculos dichosos que me mareaban.

—Sel —exclamé entre risas—. Se supone que debes dar pasos, no girar.

—Esto es mejor —dijo con firmeza, como si hubiera tomado una decisión ejecutiva—. Te gusta.

Y me gustaba. Oh, cuánto me gustaba.

Mi risa rebotó en las paredes, mezclándose con sus graves sonidos divertidos. En sus brazos, muy por encima del suelo, me sentía más ligera que en años. Sin peso, segura y querida.

Se detuvo tras unas vueltas más y me dejó en el suelo con cuidado, aunque no me soltó. Sus manos permanecieron en mi cintura y nuestras frentes casi se tocaron cuando volvió a inclinarse, respirando un poco más fuerte por el esfuerzo.

—Eres buena bailarina —dijo solemnemente.

—Y tú eres bueno haciendo que una mujer se sienta especial.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlo mejor.

Su sonrisa se ensanchó y acercó más su rostro.

Se me cortó la respiración. Podía sentir el calor que irradiaba, el leve aroma a harina y algo dulce que habíamos horneado aferrado a su piel. Apreté mis manos sobre sus anchos hombros y alcé el mentón, atraída hacia él como si la gravedad hubiera cambiado a nuestro alrededor.

Durante un largo instante sin aliento, permanecimos allí, el mundo quedó reducido al mínimo espacio entre nosotros, al latido de mi pulso en los oídos.

Sus labios rozaron los míos, vacilantes al principio, y percibí que temía hacerme daño. Apenas fue más que un roce fantasmal, uno que me dejaba espacio suficiente para apartarme. Su beso era

inseguro y tan dolorosamente dulce que me recorrió un estremecimiento.

Me acerqué más, incliné la cabeza y profundicé el beso, mostrándole que lo deseaba. Su mano en mi cintura se tensó y un gruñido de necesidad vibró en su pecho. Ese sonido, honesto y completamente Sel, encendió un fuego profundo dentro de mí.

Profundizó el beso y ya no fue vacilante. Ahora me besaba con intención, como si hubiera querido hacerlo desde hacía mucho y ya no pudiera contenerse. Me encantó la firmeza y el hambre de su boca contra la mía. Sabía a dulzura y calor, y cuando su lengua rozó mi labio inferior, me abrí para él con un gemido.

Su áspero sonido de aprobación resonó a nuestro alrededor y estrechó su abrazo, atrayéndome por completo contra su cuerpo. Tanto músculo duro y fuerza apenas contenida, y aun así me sostenía como si fuera alguien digno de atesorarse.

Deslicé mis dedos por los lados de su cuello, enredándolos en su oscuro cabello, y cuando lo acerqué más, me besó hasta dejarme mareada.

Ya no había torpeza. Ni vacilación. Solo éramos nosotros dos, enredados el uno con el otro en la cocina en penumbra, cubierta de harina, como si nada más en el mundo importara.

Cuando finalmente se apartó, fue solo un centímetro. Mientras me miraba, su aliento rozaba mis labios y sus ojos oscuros exploraban los míos con una intensidad que me robó el resto del aire.

—Debería haberte preguntado primero —dijo con voz ronca, áspera, peligrosa y hermosa.

Sonreí, rozando su rostro con la yema de los dedos.

—No me molesta. Yo también quería besarte.

Sus ojos se abrieron.

—¿Realmente?

—Realmente.

Abrumada por lo increíble que se sentía todo, me aferré a él, pegándome a su cuerpo. No recordaba la última vez que había sentido una necesidad así, y tal vez nunca la había sentido. Todo con

Sel era nuevo y maravilloso. Esto era lo que había estado buscando todos aquellos años atrás cuando cedí ante otra persona.

Al levantarme, acomodó mi trasero sobre la encimera, separó mis muslos y se colocó entre ellos. Me besó otra vez, casi con fiebre, mientras sus manos recorrían mis hombros y descendían por mi cintura, deslizándose entre mis muslos para frotarme a través de la ropa.

Jadeé contra su boca, con mis caderas inclinándose instintivamente en busca de más contacto. El dolor punzante entre mis piernas creció, más intenso y ardiente, y cuando se apartó lo suficiente para mirarme, sus ojos estaban tan oscuros y llenos de hambre que otra oleada de calor me recorrió.

—Dime si quieres que me detenga —dijo, con los dedos rozando la cintura de mis pantalones.

—No te detengas.

Mi voz tembló, traicionando cuánto deseaba más.

Sus manos se movieron con una destreza sorprendente para alguien tan grande. Desabrochó el botón y bajó la cremallera; sus nudillos rozaron el calor húmedo de mi ropa interior, haciéndome estremecer.

Levanté las caderas para ayudarlo a bajar mis pantalones y ropa interior lo suficiente para dejarme expuesta ante él. Me recostó sobre la encimera, acomodó mis talones en el borde y observó mi rostro mientras separaba mis muslos y se inclinaba para dejar besos ligeros a lo largo de mi cuello.

El aire fresco besó mi piel antes de que su mano acariciara mi muslo, buscando el lugar donde más lo necesitaba.

El primer contacto de sus dedos me arrancó un grito. Me aferré a sus anchos hombros para mantener el equilibrio mientras el mundo se inclinaba a mi alrededor. Él gimió en lo profundo de su pecho, como si pudiera sentir mi placer en su propia piel.

—Estás mojada —dijo, casi con asombro, mientras su pulgar rozaba mi clítoris y uno de sus dedos exploraba mi entrada.

Chispas subieron por mi espalda y moví las caderas hacia su mano, ansiando más.

Introdujo un dedo profundamente. Al sacarlo, arrastró su pulgar sobre mi clítoris y luego deslizó dos dedos dentro de mí. Era grande en todo, incluso en sus manos, y me llenaba de una manera deliciosa. Cuando añadió otro dedo, estirándome como sospechaba que lo haría su sexo, lancé un grito agudo de placer.

Observando mi rostro, encontró un ritmo, empujando y moviendo sus dedos mientras aprendía cómo acariciar mi clítoris para hacerme temblar y jadear.

Fue más rápido.

Levanté las caderas para encontrar cada embestida de su mano mientras llamas me recorrían el cuerpo.

El placer rugió dentro de mí. Nunca había llegado así de rápido con el toque de nadie, ni siquiera con el mío.

Su boca capturó la mía y movió la mano más rápido, más fuerte, hundiendo los dedos hasta el fondo.

Estallé, gritando contra su boca, y mi cuerpo contrayéndose a su alrededor.

Se detuvo, respirando con dificultad, y levantó la cabeza, mirándome como si mi orgasmo también lo hubiera dejado atónito. Sus labios se curvaron.

—Te gustó.

Incapaz de formar un pensamiento coherente, asentí bruscamente.

—A mí también.

Miró hacia abajo.

—Estaba tan duro… tan rígido… —resopló suavemente—. Me corrí en los pantalones.

Tal vez pronto lo haría dentro de mí. No podía creer que ese pensamiento cruzara mi mente, aunque no lo dije en voz alta. No todavía, pero pronto.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —preguntó inclinando la cabeza.

Abrí los ojos.

—¿Venirme otra vez? ¿Eso es siquiera posible?

Frunció el ceño.

—Me gustaría averiguarlo. ¿Puedo intentarlo con la boca?

Claro que sí. Ya sentía el calor arremolinarse dentro de mí otra vez.

Con una gran sonrisa casi infantil, retrocedió y abrió más mis muslos. Exploró mis pliegues con los dedos antes de lamer con la lengua.

Trazó un camino lento desde mi entrada hasta mi clítoris, haciéndome estremecer mientras me aferraba a la tela de sus hombros.

Gimió suavemente, la vibración recorrió mi piel mientras volvía a lamer, ahora con más confianza, separándome con los dedos mientras su boca trabajaba con una paciencia devastadora. Su lengua giraba y provocaba antes de aplanarse y presionar, enviando descargas de calor tan intensas que mis muslos temblaban contra su cabeza.

—Oh, Sel… —jadeé, aferrándome a su cabello como si fuera lo único que me impedía salir disparada al espacio.

Gruñó. Le gustaba oírme perder el control, y cerró su boca alrededor de mi clítoris, succionando.

Nunca había hecho sonidos así. Con nadie.

Mis caderas se sacudieron. La presión era perfecta, firme y persuasiva, y cuando volvió a deslizar los dedos dentro de mí, entrando y saliendo, mi visión se volvió borrosa en los bordes.

No pude detener los sonidos que escapaban de mis labios: gemidos indefensos, jadeos entrecortados. Lamiendo, succionando y acariciándome con una intensidad implacable, como si mi satisfacción fuera lo único que importara.

El calor creció dentro de mí más rápido de lo que creí posible, tensándose con cada movimiento de su lengua y cada embestida de sus dedos. Me moví contra él sin vergüenza, rogando por más, persiguiendo ese punto al que me llevaba con tanta habilidad.

Me estiraba deliciosamente con los dedos mientras su lengua rozaba mi clítoris.

—Sel —grité, aferrándome a su camisa, abrumada por el placer creciente. No podía detener el movimiento de mis caderas, buscando más, necesitando más.

—Así… déjame hacerte sentir bien —murmuró contra mi piel.

Gimoteé mientras el mundo se reducía al deslizamiento ardiente de sus dedos, al profundo rumor de su voz, a la forma en que su cuerpo me encerraba. Cada embestida, cada caricia, me acercaba más al borde.

Cuando volvió a gemir contra mí, la vibración me empujó al abismo.

Me quebré con un grito, con mi cuerpo cerrándose alrededor de sus dedos, mis muslos se apretaron contra su cabeza hasta el punto de temer aplastarlo. Ola tras ola de placer me atravesó, cegadora, devorándome hasta que quedé jadeando, desplomada sobre la encimera, con cada hueso convertido en gelatina.

Sel besó a lo largo de un muslo y luego del otro, devolviéndome suavemente desde las estrellas.

Levantó la cabeza, con los labios brillantes, y los ojos oscuros reluciendo con un hambre cruda, casi reverente. Sin apartar la mirada de la mía, lamió lentamente cada uno de sus dedos, gimiendo mientras lo hacía.

—Eres increíble —dijo por fin—. Espero que me dejes hacer eso otra vez muy pronto.

Intenté reír, pero me salió un sonido entrecortado y tembloroso.

—Tú también eres bastante increíble.

Y maldita sea, aquella gran mancha húmeda en la parte delantera de sus pantalones. ¿Cuánto producían los orcos?

Sonrió, casi con timidez, como si no pudiera creer que me hubiera complacido tanto. Luego su expresión se volvió más seria, más intensa.

—Voy a saborearte otra vez.

Inclinándose hacia delante, besó la parte superior de mis rodillas, deslizando sus manos por mis muslos de una forma que me hizo preguntarme si debería ver si estaba listo para una tercera ronda.

Con Sel, no solo me sentía deseada. Me sentía adorada.

No quería moverme. No quería abandonar la seguridad de los brazos de este hombre.

Quizá no fuera demasiado tarde para que una madre soltera encontrara a alguien nuevo.

Porque estaba empezando a creer en el amor otra vez.

CAPÍTULO VEINTE

SEL

Me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Cuando le pedí que bailara un vals, jamás imaginé que podría terminar así. Ella. Sabía. Increíble. No veía la hora de volver a deslizar mis dedos y mi lengua dentro de ella, de provocar su pequeño y bonito clítoris hasta que latiera y se hinchara y llegara al clímax solo con mi toque.

No podía dejar de sonreír. La había hecho correrse. Dos veces. Con mis dedos y mi boca.

El pecho se me sentía tan lleno que parecía que fuera a estallar. Quería alzarla y girar con ella otra vez, presumirla ante todo el pueblo. En cambio, me conformé con observar cómo se alisaba el cabello y se acomodaba la ropa. Fue todo un esfuerzo no acariciar sus mejillas sonrojadas. Mientras terminábamos de cerrar la panadería por la noche, ella me lanzaba miradas de soslayo y sonreía de una forma que hacía latir mi corazón con más fuerza que cualquier batalla en el reino orco.

El cielo fuera de la panadería se oscurecía hacia el crepúsculo, y las primeras estrellas empezaban a asomar. Me rasqué la nuca, intentando no desbordarme.

—Deberíamos ir a casa.

Casa. Ella y su hijo habían estado quedándose en mi hogar, pero de pronto se sentía diferente. Mejor. Como si realmente pertenecieran allí para siempre. ¿Me atrevía a esperar que algún día ella sintiera lo mismo? Aún no la había reclamado al modo orco, y no lo haría hasta que me dijera que era lo que deseaba. Que los hados me concedan ese día pronto.

Le sostuve la puerta trasera y salimos al callejón que corría detrás de Main Street. El aire cálido de la tarde olía a humo de leña, a sorhoxes y al dulce aroma persistente de los productos horneados. Rocé su mano con la mía mientras caminábamos hasta el final del callejón, ya deseando volver a tocarla.

Nos detuvimos y llamé a Zist. El estruendo de sus cascos resonó a nuestro alrededor cuando apareció desde la derecha y se detuvo frente a nosotros.

Holly me dedicó una sonrisa amplia, y me encantó ver que todavía se sentía cómoda conmigo.

La ayudé a subir al lomo de mi sorhox y salté detrás de ella, acomodándome sobre su lomo, rodeándole la cintura con un brazo y atrayéndola contra mí. El gesto se sintió natural. Perfecto. Un toque con los talones, y echó a trotar alejándose del pueblo, rumbo a mi casa del rancho.

El sol colgaba bajo detrás de las montañas, derramando luz dorada sobre el valle. Los sorhoxes en los pastizales a ambos lados del camino nos observaban pasar con ojos perezosos, con sus colas erizadas balanceándose entre la hierba alta.

Holly se recostó contra mí e inclinó la cabeza hacia un sorhox junto a la cerca, su pelaje verde agitándose con la brisa.

—¿Sabes? —dijo con tono burlón—. Para una criatura con colmillos y una cola con púas, ese se ve bastante abrazable.

Solté una risa y le apreté la cintura.

—Eso creerías hasta intentar abrazarlo y que se te eche encima. Son pesados.

Ella rio, y el sonido iluminó el aire fresco del atardecer.

—Afortunadamente te tengo para mantenerme a salvo.

—Siempre. —Lo decía en serio.

Se movió un poco, sus caderas presionándome de un modo que hizo que mi control se deshilachara por los bordes.

—Eres un poco como un sorhox.

—¿Ah, sí? —Me incliné hacia adelante y apoyé la barbilla en la coronilla de su cabeza, aspirando su aroma—. ¿Grande, peligroso y abrazable?

—Exacto. —Se giró para mirarme por encima del hombro, con los ojos brillantes de picardía—. Todo músculo y aterrador por fuera. Todo suave y dulce por dentro.

Sonreí, sintiéndome más confiado a cada segundo.

—¿Suave? —bajé la voz mientras me presionaba contra la parte baja de su espalda—. ¿Estás segura de eso, pequeña?

Se sonrojó, pero no apartó la mirada.

—Totalmente.

Las palmas me sudaban. No creí que pudiera volver a sentirme turbado, no después de todo lo que había pasado desde que llegué a la superficie. Pero ella me desarmaba, y lo único que quería era que fuera *ella* quien me volviera a armar.

Su voz descendió a un susurro travieso.

—Quizá no eres suave en *todas partes*.

Gruñí por lo bajo, apretando mi abrazo, deseándola por completo.

—Sigue hablando así y puede que no lleguemos a casa.

Ella rio.

—Entonces será mejor que te des prisa, vaquero.

Desafío aceptado.

Insté a Zist a un trote más rápido, mientras la casa del rancho se alzaba a lo lejos y el sol finalmente se hundía bajo el borde del mundo. Tras detenerlo en el patio lateral, la ayudé a bajar y di una palmada en el costado de Zist para que me siguiera hasta el portón. Una vez abierto, entró con calma para reunirse con los demás.

En lugar de entrar como de costumbre, Holly me siguió y se apoyó en la baranda para observar cómo las criaturas olfateaban a Zist como si no fuera el mismo sorhox con el que pastaban cada noche.

—Es tan hermoso aquí —dijo, mirando alrededor—. No creo que alguna vez me canse.

—¿No extrañas la ciudad?

—Para nada. Quiero decir, las ciudades tienen cosas buenas. Bibliotecas. Expositores abiertos gratis al público. Pero no siento que me falte nada aquí. Me gusta la tranquilidad de Lonesome Creek.

No podía imaginar vivir en una ciudad.

—Incluso en el reino orco vivía en el rancho de mi familia, a cierta distancia de donde vive la mayoría de mi gente. Me gustan los espacios abiertos, poder ver algo acercarse mucho antes de que llegue.

—Totalmente de acuerdo.

Ella lo vería como una cuestión de seguridad, y yo también. Pero era más que eso.

—He aprendido a apreciar el sol en la cara. El sonido de la lluvia golpeando el suelo. Incluso el viento se siente y huele diferente aquí.

Apoyé los brazos en la baranda junto a ella, lo bastante cerca como para rozarnos de vez en cuando.

Holly me sonrió.

—Notas todo.

—Ayuda cuando no hay mucho ruido que lo ahogue. La vida en la ciudad… no puedes apagarla. Aquí puedes oír tus propios pensamientos.

Asintió, dejando que su mirada se deslizara otra vez hacia el amplio valle abierto.

—Creo que pasé tanto tiempo usando todo ese ruido para esconderme que olvidé lo que se sentía vivir de verdad.

Estudié el perfil de su rostro, la forma en que los últimos rayos del sol atrapaban los mechones más claros de su cabello.

—Ahora haces algo más que esconderte.

Tragó saliva y, cuando volvió a mirarme, sus ojos brillaban de una forma que me oprimió el pecho.

—Tú lo haces fácil —susurró—. Me siento libre aquí de una manera que nunca antes.

No pude hablar por un momento. Solo la observé, queriendo absorber cada instante. Había algo en verla plenamente ella misma que me volvía imprudente. Quería entregarle mi corazón y decirle: toma, quédate con esto. Quédate *conmigo*. Todo en ella, su risa, la obstinada elevación de su barbilla, su gran corazón, parecía algo raro. Algo que un hombre podría buscar toda la vida y aun así morir sin encontrar.

—Quiero que te sientas segura y feliz todo el tiempo —dije, con toda mi verdad.

La puerta mosquitera golpeó detrás de nosotros.

—¡Mamá! ¡Sel!

Max bajó los escalones corriendo hacia nosotros, con el cabello erizado como si acabara de despertar.

Holly se volvió y abrió los brazos. Él chocó contra ella para abrazarla, y ella rio mientras le revolvía el cabello.

—¿Cuándo te hiciste más alto que yo?

Se encogió de hombros, sonriendo.

—Estoy comiendo como un sorhox.

—Eso seguro. Creo que has crecido al menos cinco centímetros desde que llegamos, aunque no sé cómo.

—Buena comida.

Su sonrisa se apagó apenas un instante, y supe que pensaba en los tiempos en que no tenían suficiente. Era cuidadosa con todo lo que comía y guardaba incluso unos pocos bocados sobrantes para otra comida. Un orco como yo no pasaba por alto cosas así.

Quería poner todo lo que tenía y todo lo que sería en sus manos. Quería que abriera el refrigerador sin preocuparse por gastar algo que podríamos necesitar después. Quería arrancar cada preocupación de sus hombros. Pero no sabía cómo hacerlo sin hacerla sentir pequeña. No lo era en absoluto.

Esforzándome por sonreír, apoyé una mano en el hombro de Max y lo apreté con calidez.

Max me sonrió.

—¿Podemos cenar pronto? Me muero de hambre.

—Claro que sí.

Holly negó con la cabeza. La indulgencia, el amor feroz en sus ojos, casi me desarmó. Era difícil no preguntarme cómo se sentiría si se volviera hacia mí con ese mismo amor total.

Quería ser alguien a quien necesitara. A quien eligiera.

Me dije que podía esperar sin desear demasiado. Algunos días, incluso lo creía.

Nos apoyamos los tres en la cerca, el crepúsculo dorado envolviéndonos, y por ahora, todo parecía que iba a estar bien.

CAPÍTULO VEINTIUNO

HOLLY

Preparamos la cena juntos: pollo, además de verduras orcas tanto con almidón como sin almidón.

—Jessi las cultiva —dijo Sel, señalando la cragroot—. Esa la usamos para todo tipo de cosas. La rallas y la mezclas con huevo chumble para hacer buñuelos. O la cortas en trozos y la fríes para hacer… bueno, papas fritas de cragroot.

—Eso suena increíble —intervino Max a nuestro lado, donde mezclaba los ingredientes que Sel había anotado para preparar una especie de barra dulce muy popular en el reino orco. Nunca había oído hablar de algunos de los ingredientes, pero estaba segura de que las barras serían deliciosas.

Trabajamos con naturalidad, como si lleváramos años haciéndolo en lugar de apenas una semana. Yo picaba cragroot mientras Sel se encargaba del pollo, y Max revoloteaba entre nosotros, leyendo orgulloso los pasos de su receta como si fuera un chef experimentado. Aromas cálidos y sabrosos comenzaron a llenar la cocina, y las ventanas se empañaron por el calor de la estufa.

Me sorprendí sonriendo demasiado. No era solo por lo bien que olía todo. Era *esto*. La facilidad entre nosotros. La forma en que Sel rozaba ligeramente mi cadera al pasar detrás de mí, murmurando «permiso, pequeña», con una voz que hacía revolotear algo en mi

pecho. La manera en que daba instrucciones suaves a Max. Trataba a mi hijo como a un igual, alguien digno de respeto, y vaya si Max brillaba cada vez que miraba en su dirección.

Esto se sentía bien. Correcto. Y eso me daba un poco de miedo. Una vez caminé descalza hacia lo que creí que era seguridad, y el suelo se rompió bajo mis pies. Sabía que no debía correr hacia una luz cálida sin revisar primero si había astillas.

Lo que Sel y yo habíamos hecho antes en la panadería… pensarlo hizo que mi cara ardiera. Me moví, cortando el cragroot más rápido, esperando que no notaran cómo mi piel se volvía rosada y manchada.

Ese beso. Sus manos. Su boca. Me había mirado como si fuera lo único que deseaba en el mundo.

No me arrepentía. Ni un poquito.

Si acaso, quería más, y solo pensar en cómo sacar el tema hacía que mi estómago se anudara en cien formas complicadas. Me había dicho que yo era su compañera destinada, pero todavía no estaba segura de poder darle todo lo que merecía. No aún. Mi corazón quería correr hacia adelante, pero mi mente seguía atrás, arrastrando todas las viejas cicatrices.

Sel no se parecía en nada a mi ex. Lo sabía. Era paciente, abierto y firme de una forma que nunca había experimentado. Sin estallidos repentinos de ira. Sin comentarios hirientes diseñados para desgastarme. Solo calidez, fortaleza y esa sonrisa lenta y torcida que hacía que mis rodillas amenazaran con ceder.

Pero las cicatrices no desaparecen solo porque lo desees. Las cosas malas se quedan. Necesitaba tiempo, y estaba agradecida de que Sel no presionara.

Cuando por fin nos sentamos a comer, la cocina brillaba con la luz cálida y acogedora de la lámpara. Max se sirvió puré de cragroot, mirando orgulloso las barras que había preparado y que ahora se enfriaban en una rejilla.

Sel me pasó la bandeja de pollo con una sonrisa.

—Las damas primero.

—Gracias, buen señor —dije con mi mejor voz de doncella en apuros, haciendo que Max soltara una risita con la boca llena.

La risa de Sel me envolvió, haciéndome sentir segura. Deseada.

Comimos, y durante un rato los únicos sonidos fueron el raspar de los tenedores y algún murmullo de satisfacción. La comida era increíble, el tipo de comida que se acurruca contra tus costillas y te hace sentir cuidada.

Observé a Sel por encima del borde de mi vaso de agua mientras reía por algo que Max había dicho. Me gustaba cómo sonreía con toda la cara, cómo siempre se aseguraba de incluir a Max, cómo nunca nos hacía sentir como extraños.

Hogar.

Podría acostumbrarme a esa sensación.

—Creo que ganamos el premio a la mejor cena —le dije a Sel, dejando el tenedor sobre mi plato vacío y recostándome con un suspiro feliz.

Se veía ridículamente complacido.

—La hicimos juntos, y por eso es tan especial.

—Le doy a esta comida cinco estrellas —dijo Max—. No, seis.

Sel se llevó una mano al corazón.

—Un gran elogio, viniendo de un caballero con tu experiencia culinaria.

La sonrisa de Max se hizo aún más grande.

Me mordí el labio para contener la risa, el calor inundando otra vez mi pecho. Verlos juntos así era peligroso en el mejor sentido posible.

Después de cenar, Max insistió en mostrarle a Sel las barras dulces, señalando orgulloso cómo había seguido la receta «casi exactamente». Probamos una cada uno, y el sabor era intenso y tostado, casi acaramelado, con un toque de especias que permanecía en la lengua.

—Están increíbles —dije.

Max casi levitó de su silla.

Sel se inclinó para revolverle el cabello, y mi hijo se apartó con la cara sonrojada. Se levantó de un salto y empezó a guardar las sobras en un recipiente mientras Sel llevaba nuestros platos al fregadero.

Quería embotellar este instante para poder destaparlo más tarde cuando las cosas se volvieran inciertas. También quería tomar la mano de Sel y sostenerla. No soltarla nunca.

Ayudé, pero también los observé, con el corazón apretado al ver lo fácilmente que Sel se había convertido en una parte vital de nuestras vidas. Esto se sentía natural, como si una pieza faltante hubiera encajado sin que yo notara que faltaba.

Mientras lavaba los platos con espuma hasta los codos, Sel atrapó mi mirada. Su expresión se suavizó en algo tierno, algo que hizo que mi estómago girara como lo hicimos alrededor de la isla en la panadería mientras sonaba el "Danubio Azul" de fondo. Tenía esa mirada otra vez, la clase que hace más daño que cualquier mirada ardiente. Como si viera cosas en mí que aún no puedo nombrar y no tuviera miedo de esperar hasta que pueda.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Asentí, tragando el nudo en la garganta.

—Sí. Soy feliz.

Su sonrisa se ensanchó.

Feliz… pero asustada. Aún sanando. Aún intentando creer que esto podía ser real.

—Cuando terminemos aquí —dijo Sel—, pensé en llevar a Max al establo y mostrarle los primeros pasos que sigo con los sorhoxes jóvenes. Si te parece bien.

—¡Oh, sí, por favor! —intervino Max, saltando en su lugar, algo que no hacía desde hacía muchísimo tiempo. No desde que era pequeño. Verlo tan feliz me apretó el corazón. No tenía ningún interés en negarle esta oportunidad. Necesitaba estar cerca de hombres, no solo de su mamá.

Mi pequeño estaba creciendo y convirtiéndose en un hombre fuerte, independiente y amable, y sabía que podía atribuirme plenamente el mérito de que eso hubiera sucedido.

—Claro —dije—. Me pondré al día con algo de lectura.

Desde que llegamos aquí, había podido leer más que en al menos los seis meses anteriores.

Esto se estaba volviendo muy cómodo.

¿Demasiado cómodo? Tenía la sensación de que pronto lo descubriría.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

SEL

El establo olía a heno fresco y a animales limpios, con un suave toque de cuero y madera en el aire. Max trotó delante de mí; la emoción prácticamente chisporroteaba a su alrededor cuando tiró de una de las grandes puertas, la abrió y se deslizó dentro.

Yo lo seguí a un paso más lento, dejándolo disfrutar el momento.

Mishka, la sorhox joven con la que íbamos a trabajar, nos esperaba en el último pesebre de la derecha. La había puesto allí esa mañana para ayudarla a acostumbrarse a estar en un corral. Mucho más pequeña que un sorhox adulto, su hombro me llegaba a la cintura… y al pecho de Max. Cuando abrí la reja, nos observó con sus enormes ojos oscuros, mientras su cola se balanceaba tranquilamente de un lado a otro. La había elegido a propósito para Max porque era la más dócil del grupo de jóvenes.

Max esperó a mi lado, prácticamente vibrando por el esfuerzo de quedarse quieto.

—¿Listo para conocerla? —pregunté, tomando un cabestro del gancho en la pared, a la derecha de la reja.

—Claro que sí.

Siempre era educado y amable. Holly había hecho un buen trabajo criándolo.

—Mishka tiene cinco meses. Los sorhoxes tardan unos tres años en madurar por completo. —Mantuve la voz baja mientras me acercaba a ella con el arnés colgando suelto de mi mano—. Todavía está aprendiendo de qué va todo. Pero es dulce… como alguien más que conozco, así que seguro se llevarán bien.

Max agachó la cabeza, sonriendo tanto que pensé que la cara se le partiría en dos.

Cuando nos acercamos, Mishka nos observó con ojos brillantes y curiosos; su pelaje verde se erizaba con la leve brisa que se colaba por las ventanas del establo.

—Hay una regla importante cuando trabajas con animales. —Me moví despacio y con calma, sin querer asustarla—. Debes ser paciente en todo momento. No los obligues. Muéstrales que pueden confiar en ti.

Max asintió, pendiente de cada palabra.

Primero dejé que me observara, mostrándole cómo acercarse por el lado izquierdo para que la sorhox pudiera verme bien, cómo ofrecerle el dorso de la mano para que lo oliera antes de intentar cualquier otra cosa. Mishka estiró el cuello, olfateó y luego me dio un pequeño empujón con el hocico contra la mano.

—Inténtalo tú —dije.

Se colocó a mi lado y extendió la mano para que ella la oliera. También le dio un empujoncito.

—Le gustas —comenté—. Adelante, ráscale detrás de la oreja. Le encanta eso.

Los ojos de Max se abrieron con emoción mientras hacía lo que le sugerí, y ella se inclinó hacia su caricia con un resoplido feliz.

—Bien. Ahora sostén el cabestro así.

Lo demostré, dejándole oler también eso antes de deslizarlo con suavidad sobre su hocico y ajustar las correas detrás de sus orejas. Luego se lo quité y se lo entregué.

Copió mi postura con cuidado, el cabestro colgando correctamente de sus manos. Lo guie paso a paso, enseñándole cómo pasarlo por la nariz de Mishka, cómo abrochar las correas laterales sin tirar ni torcerlas.

No fue perfecto. Se saltó una hebilla la primera vez y Mishka se movió de lado, resoplando. El rostro de Max se ensombreció, pero apretó los dientes y volvió a intentarlo, más despacio esta vez, como le había indicado.

—Así es —dije cuando lo logró—. Muy bien hecho.

Max se enderezó, el orgullo irradiaba de él como el sol.

—Es suave —dijo, acariciando la mejilla de Mishka.

—Suave y lista. Hará lo que le pidas si la tratas bien.

Max se mordió el labio y una sombra cruzó su rostro.

—Mi papá no trataba bien ni a los animales ni a las personas.

Mantuve las manos firmes mientras ajustaba la cuerda guía de Mishka, pensando cómo responder.

—Tu mamá mencionó algo así —dije en voz baja—. Una sorhox joven que se sobresalta cuando comete un error suele haber aprendido por las malas.

Ambos sabíamos a qué me refería.

Max miró al suelo, los nudillos blancos por la tensión.

—Lo que hizo tu padre es su error. No es un reflejo de quién eres tú. Nada de lo que pasó fue tu culpa.

Tragó saliva con dificultad.

—Tú no eres él —continué—. Tú eliges qué tipo de hombre quieres ser.

Asintió y se secó los ojos con la manga como si creyera que no me daría cuenta.

—Por lo que he visto, vas a ser uno muy bueno.

Se le escapó una risa temblorosa y enderezó los hombros.

Le di un pequeño tirón a la cuerda.

—A ver cómo la guías.

Max respiró hondo, apretó las correas y chasqueó la lengua como le había enseñado. Mishka lo siguió, sus pezuñas segmentadas produciendo suaves golpes sobre las tablas de madera cubiertas de heno.

Lo observé dar vueltas por el interior del corral con ella siguiéndolo.

El orgullo me llenó el pecho con tanta fuerza que casi dolía.

—Eso es —sonreí cuando Max me miró, el rostro iluminado de pura alegría—. Se te da muy bien. Ella lo nota.

Sus mejillas se sonrojaron de felicidad.

Tras unas cuantas vueltas, dimos por terminada la noche. Max le quitó el cabestro a Mishka, lo colgó en la pared y le dio un último rascado detrás de las orejas.

—Se portó bien —dijo.

—Tú también.

—Gracias, Sel. Lo aprecio.

Le di un pequeño golpecito en el hombro con los nudillos y, cuando frunció el ceño, expliqué:

—Los orcos hacemos esto para mostrar amistad. Compañerismo.

Saltó para devolverme el gesto.

—Pronto no tendrás que saltar —dije mientras regresábamos hacia la casa, caminando lado a lado en la oscuridad. El aire fresco rozaba mi piel y las primeras estrellas asomaban sobre nosotros—. Si crees que puedes manejarlo, me gustaría que trabajes con ella otra vez mañana. Puedes sacarla del corral, pero no salgas del establo. Todavía no. Asegúrate de que las puertas estén bien cerradas y de tener buen agarre del arnés antes de soltarla, y luego llévala de un lado a otro varias veces para que se acostumbre.

Max asintió como si le hubiera confiado una misión sagrada.

—Puedo hacerlo.

—En unos días empezaremos a sacarla afuera, pero solo durante el día, por si intenta escapar.

Inclinó la cabeza.

—¿Lo haría?

Me encogí de hombros.

—Quizá. No le daremos margen para eso. Trabajaremos tanto con ella que no se le ocurrirá hacer otra cosa que lo que le pidamos. Como viste, los orcos no usamos arneses ni monturas, pero los turistas que hacen rutas sí. Estamos entrenando a Mishka para un trabajo importante.

Su pecho se infló.

—Puedo hacerlo. Puedes confiar en mí.

—Tienes razón. Puedo.

Al acercarnos a la casa, lo miré de reojo. Su cabello estaba revuelto por detrás y tenía una mancha de tierra en la mejilla. Se veía feliz, y eso me hizo doler el pecho de una manera dulce.

No solo quería un futuro con Holly. También lo quería con Max. Esto era lo que podía ser una familia: risas, confianza y aprendizaje compartido. Sin miedo ni crueldad.

No estaba seguro de qué había hecho para merecer estar allí y darles a ambos una segunda oportunidad, pero haría todo lo que estuviera en mi poder para protegerlo.

Le revolví el cabello una vez más antes de subir al porche. Puso los ojos en blanco, pero esta vez no se apartó.

Entramos en la casa, nos quitamos las botas y, tras lavarnos las manos en el fregadero, fuimos al salón.

Encontramos a Holly acurrucada en el sofá con un libro, los pies recogidos bajo el cuerpo y el rostro en paz.

El corazón se me encogió de la mejor manera posible.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

HOLLY

Después del desayuno a la mañana siguiente, dejamos a Max trabajando con la cría de sorhox y montamos a Zist rumbo al pueblo. Se sentía bien cabalgar con Sel. Reconfortante.

Y excitante. Mis sentimientos crecían todo el tiempo, pero aún no sabía qué hacer con ellos.

Dentro de la panadería trabajamos lado a lado como siempre, pero algo entre nosotros había cambiado de una forma que me gustaba más de lo que estaba lista para admitir en voz alta.

La cocina estaba llena del aroma reconfortante de harina y especias, levadura y azúcar. Todavía era temprano, el sol apenas había salido y una fina bruma se pegaba a las ventanas. Amasaba la masa que habíamos empezado el día anterior sobre la encimera enharinada, mientras Sel daba forma a sus nudos de pan estilo orco con práctica facilidad. Se había arremangado hasta los codos, y sus gruesos y deliciosos antebrazos estaban cubiertos de harina. Su aroma, terroso, cálido y ligeramente dulce, se colaba en mis pulmones y me dificultaba concentrarme.

Me miró y sonrió, una media sonrisa torcida que dejó ver sus colmillos y me revolvió el estómago.

—Estás callada esta mañana —dijo—. ¿Todo bien?

Asentí, alisando la masa bajo mis manos.

—Solo estoy pensando.

—Un pasatiempo peligroso.

—No si sabes lo que haces.

Él soltó una risa baja, un sonido profundo que me calentó por dentro.

—Bueno, si estás pensando en lo bien que te veías ayer en la espalda de Zist, apoyo eso.

Puse los ojos en blanco, pero mis mejillas ardieron como siempre lograba provocar. No podía dejar de sonreír; imaginaba que parecía a punto de perder la cordura.

Me gustaba esta versión de nosotros. Fácil, juguetona. Se sentía bien. Segura. Natural. Pero también nueva, como si estuviéramos al borde de algo más profundo, algo que podía significar futuro y amor y un nuevo comienzo. La forma en que me había mirado anoche, sentado frente a mí en la mesa mientras Max se reía de sus bromas, se me había quedado grabada más de lo que quería admitir. Me hacía desear cosas que solo este macho podía darme.

Y eso me asustaba.

Sel no presionaba. Se mantenía paciente, dejándome marcar el ritmo, y eso hacía que lo deseara más que nada. No estaba lista para entregarle todo, pero estaba cerca.

—Me gusta esto —dije en voz baja.

Se volvió hacia mí, con harina en la mandíbula y una ceja alzada.

—¿Qué cosa?

—Nosotros. Trabajando así. Estando aquí juntos. Es bonito.

Sus ojos se suavizaron.

—Sí. Lo es.

No dijimos nada más durante un rato, y no hacía falta. El silencio entre nosotros se extendió de una forma agradable. El horno zumbaba. Afuera, el pueblo empezaba a despertar. Los primeros turistas no llegarían hasta dentro de una hora más o menos, y estaríamos listos como siempre.

Dividí la masa y la coloqué en moldes engrasados para que levara, luego me lavé las manos y las sequé con un paño, observando a Sel mientras retorcía los últimos nudos y los colocaba

en una bandeja para que reposaran. Se movía con tanta seguridad; estaba hecho para esto, para crear, para cuidar. Para el hogar.

Empecé a preparar el glaseado que iría sobre los nudos una vez horneados.

—Cuéntame algo que no sepa de ti.

Levantó la vista de donde había empezado a mezclar ingredientes para otra galleta orca.

—Puede que diga algo que te repela por completo.

¿Sel? Imposible.

Le dediqué una sonrisa juguetona.

—Vamos. Compláceme.

Se limpió las manos y se apoyó en la encimera a mi lado, lo bastante cerca como para sentir el calor que irradiaba. Pareció pensarlo un momento antes de hablar.

—Está bien. Una vez me echaron de las cocinas reales orcas por introducir de contrabando un chumble.

Parpadeé.

—¿Los pollos rosados gigantes?

—Más bien del tamaño de avestruces, según Gracie. Pero el chumble tenía hambre. Parecía lo correcto.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce.

—La edad de Max.

—Y ni de lejos tan sabio. Evidentemente.

Me reí.

—¿Al chumble le gustó la comida real?

—Tenía un gusto muy refinado.

El tintineo de la campanilla sobre la puerta principal de la panadería sonó, y me enderecé, mirando el reloj. Técnicamente aún no estábamos abiertos, pero habíamos dejado la puerta sin llave.

Sel frunció el ceño y me hizo un gesto.

—Yo me encargo.

Lo vi desaparecer por la puerta y luego me acerqué para asomarme al frente. Una mujer, de unos treinta y tantos quizá, con el cabello oscuro y pulido y un abrigo entallado que no encajaba en un pueblo turístico del Viejo Oeste, estaba junto a la puerta,

mirando alrededor. Sus tacones resonaban sobre las tablas del suelo mientras se acercaba al mostrador donde Sel la esperaba con una sonrisa amable.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó él—. Aún no estamos abiertos ni completamente surtidos, pero quizá algo le interese.

Hizo un gesto hacia la vitrina.

—No he venido por productos horneados —dijo ella—. Busco a Holly Engle.

Se me encogió el estómago.

Sel no se movió ni miró hacia mí.

—¿Por qué motivo?

—Asunto familiar. Necesito darle un mensaje.

Espera. Conocía esa voz. Habían pasado años, pero el tono no había cambiado.

Salí al frente, el corazón golpeándome el pecho.

—¿Cora?

Su sonrisa se ensanchó, aunque seguía siendo fina y no llegaba a brillar en sus ojos.

—Holly. Ahí estás. Te ves… llena de harina.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Oh, no lo sé. Solo quería charlar.

Había algo más detrás de su visita.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Me mudé del apartamento junto al tuyo. ¿Lo sabías?

El apartamento donde Max y yo habíamos vivido con Melvin, donde él me había hecho tanto daño que presenté cargos. Como el alquiler era más alto de lo que podía pagar sola con mi sueldo, nos mudamos a un lugar más pequeño.

—Han pasado años, así que no.

Sel dio un paso más cerca de mí, en señal de apoyo.

—¿Condujiste hasta aquí solo por una visita social? —pregunté, sin ocultar la incredulidad en mi voz.

—Oí que vivías en medio de la nada y tenía que verlo por mí misma. —Cora se encogió de hombros—. También quería avisarte. Melvin está libre. Me enteré por las noticias.

—Ya lo sabía.

Por eso hui.

—Apuesto a que no sabías que ha contratado a un abogado.

—¿Para qué? Apenas me llevé mis propias cosas. Nada suyo.

—No lo sé. Solo lo oí y pensé que querrías saberlo.

—¿Cómo me encontraste? —Eso era lo peor de todo. Si ella pudo, él también—. ¿Te envió él? Siempre sospeché que entre ustedes había algo, pero estaba demasiado agotada y estresada para preocuparme por lo que hacían a mis espaldas.

—No, vine por mi cuenta. —Levantó la barbilla—. Tú y yo fuimos amigas alguna vez.

Tal vez. Y tal vez no, si estaba acostándose con el hombre con el que yo estaba.

Fue un intento pobre de restablecer una conexión.

—En cuanto a cómo te encontré, vi tu cara en el video de Instaplug de alguien —dijo—. Ahora vivo a unos cuantos pueblos de aquí y, cuando vi que estabas trabajando en Lonesome Creek, pensé que querrías saberlo.

Cora dio un paso atrás.

—Bueno, supongo que ya dije lo que tenía que decir. Me iré.

La campanilla de la puerta tintineó cuando salió.

Sel se volvió hacia mí, el rostro esculpido en piedra, pero la voz suave.

—¿Estás bien?

Tragué con dificultad.

—No lo sé.

¿Cómo había visto mi cara en Instaplug? Yo no estaba publicando imágenes.

Turistas. Quizá cuando Sel nos estaba presentando con Zist y Brelar.

Él tomó mi mano.

—No se acercará a ti ni a Max. No mientras yo respire.

Se me cerró la garganta. Alcé la vista hacia él, hacia esos ojos oscuros y feroces, y empecé a creer que podía confiar en alguien que me protegiera sin quitarme nada a cambio.

—Gracias.

Sostuvo mi mirada un segundo más y luego se inclinó para besarme la frente.

Volvimos a la cocina, pero mi luna soleada había quedado hecha pedazos. Percibiéndolo, Sel puso música en su teléfono y comenzó a cantar con una voz terrible. El vaivén de sus caderas consiguió que volviera a sonreír.

Un poco más tarde, la cocina olía a especias dulces y pan caliente, y yo estaba con los brazos hundidos en un cuenco de masa dulce orca, intentando no robar un bocado de la mezcla brillante de miel. Sel estaba en la otra encimera, colocando montoncitos de masa de galletas de nuez brundle en una bandeja engrasada.

Trabajábamos en sincronía, pasándonos ingredientes, turnándonos en los hornos, chocando el uno con el otro con suaves murmullos de "perdón" que me enviaban pequeños escalofríos eléctricos por la espalda. Algo entre nosotros había cambiado desde la noche anterior. No era solo que nos hubiéramos besado. O bailado. O que me hubiera dado unos orgasmos increíbles en esta misma cocina.

Era la forma en que nos movíamos alrededor del otro ahora. La manera en que el silencio había dejado de ser incómodo para volverse reconfortante.

Todavía no estaba lista para lanzarme de cabeza a nada. Mi corazón aún llevaba viejos moretones, algunos que ni siquiera yo comprendía del todo. Pero podía imaginarme llegando a ese punto. Con él.

Miré de reojo a Sel. Se había recogido el cabello oscuro hacia atrás y tenía una mancha de harina en la cara, donde se la había tocado antes. Me dieron ganas de extender la mano y limpiársela.

En cambio, tragué saliva.

—Tienes algo… —hice un gesto vago hacia mi propia cara.

Parpadeó y se frotó la mejilla equivocada.

—No, el otro lado.

Lo intentó otra vez. Volvió a fallar.

Me reí y di un paso hacia él.

—Ven, quédate quieto.

Sel se inclinó hacia adelante y yo alcé la mano para quitarle la harina de la mejilla. Su piel estaba tibia, y el breve contacto hizo algo extraño en mi interior. Cuando me aparté, me sujetó la muñeca con firmeza, lo suficiente para recordarme lo sólido que era.

Su mirada era tan abierta. Tan llena.

—Gracias.

Me soltó, y la pérdida de contacto fue extrañamente decepcionante.

Volví a la cocina con la cara ardiendo.

—Sí. No hay problema.

Apenas había retomado la mezcla cuando se colocó a mi lado, observándome con una ligera inclinación curiosa de la cabeza.

—¿Alguna vez has usado demasiada florn en polvo? —preguntó, con un tono demasiado casual. Agradecí el cambio de tema.

Miré el gran cuenco frente a mí.

—Es la primera vez que trabajo con esto. ¿Por qué?

Se inclinó, olfateó el aire y alzó las cejas.

—Porque esa masa parece que va a intentar comerte a *ti*.

La miré. Maldición. Estaba creciendo rápido y burbujeando por los bordes.

—Oh no —gemí—. Dime que no hice algo mal.

—A ver… —la voz de Sel vibraba con risa—. Podría mentir. Pero con cómo burbujea, como un pantano… demasiada florn. Es culpa mía. Debería habértelo mencionado antes de que empezaras esa receta.

—Parece poseída. Yo solo… agh, debí haber duplicado el polvo sin darme cuenta.

Había estado demasiado concentrada en mantenerme en pie, no meter la pata, mantener mis emociones bajo control. Claro que perdí la cuenta. Claro que la masa se volvió salvaje.

Intenté salvarla, mezclando más rápido, pero eso solo empeoró las cosas.

—Vale, sí. Está haciendo espuma. Esto es espuma. Hice galletas de espuma.

—Inventaste algo nuevo —dijo Sel, sonriendo—. Llámalo bocadito orcling. Los turistas los comprarán tan rápido como

podamos hacerlos.

Le lancé una mirada.

—Te estás divirtiendo.

—Un poco, quizá. —Me dio un pequeño codazo—. Tíralo antes de que se desborde del cuenco y te coma los brazos.

—Me gustan estos brazos —dije, intentando no reír mientras llevaba con cuidado el cuenco hasta el contenedor—. ¿No hará suficiente espuma como para llenarlo, verdad?

—No debería.

Lo incliné hacia adelante y un plop de masa blanca espumosa salió disparado y aterrizó en la entrepierna de Sel con un chapoteo.

Me quedé helada, horrorizada.

—Ay, Sel. Lo siento. No quería hacer eso.

Sel parpadeó mirando sus pantalones, como un hombre intentando comprender su nueva relación con la harina. Luego me miró.

Me mordí el labio, preparándome para alguna reacción. Melvin ya me habría dado una bofetada.

En cambio, sus hombros empezaron a sacudirse de risa.

—La masa ha hablado. Quiere convertirse en bocaditos orcling.

Lo miré fijamente y luego empecé a reír también, una risa descontrolada que me dobló por la cintura. No recordaba la última vez que había reído así. Me dolían las costillas y tenía los ojos llorosos.

—Lo siento —jadeé—. No quería que pareciera que… bueno, que te corriste encima de los pantalones.

—Puede que mejore mi reputación en el pueblo. —Se limpió y lo tiró al contenedor.

—No puedo imaginar que tengas nada más que una reputación increíble aquí.

Incluso cubierto de espuma y fingiendo sorpresa, parecía alguien a quien confiaría la última porción de pastel. Eso era nuevo.

—Entonces no hables con mis hermanos.

Pero quería hacerlo. Les sacaría toda la información posible sobre cómo era crecer con Sel.

Volvimos dentro, y entonces lo noté. No había clientes. Estábamos solos. En una cocina cálida, rodeados por el aroma de pan y especias, su cuerpo a centímetros del mío, su risa aun flotando entre nosotros.

El momento se volvió silencioso.

Dio un paso hacia mí.

Tragué saliva, con el corazón golpeando fuerte en el pecho.

—Esto no es justo. Eres demasiado atractivo como para resistirme.

—¿Ah, sí? —Su voz sonaba un poco más grave—. ¿Quieres contarme más?

—Estoy intentando portarme bien.

Sel apartó un mechón de cabello cubierto de harina de mi mejilla.

—Ya eres una chica muy buena.

Se me cortó la respiración. Mi cerebro se apagó. No estaba sobre pensando porque simplemente no tenía capacidad para pensar.

No sabía qué responder, así que dije la verdad.

—También me gusta esto. Lo que estamos construyendo entre nosotros.

Asintió.

—A mí también.

Saber que no me presionaría hizo más fácil acercarme hasta que casi rozábamos nuestros cuerpos.

—Tengo miedo —dije—. De estropearlo. De volver a confiar en la persona equivocada.

—No lo harás. No conmigo.

Quería creerle, y una parte de mí ya lo hacía.

Me incliné lo suficiente para apoyar la frente en su pecho. Él se quedó quieto, dándome espacio, dejándome respirar.

Su mano se deslizó suavemente hasta mi espalda, acariciándome.

—No estoy lista para todo —dije en voz baja—. Pero estoy llegando.

No pensaba decirlo en voz alta, pero las palabras salieron solas. No me arrepentí.

—Estaré aquí cuando lo estés.

Algo se hinchó en mi pecho. Alivio, quizá, o gratitud. O ese pequeño y peligroso destello de amor que aún no estaba lista para nombrar.

Nos quedamos así, envueltos en el aroma del pan horneándose y el suave silencio de la cocina.

Finalmente, di un paso atrás.

—Aún no puedo creer que mi masa te atacara.

—Me recuperaré. Pero solo si prometes no usar demasiada florn otra vez.

—No prometo nada. —Volví al mostrador, con el corazón latiendo rápido, pero de una manera agradable—. Supongo que deberíamos volver al trabajo.

—Sí, señora. —Se dirigió al almacén donde guardábamos los suministros—. Pero si vuelvo y esa masa intenta salir del contenedor, la voy a prender fuego.

Me reí otra vez, más ligera. Más libre.

Algo entre nosotros había cambiado, y tenía la sensación de que no volvería a ser como antes.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

SEL

Aparte de permanecer todo el tiempo al lado de Holly y Max, no podía protegerlos de Melvin, y eso no me gustaba.

Terminamos el día, volvimos a casa y cenamos. No había nada mejor que mi nueva familia. Antes me sentía solo cuando regresaba a casa, pero ya no. Ahora tenía personas en mi vida que se preocupaban por mí. Recé a los hados para poder mantenerlos a salvo.

—Cuando terminemos, necesito salir un rato —le dije a Holly mientras lavábamos los platos—. Quiero hablar con mi hermano, Hail.

—Está bien —respondió, mirando por la ventana—. Está oscureciendo.

—Me llevaré a Zist. Siempre encuentra el camino de vuelta al establo.

Mordiéndose el labio inferior, asintió.

—Mantén la puerta cerrada con llave.

Sus dedos se quedaron quietos sobre el grifo que había abierto para enjuagar el último plato.

—Lo haré. No nos acercaremos a las ventanas. ¿Deberíamos apagar las luces?

La idea de que estuviera asustada hizo que la ira rugiera dentro de mí.

—No creo que sea necesario. Aquí están a salvo.

Asintió con brusquedad.

—Tendremos cuidado.

—No tardaré.

Su rostro se suavizó.

—Disfruta la visita con tu hermano. Estaremos bien. Nos cuidaremos el uno al otro.

Como siempre lo habían hecho.

Terminamos, me puse el sombrero y las botas y salí, escuchando el satisfactorio clic de la cerradura resonar en mi tranquilo patio.

Zist trotó hasta la cerca cuando lo llamé, y pronto estaba montado en su lomo, galopando el klik o así por el camino hasta la casa del rancho de Hail. Tenía la luz encendida y respondió a mi llamada, asomando la cabeza por la puerta con el ceño fruncido hasta que vio que era yo.

—Sel. Pa… —tragó saliva—. Pasa.

Aunque ya casi no tartamudeaba, siempre cuidaba mucho cómo hablaba y a menudo no hablaba en absoluto. Una vez me dijo que la mayoría de la gente estaba ansiosa por llenar el silencio, y a él no le molestaba dejarlos hacerlo.

Abrió la puerta de par en par y me hizo entrar, apartando con suavidad a su loba, Tressa. Ella gimió y frotó el hocico contra mi mano cuando captó mi olor. La había encontrado en el bosque, abandonada por su manada, aunque no sabíamos por qué. Quizá porque su pelaje era completamente blanco. O por alguna otra razón que no podíamos explicar. Él la había criado. Entrenado. Y era increíble.

—No me quedaré mucho —dije cuando cerró la puerta—. Quería pedirte algo y sabía que eras la persona indicada.

Asintió.

—¿Algo de beber?

Negué con la cabeza y caminamos desde la cocina por el pasillo hasta su pequeña sala de estar a la izquierda. Nos acomodamos: él en el sofá, yo en el gran sillón frente a él. Apoyó los pies sobre la

mesa baja entre nosotros y no dijo nada, solo me observó. Esperó a que hablara.

Aunque visitarnos no era raro, Hail debía de preguntarse por qué había ido justo esta noche.

Tressa se sentó junto a mi sillón y apoyó la barbilla en mi pierna, mirándome con el alma reflejada en los ojos. Le rasqué detrás de las orejas y gimió de placer. Se dejó caer al suelo, rodó sobre su espalda y levantó las patas al aire pidiendo caricias en la barriga, que le di encantado. Esa loba era preciosa y querida, y lo sabía muy bien.

—Es sobre Holly y Max.

Mientras seguía acariciando el vientre de Tressa, le di a mi hermano algunos detalles breves sobre el pasado de ella y le mencioné a la mujer que había pasado por la panadería ese día.

—Si están apareciendo imágenes de Holly en Instaplug, es cuestión de tiempo antes de que su ex descubra dónde está. Me preocupa que venga por ella. Que la lastime a ella o a Max.

Hail dejó caer las botas al suelo.

Tressa, al verlo moverse, rodó hasta ponerse boca abajo y se levantó, buscando amenazas a su alrededor. Al no encontrar ninguna, volvió a tumbarse, esta vez en estado de alerta.

Hail se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Qué puedo hacer?

—Quiero que estés cerca de la casa. No todo el día, pero lo suficiente como para que Max no note que es por él. Está entrenando a una cría de sorhox y es la primera vez que hace algo así. Quizá podrías pasar a verlo, revisar su progreso, darle sugerencias. Hasta ahora ha aprendido a ponerle el arnés y guiarla dentro del establo. Con tu ayuda, podría llevarla por el borde del pastizal. Podrías enseñarle a acostumbrarla a una silla de montar. Tengo una pequeña en el establo para entrenamiento. O almorzar con él de vez en cuando.

Hail asintió.

—Puedo hacerlo.

—También podrías enseñarle a revisar las cercas o trabajar con él en defensa personal. Le he estado enseñando a él y a Holly la mayoría de las tardes. No esta noche, pero necesitaba hablar

contigo. No importa qué hagan, mientras estés allí. Necesito saber que está a salvo cuando yo estoy en la panadería.

—Me alegrará… ayudar. Lo protegeré.

Se golpeó el puño contra el pecho.

—Puedes confiar en mí.

—Siempre, Hail. Eres el mejor.

El alivio me recorrió la espalda como agua después de una larga cabalgata bajo el sol.

—Gracias.

Se rascó la mandíbula, pensativo.

—Tu establo necesita pintura.

Parpadeé.

—¿La necesita?

No la última vez que lo había mirado, aunque el sol y el clima podían ser duros con una estructura de madera. Los orcos construían todo en piedra, pero aquí no había tanta piedra labrada como en el reino orco.

—Tal vez no. —Una comisura de su boca se curvó—. Pero podría necesitarla. Puedo pintar despacio. Tardar días. Max podría ayudar.

—Es una gran idea. Le gustará. Sé que quiere demostrar lo que vale.

—Déjalo —dijo Hail—. Lo haré divertido. Le hablaré de los sorhox. Le contaré historias. Tal vez hable más que yo.

Sonreí.

—Me imagino que sí —dije. No había ningún reproche en mis palabras. Amaba a mi hermano, y él lo sabía. También sabía que nunca le haría ni diría nada malo. Era así con todos nosotros. No ignorábamos los defectos del otro; los usábamos a nuestro favor. Y nos entregábamos de corazón entero. —A veces es callado, pero observa todo —añadí.

—Yo también —Hail me devolvió la sonrisa. —Nos llevaremos bien.

Exhalé y me recosté en el sillón.

—Siempre supiste cómo ayudar.

—Cuantas menos palabras usas, más significan —se encogió de un hombro—. Si quieres, podría traer a Tressa y dejarla cuando yo

no esté.

—Mejor aún —dije—. Cuidará del chico de una manera que nadie más podría.

—Él puede ayudarme a alimentarla —los ojos oscuros de mi hermano brillaron—. Come mucho. —Inclinó la cabeza—. ¿Quieres ver en qué he estado trabajando?

—Siempre.

Se levantó y Tressa lo siguió de cerca mientras bajábamos por el pasillo y salíamos por la puerta trasera, hacia la oscuridad. Las estrellas se extendían por el cielo, sin que las luces de la ciudad lo interrumpieran. El tipo de silencio que llenaba la noche: solo viento, crujido de la madera, el lejano desplazamiento del ganado.

Llegamos al establo y Hail abrió las grandes puertas. Encendió la luz y un cálido resplandor dorado iluminó su espacio de trabajo. Hail tenía sus propios sorhoxes, aunque ninguno joven, pero usaba al menos la mitad del establo como su taller.

Estantes recorrían la pared derecha, llenos de cerámica en todas las etapas de elaboración: cuencos, jarrones, tazas, todos moldeados a mano con el tipo de cuidado que solo alguien como Hail podía dar.

—Estos son nuevos —dijo, llevándome a un banco largo donde varias piezas descansaban bajo un paño, y retiró la tela con cuidado.

Me acerqué, silbando bajo. El esmalte de uno de los jarrones altos brillaba de un azul profundo a verde y negro. Otro tenía finas estrías talladas de arriba abajo, cada trazo perfectamente uniforme.

—Son increíbles, Hail. La tía Inla se va a quedar sin ellos antes de poder ponerles precio.

Él bajó la cabeza ante el elogio.

—A los turistas les gustan las cosas con historia. Hago que cada pieza parezca que tiene un cuento que contar.

—Lo tienen —toqué el borde de una taza tamaño orco que me encantaría comprar para mí. Le diré a nuestra tía que reserve una para mí cuando Hail las lleve. En realidad, tres. A Max y Holly también les encantarán. —Tienes las manos de un artesano y el alma de un poeta.

Él resopló, y sus orejas puntiagudas se oscurecieron.

—Tú podrías hacer esto. Tienes paciencia. Las manos adecuadas.

—Me gusta la panadería —dije—. Me gusta alimentar a la gente.

Él asintió.

—Hacemos cosas que ayudan a otros a sentirse en casa.

Nos quedamos allí un largo momento, el granero lleno del aroma a arcilla y del suave parpadeo de la luz sobre las superficies curvas y relucientes.

—Gracias otra vez —dije al fin—. Por todo.

—Tú harías lo mismo por mí.

En un instante.

Salimos del granero, Tressa trotando delante de nosotros, y monté en el lomo de Zist cuando llegamos a su porche trasero.

Con un gesto de despedida, entró en la casa. Guie a Zist de vuelta al camino principal. Las estrellas giraban sobre nuestras cabezas y los cascos con garras de Zist marcaban un ritmo constante sobre la carretera. Con Hail vigilando a Max, Holly podía trabajar en la panadería sin preocuparse.

Yo la vigilaría, aunque no estaría allí solo para proteger su cuerpo. Su corazón también me importaba. Esperaba que supiera que podía confiar en mí para sostenerlo con delicadeza.

Ella y Max ya estaban bajo mi techo, ya estaban cambiándolo todo: la forma en que se sentía mi casa, la forma en que me sentía yo.

Quería ser diferente por ella. No solo un par de brazos fuertes o un buen panadero. Quería ser alguien en quien pudiera apoyarse. Alguien que la ayudara a respirar con más calma. Alguien que valiera el riesgo.

Las luces de mi casa aparecieron a lo lejos. Reduje la marcha de Zist al acercarnos, atento a cualquier cosa inusual, pero todo estaba en silencio.

Zist resopló y le di una palmada en el cuello.

—Todo va a estar bien.

En el granero, salté de su lomo. Lo cepillé con cuidado y lo envié al prado con los demás.

Después de entrar para cepillarme los colmillos y asegurarme de que todo estuviera en orden —lo estaba—, subí al pajar y me

acomodé en mi cama.

Mañana le diría a Max que tendría ayuda con el joven sorhox. Hablaría con Holly y quizá le prepararía algo dulce para que lo disfrutara con su té de la mañana.

Pequeñas cosas. Cosas reales. Como mencionó Hail el otro día. Eso marcaría la diferencia.

Algún día empezaría a ver que estaba a salvo allí.

Que podía encontrar un hogar para siempre conmigo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

HOLLY

La subasta de canastas de picnic se celebraría en dos días, y Gracie y yo volvimos a encontrarnos frente a la panadería para repasar los planes finales. Y tomar té con algo dulce, porque la amistad y la planificación siempre deberían celebrarse con delicias así.

Dejando a Sel terminar en la cocina, salimos al frente, donde el aroma de la masa frita de hushroot y el glaseado de sweetstone llenaba el aire. El ajetreo de la tarde ya había disminuido, y Sel podría encargarse de todo mientras yo estuviera fuera. Si llegaban muchos clientes, siempre podía entrar a ayudar.

Mientras servía el té en dos hermosas tazas de cerámica que, según Sel, había hecho su hermano Hail, Gracie se quedó detrás del mostrador eligiendo los dulces para acompañarlo.

Rollos de duskbark, uno de mis favoritos. Sus centros en espiral estaban rellenos de migas especiadas de frutos secos, y los habíamos rociado con un jarabe brillante de sugarroot que atrapaba la luz como ámbar. Añadió también algunos racimos verde pálido de snowleaf a nuestros platos, pétalos delicados y finos como papel, horneados hasta que los bordes se curvaban como hojas reales.

—Son preciosos —dijo, señalándolos con las pinzas.

—Saben incluso mejor de lo que se ven.

Salimos con el té y los dulces y nos sentamos en una de las mesas.

El pueblo bullía de turistas: algunos caminaban por la calle, otros se detenían frente a la cárcel hablando de dejar que el sheriff, el guapo hermano de Sel, Dungar, los arrestara al día siguiente. Esperaban convencerlo de mantenerlos detenidos más de unos minutos y estaban haciendo un pacto para no pagar la fianza entre ellas, solo para poder coquetearle.

A menos que a alguna se le encendiera un vínculo de apareamiento en la muñeca, era una causa perdida. Ya había aprendido que estos hermanos orcos esperaban lo auténtico.

Una pareja con chalecos a juego pasó junto a nosotras con un perrito diminuto y esponjoso en un portabebés, y vi a un grupo de adolescentes sacándose selfies junto al nuevo, aunque con aspecto antiguo, carro frente a la tienda general. Un cartel de papel ondeaba en un poste cercano, brillante en tinta amarilla: ¡SUBASTA DE CANASTAS DE PICNIC!

Después de comer un racimo de snowleaf y gemir mientras saboreaba sus sabores complejos, Gracie tocó su teléfono, apoyado sobre la mesa junto a su taza.

—Bien. Hora de la lista final.

Di un sorbo y asentí.

—Vamos.

Deslizó sus notas.

—La tía Inla confirmó que tenemos suficientes canastas en stock en la tienda. Jessi armó una de muestra y la dejó en la vidriera para inspirar creatividad. O para espantar gente, dependiendo de lo que pienses de las sardinas con chocolate.

Solté una risa.

—Suena a la pesadilla culinaria de Max. No por el chocolate, pero no creo que pudiera pagarle para que probara sardinas.

Gracie sonrió.

—El restaurante ofrece tres opciones de canastas ya armadas, y el ganador compartirá el contenido con un miembro del personal. La tienda general tiene carteles animando a mezclar y combinar. Revisé

esta mañana y hay veinticuatro personas anotadas para hacer canastas.

—Guau. Es más de lo que esperaba.

—Magia de pueblo pequeño. Las noticias vuelan cuando hay chisme y comida de por medio.

—¿Podemos usar el granero todavía?

—Sí. Pasado mañana despejamos el piso principal y colocamos mesas largas para las canastas. Las decoramos, por supuesto. Tendremos tarjetas de oferta anónimas, idea tuya, gracias otra vez por eso. Y quien quiera podrá gritar su oferta. Los hermanos de Tark vigilarán la sala, cobrarán con tarjeta y anotarán las ofertas en voz alta.

—Va a ser divertidísimo. —Sacudí las migas del frente de mi blusa. Mis pechos eran un imán para las migas. La comida no podía resistirse.

—Hail se ofreció a ayudar a trasladar las canastas desde el punto de entrega hasta las mesas, y él y Max lo harán alrededor de las dos. Sel cerrará la panadería mañana, como ya sabes. Jessi y Rosey estarán en el puesto de bebidas. Y Ostor se encargará de la iluminación.

Parpadeé.

—Guau. Todo está saliendo increíble.

Gracie alzó la vista, con los ojos brillantes.

—Va a ser fantástico. Este tipo de cosas hace que el pueblo se sienta vivo. Como si todos estuviéramos en esto juntos.

—Gracias por dejarme ser parte.

—No podría haberlo hecho sin ti.

Nos quedamos un momento observando a la gente pasar. Una brisa hizo sonar los carillones junto a la puerta de la panadería.

Gracie inclinó la cabeza, con ese brillo familiar en los ojos.

—Eso es la parte de negocios. Ahora revisión personal. ¿Cómo estás?

Dudé, mirando la calle.

—Estoy… bastante bien, en realidad.

Sus cejas se alzaron.

—Sel es maravilloso. —¿Estaba exagerando? Probablemente, pero no me importaba.

La sonrisa de Gracie se volvió más cálida.

—Cuéntame más.

Dejé la taza.

—Me dijo que soy su compañera destinada.

—Lo sospechaba.

Contuve el aliento.

—¿En serio?

Asintió.

—Vi la marca en su muñeca. Las que estamos unidas a sus hermanos notamos esas cosas. Adiviné que eras tú la primera vez que lo vi mirándote con ese anhelo. Entonces me fijé.

—No me lo dijo durante un tiempo, y sé por qué. No quiere presionarme.

—Eso suena a Sel.

Me bajé las mangas, de pronto tímida.

—Me mostró la marca hace unos días. Dijo que esperaría. Que no quería nada de mí, solo estar cerca. Le creo.

La voz de Gracie se suavizó.

—Claro que le crees. Porque es verdad.

—Nunca había confiado en un hombre así. Ese tipo de daño deja huella.

Gracie cruzó la mesa y tomó mi mano.

—Pero Sel… —la miré— organizó que Hail pasara tiempo con Max, para asegurarse de que se sintiera seguro y tuviera a alguien con quien hablar. A Max le *cae bien* Hail. Incluso preguntó si podía ayudarlo a hacer cerámica algún día. Hail planea abrir un rodeo aquí pronto, y Max lo está ayudando a organizarlo.

—Eso es enorme.

Asentí.

—Sel no solo se preocupa por mí. *Ve* a Max, y eso lo es todo.

Los ojos de Gracie brillaron.

—Suena a que estás pensando que podría haber algo más que amistad entre ustedes.

—Creo que sí. Tengo miedo, pero estoy empezando a tener esperanza otra vez. Creo que podría estar lista para intentarlo.

Apretó mi mano.

—Entonces hazlo. Que sea lento si lo necesitas. Sel no va a irse a ningún lado. Es tan confiable como el amanecer.

El calor se expandió en mi pecho.

—La confianza lleva tiempo —dijo—. Pero lo estás haciendo. Te estás eligiendo a ti misma. Y ahora estás eligiendo la alegría. Eso es increíblemente valiente.

—No pensé que podría volver a estar tan cerca de alguien. Pero él es diferente. Y este pueblo es como un pequeño mundo seguro, escondido de todo lo que dolió.

—Para mí también fue así —dijo. Me había contado más sobre sus padres, y no podía imaginar lo horrible que debió de ser. Pero ahora estaba allí, feliz con Tark.

—Pensé en hacer una canasta —dije.

Los ojos de Gracie se iluminaron.

—*Deberías*. No voy a presionarte, pero creo que significaría algo.

—No sé si estoy lista para un gesto tan público.

—No tienes que poner tu nombre.

Parpadeé.

—¿En serio?

—¿Recuerdas? Las canastas pueden ser anónimas. Eso lo hace divertido.

—Eso es ingenioso.

Me guiñó un ojo.

—Tengo mis momentos.

Las dos nos reímos, y algo dentro de mí se relajó un poco más.

Gracie se puso de pie y se estiró.

—Ha sido increíble hablar contigo. Me caes muy bien, Holly. Espero que te quedes.

Ojalá pudiera hacerlo.

Cuando me levanté, me atrajo a un abrazo firme, cálido, sincero.

—Bienvenida a la familia, Holly —susurró junto a mi oído.

Se me cerró la garganta y la abracé de vuelta.

—Ya veremos.

—Eso veremos. —Se apartó, apartándose el cabello del rostro—. Mañana será un torbellino, así que duerme bien esta noche.

—Lo haré —dije, con el corazón lleno.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

SEL

Después de que Gracie se fue, Holly volvió a la cocina justo cuando yo terminaba de mezclar una tanda de scones de cloonflower. Sabían mejor si las cloonflowers tenían tiempo de impregnar la masa, así que quería dejarla lista antes de cerrar. Los horrearía a primera hora de la mañana.

Mientras tanto, había galletas en el horno. Nunca me había resultado difícil manejar más de un plato a la vez… hasta que conocí a Holly. Ahora me distraía con demasiada facilidad.

Por ejemplo, en ese preciso momento, cuando entró en la cocina con las mejillas rosadas por el sol y los ojos brillando de felicidad. El aire se me quedó atrapado en los pulmones y el corazón me rugió en el pecho como un sorhox salvaje. Y, como un sorhox salvaje, quería lanzar un desafío a cualquier macho que estuviera cerca.

Que se apartaran.

Que ella era mía.

En lugar de eso, le dediqué una sonrisa boba y perdí por completo el control de mi mente.

—Hola —dijo, deteniéndose a mi lado en el mostrador.

—Hola —respondí. Para fingir que aún sabía lo que hacía, removí los ingredientes en el bol un par de veces. ¿Qué estaba preparando? Ah, sí. Scones de cloonflower.

—¿Qué estás…? —Frunció el ceño y alzó la nariz, olfateando el aire—. Algo está…

Quemándose.

Maldición.

Corrí hacia el gran horno y abrí la puerta de golpe, haciendo una mueca cuando una nube de humo salió disparada a mi alrededor.

Holly se lanzó hacia la puerta trasera para abrirla mientras yo agarraba un guante y me inclinaba dentro del horno para sacar la bandeja de galletas chamuscadas.

La quemadura no me golpeó de inmediato. Era de ese tipo de dolor que llega unos segundos después, sigiloso como un silverwhip en la hierba. Un momento estaba deslizando la bandeja fuera del horno; al siguiente, mi antebrazo rozaba el borde de la puerta. La piel tocó el metal al rojo vivo. No reaccioné al principio. Solo apreté los dientes y dejé la bandeja sobre la rejilla como si nada hubiera pasado.

El fuego bajo mi piel estalló entonces, atravesándome cuando cerré la puerta con la cadera. Un siseo escapó entre mis dientes y me aparté bruscamente, bajando la mirada. Una línea roja furiosa ya se alzaba en mi antebrazo. Después vendrían las ampollas. Me había quemado peor, pero esta mordía hondo.

Holly lo notó antes de que pudiera ocultarlo.

—Sel. —La preocupación afiló su voz mientras corría hacia mí, con los ojos muy abiertos—. Te has quemado.

—No es nada. —No pude evitar la mueca al flexionar el brazo. El calor me latía hasta el codo.

Me tomó la mano y me condujo hasta el fregadero, bajo la luz. Rozó con la yema del dedo la piel cerca de la quemadura.

—Eso parece doloroso.

Me quedé mirando su boca mientras hablaba. Cómo sus labios daban forma a cada palabra. Abrió el grifo y guio mi brazo bajo el agua fría. Adoraba la pequeña arruga de preocupación entre sus cejas. Parecía dolerle por mí, y eso me desarmó más que la quemadura.

—Estoy bien.

Me lanzó una mirada que decía claramente que no me creía y giró sobre sus talones, corriendo hacia la pequeña oficina. Regresó con el botiquín que la tía Inla me había obligado a guardar en el cajón del escritorio. Había permanecido allí desde entonces. A mi tía le complacería saber que por fin se usaba.

Holly cerró el agua y secó mi brazo con suavidad. Hice todo lo posible por no estremecerme cuando sus dedos se acercaron a la zona enrojecida. Dolía. Las quemaduras siempre dolían.

—Siéntate —ordenó, señalando el taburete de madera junto al mostrador del fondo.

Hundido en el asiento, la observaba moverse por la cocina como si realmente perteneciera allí. Como si me perteneciera. Se me tensó la garganta. Llenó un tazón con agua y sacó una toalla limpia del cajón, colocándolos en la encimera junto al botiquín, que abrió para ver qué había dentro.

—Realmente no tienes que preocuparte tanto por mí —dije, intentando sonar ligero.

Ella me miró a los ojos mientras se colocaba entre mis muslos.

Eso hizo que mi miembro reaccionara contra la tela de mis pantalones y que mi mente diera vueltas.

—Quiero ayudarte. ¿Me dejas?

—Por supuesto. Por favor. Cuando quieras. Siempre. Hoy, mañana y por el resto de mi vida, si los destinos lo permiten.

Sumergió una tira de la toalla en el agua y la escurrió antes de colocarla sobre la quemadura. El frescor cayó como un bálsamo, haciéndome inhalar con fuerza. Ella levantó la mirada, estudiándome, su mano se detuvo. Sacudí la cabeza para mostrarle que no me estaba haciendo daño. Se sentía bien que cuidara de mí. Nunca había experimentado eso con nadie más que mi madre cuando era joven.

—Lo siento si estoy empeorando tu dolor —dijo suavemente, todavía concentrada en mi brazo.

Al principio no respondí. Mirarla era como acercarme demasiado al borde de algo alto e inestable. Peligroso, pero hermoso.

—No estoy acostumbrado a hablar mucho sobre el dolor —dije—. Si vives suficiente tiempo en el reino orco, aprendes a no

estremecerte.

Sus cejas se fruncieron de nuevo, y guardó silencio un momento mientras colocaba una toalla seca debajo de mi brazo, apoyándolo sobre la encimera como si estuviera hecho de algo valioso.

—Eso no significa que tengas que enfrentarlo solo. —Su voz era apenas un susurro, pero golpeó como un martillo en el pecho. La miré, de pie allí como la diosa del destino jurada a brindar consuelo y luz de fuego, y tuve que luchar contra el impulso de tomarla en mi regazo y besarla sin sentido.

No lo hice. Porque lo que quería no eran solo sus labios. Anhelaba todo. Todo de ella. Y no tomaría más de lo que estuviera lista para dar.

—Se te da bien eso —dije en su lugar.

Parpadeó.

—¿Qué?

—Cuidar de la gente. Lo has hecho toda tu vida, ¿verdad? A Max. A todos, menos a ti misma.

No dijo nada durante mucho rato, solo me miraba como si no supiera cómo responder. Observé cómo su garganta se movía mientras tragaba.

—Sí —dijo finalmente, con voz suave—. Supongo que sí.

Extendí la mano y toqué un mechón de su cabello, pasándolo detrás de su oreja. Mis dedos se quedaron allí un momento.

—Deja que alguien cuide de ti ahora.

Tomó un respiro tembloroso, pero no se alejó. Sus ojos se levantaron hacia los míos, y el aire entre nosotros se tensó. Estábamos al borde de algo aterrador pero maravilloso.

—Te vendaré el brazo —su voz volvió a ser suave, pero sus manos eran firmes mientras retiraba la tela húmeda. Abrió una venda y comenzó a enrollarla cuidadosamente alrededor de la quemadura.

Mientras cuidaba de mí, la panadería zumbaba en silencio a nuestro alrededor. La luz de la tarde entraba por las ventanas traseras, dorando su cabello y suavizando los contornos de su rostro.

Terminó de vendar y aseguró la cinta, inclinándose hacia atrás para examinar su trabajo.

—Eso debería ayudar. Tendrás que mantenerlo limpio.

—Lo haré. —Le sonreí, esperando que no notara lo ronca que estaba mi voz.

Sus mejillas se sonrojaron.

Cuando se apartó de entre mis muslos, me levanté. Permanecimos de pie, demasiado cerca pero no lo suficiente. Su respiración se cortó. Mi brazo herido colgaba torpemente entre nosotros, pero quería tocarla. Sostener su rostro. Besar la línea de preocupación entre sus cejas.

—Gracias —fue todo lo que pude decir.

—De nada.

—No sabes lo que esto significa para mí.

Sospeché que quería decir algo, pero en cambio levantó la mano y deslizó sus dedos por mi mandíbula. Su mano temblaba.

La campana de la puerta de la panadería sonó.

Dimos un paso atrás, el hechizo se rompió.

Me dio una sonrisa inestable y se dirigió hacia la entrada. La observé irse, con mi brazo vendado sostenido contra mi pecho, y me pregunté cómo había vivido sin ella en este espacio. Sin su calor. Sin su risa. Sin el sonido de su tarareo bajo la respiración mientras trabajaba.

La extrañaba incluso cuando estaba a más de un metro de distancia. Eso tenía que significar algo.

Estaba conteniendo mi paciencia. Vendría a mí cuando estuviera lista. Pero que los destinos me ayuden, ya era suya. Cada parte de mí. Cicatrices, corazón, alma.

Y empezaba a pensar que ella podría estar sintiendo lo mismo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

HOLLY

Después de la cena, el aire afuera aún conservaba un poco del calor del día, aunque el sol se había ocultado lo suficiente como para pintar capas de rosa y lavanda en el cielo. Max estaba al borde del área abierta, de puntillas, con las gastadas zapatillas y los jeans que reservábamos para las sesiones de entrenamiento.

Sel estaba a su lado. La venda que había envuelto cuidadosamente sobre su herida brillaba intensamente a la luz que disminuía. Él insistía en que la quemadura no dolía, pero de todos modos me había ocupado de él, preparando la cena y limpiando con Max mientras Sel se sentaba a la mesa de la cocina, con el brazo apoyado en la superficie.

Salí de la casa con mi ropa de entrenamiento después de ir al baño, estirando los hombros mientras me unía a ellos. Mis extremidades se sentían más sueltas últimamente. Más fuertes. Esa sensación blanda y cansada que solía tener después de largas jornadas en una cocina pequeña había sido reemplazada por algo sólido. Lo sentía en la forma en que me paraba, con los pies separados a la altura de los hombros y las manos listas para la acción.

Sel me miró con una sonrisa que se enroscaba por mi vientre como una cuchara tibia sumergida en miel.

—Max está haciendo un trabajo fantástico. ¿Quieres intentarlo? —Salió al centro del claro para unirse a mí.

—Adelante, grandulón.

Max se rio y la sonrisa de Sel se amplió. Habíamos encontrado este ritmo de manera natural: Sel nos mostraba los movimientos, Max los absorbía, y yo hacía mi mejor esfuerzo por no tropezar con mis propios pies. Pero ya no tropezaba. Tampoco dudaba. Era hora de subir un poco la intensidad, con un toque de picardía, ¿verdad?

Comenzamos con lo básico, pasando por unos cuantos ejercicios que casi podía hacer dormida. Bloqueo. Paso lateral. Agacharse. Luego él vino hacia mí un poco más fuerte, aunque aún con suavidad, pero más rápido que antes. Me moví con él, entrando en el movimiento en lugar de retroceder. Mi brazo se levantó para bloquear un golpe simulado a mi hombro, mientras la otra mano se lanzaba para tocar sus costillas.

Él dio un paso atrás, levantando las cejas con agradable sorpresa.

—Eso habría dolido.

—Bien —dije, un poco sin aliento—. Quiero ser tan buena como tú en esto.

—Eso tomará un tiempo, pero vas por buen camino.

—Eso estuvo bien, mamá —llamó Max.

Sel sonrió, con orgullo en su rostro.

—Eres realmente buena.

Me sonrojé.

—Es tu enseñanza.

—Es tu esfuerzo —dijo con firmeza—. Eres fuerte, Holly. Solo necesitabas que te lo recordaran.

La forma en que me miraba a veces me hacía olvidar cómo respirar. Como si fuera más de lo que veía en el espejo, alguien digno de proteger y fortalecer. No porque estuviera rota, sino porque podía ver las llamas de mi alma parpadeando bajo las cenizas.

—¿Mi turno? —preguntó Max, y con un asentimiento hacia mí, Sel giró hacia él, ralentizando todo lo suficiente para que fuera

divertido sin perder el propósito. Me senté en la hierba fresca, con los brazos alrededor de mis rodillas dobladas, viendo a mi hijo moverse con una confianza que nunca antes había visto. Siempre había actuado con valentía, pero parecía una fachada. También estaba sanando.

—Lo estás haciendo genial —Sel dio un codazo en el hombro de Max, y Max le respondió igual, aunque tuvo que saltar para hacerlo —. Tu juego de pies mejora cada día.

Max sonrió ampliamente.

—Creo que ahora puedo recibir un golpe de verdad. ¿Quieres intentarlo?

—No, gracias —intervine—. No nos dejemos llevar.

Ambos se rieron, y Max lanzó a Sel una mirada que hizo que algo se tensara en mi pecho. Admiración. Confianza. Afecto. Mi jefe orco se había colado en nuestras vidas de manera tan natural que parecía que siempre había estado destinado a estar aquí.

Terminamos no mucho después, la luz desapareciendo rápidamente y el cielo volviéndose índigo.

Froté el brazo de Max.

—Ve a lavarte. Básicamente estabas rodando por la hierba.

Puso una mueca.

—Se llama evasión táctica, mamá.

—Ajá. Dentro, soldado. Date una ducha, por favor.

Se quejó, pero corrió hacia la casa, sus extremidades largas y delgadas. Miró por encima del hombro una vez, y pude ver la chispa de alegría en sus ojos. No solo por el entrenamiento, sino por la vida que estábamos empezando a construir aquí en Lonesome Creek con Sel.

Sel vino a ponerse a mi lado, en silencio por un momento mientras ambos observábamos a Max encender las luces a través de las ventanas.

—Es un buen joven —dijo suavemente—. Cualquiera estaría orgulloso de reclamarlo.

¿Sel lo estaría? Mi hijo necesitaba a alguien como este orco en su vida.

—Ha pasado por tanto. Aún no sé cómo resultó tan dulce y amable.

—Tú —dijo Sel—. Es amable y dulce porque tú lo eres.

Se me tensó la garganta. Me giré para mirarlo. El crepúsculo pintaba todo de dorados y azules. Las líneas de fuerza en su rostro, sus colmillos, y esa calidez siempre presente en sus ojos. Era más hermoso que cualquiera que hubiera visto.

—Se te da bien con él —dije—. Nunca le hablas con superioridad. Escuchas.

—Se lo merece.

Caminamos uno al lado del otro, despacio, junto a la cerca de sorhox. La mayoría de las criaturas dentro yacían en la hierba, algunas todavía pastando con la cola moviéndose. Una dejó escapar un suspiro bajo y contento, y Sel sonrió.

—Me gusta esta hora de la noche —dijo.

—A mí también. Es como si el mundo exhalara.

Asintió, con la mirada fija adelante.

—Hoy fue un buen día.

—¿A pesar de tu quemadura?

—Eso es una cosita sin importancia comparado con esto —su brazo se extendió para abarcar el mundo.

—Te mereces días buenos. —Cada uno debería ser perfecto.

Me miró, y lo que había entre nosotros se tensó. Sus ojos bajaron a mi boca y volvieron a mis ojos, y supe que si lo pidiera, me besaría. Aquí mismo. Ahora mismo. Pero yo no quería solo eso. No más.

—He estado pensando —me detuve y me apoyé en la cerca—. Sobre cómo has estado durmiendo en el pajar.

Sel parpadeó, enderezándose.

—Me gusta estar cerca en caso de que tú o Max necesiten algo.

—Lo sé. —Mi corazón galopaba ahora, pero no retrocedí. Si alguna vez había un momento para hablar de algo así, era ahora—. Y lo he apreciado más de lo que puedo decir. Pero…

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Pero?

—Creo que necesitas dormir en tu propia cama.

Siguió una larga pausa. Su expresión no cambió de inmediato. Luego un destello de confusión cruzó sus ojos, seguido de decepción.

—Por supuesto. Podemos encontrar un lugar nuevo para ti y Max. No tiene que ser en el hotel ni nada…

—No —me acerqué a él, lo suficiente para sentir su respiración rozar mi mejilla—. No me refería a eso.

Se congeló.

—Quiero decir que necesitas dormir en tu cama conmigo. Si, eh, quieres algo así.

Me miró atónito, antes de que la realización apareciera como el sol sobre este valle increíblemente hermoso. Sus rasgos pasaron de la cautela a la alegría.

—¿Estás segura? —jadeó, con el corazón en la voz.

—Lo quiero, Sel. Te quiero. No solo como alguien que nos protege o nos hace reír o hornea los mejores pasteles orcos del planeta. Te quiero en mi vida. En mi cama. En mi corazón —mi voz temblaba—. Si me aceptas.

No habló. No hacía falta. Solo extendió la mano y la tomó.

Y entonces cayó de rodillas frente a mí.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

SEL

Mi pareja. Mi gloriosa y preciosa pareja me quería.

—Voy a reclamarte a la manera antigua de los orcos, Holly —dije, mirando su hermoso rostro, esos ojos maravillosos que juraría contenían el mismo amor que ardía en mí.

Mordiéndose el labio inferior, ella asintió.

Con reverencia, le di la vuelta a la mano y pasé la lengua por la palma, hasta su muñeca. Tomando su otra mano, hice lo mismo, sonriendo mientras una marca de apareamiento se encendía en su piel.

Ella contuvo la respiración.

—Eso es… —Cuando me miró, las lágrimas le llenaron los ojos—. ¿Cómo es esto posible?

Me quedé de rodillas, adorando a esta mujer con todo lo que llevaba dentro.

—Somos tú y yo. Nosotros. Te he reclamado a la manera antigua de los orcos, y tu alma me ha aceptado como tu destino. ¿Mi corazón también es aceptado por el tuyo? —La última parte se consideraba anticuada en el reino orco, pero no pude evitar preguntarlo.

—Creo que sí —dijo. Se llevó la mano a la boca, con los ojos abiertos de par en par—. Lo siento. Eso no suena a mucho

compromiso, ¿verdad? Pero no ha pasado mucho tiempo, y todo esto es tan nuevo para mí.

Levantándome, la atraje a mis brazos.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para eso. Por ahora, solo tienes que saber que te adoro. Te reclamo como mi única. Y soy un orco paciente. No hay prisa por sentir nada. Solo te pido que tengas paciencia conmigo y contigo misma.

Ella asintió, mirándome con emoción embriagadora en los ojos. Lo que me daba ahora era suficiente. Siempre lo sería. Nunca soñaría con presionarla por algo más.

Tomé su mano y entramos, encontrando a Max sentado en la sala, leyendo. Levantó la vista cuando nos detuvimos en la puerta, y su mirada se dirigió a nuestras manos entrelazadas. Si ella se hubiera retirado antes de que él lo viera, habría actuado como si nada fuera nuevo entre nosotros. Pero ella me estaba reclamando a su manera, con el corazón abierto, y eso me hizo tan feliz que apenas podía pensar.

Se levantó y caminó para ponerse frente a nosotros, la mirada aún en nuestras manos.

—¿Qué… mamá?

—Sel y yo… —ella levantó la barbilla—. Me importa mucho. Salimos juntos, por así decirlo.

Una costumbre humana de la que solo había oído hablar. Algo que se acercaba a su versión de emparejamiento, llamado matrimonio. O quizá no. Pero entendía por qué lo haría con cautela frente a su hijo. Un hombre entrando en su vida también entraba en la suya, y no lo haría a la ligera. La conocía. Si no estuviera segura de que algo surgiría de "salir conmigo", no seguiría sosteniendo mi mano.

Max se lanzó sobre mí, abrazándome antes de hacer lo mismo con su madre. Retrocediendo, me miró con seriedad.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia mi madre?

—Max —dijo Holly con un suspiro—. Soy adulta, y esto no es el siglo XIX.

No entendía qué tenía que ver la época con esto, pero había visto una escena similar en una serie. Él se preocupaba de que yo la

"exprimiera y confundiera". Espera. No, esa no era la frase. Usar y abusar. Creo. Probablemente. No haría ninguna de las dos cosas más de lo que haría "exprimir y confundirla".

Me agaché a su nivel, dejando caer mi mano sobre mi rodilla con la palma hacia arriba. Un gesto de respeto y honestidad que me enseñó mi madre.

—Mis intenciones hacia tu madre son honrarla. Cuidarla. Estar a su lado mientras ella quiera. Preferiría enfrentarme a diez sorhox cargando antes que verla lastimada.

Max me miró entrecerrando los ojos tras sus gafas, frunciendo el ceño como un joven guerrero intentando leer la verdad en los ojos de un rival. No aparté la mirada.

—Nunca la maltrataré —dije suavemente—. Nunca la confundiría. Ni… la "exprimiría". —Sus cejas se levantaron, y tosí en mi puño—. Eso salió mal. La frase se me escapa en la cabeza. Quise decir que nunca la descartaría ni le haría daño. Usar. Abusar.

Él resopló. Una risa juvenil, plena y sincera, que brotó de su pecho.

—Eso lo dijiste un poco mal, pero me gusta.

Sonreí.

—Me importa tu madre. Es valiente y bondadosa. Es fuerte de maneras en que la mayoría de los guerreros no lo son. Y te ama con fiereza. Cualquier parte de su vida en la que tenga la suerte de estar, sé que tú también estás en ella. Nunca intentaría interponerme entre ustedes. Espero que algún día me permitas ser parte de tu vida también.

Max parpadeó, cruzando los brazos sobre el pecho, aunque su postura se suavizó.

—¿Quieres decir que… quieres ser mi padrastro?

Holly hizo un pequeño sonido a mi lado, pero no me giré.

—Quiero decir que quiero ser alguien en quien puedas confiar. —Elegí cada palabra con cuidado—. Alguien que sostenga su espada lista, con la espalda pegada a la tuya. Alguien que vea lo unidos que están tú y tu madre y que nunca intente ponerse entre ustedes. Quiero hacer tu vida mejor, pero solo si tú también quieres eso.

No respondió de inmediato; solo me miró con esos ojos agudos y reflexivos. Luego dio un paso al frente y volvió a abrazarme.

—Me alegra mucho que seas tú —murmuró contra mi pecho—. La haces reír. Ella lo necesita. Y creo que ahora tiene un poco menos de miedo. Eso es nuevo.

Se me cerró la garganta. Lo rodeé con ambos brazos y lo abracé, cuidando de no apretarlo demasiado.

—Gracias, Max. Significa mucho para mí.

Se apartó y miró a Holly.

—¿Va a seguir durmiendo en el granero?

—Max —dijo ella, riendo, con las mejillas sonrojadas.

—Solo pregunto. Quiero decir… —hizo una mueca—. Que ustedes dos compartan habitación sería un poco asqueroso, pero también… supongo que está bien.

Tomé la mano de Holly otra vez y la apreté; ella me devolvió el gesto.

Asqueroso y está bien. Podía vivir con eso.

Sobre todo cuando podía imaginar a los tres juntos como una familia. Quizá no ahora, pero algún día.

—Me alegra que te parezca bien —Holly abrazó a su hijo.

—Entonces me voy a mi cuarto —dijo él—. Ustedes hagan… lo que sea.

Ahora su cara estaba tan roja como la de ella. Pasó corriendo entre nosotros y prácticamente se lanzó por el pasillo, cerrando la puerta de su habitación de un portazo.

—Eso salió bien —Holly alzó la vista hacia mí—. Creo.

—No tenemos que apresurarnos con esto —dije, apartándole un mechón de cabello del rostro, deseando tocarla por completo, no solo con ese gesto sencillo—. Puedo quedarme en el pajar.

—Si lo haces, tendré que acompañarte.

Su mirada se encontró con la mía, y no vi ninguna duda en ella.

—O podemos simplemente ir a dormir en tu habitación.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Apretando mis dedos entre los suyos, me llevó por el pasillo hasta su, mi, *nuestra* habitación. Cerró la puerta de una patada

detrás de mí y se volvió, empujándome contra ella.

—Así que dime, vaquero orco. ¿Cómo quieres reclamarme esta noche?

CAPÍTULO VEINTINUEVE

HOLLY

Era tan sólido bajo mis manos. Hombros anchos, pecho amplio, respiración cálida y constante. Lo tenía presionado contra la puerta, todo lo que alguien puede presionar a un orco grande como Sel, que debía medir al menos cuarenta centímetros más que yo.

El poder que me estaba concediendo se me subió directo a la cabeza.

—¿Cómo quiero reclamarte? —arrastró las palabras. Sus ojos se oscurecieron hasta casi volverse negros—. Quiero saborearte. Quiero recordar cada sonido que hagas. Y quiero hacerte reír entre jadeos.

Me estremecí por sus palabras, por su tono.

Añadió, casi con timidez:

—Y quiero que tú me desees.

Me puse de puntillas y, cuando bajó la cabeza, lo besé, lento y profundo, mi lengua deslizándose entre sus labios. Yo pertenecía aquí, con este macho, en este lugar y en este momento. Sabía a miel tibia y a algo más salvaje que no podía nombrar.

—Sí —susurré contra su boca—. Es verdad, Sel. Sí.

Gimió y me levantó en un solo movimiento fluido, llevándome hasta la cama. Ambos estábamos riendo. Yo porque me golpeé la cabeza con el poste de la cama, él porque no podía evitar reír

conmigo. Se sentó en el borde de la cama conmigo a horcajadas sobre su regazo, y enmarqué su rostro con mis manos.

—Mírate —susurré—. Fuerte, dulce y mío.

Sonrió de esa forma rara y tierna que lo derretía todo dentro de mí.

—Solo tuyo.

Me incorporé y besé su mandíbula, luego su garganta, disfrutando cómo su respiración se entrecortaba a mi paso. Sus manos recorrieron mi espalda, sin empujar ni apresurar, solo conociéndome. Me quité la camiseta y la lancé a un lado. Sus ojos siguieron el movimiento y, cuando tragó saliva, algo delicioso se tensó dentro de mí. Nunca nadie me había mirado con la reverencia con que Sel lo hacía, como si yo mereciera todo lo que el mundo pudiera ofrecer y más.

—Hermosa —susurró.

Cuando tiré de su camisa, su sonrisa se volvió traviesa.

—¿Impaciente?

—Menos charla, más desnudez —dije, riendo cuando él soltó una carcajada baja.

Me ayudó a quitarle la camisa y, en cuanto cayó al suelo, pasé las manos por los planos duros de su pecho. Cicatrices, pecas, calor. Este macho era increíble.

—Esto —dije— es extremadamente injusto.

—¿Qué cosa?

—Que parezcas un dios y yo esté sentada en tu regazo intentando no babear.

Se inclinó, rozando mis labios.

—Babea todo lo que quieras. Recogeré cada gota.

No tuve oportunidad de reír antes de que me besara de nuevo, más profundo esta vez. Todo se encendió rápido. Nuestras manos exploraron. Nuestros cuerpos se movieron. Me deslicé de su regazo y desabroché sus vaqueros mientras me observaba con los labios entreabiertos y la mirada pesada.

Me detuve.

—Última oportunidad para cambiar de opinión, cariño.

—Si te detienes ahora, moriré. Una muerte dramática y sin camisa.

Solté un resoplido y lo empujé sobre la cama.

Yacía inmóvil, sus casi dos metros extendidos como un sueño que no había sabido que llevaba toda la vida soñando. Mi mirada recorrió su cuerpo con hambre y un poco de asombro. Sus vaqueros estaban desabrochados, bajos en sus caderas, y cuando los bajé, alzó las caderas con un gemido suave.

Y allí estaba.

Mi boca se abrió.

Oh.

Sel era grueso, largo, pesado, cada centímetro de él de un verde oscuro atravesado por venas más profundas. Pero no era solo su tamaño lo que me dejó sin aliento. Alrededor de su miembro, en espiral desde la base ensanchada hasta justo bajo la punta, había delicadas hebras en forma de cordón. No exactamente relieves… más bien filamentos. Como joyería natural, parte de él desde el nacimiento. Brillaban levemente, cada uno rematado con una pequeña protuberancia en forma de cuenta.

Palpitaban. Literalmente palpitaban, vibrando suavemente contra mi piel cuando extendí los dedos y los recorrí con curiosidad.

Me observaba con los ojos oscuros.

—Se llaman coorails. Todos nosotros los tenemos.

—Son hermosos —susurré.

Su respiración se trabó en su garganta.

—Son sensibles. Para ambos. Cuando me excito, vibran. Cuanto más excitado estoy, más intenso es. Están hechos para dar más placer a una compañera. —Dudó un instante—. A *mi* compañera.

La punta brillaba con una gota verde perlada. Mi cuerpo se tensó cuando el calor me atravesó.

Lo miré y sonreí.

—Así que básicamente estás diseñado para arruinarme.

Su sonrisa se volvió feroz.

—Si me lo permites.

Me incliné y rocé con los labios una de las cuentas que latían suavemente.

—Oh, te lo permitiré.

Pasé los labios sobre uno de los coorails otra vez, fascinada por cómo temblaba bajo el contacto más leve. Sel siseó entre los colmillos, sus caderas moviéndose involuntariamente.

—Son sensibles —ronroneó con voz áspera—. Te lo dije.

—No estabas exagerando.

Deslicé la lengua lentamente por su miembro, siguiendo una de las hebras en espiral. La textura era extraña y emocionante. Firme pero flexible, cada cuenta vibraba bajo mi boca. Nunca había experimentado nada igual. Me aparté un instante para observarlo de nuevo, recorriendo con la mirada el camino de los coorails de la base a la punta.

—Son simétricos —murmuré—. Espaciados de forma uniforme.

Gimió.

—¿Ahora me estás catalogando?

—Bueno, eres una obra de arte —sonreí—. Siento que debería tomar notas.

Su risa fue baja y temblorosa.

—Después. Ahora mismo creo que estoy a punto de desmoronarme solo por la forma en que me miras.

—Pobrecito. —Hice un puchero fingido—. Déjame ver si puedo hacerte sentir mejor.

Besé la parte inferior de su miembro y subí hasta la punta, donde la gota verde me esperaba. La probé, y el sabor fue como nada que hubiera conocido. Rico, cálido, un poco salvaje. Quería más.

Las manos de Sel se aferraron a la ropa de cama, su mandíbula tensa.

—Holly —gruñó, su voz resonando en la habitación—. Si sigues así, esto va a terminar muy rápido.

Sonreí y besé mi camino de regreso hacia abajo.

—Tenemos toda la noche.

Su gruñido volvió a sonar y, de pronto, sus manos me alzaron, arrastrándome por su cuerpo hasta que su boca buscó la mía en un beso ardiente y abierto, lleno de promesas.

Cuando nos separamos, jadeando, me tocó la mejilla.

—Déjame cuidar de ti.

—Ya lo haces —respondí con una sonrisa.

Me aparté de él y me quedé al pie de la cama para terminar de desnudarme, su mirada siguiendo cada movimiento. No solo me deseaba por ese instante; me veía. Cada marca, cada curva suave, cada cicatriz. Y aun así lo quería todo.

Cuando volví a la cama, me atrajo hacia él.

—¿Estás bien? —susurré contra su piel ardiente.

—Nunca he estado mejor. Estoy intentando no apresurarme. Intentando que dure.

Besé la comisura de su boca y bajé hasta su garganta.

—Puedes ir despacio. O rápido. O en cualquier punto intermedio. No me voy a ninguna parte.

Eso pareció liberar algo en él. Su contención se rompió. Me giró sobre la espalda, apoyándose sobre sus brazos a cada lado de mis hombros. Esperaba intensidad, y estaba allí, pero también había juego.

Besó mi pecho, deteniéndose para morder suavemente, haciéndome jadear. Continuó por mi vientre y abrió mis piernas. Cuando descendió para lamer el interior de mi muslo, casi levité.

—Sel, por favor —gruñí. Yo. Gruñí. Bueno, estaba suplicando.

Él soltó una risa satisfecha y traviesa.

—¿Qué sucede, compañera? Estoy saboreando cada parte de ti.

Su boca me encontró donde más lo necesitaba, y mi espalda se arqueó sobre la cama. Sus manos me sujetaban mientras su boca hacía cosas devastadoras, y cuando por fin siseé su nombre, besó mi muslo como si me diera las gracias.

Cuando volvió a colocarse sobre mí, lo atraje hacia abajo y lo besé con fuerza. Lo quería todo. Cada centímetro. Cada aliento.

—Por favor —susurré—. Ahora.

Entró en mí lentamente, con un gemido como si apenas pudiera contenerse. Sus ojos no se apartaron de los míos ni un segundo, memorizando cada emoción que cruzaba mi rostro. Jadeé cuando me llenó, la sensación intensa, expansiva y exquisitamente perfecta. Estábamos hechos para encajar así. Acaricié sus costados, disfrutando del calor de su piel y de cómo sus músculos se tensaron

cuando llegó al fondo. Un estremecimiento lo recorrió y su rostro se contrajo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Te sientes maravillosa, compañera. Perfecta.

—Tú también.

Me sentía llena. Poseída. Atesorada. Y segura, envuelta en este macho poderoso que me sostenía como si yo fuera todo lo que podría necesitar.

Dentro de mí, sus coorails se movían con cada pequeño desplazamiento, sedosos y extraños y vertiginosamente deliciosos, como chispas envueltas en terciopelo recorriendo cada uno de mis nervios.

Se quedó quieto un instante, apoyado sobre mí, dándome tiempo para respirar.

—Dime si algo no va bien.

—Nada va mal. —Elevé las caderas, invitándolo a entrar más profundo—. Eres perfecto.

Me dedicó una sonrisa sensual, llena de colmillos, y comenzó a moverse, despacio y con cuidado al principio, saliendo y deslizándose de nuevo dentro, marcando un ritmo que me hizo curvar los dedos de los pies y encender cada terminación nerviosa. Me observaba como si necesitara ver todo lo que yo sentía.

Las pequeñas cuentas al final de cada coorail palpitaban, enviando vibraciones que me hacían imposible quedarme quieta. Mi respiración se entrecortaba cada vez que rozaban ese punto sensible en mi interior.

Encontramos nuestro ritmo juntos. Mi alma había estado esperando la suya. Enredé las piernas en su cintura y lo atraje más cerca, necesitando más, más profundo, todo de él. Cada embestida hacía que los coorails giraran de una forma distinta, rozando nuevos lugares, curvándose con una precisión enloquecedora que me hacía apretarme alrededor de él, indefensa ante la necesidad.

Se inclinó hacia delante y su boca encontró la mía en un beso desesperado que se transformó en una risa sin aliento cuando capté la maldición gutural en orco que murmuró entre dientes.

Me reí.

—Eso sonó muy sucio.

—Lo era —jadeó, sonriendo entre el sudor y el calor.

Aún apoyado sobre una mano, llevó la otra entre nosotros para acariciarme con intención. Con un gruñido, empezó a moverse más fuerte, más rápido, haciendo que los coorails rozaran y vibraran dentro de mí con cada embestida. Una presión deliciosa. Se enroscaban a lo largo de mis paredes, las suaves cuentas estimulaban lugares que ni siquiera sabía que podían sentirse así de bien. Grité, el placer creciendo dentro de mí, hundiendo los dedos en sus brazos mientras la tensión se retorcía en un nudo a punto de desatarse.

Nos perdimos el uno en el otro, provocándonos, jadeando, aferrándonos. Cada movimiento nos acercaba más, con nuestras voces elevándose juntas en un coro de gemidos, susurros y sonidos rotos.

Por fin estallamos, él gimiendo mi nombre y yo jadeando el suyo como si fuera la única palabra que conociera.

Después, quedamos enredados entre las mantas, mi cabeza sobre su pecho, sus dedos dibujaron círculos en mi espalda.

—¿Sigues respirando? —pregunté.

—A duras penas. Eres peligrosa, compañera.

—Tú tampoco eres inofensivo.

Besó la parte superior de mi cabeza.

—Gracias.

Levanté la mirada para encontrar sus ojos.

—¿Por qué?

—Por dejarme amarte.

Las lágrimas me picaron en los ojos. Besé su pecho y me acurruqué más contra él.

CAPÍTULO TREINTA

SEL

Sería extraño que las cosas no fueran diferentes entre nosotros al día siguiente. Algunas partes de nuestra vida seguían igual. Estábamos preparando el desayuno juntos mientras Max estaba sentado a la mesa, leyendo. Después, Zist nos llevaría a la panadería.

Se sentía normal. Maravilloso. Como una familia.

La conciencia de lo que había entre nosotros palpitaba en el aire. No es que estuviéramos comportándonos de manera distinta el uno con el otro; era mejor. Y no podía pedir nada más.

Preparamos masa para panqueques porque son increíbles. Nuestras manos se rozaban cuando ella me pasaba un ingrediente u otro, y el recuerdo de estar con ella me atravesaba como un relámpago. Sonrió, y supe por la luz en sus ojos que estaba pensando lo mismo.

Éramos felices.

El aroma a vainilla y mantequilla pronto llenó la cocina. Holly estaba descalza junto a la estufa, con el cabello aún revuelto por el sueño, removiendo la masa en el cuenco. Yo cortaba fresas y las colocaba en un bol para que maceraran, observando cómo la luz de la mañana jugaba sobre su rostro.

—No mediste el azúcar —dijo, asomándose a mi cuenco.

Me encogí de hombros.

—No lo necesito. Mis instintos orcos me dijeron cuánto usar.

—Más les vale a tus instintos orcos saber equilibrar la acidez y el dulzor.

Le lancé una mirada fingidamente seria.

—Seguro que confías en mí.

Resopló.

—¿Como se suponía que debía confiar en tus omelets de la semana pasada?

Así que había añadido algunos ingredientes extraños que volvieron rosas los huevos verdes de chumble. Los omelets seguían sabiendo bien, y ella lo había admitido.

Antes de que pudiera responder, alguien llamó a la puerta trasera de la cocina.

Hail abrió la pequeña mirilla y asomó la cabeza.

Me sequé las manos con un paño.

—Pasa.

Mi hermano abrió más la puerta y cruzó el umbral, vestido con sus habituales zahones, chaleco sin camisa, botas con espuelas, porque adoraba el tintineo, y un sombrero vaquero polvoriento, tamaño orco. Se había recogido el cabello en una cola corta. Gruñó a modo de saludo y cerró la puerta detrás de él.

—Buenos días, Hail —dijo Holly con alegría—. ¿Tienes hambre?

Otro gruñido.

Señalé la mesa.

—Siéntate. Entonces vas a comer panqueques con nosotros.

Hail se quitó las botas y colgó el sombrero en el perchero junto a la puerta. Se dirigió a la silla al lado de Max, cuyos anteojos se deslizaban por su nariz mientras dejaba el libro a un lado y sonreía a mi hermano.

—Hola, Hail —dijo Max.

Eso arrancó la más leve sonrisa de mi hermano mientras se acomodaba a la mesa, siguiendo con la mirada cada movimiento de Holly en la estufa.

—Nunca ha probado panqueques —murmuré mientras llevaba un plato alto y humeante.

Tomé el jarabe, la mantequilla y las fresas perfectamente maceradas y las puse en la mesa, mientras ella servía panqueques en los demás platos. Nos sentamos, ansiosos por probarlos.

Hail miró su torre como si necesitara desactivarla.

—Primero se pone mantequilla —dijo Max, ya untando los suyos —. Después jarabe, pero no demasiado, o se absorbe muy rápido. A mí me gusta hacer un charquito al lado para mojar.

Hail me miró buscando confirmación, y asentí. Tomó el cuchillo y pinchó la barra de mantequilla.

Holly y yo también preparamos nuestros platos; ella tomó algunas de mis fresas maceradas y omitió el jarabe. ¿Ves? Era perfecto. No la molesté por eso, aunque lo haría más tarde cuando estuviéramos solos y pudiera reclamar un beso como penitencia por haber dudado de mis excepcionales habilidades culinarias.

Comimos. Hubo un momento de silencio, roto solo por el tintinear de los tenedores y algún sonido satisfecho de Max. El ceño de Hail se frunció mientras masticaba el primer bocado, como si el panqueque fuera un enigma que estaba decidido a resolver. Tras tragar, soltó un gruñido sorprendido y pinchó otro trozo.

Holly sonrió desde el otro lado de la mesa.

—Gruñir es la señal universal orca de aprobación, ¿no?

—De Hail, sí —dije—. Seguro.

Max sonrió.

Hail gruñó.

—Bueno.

—La próxima vez agregaré canela —dijo Holly—. También hay una versión con mantequilla dorada.

Hail se detuvo a mitad del bocado y asintió.

Seguimos comiendo. Max le preguntó si terminarían de pintar el lado norte del granero ese día.

—Deberíamos —dijo Hail—. Tú… tú ayudarás con los detalles.

Max sonrió como si lo hubieran ascendido.

—Síííí.

Hail me miró.

—Mishka… ya acepta la silla. Muy bien.

—Me alegra oírlo —respondí—. ¿Sigues trabajando con ella el arnés?

—Cada día. Está más tranquila cuando Max está cerca. —Miró al joven—. Eres confiable. Ella lo sabe.

Max bajó la cabeza, incapaz de ocultar su sonrisa.

—Ayer me dejó recortarle los cascos.

—Eso es maravilloso —le dije—. Significa que no solo confía en ti, sino que te aprecia.

Hail asintió.

—Pronto la montará. Distancias cortas. No lejos.

Era demasiado joven para más, pero antes de que nos diéramos cuenta, estaría lista para sumarse a los paseos por los senderos.

—¿Mañana? —preguntó Max.

—Tal vez. —Las orejas puntiagudas de Hail se movieron—. Si… si vas despacio. Con paciencia.

—Iré despacio. Puedes contar conmigo.

Vi la forma en que Hail miraba a Max. El chico le importaba, y eso me alegraba. Mi hermano necesitaba más amigos, y Max también.

Holly me miró de reojo. Ella también los observaba, con una expresión difícil de descifrar. Sus ojos se suavizaron y buscó mi mano bajo la mesa, apretándola con suavidad.

Terminamos de comer. Holly y yo recogimos los platos mientras Max y Hail salían para comenzar a trabajar en el granero. A través de la ventana, vi a Mishka en el prado, iluminada por el sol de la mañana, con las orejas erguidas mientras ellos se acercaban.

—Déjame cepillarme los dientes y estaré lista —dijo Holly, dejando el último plato en el escurridor.

Se desató el delantal y lo colgó en el perchero junto a la puerta antes de volver a mirar por la ventana.

—Está tan feliz. Nunca lo había visto así. —Se volvió hacia mí y me abrazó—. Gracias.

—No he hecho nada.

Me miró desde abajo.

—Claro que sí, y lo sabes. La pintura de ese granero ni siquiera había empezado a descascararse. Pero agradezco tener a Hail aquí

tanto como Max agradece pasar tiempo con tu hermano.

—También es bueno para Hail.

—Entonces todos ganamos.

Se apartó y caminó por el pasillo.

Cuando estuvo lista, salimos de la casa y fuimos hasta la verja, donde Zist ya nos esperaba. No tardamos en llegar al pueblo, y pronto estábamos trabajando en la cocina de la panadería.

Trabajábamos en perfecta sincronía, como siempre, pero ahora había roces extra. El roce de su cadera contra la mía. Su mano deslizándose por mi espalda antes de inclinarse para alcanzar la harina. Tarareando juntos mientras amasábamos la masa. Nos movíamos alrededor del otro como una pareja que hubiera compartido espacio toda la vida, y quizá, de algún modo extraño, así era. Muchos creían que el destino empuja a unirse a quienes han estado esperando encontrarse.

El aroma de los croissants y el pan horneándose llenaba el aire, y la observé pincelar huevo batido sobre los pasteles, creando nuestra versión del arte. Se había recogido el cabello, pero algunos mechones sueltos se curvaban alrededor de su rostro. Cada vez que se lamía el azúcar de un dedo, mi miembro reaccionaba y casi dejaba caer lo que tenía en las manos.

En cierto punto, ya no pude soportarlo más.

La rodeé por detrás con los brazos y la atraje contra mí.

—Estás haciendo esto muy difícil.

Ella rio y ladeó la cabeza para besarme el pecho.

—¿Qué es esta vez? ¿La forma en que muevo el trasero cuando uso el rodillo o cómo me chupo los dedos?

Lo hizo otra vez, esta vez de manera exagerada, y no pude evitar recordar cuando deslizó la lengua por la base de mi miembro.

Mis malditos coorails empezaron a vibrar.

—Todo.

La giré entre mis brazos y me incliné para besarla, saboreando el gusto a azúcar en sus labios.

—Por todos los cielos —exclamó alguien cerca.

Nos separamos, aunque mantuve un brazo alrededor de la cintura de Holly al girarnos. La abuela Lil estaba en la puerta con su

bastón apuntándonos como si fuera una espada, y su cabello gris, extrañamente, recogido en una trenza que le caía por la espalda. Según recordaba, el pelo de la abuela Lil apenas le llegaba a los hombros.

Debió notar que la miraba.

—Extensiones. ¿Te gustan?

Asentí, sin tener idea de qué hablaba, pero sabiendo que era mejor no decir que no me gustaba algo si ella lo mencionaba.

—Les juro que van a atraer a una multitud con tanto beso —refunfuñó, aunque sus ojos brillaban divertidos.

—Buenos días, abuela —dijo Holly, sonrojándose hasta iluminarse entera.

La abuela avanzó unos pasos dentro de la cocina, con su bastón golpeando el suelo.

—¿Cuándo pasó esto?

—Oh, ¿te refieres a los pasteles? —preguntó Holly.

La abuela fingió fruncir el ceño y agitó otra vez el bastón. Me agaché para evitar el golpe y retrocedí rápido, llevándome a Holly conmigo.

—Me refiero a ustedes dos besándose. Supongo que ahora son pareja, ¿no?

Con los ojos muy abiertos, Holly asintió, y mi corazón explotó en ese mismo instante. Éramos pareja ahora, ¿verdad?

—Está bien darse un beso de vez en cuando aquí y allá —dijo Holly.

—Eso no lo niego. —Su sonrisa se ensanchó—. Pero ahora tendré que eliminarlos a los dos de la aplicación de emparejamiento en la que Inla y yo hemos estado trabajando.

Holly alzó las cejas.

—¿Todavía estás con eso?

—¿Con tantos orcos solitarios por aquí? Mi trabajo no terminará nunca.

—Creí que era para gente mayor. Viudas y viudos.

—Ya no. La estamos ampliando para incluir a tus hermanos.

Ya no quedaban muchos orcos solitarios en Lonesome Creek. Seis subimos a la superficie desde el reino orco y solo dos no habían

encontrado a su pareja destinada. Al paso que íbamos, tendrían que cerrar la aplicación si esperaban emparejarnos. Quizá debería avisar a mis primos, ver si alguno quería trabajar en Lonesome Creek y así tener la oportunidad de conocer a su destinada.

Lil tomó asiento en uno de los taburetes altos del otro lado del mostrador. Salí al frente a prepararle una taza de té como le gustaba, con dos azúcares y un chorrito de leche de almendras, y se la llevé. Enseguida añadí algunos pasteles recién horneados en un plato.

—Eres un encanto —dijo, golpeando la cucharita contra el borde de la taza—. Si tuviera cincuenta años menos, Sel, te robaría para mí.

—Demasiado tarde —respondí, tomando la mano de Holly.

—Bah. Restriégamelo más, anda. —Suspiró con dramatismo y bebió un sorbo—. Al menos tienes buen gusto, cariño. Holly es para quedártela.

—Lo sé.

Las mejillas de Holly volvieron a teñirse de rosa, pero sonrió y me limpió de la mandíbula un poco de harina o canela.

Mientras la abuela comía y bebía su té, Holly y yo retomamos el trabajo.

Lil observaba a Holly con ese cariño agudo que solo alguien viejo y sabio puede permitirse.

—Estás resplandeciente —dijo en voz baja cuando pasé cerca.

Me detuve.

—Es el calor del horno.

Ella resopló.

—Es el amor, y te sienta bien. No lo arruines.

—No pienso hacerlo.

Lil esbozó una sonrisa torcida y se puso de pie.

—Entonces me voy a tejer algo feo y útil. Probablemente para un gato.

La acompañamos al frente, donde le abrí la puerta. El murmullo alegre de los turistas paseando por la pasarela de madera nos rodeaba. Agitó su bastón hacia nosotros, casi sacándome el ojo

derecho, y se marchó, con el bastón repiqueteando con ritmo sobre la madera.

Compartiendo sonrisas cómplices, Holly y yo regresamos a la cocina. El pecho me dolía de la mejor manera. Nunca imaginé que encontraría a alguien como ella ni que tendría momentos así. Una mañana con la luz del sol entrando por las ventanas traseras y la mujer que adoro tarareando mientras trabaja a mi lado. Una compañera que sonríe cuando la toco y un pequeño que me abraza como si fuera familia.

Holly llevó más productos al frente.

Deslicé la última bandeja de pasteles de raíz bustabill en el horno, lavé el bol y salí al frente, atraído por ella como siempre. Estaba colocando galletas trenzadas con miel en una caja mientras una turista esperaba del otro lado del mostrador, mirando su teléfono.

—Tres trenzas de miel, dos bollos de canela y una empanada zephyl de mano —dijo Holly, cerrando la caja—. ¿Desea algo más?

La mujer resopló.

—Si esto no es suficiente, volveré. Todo se ve increíble.

—Gracias.

Holly le cobró y la mujer se fue.

Más turistas comenzaron a entrar: dos mujeres y una niña con cofias y vestidos largos hasta el suelo que seguramente habían comprado en la tienda general de mi tía. Cuando una de las mujeres empezó a preguntarle a Holly sobre las tradiciones orcas de panadería, Holly respondió con calidez. Lo estaba disfrutando, y eso lo era todo para mí.

Cuando las tres se fueron, besé la parte superior de la cabeza de Holly. Ella se recostó contra mí, y no podía ser más feliz.

Seguíamos sonriendo cuando la campanilla sobre la puerta volvió a tintinear. Un hombre entró con una mujer, aunque vestían ropa humana común. Tal vez recién llegados al pueblo. La mujer se inclinó sobre la vitrina, exclamando por varios productos mientras Holly esperaba con paciencia a que se decidiera.

El hombre observaba a Holly. No había nada extraño en eso, pero aun así sentí que el vello se me erizaba a lo largo de la espalda.

Me tensé detrás de ella y apoyé la mano con suavidad en su espalda, esforzándome por mantener una expresión agradable.

Holly tomó una caja del mostrador trasero y comenzó a llenarla con los pedidos de la mujer, pero seguía lanzando miradas rápidas al hombre. Ella también había notado su mirada intensa.

La mujer terminó su selección y, mientras Holly le cobraba, elogió la decoración y preguntó por la cerámica en las estanterías.

—Es obra de mi hermano, Hail —dije—. Ayer nos ofrecimos a exhibirlas y trajo algunas a la panadería para colocarlas con cuidado en el estante. Puede encontrar más en la tienda general.

—Oh, gracias. —La mujer era un contraste absoluto con el hombre taciturno—. Iré allí después.

Se marcharon.

Durante todo el tiempo, el hombre no había dicho nada.

No debería sentirme tan inquieto.

Y, sin embargo, lo estaba.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

HOLLY

Cerca de la hora de cierre, Gracie entró en la cocina como si la persiguiera una tormenta.

—Ni se te ocurra ofrecerme té —dijo, levantando ambas manos—. Tengo diez minutos, como mucho, para repasar todo lo de la subasta del picnic de mañana.

—¿Ni siquiera puedo tentarte con un bollo de sessaline? —alcé uno con las pinzas. Acababan de salir del horno y olían increíble.

Sonrió, pero negó con la cabeza.

—Mañana vuelvo por uno.

—Entonces ven. Sentémonos afuera mientras comprobamos que todo esté listo.

Me limpié las manos en el delantal, le hice un gesto a Sel, que estaba hasta los codos en masa en la mesa del fondo, y salí con Gracie a la pálida luz de la tarde.

Nos sentamos en el banco bajo la ventana del frente, mientras los turistas paseaban por la pasarela de madera, muchos con cofias o camisas estilo Viejo Oeste que habían comprado en la tienda general de la tía Inla. El letrero de madera tallada sobre nosotras crujía con el viento. Gracie sacó el teléfono y empezó a leer, enumerando actualizaciones de último momento sobre horarios, disposición de mesas y quiénes se habían apuntado recientemente.

La escuchaba a medias, asintiendo en los momentos adecuados, pero mi mirada se había quedado atrapada en alguien de pie en las sombras frente a la tienda general. No podía distinguirle el rostro, pero la forma de sus hombros me resultaba demasiado familiar. Era el mismo hombre de antes, el que había fruncido el ceño, el que me había hecho sentir incómoda. Nunca lo había visto en mi vida, así que debería ignorarlo. Por alguna razón, no podía.

El estómago se me encogió, pero mantuve la voz ligera.

—Tark sigue siendo el subastador, ¿verdad?

—No se lo perdería por nada —respondió Gracie, tecleando algo.

Un movimiento dentro llamó mi atención y miré por la ventana de la panadería, encontrando a Sel atendiendo a un cliente en el mostrador.

Cuando volví a mirar calle abajo, el hombre había desaparecido. ¿Había entrado en la tienda de abarrotes? Quizá no era nada; me había equivocado y era otra persona.

Debe de ser eso.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Gracie—. Estás un poco callada.

—Lo siento. Estoy… distraída.

Me lanzó una mirada larga.

—¿Está todo bien? Tú y Sel no discutieron ni nada, ¿verdad?

—Las cosas no podrían estar mejor entre nosotros. Estamos… juntos.

—Oh, yay. —Dejó caer el teléfono y me tomó la mano, apretándola—. Lo sabía. —Sus ojos se abrieron mientras miraba hacia abajo, y levantó mi brazo, entrecerrando los ojos al ver la marca de emparejamiento a la que aún no me acostumbraba—. ¿Y esto?

Se me calentó la cara.

—Sabes lo que es.

—Estoy tan feliz por ustedes. —Me dio un abrazo rápido y volvió a tomar el teléfono, añadiendo algunos detalles más—. Yo también estaría distraída si acabara de emparejarme. —Se puso de pie—. Vuelve adentro y besa a Sel o algo.

Le sonreí.

—¿O *algo*?

—Seguro que tienes buena imaginación.

Y tanto que la tenía.

También me levanté.

—¿Algo más?

Negó con la cabeza y me abrazó otra vez, respirando junto a mi oído.

—Qué feliz estoy por ustedes dos. Eso significa que mañana vas a pujar por la canasta de picnic de Sel, ¿verdad?

Él ya me había pagado por mi trabajo hasta ahora, y con más generosidad de la que esperaba, y por fin estaba empezando a ahorrar. Pero era por una buena causa, y no había manera de que dejara que alguien más se llevara a mi compañero a un picnic.

—Creo que sí —dije con una sonrisa.

Me metió una bolsita en las manos.

—Esto es para ti. Un regalo de Tark. Dijo que deberías pujar por la canasta de picnic de Sel, y le conté que ya pensabas hacerlo. Quiso hacer una pequeña donación para ayudar.

Intenté devolverle la bolsa. —Ni hablar. Tengo dinero. Puedo permitírmelo.

—Quédatela. Hay mucho más de donde salió eso. —Y con eso, se dio la vuelta y empezó a caminar por el paseo de madera, llamando por encima del hombro—. ¡Nos vemos mañana por la mañana en el granero a las nueve en punto!

Habíamos quedado en empezar a preparar todo temprano, aunque no había mucho que hacer aparte de colgar algunas decoraciones.

—Gracie —resoplé, extendiendo la bolsa.

—No puedo. ¡Tengo que irme! —Empezó a trotar calle abajo.

Frunciendo el ceño, aunque en realidad no estaba enfadada, guardé la bolsa en el bolsillo y volví al interior de la cálida y dorada panadería. Sel levantó la vista de donde estaba pincelando aceite sobre las masas en fermentación y me dedicó una sonrisa lenta y torcida que me hizo temblar las rodillas.

—Le añadí un ingrediente secreto a la masa —dijo—. Tendré curiosidad por ver si lo notas mañana.

Arqueé una ceja y me quité el delantal, colgándolo en un gancho. Ya casi habíamos terminado por hoy.

—Si crees que no lo notaré, me estás subestimando.

—Nunca. —Terminó de cubrir los panes y se acercó a mí. La forma en que sus ojos recorrieron mi cuerpo, lenta y ardiente, llenos de cosas que no había dicho en voz alta, hizo que se me estremeciera todo por dentro junto con las rodillas.

Ordenamos la cocina, moviéndonos uno alrededor del otro, con los hombros rozándose y el calor creciendo entre nosotros. Fui a tomar una bandeja; él ya me la estaba alcanzando. Mojó el dedo en miel y me la pasó por la nuca cuando pasé demasiado cerca. Le di un manotazo, y él me atrapó la muñeca y besó mi marca de emparejamiento antes de inclinarse para lamer la miel.

Cuando me enderecé, su mirada encendida se encontró con la mía.

—Sel —susurré.

Me hizo retroceder hasta que choqué con el mostrador.

—Guarda ese pensamiento, compañera —ronroneó.

Salió al frente y cerró con llave.

El corazón me latía con fuerza mientras todo dentro de mí hormigueaba.

Regresó. —Te he deseado todo el día.

—Yo también.

—No dejabas de tararear. Y de balancearte. Y de lamerte los dedos como si no supieras lo que eso me estaba haciendo. —Su voz se había vuelto más grave, más áspera. Se detuvo frente a mí y pasó los nudillos por mi mejilla.

—Tú hiciste lo mismo. No creas que no noté cómo me acariciabas la espalda, cómo me agarrabas el trasero cuando pasaba junto a ti.

—Y yo que intentaba ser sutil.

—Capté las señales.

Alzó la ceja.

—¿Y?

—Creo que ya es hora de que actúes sobre este calor que está creciendo entre nosotros.

—Ah, compañera. Eres absolutamente perfecta.

Me levantó y me sentó sobre el mostrador, y sus grandes manos subieron por mis muslos hasta la cintura de mis pantalones. Un clic, y desabrochó el botón. La cremallera bajó con un zumbido.

Me empujó suavemente para que me recostara y me bajó los pantalones, quitándome con cuidado los zapatos para apartarlos junto con mi ropa interior, dejándome desnuda de la cintura para abajo.

Su boca encontró la mía, y me derretí en su beso. Enredé los dedos en su cabello, atrayéndolo más cerca. Olía a pan y sabía a miel.

Sel se apartó solo el tiempo suficiente para quitarme la camisa por la cabeza y besar su camino por mi garganta. No se apresuró, no titubeó. Sus manos sabían exactamente cómo tocarme. La forma en que desabrochó mi sostén, luego se inclinó para saborear la curva de un pecho, luego el otro, me envió un escalofrío hasta los dedos de los pies. Me sentí adorada. Deshecha.

—Eres condenadamente hermosa —dijo contra mi pezón antes de llevárselo a la boca.

Las llamas me recorrieron, y arqueé la espalda, con la respiración entrecortada

—Estás demasiado vestido.

Su risa vibró baja en su pecho, haciéndome estremecer. Levantó la cabeza apenas un momento.

—Arréglalo por mí.

Lo hice, tirando de su camisa por encima de su cabeza y extendiendo las palmas sobre los planos duros de su pecho.

Se echó un poco hacia atrás, mirándome con los labios entreabiertos, respirando con dificultad. En sus ojos había algo tierno y feroz al mismo tiempo.

—Me haces creer en el destino —dijo.

Me besó de nuevo, y en ese beso se notaba cuánto me deseaba, cuánto le importaba. Cuánto más estaba creciendo entre nosotros de lo que cualquiera de los dos se había atrevido a decir en voz alta.

Sel me besó hasta dejarme sin aliento, luego descendió con la boca por el centro de mi cuerpo. Cuando se arrodilló frente a mí,

jadeé. La mirada en sus ojos hizo que todo mi cuerpo se tensara de anticipación.

—Voy a saborear cada parte de ti —dijo.

Levantó una de mis piernas para apoyarla sobre su amplio hombro y separó más mis muslos. El aire fresco rozó mi calor húmedo, pero enseguida llegó su aliento tibio, haciéndome estremecer de necesidad.

La primera pasada de su lengua me arrancó un grito. Murmuró con aprobación y lo hizo de nuevo, más firme esta vez, presionando más hondo. Sus manos se aferraron a mis muslos, manteniéndome abierta para él mientras su boca trabajaba entre mis piernas como si estuviera hambriento.

—Sel —jadeé, inclinando mi cuerpo hacia él—. Oh…

Gimió contra mí y pasó los brazos por debajo de mis muslos para acercarme aún más, con el rostro hundido entre mis piernas, su lengua explorando cada parte de mí, provocando, lamiendo, y luego rodeando mi clítoris con una precisión dolorosamente deliciosa. Lo rozó y lo succionó, y estuve a punto de correrme en ese mismo instante.

Clavé los dedos en el borde del mostrador antes de subir por su cuello hasta las puntas afiladas de sus orejas. Su gemido resonó, y deslizó un dedo grueso dentro de mí, llenándome, girándolo justo como necesitaba. Me apreté alrededor de él, con la respiración entrecortada.

—Sí… ahí mismo…

Añadió otro dedo, estirándome, embistiéndome y retirándolos mientras su lengua trabajaba en mi clítoris. Cada roce, cada pulso, me llevaba más alto. El calor se acumuló entre mis caderas, enroscándose dentro de mí como fuego avanzando sobre hierba seca. Mis piernas temblaban, pero él me sostuvo firme, su boca implacable, con sus dedos moviéndose en embestidas profundas y deliberadas.

—Mírame —murmuró contra mi clítoris.

Me obligué a abrir los ojos. La visión de él ahí abajo, con el cabello oscuro revuelto, los labios húmedos por mí, la mirada ardiendo mientras me observaba, fue demasiado.

Me rompí. El placer me atravesó y grité, arqueando la espalda, mi cuerpo palpitó alrededor de sus dedos. No se detuvo, solo disminuyó el ritmo, arrancando las últimas olas de mi orgasmo con caricias lentas y suaves movimientos de lengua hasta dejarme temblando.

Cuando por fin se puso de pie, con la boca húmeda y los ojos salvajes, parecía un hombre que apenas se contenía.

—Eso fue… —Intenté hablar, pero la voz se me quebró.

Se inclinó y me besó con esa misma boca, y gemí contra sus labios, saboreándome en su lengua.

—Lo eres todo —susurró—. Y ni de lejos he terminado contigo.

Se desabrochó los pantalones y se liberó, y bajé la mano para rodearlo, sintiendo su peso caliente y firme palpitando en mi agarre. Sus coorails vibraron, y no veía la hora de sentirlos deslizarse por mis paredes internas. Cuando pasé el pulgar por la punta húmeda, su cuerpo se tensó y se aferró al borde del mostrador.

—Tranquilo —dije, sin aliento.

Clavó los ojos en los míos.

—Ni de lejos.

Apartando mi mano con suavidad, me llevó hasta el borde del mostrador y me giró sobre el vientre, separándome más las piernas. La cabeza gruesa de él se abrió paso en mi interior, provocándome apenas con un roce hasta que jadeé, buscando algo a lo que aferrarme. Sujetándome de las caderas, se hundió por completo de una sola embestida larga y perfecta que hizo latir mi clítoris y me arrancó un gemido.

—Por los hados, Sel…

Se quedó quieto, profundo dentro de mí, mientras su mano me masajeaba la espalda.

—¿Todo bien?

—Increíble. Más rápido.

Soltó una risa breve.

—Pero si acabo de empezar. Quiero que esto dure, no correrme en segundos.

—Entonces más profundo.

Su bufido resonó.

—Como desees, compañera.

—No vuelvas a parar.

Inclinado sobre mí, deslizó la mano por debajo y encontró mi clítoris, acariciándolo mientras retiraba su sexo y volvía a hundirse hasta el fondo. Sus coorails vibraban a través de mi centro, y estaba a punto de explotar. Pero quería durar tanto como él, no rendirme en un instante.

Los hombres pensaban en otras cosas para no correrse demasiado rápido, ¿no? Así que empecé a inventar una receta de galletas. Con chispas de chocolate. Con coorail. No, espera, nada de galletas con coorail. Había oído de gente que hacía galletas con semen, pero eso sonaba… bueno, un poco asqueroso. Una escritora que conocí publicaba romances paranormales acogedores y hablaba de una panadera que ponía sangre en todas sus galletas para sus clientes vampiros. Tal vez podría crear una receta con sangre. Aunque eso también sonaba desagradable. Y hasta donde yo sabía, los vampiros no existían.

—¿Crees que hay vampiros en el mundo? —pregunté.

Sel se detuvo a mitad de embestida, incluso sus dedos se quedaron quietos sobre mi clítoris, lo que casi me hizo gruñir para que siguiera.

—¿Vampiros?

—Vampiros. Galletas de sangre. Si existen, podríamos hacerlas para ese tipo de clientela.

—No lo creo. —Salió y volvió a entrar con más fuerza, sus coorails vibrando de una forma casi alegre que estuvo a punto de hacerme olvidar la conversación.

—Pero si existieran, sería algo para pensar.

—Estás pensando.

—Pues claro.

—Entonces no estoy haciendo bien mi trabajo, ¿verdad?

—Eh…

Con un gruñido, se volvió salvaje, sujetándome contra el mostrador mientras me embestía sin tregua. Sus dedos continuaron su ritmo implacable sobre mi clítoris y pronto ya no recordaba en

qué estaba pensando. Bastante milagro era que pudiera acordarme de respirar.

—Sel…

—¿Sí, compañera?

—No pares. Sigue.

—Ahora sí estás prestando atención.

Joder, sí.

Siguió golpeándome, sus coorails rozando mis paredes internas hasta que lo único que veía eran estrellas detrás de los párpados.

Estaba hecha un desastre, gimiendo contra el mostrador mientras él aceleraba aún más.

Y cuando hizo un pequeño pellizco y giro en mi clítoris, todo dentro de mí se desenrolló y explotó. Grité, hundiendo el rostro en la superficie fría mientras los espasmos sacudían mi cuerpo.

Sel me siguió con un gruñido bajo, hundiéndose profundo mientras se vaciaba dentro de mí, sujetándome como si temiera que pudiera desvanecerme.

Cuando las olas se disiparon, nos quedamos así, enredados y húmedos, respirando con dificultad.

Se inclinó para besar mi nuca, pasando las yemas de los dedos arriba y abajo por mi espalda.

—Te amo —susurré.

Se quedó inmóvil. Luego salió de mí y me giró sobre la espalda, sosteniendo mi rostro entre ambas manos.

—Dilo otra vez.

—Te amo.

Sonrió como si le hubiera entregado el universo.

—Bien. Porque ya soy tuyo.

Alcé la mano, sostuve su rostro y lo besé, saboreando la verdad de sus palabras

—Mío.

Asintió.

—Tuya. —Bajó la mirada antes de volver a encontrar la mía con una expresión solemne—. Yo también te amo.

Me lancé contra él, y me levantó en brazos, dándome un beso largo que derritió todo dentro de mí. No había nada mejor que amar

a alguien y ser amada en respuesta.

Me dejó de nuevo sobre mis pies y recogimos todo, aunque tardamos más de lo debido con tantas pausas para tocarnos, sonreír y volver a besarnos.

Para cuando cerramos y llamamos a Zist para que nos llevara a casa, mi mundo se sentía distinto.

El mismo, pero mejor.

Igual que nosotros.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

SEL

De pie en el mostrador de la panadería al día siguiente, di los últimos toques a mi donación para la canasta de picnic y me aparté para revisarla. De mimbre resistente, de forma cuadrada, sólida. La había forrado con una tela color crema, con los bordes bordados con pequeñas hojas verdes. No era obra mía; la había conseguido a cambio de tres hogazas de pan con la abuela Lil, que insistía en que el bordado era suyo, aunque yo seguía escéptico. Era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera, pero me costaba imaginar a la ágil abuela de Jessi sentada el tiempo suficiente para crear una labor tan intrincada.

Me encantaba. Tal vez me la quedara después. Podría envolver a Holly con la tela cuando no llevara nada más.

Había atado una cinta alrededor del asa, haciendo lo posible por formar un lazo. Era… un lazo no muy bueno, pero esperaba que fuera suficiente.

La había llenado con especialidades orcas. Un recipiente de barro con asado de grano especiado a la piedra, como siempre lo preparaba mi madre, cargado de ajo y plumerest seco. Una porción de crabroot encurtido, una pila de pan plano de hojas silvestres y un frasco frío de spritz de endally que yo mismo había preparado. De postre, incluí tres pastelitos de willadon con miel en una lata. Les

había tallado los bordes con pequeños picos de montaña. Holly lo notaría.

Suponiendo que pujase y ganara mi canasta. Pensaba hacerlo, ¿verdad?

Una nota doblada estaba escondida junto a los pastelitos. Solo su nombre, escrito de mi puño y letra, y un mensaje especial para la mujer a la que adoraba por encima de todas las demás.

Me froté la nuca y me aparté un paso, volviendo a examinar el conjunto.

Cuando le había preguntado a Holly si pensaba pujar, solo sonrió, pícara y desesperantemente evasiva.

Más le valía hacerlo. Solo quería compartir esa canasta con ella.

Miré la hora en el reloj y me di cuenta de que tenía que irme. Tomé la canasta con cuidado de no sacudir lo que llevaba dentro y salí al pequeño deck trasero, cerrando con llave detrás de mí.

Afuera, el sol de primera hora de la tarde estaba cálido pero no abrasador, y la brisa traía el aroma de flores silvestres desde las llanuras que rodeaban Lonesome Creek. La calle principal atravesaba el pueblo en línea recta, como si tuviera algún lugar importante al que ir, aunque nadie allí se apresuraba jamás. Estaban de vacaciones y querían aprovechar ese tiempo para ralentizar el mundo.

Giré a la derecha, avanzando por el callejón que recorría la parte trasera de los edificios con fachadas falsas, todos pintados en colores que parecían desteñidos por el sol aunque eran nuevos, y me deslicé por una abertura hasta salir al paseo de madera que bordeaba el frente de nuestro pequeño pueblo, dirigiéndome al gran granero rojo con techo a dos aguas al final.

Guirnaldas de banderines ondeaban entre los postes de los porches, rojas y blancas en su mayoría, con algo de azul aquí y allá. Los turistas paseaban con vestidos de pradera y cofias, sombreros vaqueros y chalecos; algunos llevaban espuelas falsas que tintineaban, otros se detenían a sacarse fotos junto a una diligencia estacionada frente a la tienda de abarrotes, tirada por uno de nuestros sorhox más mansos. Un joven de unos diez años pasó

corriendo con un caramelo en una mano y un rifle de madera falso en la otra, mientras una niña lo perseguía.

Asentí a todos los que cruzaba y, salvo por algunas miradas sorprendidas, me devolvieron el gesto. Todo el mundo estaba de buen humor, pero ¿quién no lo estaría estando de vacaciones? Algunos llevaban sus propias canastas, envueltas en tela a cuadros o adornadas con lazos, probablemente compradas solo para ese día.

Me gustaba el sonido de todo aquello. Las pisadas y las conversaciones, el mugido lejano de un sorhox y las ráfagas de risas. Lonesome Creek se sentía amplia y abierta, de una manera agradable.

La marca de vínculo en la parte interior de mi muñeca hormigueó. Aún era tan nueva que apenas podía creer que la tuviera. Había pasado de pensar que nunca volvería a estar con nadie, de llorar la pérdida de mi compañera y mi cría, a formar de pronto una familia con Holly y Max. No creía que mi corazón pudiera hincharse más de amor, aunque estaba dispuesto a intentarlo.

Ajusté la canasta en mis brazos y bajé del extremo del paseo de madera, avanzando hacia el granero que se alzaba delante. De dos pisos y amplio, estaba recién pintado de un rojo profundo y rico que atrapaba la luz del sol como terciopelo. Los bordes blancos brillaban. La tía Inla había colgado canastas llenas de flores silvestres en los postes del frente, entrelazadas con hiedra y pequeñas guirnaldas de luces a batería que parpadeaban en blanco.

Las puertas dobles estaban abiertas de par en par y las voces se desbordaban hacia afuera, humanas y orcas por igual. Los turistas llevaban camisas de estilo western y botas y sombreros vaqueros rígidos. Deteniéndome en la entrada, observé a la gente acomodándose en los bancos del interior. Mis hermanos se movían entre ellos, fáciles de distinguir por su altura.

Tark estaba al frente con Gracie, que sostenía un portapapeles y tenía una expresión alegre en el rostro. Hail había encontrado asiento a lo largo del pasillo izquierdo junto a Max, que tenía un libro abierto sobre el regazo. Leyendo como hacía durante la mayor parte de su tiempo libre. Ese pequeño sí que era listo. Greel asintió cuando nuestras miradas se cruzaron. Dungar, con su atuendo

completo de sheriff, placa incluida, permanecía cerca del fondo con un ceño fruncido que era en gran parte para aparentar. Ostor y Ruugar se apoyaban contra la pared izquierda, con los brazos cruzados sobre el pecho, vigilando o fingiendo hacerlo.

Nos parecíamos. Dos metros diez de altura o cerca de eso, piel verde media, ojos oscuros, orejas puntiagudas y colmillos. Como cualquier otro orco, no éramos fáciles de pasar por alto.

El granero lucía estupendo. Vigas arqueadas enmarcaban el techo y largos bancos de madera se extendían a ambos lados del pasillo. Faroles colgaban de ganchos de hierro forjado, parpadeando con una cálida luz eléctrica. Ventanas altas filtraban una suave luz diurna que se derramaba sobre el suelo de tablones.

Al frente, una hilera de mesas largas sostenía al menos treinta cestas de picnic, cada una numerada con pequeñas etiquetas. Algunas parecían recargadas y delicadas; otras, sencillas y honestas. La mía quedaría en algún punto intermedio.

Holly trabajaba allí arriba, alzando una ceja hacia Gracie y riéndose de algo que dijo Tark. Tanto ella como Gracie llevaban vestidos largos con flores de distintos colores, y nunca había visto a nadie más hermosa que mi compañera. Se había recogido su cabello color atardecer en la parte posterior de la cabeza, aunque algunos mechones se habían soltado y seguían cayéndole sobre el rostro mientras trabajaba. Resoplaba suavemente para apartarlos hacia arriba antes de que volvieran a caer.

Parecía que el sol se hubiera detenido solo para seguirla.

Max me vio y saludó con la mano. Yo le devolví el gesto, sintiendo cómo el pecho se me ablandaba por dentro.

Apretando el asa de mi cesta, avancé por el lado derecho del granero, esquivando a quienes aún permanecían de pie. Cuando llegué a la mesa del frente, Holly se volvió hacia mí con una sonrisa amplia.

—Estás aquí —dijo.

—No quería llegar tarde.

Le tendí la cesta.

Sus dedos rozaron los míos al tomarla. Miró dentro y luego alzó la vista hacia mí.

—Esto se ve sospechosamente bueno.

—Más le vale.

—¿Intentas sobornar al público para que oferte alto?

Me incliné, aspirando su aroma.

—Intento sobornarte a ti.

Sus mejillas se tiñeron de rosa. Puso los ojos en blanco como si hubiera dicho una tontería, pero no soltó la cesta. La besé.

Después, se apartó y me lanzó una mirada sin verdadera severidad.

—Deja de ser dulce en público. Vas a arruinar tu reputación.

—La única opinión que me importa es la tuya.

Observé cómo colocaba la cesta sobre la mesa y prendía un número en el frente. Me quedé allí mientras enderezaba una cesta y movía otra para hacer un poco más de espacio.

Se volvió de nuevo hacia mí y su sonrisa se ensanchó.

—Empezamos pronto.

—Eso significa que tengo que ocuparme de algo.

Sus cejas se alzaron.

Tomé su mano y la llevé a un lado, girándola para que me diera la espalda. Con cuidado, solté su cabello y lo trencé en una larga trenza que cayó por su espalda. Me incliné hacia adelante y besé el tejido.

Sonrió por encima del hombro.

—Eres muy bueno con esto. Casi tan bueno como con tus fresas maceradas.

—Tú.

Le besé la nariz mientras sonreía.

—Mis besos te pertenecen solo a ti.

—Lo aprecio.

—Uno más.

Girándola, la levanté y la besé otra vez, dejándola de nuevo sobre sus botas después, acariciándole el rostro mientras me miraba con esa expresión aturdida que adoraba.

—Iré a sentarme con Max y Hail.

Me dirigí hacia el espacio libre junto a ellos.

Me deslicé en el banco al lado de Max, que se veía estupendo con una camisa abotonada y un chaleco de cuero que le quedaba enorme y sospechosamente parecía uno mío. Me encantaba que hubiera asaltado mi armario para encontrar algo auténtico que ponerse. Debería haber pensado en llevarlo a la tienda general para comprar algunas cosas, y lo haría pronto, ahora que veía cuánto quería encajar.

Se acomodó las gafas con un dedo y me sonrió.

—Tu cesta se ve genial.

—Gracias.

Me detuve, preguntándome cómo los humanos ideaban sus expresiones. "Genial" significaba bueno, no que era inteligente. Aunque también podía significar eso.

"Golpear el saco". Había oído a la abuela Lil usar esa expresión. ¿Por qué la violencia estaba incluida en dormir? Y aquella que me hizo soltar una carcajada: "¿el gato te comió la lengua?". Otra frase de la abuela que había usado con mi muy callado hermano Greel. ¿Quién tendría mascotas peludas que pudieran arrancarte la lengua?

—¿Hiciste esos scones de ralladura para tu cesta? —preguntó Max.

Hail, sentado más allá, me lanzó una mirada inquisitiva.

—No esta vez —dije—. Mañana haré una tanda para ti, si quieres.

Hail se aclaró la garganta.

—Y suficiente para mi hambriento hermano —añadí con una sonrisa.

—Me malcrías, Sel —dijo Hail.

Otra expresión extraña. ¿Cómo tratar bien a alguien podía hacer que oliera rancio? No quería averiguarlo.

Max volvió a acomodarse las gafas.

—Eso sería genial.

Más personas vestidas con atuendos del Viejo Oeste entraron y se sentaron en los bancos a nuestro alrededor. La energía vibraba en el aire.

Me recliné y dejé que todo me envolviera. Las risas, el susurro de las faldas, el tintinear de las espuelas. La voz de Holly al frente,

llamando a Gracie.

Todo sonaba a pertenencia. No había pensado que alguna vez me encontraría en una posición tan maravillosa, no después de que mi primera compañera y nuestra cría murieran. No después de años sintiendo que estaba destinado a ser útil, pero no amado fuera de la familia.

Entonces Holly y Max entraron en mi vida y, de pronto, una vida plena y feliz parecía posible.

Tark se movió junto al podio, fingiendo estar más serio de lo que probablemente se sentía.

Gracie pasó junto a él, y Tark la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella rio e intentó soltarse, pero él atrapó su boca con la suya y la besó. La gente vitoreó y silbó.

Cuando él levantó la cabeza, ella se aferró a su chaleco antes de acariciarle la mejilla y apartarse para volver al trabajo, con las mejillas sonrosadas y una sonrisa que mostraba lo feliz que estaba de estar emparejada con mi hermano.

Tark miró el reloj montado en la pared izquierda. Era hora. Se aclaró la garganta, alzó el mazo y lo golpeó sobre el podio. El sonido rebotó por todo el granero.

Las voces se atenuaron y descendió un silencio expectante.

Max me dio un codazo.

—Aquí vamos —susurró, prácticamente vibrando en su asiento.

Le sonreí y volví la mirada hacia el frente.

Tark volvió a golpear y se inclinó sobre la parte superior del podio, con su voz proyectándose por toda la sala.

—Gracias por venir, todos ustedes. Estamos muy felices de recibirlos a ustedes con mis hermanos y conmigo en Lonesome Creek, donde los sorhoxes son especialmente amigables, y los orcos también.

Algunas personas rieron. De pie junto a la pared derecha con Holly, Gracie sonrió y negó con la cabeza.

—Cada cesta que ven sobre esta mesa —su brazo se extendió en esa dirección— fue donada por alguien que cree en apoyar una causa justa. Todo lo recaudado irá directamente al refugio Bright Hope Animal Shelter. Están ampliando las instalaciones, agregando

nuevas perreras, equipo médico y áreas exteriores más grandes para los perros. Eso significa que cada dólar que gasten recibirá un buen ladrido.

Más risas.

Tark sonrió ampliamente.

—Hagamos que este pueblo se sienta orgulloso, sabiendo que quienes oferten en grande comerán bien mientras lo hacen.

Levantó el mazo otra vez y lo dejó caer.

—Es hora de comenzar la subasta.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

HOLLY

No podía creer lo que Gracie me dio ayer. Cuando abrí la pequeña bolsita en casa de Sel, al principio negué con la cabeza, mirando las piedras relucientes del tamaño de una canica en mi mano. No podían ser oro real, ¿verdad? Nadie iba por ahí con bolsitas llenas de pepitas de oro en el bolsillo para dárselas casualmente a una nueva amiga.

—Son reales —me había dicho Sel mientras nos sentábamos en los escalones traseros de su casa, con el sol deslizándose hacia el horizonte. Pasó la yema del dedo sobre una con media sonrisa—. Nosotros lo llamamos fymsom. Ustedes lo llaman oro.

—Tark se lo dio a ella.

Su mirada firme se encontró con la mía.

—A la mayoría les decimos que lo extraemos de las colinas, y lo gastamos con moderación para dar a entender que no hay mucho.

Levanté la mano y el oro brilló bajo la luz del atardecer.

—Esto es más que "no mucho".

—Bueno. —Casi se removió incómodo—. Somos compañeros, así que puedo decírtelo. Está prácticamente tirado por todas partes en el reino orco.

—¿Qué? —solté.

—Tenemos mucho. —Su mano señaló hacia el centro del pueblo —. Compramos este valle y construimos esta atracción turística con eso, aunque todos creen que el rey lo financió. En realidad no lo hizo, aunque lo habría hecho. Le gusta la idea y planea venir pronto a la superficie para probar montar toros sorhox.

Frunció el ceño.

—Ya montamos toros sorhox, y son tan mansos como Zist. Él es un toro. Pero tenemos algunas ideas para lograr que se emocionen lo suficiente como para saltar a la orden. Hail está trabajando en ese proyecto ahora mismo y planea inaugurar nuestro primer rodeo pronto.

Negué con la cabeza, intentando imaginar cómo harían que los toros saltaran cuando se lo pidieran, y decidí que tendría que verlo para creerlo. Hail parecía tener un don con los sorhox, así que si alguien podía lograrlo, era él. Y si conocía a mi hijo, querría ayudar. Mientras no fuera él quien montara los toros, yo estaba bien con eso. Por ahora, me concentraría en el… oro. Oro real.

—¿Estás diciendo que Gracie tiene suficiente de esto como para repartirlo a cualquiera? —pregunté.

—No a cualquiera. A ti en particular.

Y sabía por qué. Ella quería que tuviera suficiente dinero para pujar por la cesta de Sel. La idea de gastar tanto en cualquier cosa me hacía sentir eufórica y aterrada al mismo tiempo, pero la idea de que alguien más pujase y ganara la cesta que yo estaba decidida a que fuera mía era peor.

Así que aquí estaba ahora, dentro del gran granero rojo lleno de turistas felices, una bolsita de oro en la mano, y Tark a punto de comenzar la subasta.

Gracie estaba a mi lado, sonriendo a su compañero mientras él recorría la multitud con la mirada.

—Es increíble, ¿verdad?

Tark la miró y le guiñó un ojo.

—Sí que lo es —respondí con una sonrisa, tan feliz por mi amiga. Era evidente que estaban enamorados, y ¿qué podía ser mejor que eso?

La multitud se movía inquieta en los bancos, algunos estirando el cuello para ver mejor, unos cuantos niños pequeños sentados sobre los hombros de sus padres. La risa se alzaba en oleadas mientras la gente se animaba entre sí, acomodándose cofias y sombreros vaqueros, sacudiendo las faldas. Los hermanos orcos se habían entregado por completo al tema del Viejo Oeste, y me imaginé que la tienda general de la tía Inla debía de estar haciendo un gran negocio. Vi hombres con chaparreras y chalecos de cuero, algunos con pistolas falsas en la cadera. Las espuelas tintineaban contra el suelo cuando movían las piernas. Alguien lanzó un falso "¡yeehaw!" cerca del frente, y la gente rio.

Ajusté la pequeña bolsa de oro en mi mano, cerrando los dedos para sentir su peso. Aún no parecía real. No estaba acostumbrada a llevar suficiente dinero como para superar las pujas de desconocidos por cestas de picnic, y mucho menos vestida con un vestido de cuadros vichy y botas vaqueras, pero aquí estaba.

Sel había elegido el conjunto para mí la noche anterior en la tienda general, insistiendo en pagarlo. Yo protesté; no estaba acostumbrada a que nadie me comprara cosas, pero él insistió, besándome hasta que acepté. Aunque, si no estuviera tan ansiosa por complacerlo en todo, habría plantado el pie. Pero él me amaba. Yo lo amaba. Y darnos cosas era parte de demostrar cuánto nos importábamos. Planeaba cocinarle su comida favorita la semana siguiente. La tía Inla prometió darme la receta y los ingredientes orcos.

Tark alzó una mano como si acabara de salir de un ruedo.

—Damas y caballeros —llamó—, si pueden acomodarse, estamos a punto de comenzar.

Debió de haber visto algunos videos de subastadores además de viejas películas del Oeste, porque estaba haciendo un trabajo bastante decente sonando como uno. Un poco en cámara lenta, pero decente al fin y al cabo.

—Solo para reiterar, ¡todos los ingresos de la subasta de hoy van al refugio Bright Hope Animal Shelter!

Se escucharon vítores y alguien silbó desde el fondo.

Gracie se inclinó hacia mí, con el rostro iluminado.

—Es perfecto para esto.

—Lo es.

Tark sonrió cuando el ruido disminuyó.

—Quienes deseen permanecer en el anonimato pueden hacerlo. Si aún no colocaron su oferta máxima y la depositaron en la caja al fondo del salón, encontrarán tarjetas de puja y lápices en la pequeña carpeta sujeta al banco frente a ustedes. Escriban su oferta e indiquen el número de la cesta por la que están pujando, y alguien pasará pronto a recogerla.

Hizo una pausa para dar tiempo a la gente. Uno de los hermanos revisaría las ofertas y anunciaría las cifras cuando la cesta saliera a subasta. El número del ganador quedaba anotado en las tarjetas, y luego podían recoger su cesta, eligiendo cenar con quien la había preparado o no.

Pronto, la subasta comenzó.

Las primeras cestas se vendieron rápido. Tark invitaba a quienes quisieran a acercarse con sus cestas. La mayoría lo hacía, sonriendo con cierta timidez mientras el público aplaudía y silbaba. Algunas cestas alcanzaron cincuenta o sesenta dólares. Un par apenas llegaron a veinte. Pero a nadie le importaba. Todo ayudaba, y era evidente que el grupo se estaba divirtiendo.

—Esa es de Ruugar —susurró Gracie cuando levantaron la siguiente cesta—. Puso siete tipos de carne seca.

Ruugar no dijo ni una palabra, solo se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho mientras Tark cantaba las ofertas. Beth, la compañera de Ruugar, agitó un billete de diez en el aire. Alguien ofreció veinte. Beth subió a treinta. Cuarenta. Cincuenta. Cuando gritó:

—¡Setenta y cinco!

Nadie más la desafió.

Saltando del banco, se lanzó a los brazos de Ruugar y lo besó mientras el público vitoreaba. Él la hizo girar mientras ella gritaba:

—¡Este es mi macho, y esa es mi cesta!

Las siguientes cestas traían sorpresas dentro. Una mujer sacó una trucha ahumada entera, envuelta en tela y atada con cuerda. Sus amigas chillaron y señalaron. Alguien gritó:

—¡Espero que te guste el pescado!

Y ella se dobló de risa.

Yo también me reí, aunque seguía mirando hacia el frente. La cesta de Sel esperaba allí como si la hubieran colocado sobre un pedestal. Madera trenzada. Un paño de lino bordado cubriendo lo que hubiera dentro. Una cinta con un lazo torcido en la parte superior. No debería destacar, pero lo hacía.

Porque estaba decidida a ganarla.

Una mujer cercana, vestida con un llamativo vestido amarillo de percal y una cofia a juego, le dio un codazo a su amiga.

—¿Crees que sacarán pronto la cesta del orco grande?

Agucé el oído y alisé mi vestido.

Tark levantó la siguiente cesta con ambas manos.

—Y aquí tenemos una que huele sospechosamente deliciosa.

Arrastró las últimas palabras con una sonrisa llena de colmillos, sus orejas puntiagudas moviéndose.

—Bonita cesta. He visto algunas iguales en la tienda general de mi tía, así que pásense por allí después para llevarse una a casa. Artesanía orca auténtica, directamente del reino orco. Pero ¿quién creó esta increíble cesta? ¿Quiere presentarse? Está bien si prefieren permanecer en el anonimato, pero vaya…

Sel levantó la mano y se puso de pie, avanzando por el pasillo hasta el frente para colocarse junto a Tark.

—Bueno, bueno, bueno, si no es el dueño de nuestra excelente panadería aquí mismo en Lonesome Creek —anunció Tark.

Las risas recorrieron el público. Varias mujeres se inclinaron hacia adelante.

—Si tuviera que adivinar, diría que esta cesta les hará ganar una comida increíble —añadió Tark, dándole un ligero golpe en el hombro a su hermano. Sel le devolvió el gesto.

Tragué saliva y flexioné los dedos a mis costados.

—Es Sel, ¿verdad? —preguntó la mujer del vestido amarillo, abanicándose.

La mujer a su lado se inclinó hacia ella sin bajar la voz.

—¿Has probado sus galletas y pasteles? Son de muerte.

—¿Cuánto ofrecen? —gritó Tark por encima de los murmullos—. Tenemos algunas pujas anónimas para esta, así que ténganlo en cuenta.

—¡Diez dólares! —dijo una de las mujeres con cofia, levantando la mano.

Dungar, con su atuendo de sheriff, llevaba el registro de las ofertas.

—Veinte —anunció—. Oferta anónima.

—Treinta —gritó otra persona.

Esperé.

—Treinta y cinco —añadió alguien, sonriendo.

Levanté la mano.

—Una pepita de oro.

Un silencio cayó sobre el granero.

Tark parpadeó.

—Eh… bien. Deberíamos aclarar. Supongo que hablamos de pepitas del tamaño de una canica, ¿verdad?

Asentí.

—Así que valen… digamos unos cien dólares cada una.

—Mucho más que eso —dijo alguien.

—¿Es oro real o de ese falso? —preguntó otra persona.

Más voces se sumaron, debatiendo si se me debía permitir pujar con oro o si tenía que ofrecer dinero "real".

Una mujer de nariz larga y puntiaguda me miró, recorriéndome de arriba abajo.

—¿Lo sacaste tú misma de la mina?

Gracie ya me había preparado para esto.

Sonreí.

—Sí, lo saqué en las colinas.

Gracie me dio un codazo, tratando de no reír.

—Subo mi oferta a dos pepitas de oro —dije por encima del alboroto.

Una de las mujeres vestidas como de la pradera se giró en su asiento para mirarme boquiabierta.

—¿Quién trae tanto oro a una subasta de cestas de picnic?

—Tiene una bolsita —susurró su amiga, señalando mi mano.

—Necesito ir a esas colinas —dijo la otra con una sonrisa—. Dinos dónde lo encontraste.

—Es un secreto —respondí—. No puedo decírtelo.

Las mujeres gimieron.

Una vez que todos estuvieron dispuestos a aceptar que una pepita podía equivaler a cien dólares —aunque yo sospechaba que era demasiado poco— estallaron nuevas ofertas. La competencia se puso intensa, pero no iba a dejar que la canasta de Sel fuera para nadie más que para mí.

Tark soltó una carcajada cuando grité mi oferta de tres pepitas.

—Bueno, amigos, parece que tenemos una subasta en serio entre manos.

La multitud empezó a murmurar otra vez, mitad sorprendida, mitad emocionada.

Me enderecé un poco más. Que hablaran. Yo recién estaba empezando.

—¡Vamos, mamá! —gritó Max, levantando el puño en el aire.

Mi hijo estaba feliz. Sel también. ¿Podía esto ser mejor?

Estaba tan feliz que podría haber gritado.

La mujer de amarillo se levantó y se echó los rizos sobre un hombro, como si eso le diera más autoridad.

—¿Qué hay exactamente en la canasta? —gritó—. Deberíamos saber por qué estamos pujando a este precio.

Tark inclinó la cabeza, fingiendo seriedad.

—No puedo decirlo. No tienes que ofertar, claro.

—Oh, vamos —pidió ella con una sonrisa dulce—. ¿Ni siquiera una pista?

Él levantó un dedo.

—No. Honor orco.

Algunos se rieron.

—Trescientos cincuenta —gritó la mujer de amarillo.

—Cuatrocientos —dijo su amiga, levantando la mano.

—Seis pepitas de oro.

Incluso con esa oferta, todavía me quedaban algunas. Estaba eternamente agradecida con Gracie por darme esta oportunidad. No había forma de que pudiera permitirme algo así de otro modo.

Los susurros recorrieron a la multitud.

—Mantente firme. —Gracie me agarró del brazo, sacudiéndolo—. Tú puedes.

Asentí, la mirada fija en esa canasta. No iba a perder ahora.

Las mujeres se agruparon, susurrando, y finalmente una de ellas levantó el brazo.

—Seiscientos cincuenta.

Tark parecía impresionado.

—Es la oferta más alta hasta ahora.

Levanté otra pepita, haciendo siete. Mi mano ni siquiera tembló.

Más susurros. La gente estiraba el cuello para ver mejor el oro.

La mujer de amarillo apretó los labios.

—A ese precio, más vale que la canasta venga con un beso —murmuró, y las otras mujeres soltaron una risita.

—Incluso más que un beso —dijo otra entre carcajadas.

—Ocho pepitas —dije, antes de que la primera pudiera pensar en subir su oferta.

Sus hombros cayeron.

—Nada vale tanto —dijo encogiéndose de hombros, recostándose contra el banco de madera.

Para mí, su canasta no tenía precio.

—¿Alguna otra oferta? —La mirada de Tark recorrió la multitud, recibida con silencio—. A la una… A las dos…

Hizo una pausa lo bastante larga para crear dramatismo y luego señaló directamente hacia mí.

—¡Vendida a la señorita del vestido de cuadros!

Vítores y aplausos estallaron por todo el granero. Gracie chilló a mi lado y me rodeó el cuello con los brazos.

Bright Hope estaba a punto de recibir una hermosa donación.

La mujer de amarillo me guiñó un ojo con simpatía.

—Ve por tu orco, vaquera.

Me reí e intenté darle mi última pepita a Gracie.

—No —dijo, empujándome la mano de vuelta—. Esa es para ti.

Entonces se la daría a Max. Podría ir de compras a la tienda del pueblo por más equipo de vaquero, algo que apostaría cualquier cosa que estaba deseando comprar.

La gente silbaba y aplaudía mientras abrazaba otra vez a Gracie. Me dolían las mejillas de tanto sonreír.

Al otro lado del granero, Sel me estaba mirando.

Sonriendo.

Yo también.

Mi sonrisa se desvaneció cuando un alboroto en la entrada del granero llamó mi atención. Melvin entró pisando fuerte, seguido por el hombre extraño que había visto el otro día en la panadería.

—Holly. Max —gruñó Melvin—. Tengo un abogado. Vienen conmigo.

Cerrando las manos en puños, levanté la barbilla.

—No vamos a ninguna parte contigo, Melvin.

—Si no lo hacen, alguien va a salir herido.

Sacó un arma y la apuntó directamente a Max.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

SEL

Holly todavía estaba sonriendo cuando me miró, y me encantaba lo rosadas que tenía las mejillas. Y que hubiera estado decidida a ganar mi canasta.

Max lanzó un grito de emoción desde donde estaba sentado junto a Hail, como si hubiera visto a su equipo favorito ganar un campeonato. Gracie agitaba el brazo de Holly y saltaba en su lugar. El granero estaba vivo con aplausos y vítores. No podía apartar los ojos de mi compañera.

Se veía feliz. Se veía como si sintiera que pertenecía aquí. Y por un momento perfecto, creí que así se quedaría.

Entonces las puertas del fondo del granero se abrieron de golpe, chocando contra las paredes con tanta fuerza que las conversaciones se detuvieron.

Una ráfaga de polvo y aire seco entró detrás de los dos hombres, pero nadie reparó en eso. No cuando el primero avanzaba pisando fuerte por el pasillo central como si tuviera derecho a estar allí, y el otro —el hombre de la panadería— lo seguía con cautela.

La voz del primero atravesó el ruido, áspera, ronca y llena de odio.

—Holly. Max. Vienen conmigo.

Apostaría lo que fuera a que era su ex, Melvin. Era hora de matarlo.

Holly alzó la barbilla.

—No vamos a ninguna parte contigo, Melvin.

—Si no lo hacen, alguien va a salir herido.

Sacó un arma y la apuntó a Max.

—Un momento —dijo el otro hombre—. No acordamos que harías esto. Me temo que ya no puedo llevar tu caso de custodia.

Giró sobre sus talones y salió apresuradamente del granero.

¿Custodia?

El cuerpo de Holly se quedó rígido, como si la hubieran golpeado. El silencio del público fue seguido por un estallido de siseos y gritos al ver el arma. Gracie intentó empujar a Holly detrás de ella. Max parpadeó, desconcertado. Esperaba que se acercara a Hail, o incluso que se tirara al suelo y se escondiera. En cambio, se tensó y fulminó a su padre con la mirada.

Yo ya me estaba moviendo.

—Tú y Max vienen conmigo —volvió a bramar Melvin, avanzando hacia Holly.

—Que te jodan, Melvin —gritó ella.

Él levantó el arma, girándola hacia Max.

Mi visión se estrechó. Empujé los bancos sin importarme a quién golpeaba ni qué se caía. La gaseosa de alguien se derramó sobre mis botas. No me detuve. Lo único que veía era esa cosa negra apuntando a un niño de doce años que recién había empezado a sentirse seguro otra vez.

Max no corrió. No se agachó, ni gritó, ni lloró. Caminó hacia el pasillo central, acercándose a Melvin.

—Ella no se va contigo. —Su voz vaciló—. Ahora vivimos aquí. Tú eres el que tiene que irse.

Casi grité su nombre, pero no quería distraer a Melvin. La furia en su rostro. El sudor en su frente. El temblor en su brazo, como si incluso él supiera que lo que estaba haciendo se le estaba yendo de las manos.

El orgullo me llenó el pecho al ver a Max, de pie con los brazos sueltos a los costados, con el cuerpo listo para reaccionar. Tal como

le había enseñado. El miedo cruzó su rostro. Ese joven tenía más agallas que muchos hombres que había conocido. Y lo único que quería era llegar hasta él antes de que ese bastardo hiciera algo horrible.

Estaba a mitad de camino cuando una voz rompió los gritos de angustia de los turistas.

—Estás bajo arresto.

Mi hermano, Dungar, irrumpió desde un costado del granero, lanzándose hacia Melvin.

La mano que sostenía el arma tembló y Melvin miró hacia mi hermano.

Max se movió, corriendo hacia su padre, embistiéndolo con la cabeza y haciéndolo retroceder.

Enderezándose, Melvin agitó el arma.

—Atrás. Atrás. Nadie tiene que salir herido.

Levantando las manos, Holly rugió y se lanzó sobre Melvin, derribándolo hacia atrás.

Melvin se zafó de debajo de ella y retrocedió, el arma todavía en la mano. Con los ojos desorbitados, agarró a la mujer del vestido amarillo, la que había competido con Holly por mi canasta, y la arrastró contra su pecho. Le rodeó el cuello con un brazo y apuntó el arma hacia Max y Holly.

—Alto. No se acerquen.

Los gritos estallaron. Los bancos se volcaron. Un bebé comenzó a llorar en algún lugar a la izquierda. Un hombre gritó:

—¡Al suelo!

Llegué hasta Holly y Max y los empujé detrás de mí, cubriéndolos con mi cuerpo.

La mujer de amarillo se quedó rígida. Estaba temblando, y no la culpaba.

La gente empezó a correr, pero no para salir del granero. Se abalanzaron hacia Melvin.

Ruugar avanzó por el pasillo central como si hubiera estado esperando todo el día a alguien a quien golpear. Tark iba justo detrás, blandiendo una silla plegable sobre la cabeza. Hail se movía

más despacio, más calmado, pero esa mirada en sus ojos decía que pronto Melvin sentiría un puñetazo en la boca.

Melvin agitó el arma frenéticamente.

—¡Les digo que se alejen!

Disparó. El tiro fue directo hacia arriba, haciendo que astillas de madera cayeran desde las vigas. La gente gritó, pero nadie se detuvo.

La mujer del vestido amarillo giró con fuerza, le clavó el codo en el estómago y lanzó una patada hacia atrás, dejando claro que sabía lo que hacía. Melvin tropezó y perdió el agarre. Ella giró sobre sí misma, levantó la pierna y la lanzó en un arco perfecto, golpeándolo con fuerza en un costado de la cabeza.

Melvin cayó sobre las tablas del suelo, gimiendo, mientras el arma salía despedida de su mano y se deslizaba por el piso hasta desaparecer debajo de un banco.

Mis hermanos rodearon a Melvin; Hail lo volteó boca abajo y lo inmovilizó con una rodilla en la espalda.

La mujer de amarillo levantó la palma hacia sus amigas y chocaron las manos.

—Sabía que todo ese karate iba a servir para algo.

—Si se mueve, avísame —gruñó Tark—. No tengo suficiente batalla aquí en la superficie.

Dungar le torció los brazos detrás de la espalda y lo esposó mientras Melvin jadeaba y escupía insultos contra el suelo.

—Te vas a quedar en la cárcel hasta que llegue la policía estatal para llevarte —gruñó Dungar—. Y si siquiera piensas en volver a Lonesome Creek, enfrentarás la justicia orca.

Melvin lo miró y, por primera vez, pareció entender. Su piel se volvió pálida. Se estremeció como si lo hubieran golpeado.

—N...no puedes…

—Sí puedo —dijo Dungar—. Y lo haré.

El tratado lo permitía. ¿Asunto orco? Justicia orca. Especialmente cuando involucraba a nuestras compañeras. Eso incluía a Max y a Holly.

Dungar levantó a Melvin como si no pesara nada, y la multitud se apartó para dejarlos pasar.

En cuanto las puertas se cerraron detrás de ellos, el granero volvió a estallar en vítores y aplausos.

Me giré hacia Holly.

Tenía a Max aferrado con fuerza entre sus brazos y el rostro hundido en su cabello. Gracie permanecía cerca, abanicándose la cara.

Holly alzó la vista hacia mí con los ojos enrojecidos, pero sonrió.

Ambos temblaban, y Max apoyó el rostro en su hombro mientras ella le susurraba algo.

Me quedé a su lado, sin tocarla. Solo estando allí. Observando cómo respiraba. Viéndola volver en sí.

Apartándose de Max, caminó hasta la mujer de amarillo y la abrazó.

—Eres increíble.

—Oye, tú también. Disfruta esa canasta, ¿sí?

La risa de Holly salió un poco aguda.

—Lo haré.

Se acercó a Gracie y también la abrazó, luego a Hail.

Él se quedó en su sitio, con esa expresión inescrutable de siempre. Se tensó un instante antes de soltar el aire y darle unas palmadas en la espalda. Cuando ella se apartó, tenía el rostro mojado de lágrimas, pero estaba sonriendo.

Tark ni siquiera esperó a que ella fuera hacia él. La levantó del suelo en un abrazo enorme, de esos que aplastan las costillas, que la hizo reír entre lágrimas.

—Ahora eres una de los nuestros. Te guste o no.

La bajó con cuidado y le dio un golpecito con los nudillos en el hombro. Solidaridad. Lealtad. Familia.

Ruugar fue el último. Se quitó el sombrero, lo sostuvo contra el pecho como si estuviera a punto de asistir a una boda, y la abrazó rápido y con fuerza antes de apartarse y aclararse la garganta.

La risa en el salón creció. La gente se daba palmadas en la espalda. Alguien gritó:

—¡Viva Lonesome Creek!

Y recibió vítores como respuesta. La mujer del vestido amarillo levantó ambos puños en el aire, todavía eufórica por haber

derribado a Melvin.

Holly se volvió hacia mí.

Corrió y saltó. La atrapé, alzándola contra mí, donde pertenecía.

Nos besamos mientras la sala estallaba en aplausos.

Su boca estaba cálida, y enredó los dedos en mi cabello.

Cuando se apartó, apoyó la frente contra la mía y susurró solo para mí:

—Estoy a salvo. Soy amada. Y por fin estoy en casa.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

HOLLY

El Día Siguiente

Sel llevaba la canasta de picnic en una mano y una manta sobre el otro brazo, caminando a mi lado mientras cruzábamos el amplio campo detrás de su casa. El sol calentaba mi espalda, el cielo se extendía inmenso sobre nosotros, y el aire tenía ese silencio perezoso que solo llega después de que todo ha salido mal y, por fin, termina bien.

Caminábamos con la hierba alta rozándonos las rodillas, libélulas revoloteando sobre las hojas. A nuestra derecha, los sorhoxes nos observaban pasar, y aves trazaban arcos lentos sobre la llanura.

—Está de vuelta en la cárcel —dije. Aún se sentía extraño pronunciarlo, como si algo pudiera torcerse otra vez si me permitía creerlo.

—Por mucho tiempo —respondió Sel con satisfacción—. Violó la libertad condicional y amenazó con un arma. Imagínate venir aquí con un abogado, esperando obtener la custodia de Max, y terminar sacando una pistola. Tiene suerte de que mis hermanos y yo mantuviéramos la calma. Si sale y vuelve a Lonesome, se las verá con nosotros.

Sonreí, mitad por sus palabras y mitad por la forma en que su voz se volvió grave al final. No lo dudaba. Ya no.

Coronamos una pequeña elevación y llegamos al lugar que había mencionado: un claro soleado de terreno llano con vista a todo el valle. Bosque a un lado, las montañas erguidas al fondo.

Sel extendió la manta mientras yo me quitaba los zapatos. Me senté con las piernas cruzadas. El pecho aún me vibraba un poco por todo lo que había pasado, pero era un cosquilleo bueno, de esos que dicen que la vida mejora cada día.

Sel se sentó junto a mí y me dedicó una sonrisa tímida.

—Espera a ver lo que hay dentro.

Empezó a sacar cosas de la canasta. Primero, un recipiente de arcilla. Al abrirlo, una ola de calor especiado y sabroso se extendió en el aire. Ajo, y algo terroso y picante que no reconocí.

—Plumerest —dijo.

—Huele increíble.

Sacó otra cosa y la colocó entre nosotros.

—Asado de granos con especias de piedra. Es la receta de mi madre. Lo hacemos para celebraciones.

Me quedé en silencio. Que hubiera preparado eso para mí… no era solo un almuerzo cualquiera. Era confianza. Familia.

Luego apareció un frasco pequeño de crabroot en escabeche.

—Cuidado —advirtió, entregándomelo—. Este es picante.

Abrí la tapa y me llevé un trozo a la boca. Tosí al instante, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pica y patea.

Él rio y me pasó una servilleta para secarme los ojos. Después sacó una pila de pan plano con hierbas silvestres horneadas dentro.

Luego, un frasco de vidrio frío con un líquido dorado y suave.

—Spritz de endally —dijo—. Lo preparé yo mismo.

Tomé un sorbo y parpadeé.

—Esto es peligroso. Sabe a fruta, pero lo siento en la garganta.

Sonrió, claramente orgulloso.

Después vino la lata. Cuando la abrió, solté un jadeo al ver los pasteles de willadon, con su costra brillante de miel bajo el sol y

pequeños grabados en los bordes. Pequeñas cumbres montañosas, irregulares y hermosas.

Lo miré, sabiendo que el corazón debía reflejarse en mis ojos.

—¿Hiciste esto?

Asintió, con las orejas oscureciéndose.

—Esperaba que notaras cuánto cuidado puse en las cosas que empaqué en mi canasta.

Luego sacó un papel doblado y me lo entregó.

Lo abrí y leí: *Para el amor de mi vida. Que todos nuestros días sean soleados.*

El corazón me dio un vuelco.

—Sabías que iba a pujar por tu canasta.

—Lo esperaba.

Me levanté de un salto, llena de demasiadas emociones a la vez, y me lancé sobre él.

Soltó un suave "uf" cuando lo empujé hacia atrás sobre la manta. Caí medio sobre su pecho, con el cabello desordenado en mi cara, ambos riendo.

—Eres tan dulce —susurré antes de besarlo.

Este hombre, que era mi mundo, me rodeó con los brazos.

—Ahora estás atrapado conmigo —murmuré contra su mandíbula.

—Bien, porque tú estás atrapada conmigo.

Pasó un buen rato antes de que recordáramos la comida. Al final rodé a su lado, sin aliento y eufórica, quitándome briznas de hierba del vestido.

—Comamos antes de que decida quedarme sobre tu pecho para siempre.

Entre risas, nos sirvió, vertiendo el spritz en pequeñas tazas de madera.

Comimos con las piernas cruzadas, rozándonos las rodillas. Él empujó un trozo de pan plano hacia mi boca. Yo le di un bocado de pastel de willadon a cambio.

Reímos recordando cómo Max había recreado el enfrentamiento la noche anterior después de cenar. Mi hijo lo era todo, y no podía

amarlo más de lo que ya lo hacía. Cuando Sel imitó el gesto severo de Max, reí tanto que casi se me cayó la taza.

A mitad de la comida, me detuve, con el tenedor aún clavado en el asado de granos.

—No sé qué habría hecho si no hubieras estado allí.

Sel levantó la vista.

—Fuiste valiente. No me necesitabas. Tú y Max lo demostraron. Lo enfrentaste, Holly, y ganaste.

—Lo hice, ¿verdad? —dije con un suspiro casi mareado—. Según lo que me enseñaste, deberíamos haber huido, pero no pude. Lo entiendes, ¿no? Tenía que demostrar que ya no tenía ningún control sobre nosotros.

—Eres. Increíble.

—Estoy orgullosa de mí. Orgullosa de mi hijo, de tus hermanos, de sus compañeras… y de ti.

Asintió, con algo cálido y sereno brillando en sus ojos.

Cuando los platos quedaron vacíos y el spritz se terminó, nos estiramos sobre la manta, uno al lado del otro, mirando el cielo.

Nuestros brazos se rozaron. Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Está en silencio —dije—. Como… por fin en silencio.

Él tarareó, ese sonido que hacía cuando todo iba bien.

Un pájaro cantó sobre nosotros, trazando un círculo amplio en el azul cielo. Cerca del borde del bosque, un grillo empezó a chirriar.

—No creí que alguna vez tendría algo así —dije en voz baja—. No solo la seguridad, sino todo esto.

Se giró hacia mí.

—Ahora lo tienes, y más. Todo mi corazón, mi vida, mi propia alma.

—Te amo, Sel.

—Yo también te amo, compañera.

Por primera vez en muchísimo tiempo, no tenía miedo del mañana.

¡Espero que hayas disfrutado la historia de Sel y Holly!

El siguiente libro de la serie es Endulzando al Vaquero Orco, la historia de amor de Hail y Allie.

Creí que había terminado con confiar en alguien, hasta que un orco tímido, con las manos manchadas de arcilla, me ofreció flores silvestres y un para siempre.

ACERCA DEL AUTOR

Ava Ross es una autora superventas en dos ocasiones del *USA Today* que ha escrito numerosos títulos, todos ellos con romances dulces y apasionados. Se enamoró de los hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se volvieron parte de la cultura popular. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (quien lamentablemente no es un alienígena, aunque sigue siendo guapo a su manera), sus hijos y algunas mascotas variadas.